

150

★ ★ ★
Años

CUERPO DE BOMBEROS
DE SANTIAGO

Vidas de fuego

150 AÑOS DEL CUERPO DE BOMBEROS DE SANTIAGO
VIDAS DE FUEGO

© Cuerpo de Bomberos de Santiago
RUT: 81.450.600-2
Representante Legal: Juan Enrique Julio Alvear
Domicilio: Santo Domingo 978, Santiago

Primera edición: septiembre de 2013
ISBN: 978-956-8050-01-6

Esta primera edición se realizó gracias al aporte del Cuerpo de Bomberos de Santiago, a través de la Ley de Donaciones Culturales, con el auspicio del Banco de Chile y el patrocinio de la Corporación del Patrimonio Cultural de Chile.

Edición limitada. Prohibida su venta.

Textos: Antonio Márquez Allison
Poemas: Oscar Hahn Garcés

Edición general al cuidado de Héctor Muñoz Rojas
Dirección editorial: Rosario Garrido Illanes
Diseño y diagramación: Max Grum Beytia
Investigación y archivo histórico: Javiera Anabalón Caliano
Investigación archivo fotográfico: Belén Basconán Martínez
Ilustraciones: Antonio Márquez Allison
Fotografía: Fernando Balmaceda Borrowman, José Antonio de Pablo Bergen, Rubén García Blanco. Archivos: El Mercurio, La Tercera, Teatro Municipal de Santiago, Colegio Padres Franceses, Fundación Gasco, Bomba Americana de Valparaíso, Memoria Chilena, Museo Histórico Nacional y CBS.

Dirección editorial CBS: Marco Antonio Cunsille Eltit
Comisión 150 años CBS: Próspero Bisquertt Zavala, Alfredo Echaiz Respaldiza, Mario Banderas Carrasco, José Plabias Romea, Luis Galleguillos Martínez y Jaime Canobbio de la Fuente.
Equipo editorial CBS: Roxana Cuello Bernaldo, Italo Hidalgo Yáñez, Ricardo Uribe Carrasco, Cristián Aumandegui Henríquez, Héctor Landekstrom Cristián, Osvaldo Moncada Pino, Juan Francisco Somalo Valor y Alex Valdés Araya.

Impreso en Chile por Ograma Impresores

150

Años

CUERPO DE BOMBEROS DE SANTIAGO

Vidas de fuego

ANTONIO MÁRQUEZ ALLISON



NOTA DEL EDITOR

Esta historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago se compone de cinco capítulos que revisan sucesivamente, a modo de pliegues temáticos de un mismo relato general, la fundación de la institución, los grandes incendios que ha debido enfrentar, la evolución de su tecnología, una serie de ocho episodios extraordinarios en que los integrantes de esta organización civil han debido tomar las armas y las emergencias de nuevo tipo que asoman en la compleja vida urbana.

Por tratarse de la historia de una institución que nació y que ha evolucionado a partir de los requerimientos de la ciudad capital de Chile, el texto hace continuos alcances a hechos históricos, políticos o económicos vividos en el país, con el fin de contextualizar la narración, aunque sin detenerse en la discusión historiográfica de los mismos. No obstante ello, se ha buscado rigor en las citas que expresan y traducen opinión, resguardando, al mismo tiempo, las normas de escritura de cada época o circunstancia, pues se entiende que dichos hábitos de lenguaje reflejan con riqueza las pulsiones de cada momento.

Junto con agradecer la generosidad del Premio Nacional de Literatura Oscar Hahn, quien puso a disposición sus poemas por la simple alucinación que el fuego despertaba en su niñez nortina, se deja constancia que este libro gráfico solo ha sido posible por el concurso anónimo y desinteresado de generaciones de fotógrafos que han ido construyendo la memoria visual de los bomberos capitalinos, en particular, numerosos reporteros gráficos que, en calidad de colaboradores o voluntarios, desde siempre compartieron su material profesional con las distintas compañías.

CAPÍTULO 1 VOLUNTARIOS DE OTRO SIGLO	15
CAPÍTULO 2 CAMPANAS DE PELIGRO EN LA CIUDAD	61
Anexos Los compañeros de la guardia nocturna 49 hombres caídos en servicio	
CAPÍTULO 3 DE LA TRACCIÓN HUMANA A LOS BRAZOS ARTICULADOS	141
Anexo 22 unidades en los cuatro extremos	
CAPÍTULO 4 EL LLAMADO DE LOS FUSILES	203
Anexo Después de las blusas Garibaldi	
CAPÍTULO 5 LAS NUEVAS CATÁSTROFES	243
Anexo Días y noches de alerta	
CRONOLOGÍA, 1863-2013	285
GLOSARIO DE AUXILIO	305
BIBLIOGRAFÍA	306

UNA HISTORIA REPUBLICANA

Desde los inicios del hombre, el fuego ha sido parte de nosotros en todas sus formas: nefastas, constructivas, trágicas o acogedoras. Nos ha dado el calor que tanta falta hace a la humanidad, nos ha ofrecido un plato de alimento cálido, y a nosotros, los bomberos voluntarios, profesionales por excelencia, nos ha brindado la oportunidad de ayudar al prójimo.

Nuestra historia se remonta a 150 años, precisamente, por causa del fuego: el voraz incendio del templo de la Compañía de Jesús, que cobró la vida a más de dos mil personas, en su mayoría mujeres y niños. Este hecho, que conmovió a un grupo de hombres nobles, encabezados por José Luis Claro y Cruz, concurrió a formar una Compañía de Bomberos. Quién iba a imaginar que después de esa iniciativa única y tomando como ejemplo al Cuerpo de Bomberos de Valparaíso, llegaríamos, al cabo de un siglo y medio, a invocar el mismo ideal del llamado original: servir de manera limpia y eficiente al país y a quien nos necesite, apelando solamente al llamado de la solidaridad.

Hoy somos una institución robusta y altamente tecnificada pero, al mismo tiempo, vivimos con la humildad del que sabe servir sin pedir nada a cambio, entregando la vida si fuese necesario, como lo han hecho 49 de nuestros mejores hombres, a quienes siempre les rendimos el mayor y más sentido homenaje, dado que sabemos en carne propia cuánto sufren en el silencio sus familias y nosotros mismos.

En el presente volumen, Antonio Márquez Allison vuelve a relatar el devenir de nuestra institución y, por ende del país, tal como lo hiciera el insigne hombre público y voluntario Ismael Valdés Vergara, quien, en 1900, narró de manera profunda e impecable los primeros años del Cuerpo de Bomberos de Santiago, teniendo presente que el país venía saliendo de la revolución del 91, donde los bomberos también supimos de divisiones, que lograron superarse con inteligencia y voluntad.

Espereamos que no vuelvan a transcurrir tantos años para revisar, con nuevas perspectivas y experiencias, nuestra historia. Los valores que nos legaron nuestros fundadores nos han permitido ser una de las pocas instituciones del país que, después de un siglo y medio, ostentan un alto grado de eficiencia y profesionalismo, aspectos altamente reconocidos y valorados por la ciudadanía. Hemos nacido bajo el concepto de la solidaridad y somos una organización civil cuyo único honor es ser bomberos que solo obedecen a los intereses de la República. Formamos, además, una escuela de civismo permanente, donde se aprende a crecer como hombres y como ciudadanos, sin ningún tipo de diferencias entre nosotros, ya que, como habitualmente se repite en nuestros cuarteles, "de uniforme, todos los bomberos somos iguales".

JUAN ENRIQUE JULIO ALVAREZ
Superintendente
Cuerpo de Bomberos de Santiago

EL ENCARGO FASCINANTE

*Este trabajo está dedicado a la memoria
de Alberto Márquez Allison*

En 1963, el Cuerpo de Bomberos de Santiago celebraba el primer centenario de su existencia y, ese mismo año, yo me incorporaba como voluntario en la Tercera Compañía, siguiendo los pasos de mi hermano mayor, Alberto, quien se había integrado a esa unidad tres años antes. Recuerdo esos actos conmemorativos: una gala en el Palacio Cousiño, una fiesta en el Club Hípico, discursos en los jardines del antiguo Congreso Nacional, en Bandera con Compañía, y otras imágenes que quedaron grabadas para siempre. Este 2013, el Cuerpo recuerda su sesquicentenario y yo he logrado llegar a mis propios cincuenta años en la institución, ahora en las filas de la Decimocuarta Compañía.

Fue a mediados de 2012, cuando el director honorario Próspero Bisquertt me propuso la redacción del libro de los 150 años del Cuerpo de Bomberos de Santiago. Desde hacía un tiempo, ya conversábamos en mi casa sobre la necesidad de contar con un libro que actualizara las grandes obras escritas en el pasado sobre la institución por Ismael Valdés Vergara, Jorge Recabarren y otros autores. Mi hermano Alberto formaba parte de esas tertulias de tardes de sábado junto a nuestro amigo Guillermo Villouta y, entre café y conversaciones, ya habíamos distribuido el imaginario trabajo entre todos.

Era una tarea compleja por numerosas razones, pero debo reconocer que me fascinaba la idea. La historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago es la historia de nuestra vida republicana y de buena parte de la existencia de esta ciudad. Finalmente, el 12 de agosto, Próspero Bisquertt me confirmaba el inicio de la obra. Recuerdo haberme reunido en la tarde con Alberto para definir las áreas de trabajo, pero el destino quiso que mi hermano falleciera esa misma noche de un infarto cerebral camino a su casa. Se convertía en una pérdida irreparable para este trabajo y muchos otros que estábamos desarrollando. Fue el equipo de apoyo editorial, encabezado por Rosario Garrido, el que me dio la fuerza para continuar y completar la empresa.

Este libro es un trabajo personal, una mirada actual de cómo nos gustaría que nos contaran la historia de los bomberos, con sus uniformes, sus incendios, sus brillantes bombas y centenares de hombres, mujeres y jóvenes convencidos del valor del esfuerzo voluntario y colectivo.

El trabajo ha sido concluido y, a lo mejor, no está todo lo que debiera estar, pero la historia es la visión personal de quien la cuenta y por ello pido comprensión. Queda mucho por contar, cada capítulo volvió a estimular nuestra imaginación y sabemos, además, que en cada una de nuestras compañías hay nuevos cronistas, fotógrafos e historiadores para seguir escribiéndola.

Gracias en primer lugar por la confianza que los oficiales generales depositaron en nosotros. Gracias también a todos aquellos que nos pasaron ese dato preciso, esa corrección amistosa y a aquellos que tuvieron la paciencia de esperar cuando la inspiración tardaba más de lo necesario. La obra está terminada y ahora la sometemos al juicio de ustedes.

ANTONIO MÁRQUEZ ALLISON

EL NIÑO DE LOS INCENDIOS

En Iquique transcurrió mi niñez; entre los áridos cerros que presiden la ciudad y el Océano Pacífico. Era como si los cuatro elementos de los antiguos filósofos: tierra, agua, aire y fuego, se hubieran dado cita en un mismo punto: tierra que bañaba la costa; aire salino traído por la brisa del mar; y fuego, fuego de los numerosos incendios que iluminaban la noche. En aquellos años, la gran mayoría de las casas de Iquique eran de madera y constituían una invitación al baile de las llamas. Apenas sonaba la sirena, salía corriendo a la calle y ubicaba el lugar del escenario guiándome por las columnas de humo que se elevaban al cielo. Y corría, corría, hasta llegar al sitio en el que se desarrollaba el dantesco espectáculo. Tan frecuente era mi presencia en los siniestros, que algunos bomberos me ubicaban perfectamente y me llamaban "el niño de los incendios". De todas estas asombrosas y fascinaciones, tan extrañas para un niño, surgió el tema del fuego en mis poemas.

Más aún: el concepto mismo que tengo de poesía viene de ahí. Según el mito, Prometeo les robó el fuego a los dioses y lo entregó a los hombres. Del mismo modo, el poeta es el ladrón de ese otro fuego que es la poesía, y su misión es repartirlo a los demás mortales. La poesía está en constante transformación y movimiento: muere y renace, como el fuego. Muere cuando el lector llega a la última palabra del último verso; pero renace cada vez que alguien lee o relee el poema. Estremecido y fascinado, todavía vive adentro de mí el niño de los incendios. Su aliento es el soplo que hace arder mi poesía.

Más aún: el concepto mismo que tengo de poesía viene de ahí. Según el mito, Prometeo les robó el fuego a los dioses y lo entregó a los hombres. Del mismo modo, el poeta es el ladrón de ese otro fuego que es la poesía, y su misión es repartirlo a los demás mortales. La poesía está en constante transformación y movimiento: muere y renace, como el fuego. Muere cuando el lector llega a la última palabra del último verso; pero renace cada vez que alguien lee o relee el poema. Estremecido y fascinado, todavía vive adentro de mí el niño de los incendios. Su aliento es el soplo que hace arder mi poesía.

Releí todo esto a raíz de la invitación que me hicieron los Bomberos de Santiago para incluir poemas míos en este volumen que conmemora sus 150 años de existencia. Ellos creyeron que elegían a un poeta, pero una secreta intuición les hizo también elegir a un niño de los incendios. Así notable coincidencia. Me siento muy honrado de aportar un granito de arena a este libro de grandes hazañas y sacrificios. Rindo honor a sus mártires y a los que cada día siguen escribiendo la epopeya del fuego y ofreciendo sus vidas por nosotros.

Oscar Hahn

En Iquique transcurrió mi niñez; entre los áridos cerros que presiden la ciudad y el Océano Pacífico. Era como si los cuatro elementos de los antiguos filósofos: tierra, agua, aire y fuego, se hubieran dado cita en un mismo punto: tierra seca por doquier; agua que bañaba la costa; aire salino traído por la brisa del mar; y fuego, fuego de los numerosos incendios que iluminaban la noche. En aquellos años, la gran mayoría de las casas de Iquique eran de madera y constituían una invitación al baile de las llamas. Apenas sonaba la sirena, salía corriendo a la calle y ubicaba el lugar del escenario guiándome por las columnas de humo que se elevaban al cielo. Y corría, corría, hasta llegar al sitio en el que se desarrollaba el dantesco espectáculo. Tan frecuente era mi presencia en los siniestros, que algunos bomberos me ubicaban perfectamente y me llamaban "el niño de los incendios". De todos estos asombrosos y fascinaciones, tan extraños para un niño, surgió el tema del fuego en mis poemas.

Más aún: el concepto mismo que tengo de poesía viene de ahí. Según el mito, Prometeo les robó el fuego a los dioses y lo entregó a los hombres. Del mismo modo, el poeta es el ladrón de ese otro fuego que es la poesía, y su misión es repartirlo a los demás mortales. La poesía está en constante transformación y movimiento: muere y renace, como el fuego. Muere cuando el lector llega a la última palabra del último verso; pero renace cada vez que alguien lee o relee el poema. Estremecido y fascinado, todavía vive adentro de mí el niño de los incendios. Su aliento es el soplo que hace arder mi poesía.

Recordé todo esto a raíz de la invitación que me hicieron los Bomberos de Santiago para incluir poemas míos en este volumen que conmemora sus 150 años de existencia. Ellos creyeron que elegían a un poeta, pero una secreta intuición les hizo elegir también al niño de los incendios. Qué notable coincidencia. Me siento muy honrado de aportar un granito de arena a este libro de grandes hazañas y sacrificios. Rindo honor a sus mártires y a los que cada día siguen escribiendo la epopeya del fuego y ofreciendo sus vidas por nosotros.

OSCAR HAHN
Premio Nacional de Literatura



Por la región del agua y la del fuego

Llamas que nadan en el agua viva.
Agua que baila en medio de las llamas.

Calor líquido y frío incandescente.

Rodeado de contrarios vive el hombre.
Conceptos enemigos que son uno:

el agua espiritual y el fuego físico,
el fuego inmaterial y el agua pétrea,
lumbres acuosas y ríos flamígeros.

La madera crepita, el fuego escucha.
El manantial hace ruido en las piedras.
El agua cae y se oye a sí misma.

Duerme el agua en los brazos del fuego.
Mece el fuego la cuna del agua.

Agua y fuego: pareja original
de donde fluye el ser.

Como quien dice la vida y la muerte.
Como quien dice el hombre y la mujer.

Oscar Hahn
Poema inédito

VOLUNTARIOS DE OTRO SIGLO

SANTIAGO ARDE EN SU FUNDACIÓN

LOS PRIMEROS COMBATES

Habían transcurrido apenas siete meses desde su fundación, en febrero de 1541, cuando Santiago sufrió el primer gran incendio de su historia. El 11 de septiembre de ese mismo año, el caserío que giraba en torno a la Plaza de Armas y que, según el diseño del alarife Pedro de Gamboa, aspiraba a convertirse en una ciudad cuadrícula de 126 manzanas regulares, que le daban un aspecto de damero al trazado, vivió el primer levantamiento indígena y quedó a medio destruir producto del enfrentamiento armado y las llamas, que consumieron la empalizada que protegía el poblado y buena parte de sus primeras construcciones.

El ataque, como luego enseñarán y recomendarán los manuales de estrategia militar, se produjo tres horas antes del amanecer. Enterado de ciertos movimientos rebeldes, el conquistador Pedro de Valdivia había partido con 90 de sus hombres hacia el sur y la defensa de Santiago había quedado a cargo de Alonso de Monroy, quien, al decir de Diego Barros Arana, permanecía en alerta. Los indios “creían, sin duda, encontrar desapercibidos a los castellanos, y consumir su completa destrucción. Pero los defensores de Santiago estaban sobre aviso, y en breves instantes todos los defensores de Santiago estaban sobre las armas”, escri-

be el clásico historiador en el tomo I de su *Historia general de Chile*.

El combate se prolongó durante todo el día, hasta que, en el ocaso de la jornada, en medio del humo y la destrucción, Monroy montó su tropa a caballo y encabezó una violenta salida, obligando a retroceder a las huestes del toqui Michimalonco.

Cuando Pedro de Valdivia regresó a su recién fundado Santiago del Nuevo Extremo, solo encontró destrucción, restos humeantes y escasos alimentos.

La fragilidad del principal emplazamiento español en este territorio se mantendría durante los siguientes años de la conquista y se prolongaría casi sin alteraciones durante el período colonial, que inaugura el gobernador García Hurtado de Mendoza, luego de la prisión y muerte de Valdivia en Tucapel, en la Navidad de 1553. Las construcciones de madera, adobe y paja serán presas fáciles del fuego durante esta larga etapa, en las que son escasas las medidas de prevención contra incendios y donde son los propios vecinos y sus sirvientes los que enfrentan los siniestros de acuerdo a su experiencia, sin contar con una organización específica para las emergencias.

Muy al final de este período, recién en 1780, se dicta una norma que crea un Cuerpo de Vigilantes o guardias nocturnos encargados de proteger las propiedades y alertar en caso de incendio.

Cuando Pedro de Valdivia regresó a su recién fundado Santiago del Nuevo Extremo, solo encontró destrucción, restos humeantes y escasos alimentos.



son los conocidos serenatos, que junto a los agudadores, deberán apagar el fuego, a semejanza de las ordenanzas españolas de la época.

Al no contar con los implementos necesarios y una organización de trabajo adecuada, su acción era limitada. "Todas estas circunstancias contribuían a que, al llegar a su destino con un atraído consuelo, el gobernador español lo encontrara un serio obstáculo a su paso: devastaban barrios enteros en medio del dolor y la impotencia de sus moradores", explica Jorge Recabarren en *El Cuerpo de Bomberos de Santiago*.

Las medidas de prevención eran, por cierto, bastante artesanales y el propio Recabarren consigna que, alrededor de 1850, "el gobernador español del territorio de Chiloé era Antonio Álvarez Jiménez, en la isla regia una ordenanza que obligaba "a los vecinos de su juris-

dicción bajo pena de fuerte multa a tener en su casa una piel de lobo a fin de sofocar con ella cualquier conato de incendio que tuviera su origen en un descuido casero" (*op. cit.*).

El proceso de independencia de Chile supuso una amplia revisión de las instituciones existentes e, incluso, al calor de las batallas, por primera vez se intentó abordar con criterio de estado cuestiones bastante dejadas de lado, como la seguridad de las ciudades.

Ya muy temprano, con fecha 7 de agosto de 1812, y cuando el país recién conformaba su estructura política —apenas un año antes se había constituido el primer Congreso Nacional— el joven general José Miguel Carrera envió un comunicado re-

berido a los incendios al Cabildo de Santiago, documento que también llevaba la firma de los otros dos integrantes de la junta que en ese momento conducía a los patriotas, José Santiago Portales y Pedro José Prado Jaraquemada.

"Sala de Gobierno. Se ha aprobado el plan de guerra que US propondrá para costear herramientas preventivas para combatir incendios. El Gobierno está persuadido que tomando una razón general en cada uno de los cuatro cuarteles de ciudad, de los carpinteros, herreros y albañiles, podría ordenarse que cada maestro de carpintería ocurriera, bajo una multa, en su respectivo cuartel, con una pala, una pala de hierro, una barreta, y el de albañilería con su plana, escalera, por cuyo medio estaría abundantemente socorrido el incendio", proponían las nuevas autoridades.

A continuación, apegado a los conocimientos adquiridos en sus campañas militares en Europa, Carrera agrega: "Se acuerda que el Cuerpo de Bomberos empueñen su celo en que se construyan, mejor que herramientas, uno o dos bombas de incendio, manuales y bastantes a concurrir con prontitud, que es el recurso más agusto adoptado en los países cultos" (Segundo Gutiérrez Valdivieso, *Historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago*).

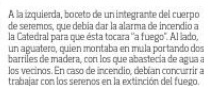
En el curso de este curso comprometido, recorridos, ideas y hombres en las gestas de la liberación, lo que dejará el

proyecto de Carrera en el olvido. Solo varios años más tarde, cuando la conquista de Chiloé (1826) consolida el territorio nacional, se retomará el problema de los incendios. Poco a poco, el estado se irá haciendo cargo del servicio con la compra de nuevo material, aunque sin contar con un dispositivo humano y técnico para ello.

Pero la indolencia de tantos años fue con-
 movida por el incendio que destruyó to-
 talmente el viejo Teatro de la República,
 ubicado en la Calle del Puente esquina
 Santo Domingo, donde hoy se alza pre-
 cisamente el Cuartel General del Cuerpo de
 Bomberos de la capital. El fuego se propa-
 gó sin control aterrando al vecindario y
 obligando a las autoridades a tomar una
 decisión. Así, el 6 de diciembre de ese
 mismo año de 1838, el Supremo Gobierno
 aprobó el reglamento que daba vida a la
 Compañía de Incendios.

"Y a pesar de que los servicios bomberiles no fueron jamás motivo de especial preocupación para ellas, (las municipalidades) formaron diversas compañías según el método empleado en la ciudad de París y decretaron además que fueran atendidas por los serenos y también por los aguadores" (Recabarren, *op. cit.*).

Se conservaba el viejo modelo, que regia desde la colonia.



C. 5. 61

Municipalidad de Santiago
Acta de 4 de Junio de 1850.

Se dió cuenta:

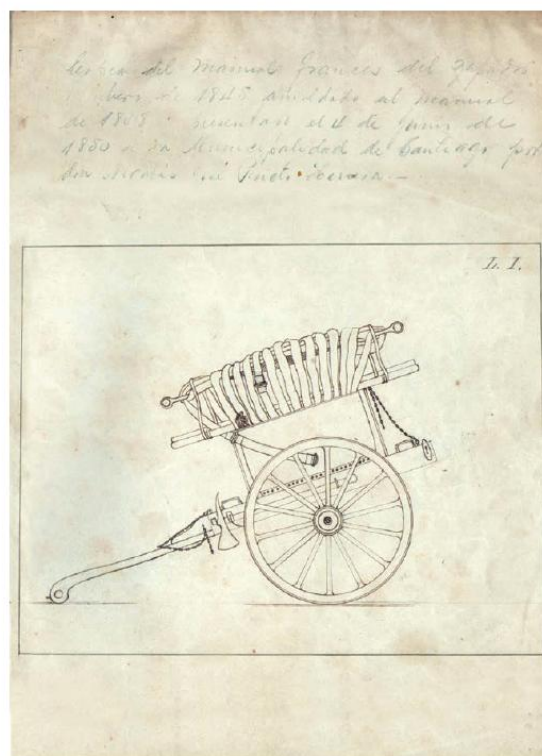
— 4.º De la nota a que D. Nicolás F. Prieto acompaña el 1.º tomo de la obra de Instrucción del Jefe de Bomberos, con las cosas siguientes: laminas, que por encargo municipal ha traducido del francés, adaptándola al servicio del cuerpo de Bomberos de Santiago.

Entendido el Cabildo de este trabajo, lo mandó publicar sin someterlo a la comisión que se solicita, y se autorizó a los Srs. señores González y Prieto para que contratasen su impresión, dando cuenta. —

(firman el acta)
Oralle — A. Prieto y Cruz
Secretarios

Se publicó en
"El Progreso" de 14 de
Junio, el acta anterior
Revisar hasta 20 de Julio 1850.

Documento original del acta de la Municipalidad de Santiago en que se da cuenta de la recepción del manual de los bomberos de París, proporcionado y traducido por el general Nicolás Prieto (archivo particular).



Original de la portada del manual de los bomberos de París, entregado por Prieto a la Municipalidad de Santiago (archivo particular).

En su actuación más importante, en 1841, la llamada Compañía de Incendio fracasó y los bomberos debieron retirarse en medio del escarnio popular.

Este reglamento, que mantenía el sistema de sereños y aguadores, era una copia fiel del usado por los bomberos de París y que había sido entregado al municipio por el general Nicolás José Prieto, en comisión en Francia.

"La Compañía de Incendio se componía de un comandante, un sargento, ocho cabos y setenta hombres, los cuales se dividirán en escuadras; su distintivo era bastante original: llevarían una gorra punzón de media vara de largo de forma piramidal. Entiendo que esta gorra punzón caería hacia una oreja, porque de otra manera parecería un cucurucho", relata con humor Aurelio Díaz Meza en el tomo XV de *Legendas y episodios chilenos*.

Resultaba en estas disposiciones el aspecto disciplinario. A modo de ejemplo, cuando las campanas de la iglesia Catedral daban el toque de fuego, el comandante debía dirigirse desde el cuartel hacia el lugar de la alarma con el personal y los utensilios "caminando la tropa en el mejor orden posible". Una vez que la unidad llegaba al siniestro, el comandante destinaba a un cabo y varios hombres a impedir que entraran al lugar otras personas. Solo en

caso de requerirse, podían hacerlo aquellos vecinos que se supiera que eran "honrados, no excediéndose el número de doce personas" (Recabarren, op. cit.).

La Municipalidad de Santiago, al menos, se puso "con ciento diez pesos anuales como subvención, y destinó, además, dos salas de la Cárcel para que sirvieran de cuartel a la compañía", según consigna Díaz Meza (op. cit.).

Pero en su actuación más importante, como lo fue el segundo incendio de la iglesia de la Compañía de Jesús, el 31 de mayo de 1841, la unidad fracasó. "Avisada la Compañía de Incendio (...), los bomberos no pudieron juntarse en número suficiente para sacar el material, ni aparecieron los sargentos ni los cabos que debían mandar las escuadras" (Díaz Meza, op. cit.). El caos era tan grande cuando llegaron al sitio, que la gente sacó el material sin poder usarlo. El mal estado de las mangueras de cuero y la imposibilidad de aspirar el agua de las acequias por el barro, hicieron imposible el ataque al fuego. Tras ser insultados y agredidos por el público, los bomberos debieron retirarse en medio del escarnio popular.



Dibujo de los integrantes del Batallón de Zapadores Bomberos de Valparaíso, quienes arrastran a pulso un bombín de dos ruedas en dirección al incendio de la Cigarrería de la calle Cruz de Reyes, en diciembre de 1850.

Se aumentaron entonces los castigos, obligando a los bomberos a concurrir a ejercicios doctrinales. La primera inasistencia era sancionada con arresto, el cual se elevaba a quince días de detención si era reincidente. "Y si se repetía la falta por tercera vez, se le despedía de la Compañía con 50 azotes" (Recabarren, op. cit.). Bajo esas condiciones, no era recomendable ser bombero.

Las autoridades de la Compañía de Incendio pedían en forma reiterada la compra de material nuevo -principalmente, mil metros de mangueras fabricadas en Estados Unidos, repuestos y una bomba-, pero el municipio respondió siempre que no había dinero. Como consecuencia, dos comandantes renunciaron a su puesto.

Esta despreocupación se hizo patente a mediados de 1848, cuando se quemó el antiguo portal de Sierra Bella, en plena Plaza de Armas, esquina Ahumada. La hoguera mantuvo en peligro el palacio arzobispal, en la vereda opuesta, y otras edificaciones. Tras la consiguiente alarma y discusión pública, el gobierno de Manuel Bulnes determinó crear el Cuerpo Cívico de Zapadores Bomberos, que será conocido en su tiempo como el Batallón de la Bomba.

Ismael Valdés Vergara recuerda así esos hechos en su libro *El Cuerpo de Bomberos de Santiago, 1863-1900*. "En 1846 se aumentó a dos Compañías el personal de la Brigada de Bomberos, y dos años después, en marzo de 1848, considerándose insuficiente todavía ese personal, se reorganizó el servicio, creándose un batallón de seis compañías, denominado Cuerpo Cívico de Zapadores Bomberos".

EL BATALLÓN DE LA BOMBA

La nueva organización bomberil creada en 1848 se integraba de golpe al sistema militar chileno, compuesto fundamentalmente por batallones cívicos, existentes desde tiempos coloniales, pero que adquieren mayor importancia luego de la victoria conservadora de Lircay, en 1830. El gobierno del Presidente José Tomás Ovalle creó tres batallones de infantería cívica y dictó un reglamento provisional para su funcionamiento, pero es con el ascenso de Diego Portales al poder que se reafirma la presencia de esta Guardia Nacional como "una manera de contrapesar la influencia del ejército, en cuyas filas servían numerosos oficiales y soldados que simpatizaban

con los derrotados pipíolos", según explica Sergio Grez Toso en *De la regeneración del pueblo a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*.

Según este autor, la Guardia Cívica fue un medio poderoso "para controlar, moderar y contener los desmanes populares", a través del espíritu de cuerpo, la disciplina militar, los castigos y el sentido del deber que se inculcaba en ella.

Organizado como toda Guardia Cívica -en las cuales los oficiales venían de las clases sociales superiores, los sargentos y suboficiales del comercio y los soldados se sacaban a la fuerza de los gremios de artesanos, jornaleros y obreros-, el Batallón Cívico de Zapadores Bomberos se estructuró en base a seis compañías con instrucción militar. Para ello, se seleccionaron 25 hombres de cada uno de los otros cuerpos cívicos, en especial los que tuvieran experiencia en carpintería, albañilería y herrería. "Cada compañía recibió dos bombas a palanca y cuatro bombines, 60 hachas, 15 escaleras de 6 varas las más largas, 45 picos, 30 baldes y algunos elementos más de escasa importancia" (Díaz Meza, op. cit.).

Apenas tres años después de su creación, en 1851, el Batallón Cívico de Zapadores Bomberos desapareció simultáneamente en Valparaíso y Santiago, aunque por muy distintas razones. En el puerto, daría paso natural al primer cuerpo de bomberos voluntarios del país, mientras que en la capital terminaría atrapado bajo las balas durante el asalto al cuartel de la Artillería, en la guerra civil de ese mismo año.

Los oficiales venían de las clases sociales superiores, los sargentos y suboficiales del comercio y los soldados se sacaban a la fuerza de los gremios de artesanos, jornaleros y obreros.

VALPARAÍSO TOMA LA VANGUARDIA

Poco después de las dos de la madrugada del 15 de diciembre de 1850, se iniciaba un violento incendio en la Cigarrería de calle Cruz de Reyes de Valparaíso, que hoy se conoce como Almirante Gómez Carrero. El fuego, incontrolable, reventó las puertas y se alzó hacia los edificios colindantes.

Mientras los moradores huían y trataban de despertar a sus vecinos en medio del pavor, las llamas desatadas corrían por los techos y emergían por las ventanas de las calles que daban al mar, avanzando por avenida del Cabo (hoy Esmeralda) hasta Cochrane.

Conmovidos por la tragedia de la Cigarrería de calle Cruz de Reyes, en el puerto de inmediato comienza a cobrar fuerza la idea de fundar una asociación con bomberos voluntarios.

Los habitantes y los cívicos del Batallón de la Bomba, al mando del intendente interino José Santiago Melo, trataban infructuosamente de contener la catástrofe, que ya amenazaba la Aduana y los grandes depósitos de brea y materiales combustibles de calle Cochrane, pero las mangueras se reventaban a cada golpe de los bombines de palanca.

Alertados por el fuego, marinos franceses e ingleses descendieron de sus embarcaciones con sus respectivos bombines y también se sumaron al trabajo. El fuego ya había saltado la distancia que mediaba entre las calles del Cabo y Cochrane y comenzaba a destruir los caseríos ubicados cerro abajo.

Luego de horas y horas de desesperada tarea, se logró contener el siniestro, concentrando entonces los esfuerzos en controlar los focos que estallaban en la remoción de escombros. Todo el día siguiente se continuó en esa agotadora labor, en medio de un gigantesco escenario de drama y destrucción.

Nuevamente conmovidos por la tragedia, en el puerto de inmediato comienza a cobrar fuerza la idea de fundar una asociación con bomberos voluntarios y elementos suficientes para evitar hechos similares.

Apenas cuatro días después del incendio, se reúne en la Intendencia un grupo de prestigiosos vecinos, los que acordaron la designación de dos comisiones una para organizar los medios de defensa contra los incendios y otra para financiar el proyecto. De este modo se daba curso a la fundación, el 30 de junio de 1851, del primer cuerpo de bomberos voluntarios de Chile, el cual contaría con dos compañías de agua y una de guardia de propiedad.

VÍCTIMAS DE LAS BALAS CRUZADAS

Un final muy diferente tendría el Batallón de la Bomba en la capital, donde más de un centenar de hombres que formaban parte de este cuerpo cívico murieron, prácticamente indefensos, en el fuego cruzado del último acto de la guerra civil de 1851.

Después de un par de décadas de cierta estabilidad, en las que se había dado forma a Chile como estado nacional, el país vivía un clima político enrarecido y cada vez más polarizado. El conflicto tenía raíces ideológicas profundas y se

venía gestando desde el momento en que las nuevas ideas liberales empiezan a enfrentar, de manera cada vez más desafiante, el régimen conservador instaurado a partir de 1831.

Al cerrar la primera mitad del siglo diecinueve, las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, nacidas en la Revolución Francesa de 1789 y que ya habían inspirado a los primeros patriotas, prendían otra vez los espíritus de las nuevas generaciones. Esas mismas ideas llevaron a Francisco Bilbao a publicar, en 1844, su documento *La sociabilidad chilena*, escrito que lo llevó a ser procesado por la Ley de Imprenta, excomulgado por la Iglesia Católica y desterrado a Francia.

Pero el joven, condenado por blasfemo, inmoral y sedicioso, encuentra eco en los círculos académicos más importantes de París y es recibido por Jules Michelet, Hugues-Félicité Roberts de Lamennais y Edgar Quinet, de la Academia Francesa. Integrado de lleno a las discusiones de su época, Bilbao participa en las barricadas de la revolución parisiense de 1848, junto a otro chileno, Santiago Arcos.

Ambos regresan luego al país y, mientras Arcos funda el Club de la Reforma, Bilbao da vida a la Sociedad de la Igualdad, a la cual se van a integrar las más destacadas personalidades políticas provenientes del joven liberalismo.

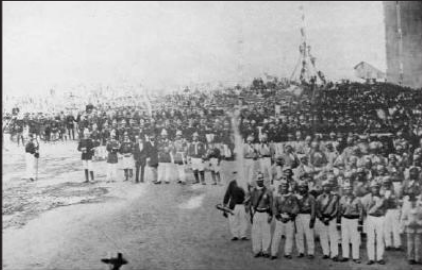
Las nuevas ideas se enfrentan al gobierno conservador de Manuel Bulnes y a su candidato Manuel Montt Torres, genuino representante del espíritu portaliano. La Sociedad de la Igualdad se convierte en el centro de la resistencia y a ella se incorporan los románticos que leen *Historia de los girondinos*, de Alphonse de Lamartine.

Perseguidos y desterrados, los igualitarios se alzan, sin embargo, en un motín el veinte de abril de 1851, el cual es encabezado por Bilbao, el coronel Pedro Urriola, José Miguel Carrera y Fontecilla, Manuel Recabarren, José Luis Claro, Justo Arteaga y Benjamín Vicuña Mackenna, entre otros.

Los revolucionarios intentarán apoderarse del cuartel de la Artillería en calle Alameda, a los pies del cerro Santa Lucía, donde hoy se levantan, precisamente, la plaza y monumento en recuerdo de Vicuña Mackenna. Ante la gravedad de la situación, el gobierno envía en apoyo de los artilleros al Batallón de la Bomba,



El Cuerpo de Bomberos de Valparaíso será el modelo para el resto de las instituciones que se formarán en el país. Arriba, voluntarios de la Tercera Compañía, Bombo Coultin y A. Edwards, la primera compañía chilena que se fundó en el puerto. Al centro, integrantes de la Segunda Compañía Germania junto a su bomba a vapor, y, abajo, un ejercicio general de los primeros años.



Encerrados por los insurgentes en el callejón de Las Recogidas, los bomberos quedaron entre dos fuegos y fueron masacrados tanto desde la calle como desde el interior del cuartel de artilleros.

quienes, por ordenanza, contaban con cierta instrucción y un arsenal de fusiles para el resguardo de su propio cuartel. Encerrados por los insurgentes en el callejón de Las Recogidas (hoy calle Miraflores), los bomberos quedaron entre dos fuegos y fueron masacrados tanto desde la calle como desde el interior del cuartel de artilleros, al que nunca llegó la información que estos hombres iban precisamente en su refuerzo. Los cuerpos de los zapadores, con sus blancos pantalones manchados de sangre y barro, quedarían a la entrada del pórtico militar como testimonio de un enfrentamiento equívoco y brutal. De la noche a la mañana, Santiago se quedaba sin bomberos.

Los alzados fueron condenados a muerte, pero, disfrazados, logran huir y reagruparse en La Serena, desde donde continúan la guerra civil hasta que, finalmente, derrotados por completo, logran salir al exilio.

HORROR EN EL TEMPLO DE LOS JESUITAS

El templo de la Compañía de Jesús se fue llenando lentamente por una masa de mujeres piadosas ese martes 8 de diciembre de 1863. El viejo edificio, inaugurado en 1621 y que ya había resistido tres terremotos (1647, 1730 y 1751), mostraba

los últimos arreglos después del segundo incendio, ocurrido en 1841 –el primero se había registrado en 1759–, luego que unos alumnos del Instituto Nacional le prendieran fuego a una lechuga que habían capturado y rociado con parafina, la cual, aterrada y ardiendo, buscó refugio precisamente en la torre de la iglesia, que estaba al lado del recinto educacional. Como resultado, el templo ardió completamente y la brigada de incendios que acudió al siniestro poco pudo hacer por el mal estado de las mangueras.

Aunque las puertas de salida habían quedado más estrechas y los amplios pasillos y naves habían sido arreglados para sostener el edificio, quitando cierta visual a las ceremonias, el rostro de las personas que iban entrando al templo se iluminaba de emoción al ver el majestuoso decorado realizado por las Hijas de María, quienes se habían organizado en varios grupos para la ornamentación del lugar durante el Mes de María, celebración de reciente creación en la Iglesia Católica, en la que este año se realizaría la quinta comunión de esta hermandad, en la que participaban la mayoría de las señoras y niñas de Santiago.

“Cada uno de estos grupos trataba de superar en su trabajo al de la semana anterior, tanto en el arreglo de las flores como en la profusión y diversidad de las luces, todo lo cual exigía cuantiosos desembolsos (...) El grupo de esta cuarta y última semana se había esmerado en presentar el templo con una suntuosidad nunca vista”, apunta Recabarren (*op. cit.*).

Desde lo alto de la cúpula descendían guirnaldas de papel y cera primorosamente confeccionadas, que unían las alturas con el altar principal y las columnas. Los siete altares de los costados estaban decorados con coronas de mismo material y cientos de lámparas de parafina iluminaban el interior del templo.

Cuando eran ya las siete de la tarde de ese caluroso diciembre, más de dos mil personas repletan el templo. Los moquillos han encendido las lámparas y la temperatura comienza a aumentar, mientras las damas, sus hijas y sirvientas se van sentando en los choapiños que han traído desde sus casas.

Muchas de las señoras recordaban que, como era tradicional, al terminar la misa, se celebraría una comunión general y se entregarían unas hojas impresas con la imagen de la virgen y un verso dedicado

a la joven hermandad. En la hoja que se repartiría esa tarde venía escrito: “Recuerdo de la última comunión general de las hijas de María en el año 1863” y, además, todos esperaban con ansias el desarrollo de la misa, porque el sacerdote Juan Bautista Ugarte había anunciado que daría a conocer un gran secreto, según consignaba Benjamin Vicuña Mackenna, quien en apenas veinte días documentó, escribió y publicó el libro *El incendio del templo de la Compañía de Jesús*, donde su fértil pluma registra la tragedia más horrorosa ocurrida en la ciudad.

El fuerte calor inundaba las naves en los momentos en que el sacristán aplicó la llama a una medallona de vidrio que, llena de parafina, iluminaría la imagen de la Virgen María. Detrás del altar, aún se podía oler la pintura fresca del gigantesco lienzo al óleo que representaba a la madre de Jesús.

Fue en ese momento que surgió una alta llamarada que alcanzó las guirnaldas de papel y cera que se elevaban hacia la cúpula. Uno de los feligreses se sacó la chaqueta para apagar el principio de incendio, pero las chispas saltaron hacia todas partes prendiendo las coronas de papel encendido. El grito de “¡fuego!” aterró a los asistentes y el pánico se extendió por toda la iglesia.

“La concurrencia, amagada por el fuego, principió a huir. Las puertas no eran sin embargo suficientes para darle paso. El terror invencible en esos casos se había apoderado de todos; las puertas se destruyeron completamente”, relata Vicuña Mackenna (*op. cit.*).

Como en un drama planificado hasta en su último detalle, las llamas se expandieron violentamente por el techo, bajando en columnas delgadas hacia las lámparas de parafina. En pocos segundos, éstas estallaban dejando caer una cascada de fuego líquido sobre las aterrorizadas víctimas. “La iglesia estaba alumbrada por más de 7000 luces, imprudencia sin ejemplo”, se quejaba el mismo Vicuña Mackenna.

Una hora duró el holocausto, hasta que el gran campanario y la cúpula del templo se derrumbaron en un gemido final. Las campanas golpearon contra las piedras dando el último toque de la tragedia.

“Familias enteras corrían por las calles, alumbradas todavía por las llamas, buscando a sus miembros perdidos. ¡Desgraciados!, no los habrían de

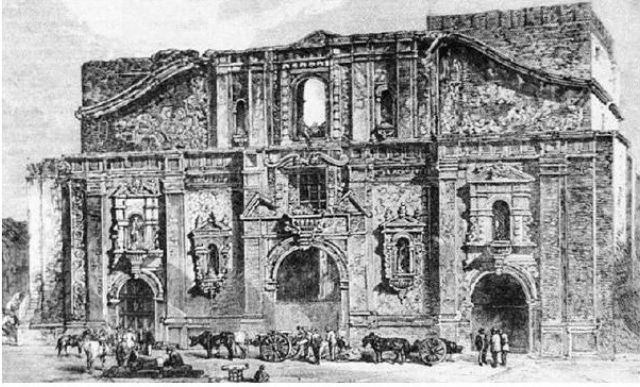
Las llamas se expandieron violentamente por el techo, bajando en columnas delgadas hacia las lámparas de parafina. En pocos segundos, éstas estallaban dejando caer una cascada de fuego líquido sobre las aterrorizadas víctimas.



El sistema de los bomberos romanos

En la antigua Roma se instituyen las primeras organizaciones para atacar los incendios. En el año 70 antes de Cristo, un aristócrata organiza las primeras unidades para combatir el fuego, pero no solo cobra por los servicios, sino que, además, compra las propiedades amagadas y las vecinas antes de apagar los incendios. Al morir este personaje rico y poderoso, el sistema queda abandonado hasta que un edil llamado Marco Egnacio Rufo reestructura el servicio, alrededor del año 27 A.C., creando una compañía que presta servicios gratuitos a los afectados. En tiempos de Augusto, primer emperador romano, se crea un nuevo sistema, a cargo de un liberto, el cual fracasó al poco andar, lo que obligó a adaptar el modelo de Rufo, dividiendo la ciudad en siete cuarteles de incendio y nombrando un encargado o vigil por barrio. Las patrullas nocturnas traían tranquilidad a la población, con funcionarios perfectamente adiestrados, quienes portaban brillantes cascos, antecedente histórico de los actuales cascos de incendio. Esta organización perduró a pesar de la destrucción del Imperio Romano, en el siglo V D.C., conservando su estructura en el Imperio de Oriente y propagándose más tarde a los nuevos países europeos.

El cuartel de la Artillería visto desde el cerro Santa Lucía. (1) Los revolucionarios se despliegan por la Alameda atacando el cuartel. (2) Desde los techos del recinto militar responden los artilleros. (3) El humo al costado derecho muestra el peligro de explosión de la pólvora guardada en las bodegas. (4) Campanario del convento de las monjas Clarisas. (5) Columna de los bomberos atrapados en el fuego cruzado.



La fotografía superior fue tomada en 1961 y en ella se puede apreciar, de izquierda a derecha, una de las dos torres y la cúpula central del templo de la Compañía de Jesús, y más al extremo, la torre del sagrario de la Catedral. Abajo, una ilustración publicada por *The Times* días después de la tragedia, la cual muestra los restos de la iglesia de los jesuitas y los camiones que retiran los cadáveres de las víctimas del incendio.



Interior del templo de la Compañía de Jesús antes de iniciarse su definitiva demolición.



La noticia de la tragedia impactó al mundo entero. Este grabado, publicado en Francia, intenta reproducir los dramáticos momentos que se vivieron en el templo de los jesuitas.



La gran campana del templo. Luego del incendio, las campanas fueron puestas a la venta como chatarra, siendo compradas por un comerciante galés, conocido como mifter Vivian, quien las llevó a Oysterbrook. Su hermano y dueño de la fundición resolvió conservarlas y convertirlas en símbolo del pueblo. Con motivo del bicentenario de Chile, Gales devolvió las campanas a la ciudad de Santiago, las que se exhiben en el jardín del antiguo Congreso, sitio donde estaban originalmente. En 2012, una delegación de bomberos trajo la última campana que quedaba desde el pueblo de Neath.

encontrar ya sino entre los escombros, mezclados con centenares de cadáveres informes", escribiría horas después el diario *La Patria*.

Los testigos que visitan el interior hablan primero de quinientos y, luego, de ochocientos cadáveres. El empresario norteamericano Henry Meiggs, que luchó en la dramática jornada intentando salvar vidas, solo musita: "Thousands, thousands".

Al día siguiente, 174 veces los carretones fueron llevando los restos hasta la gran fosa común abierta en el Cementerio General. Centenares de cadáveres imposibles de reconocer por sus parientes, fueron depositados en medio del dolor del pueblo y las airadas protestas de la prensa, que acusa descuido por no contar con una organización como los bomberos de Valparaíso.

"No hay memoria en Chile de un hecho más horriblemente trágico. Se nos erizan los cabellos cuando recordamos la espantosa catástrofe que hoy tiene sumidas en el luto a centenares de familias. La ciudad entera no se da cuenta aún de tan horrible desgracia", resumía Vicuña Mackenna.

EL URGENTE LLAMADO DE CLARO

Apenas un par de días después, mientras en la Catedral de Santiago se realizaba la misa fúnebre por las 2.200 víctimas en que se cifró la tragedia, un pequeño avi-

so perdido en las páginas de los diarios *El Ferrocarril* y *La Voz de Chile* destellaba en la desolación. En ellos, el ciudadano José Luis Claro hacía un llamado a los jóvenes de la capital para reunirse el lunes 14 de diciembre, a seis días del incendio, para formar una compañía de bomberos voluntarios.

Claro, un activo comerciante de 37 años que pertenecía a la poderosa familia Claro Cruz de Concepción, era sobrino tanto del general José María de la Cruz como del ex Presidente Joaquín Prieto y volvía de la llamada Fiebre del Oro de California, a la que partió luego de participar en el fallido movimiento revolucionario de 1851. Recién casado con la poetisa Amelia Solar, José Luis Claro pertenecía al círculo de Vicuña Mackenna, Francisco Bilbao, Fermín Vivaceta y de su propio cuñado Manuel Recabarren.

La respuesta fue inmediata e impresionante. Cien, doscientos jóvenes llegaron hasta la oficina de Claro solicitando incorporarse a la urgente iniciativa. Había políticos destacados, pertenecientes a todas las corrientes ideológicas, sacerdotes, empresarios, jornaleros y artesanos. Tan- tos fueron los convocados, que se decidió citar a una nueva reunión, para el 20 de diciembre, en los salones de la Filarmónica.

Nadie faltó ese día y en el lugar, ubicado en los altos del portal de Sierra Bella, fue posible ver al propio Henry Meiggs, que recién inauguraba la construcción del ferrocarril entre Valparaíso y Santiago; al padre del radicalismo, Guillermo Matta,

Una hora duró el holocausto, hasta que el gran campanario y la cúpula del templo se derrumbaron en un gemido final. Las campanas golpearon contra las piedras dando el último toque de la tragedia.



La foto de 1864 muestra al iniciador del Cuerpo de Bomberos de Santiago, José Luis Claro Cruz, haciendo su uniforme de primer capitán de la Tercera Compañía, Bomba Poniente.

y a muchos de sus correligionarios, como Ángel Custodio Gallo, todos levantando la mano para solicitar un lugar en la nueva filange de voluntarios. También se inscribían conocidos comerciantes, dueños de empresas, funcionarios de la Compañía Anglo-Chilena de Gas y miembros de la colonia francesa, todos dispuestos a aportar dinero y voluntad para fundar el Cuerpo de Bomberos de Santiago.

Muchos de ellos habían perdido a un pariente o amigo, y hasta el mismo intendente de la capital, Francisco Bascuñán Guerrero, lamentaba la desaparición entre las llamas de su hermana y sus sobrinas.

"En Santiago de Chile, a veinte días del mes de Diciembre de 1863, a consecuencia del voraz incendio del Templo de la Compañía, que en la tarde del 8 del corriente arrebató a Santiago dos mil madres e hijas de familia, numerosos vecinos de esta ciudad se han reunido espontáneamente en los salones del casino de la Filarmónica con el propósito de formar un Cuerpo de Bomberos Voluntarios que prevengan en lo futuro desgracias de igual origen", se puede leer en la acta de fundación, donde se consigna la elección del empresario minero José Tomás de Urmeneta, como superintendente; de José Besa, como vicesuperintendente, y de Ángel Custodio Gallo, quien había sido superintendente del Cuerpo de Valparaíso, como comandante.

El abogado José Tomás de Urmeneta había estudiado leyes en la Universidad de Brown, en Estados Unidos, era uno de los más ricos empresarios mineros del país y, además de las minas de Tamaya, tenía la propiedad del ferrocarril de Tongoy y de la Empresa de Gas de Santiago.

José Besa de las Infantas se educó en Argentina y, a su regreso a Chile, se había convertido en un destacado hombre de negocios y político, actividad en la que, en representación del Partido Nacional, fue diputado y senador.

El ingeniero en minas Ángel Custodio Gallo era uno de los emblemas del recién creado Partido Radical, colectividad a la que se había incorporado luego de regresar de su exilio en Inglaterra. Por esos años, era una personalidad intelectual y política del país -llegó a ser diputado- y, además, arrastraba el prestigio de haber sido comandante de las Guardias Nacionales.

La relación escrita y firmada ese día 20 de diciembre constituía una respues-

ta a una discusión de años y, de inmediato, con la urgencia que propició la tragedia, se adoptó el Reglamento General del Cuerpo de Bomberos de Valparaíso para "organizar desde luego tres Compañías de Bomberos, con denominación: del Oriente (actual Primera), del Sur (actual Segunda) y del Poniente (actual Tercera), y una Compañía de Guardia de Propiedad (actual Sexta)".

Las cuatro primeras compañías se reunieron para elegir a sus representantes en el nuevo directorio, asumiendo José Besa en la Compañía del Oriente, Manuel Recabarren en la del Sur, Henry Meiggs en la del Poniente, y Manuel Antonio Matta en la de Guardia de Propiedad. La tarea que debían enfrentar estos hombres era gigantesca, ya que tenían la urgente misión de proporcionar el material, los cuarteles, los uniformes y las bombas para el trabajo de la nueva institución.

Manuel Recabarren Rencoret fue un destacado integrante de la masonería que participó en la Sociedad de la Igualdad de Francisco Bilbao y, al igual que muchos otros, acababa de regresar a Chile, luego de haber sido deportado en 1851. Ya estando en las filas del Cuerpo de Bomberos, fue secretario de la escuadra en la Guerra contra España (1865-1866), ministro del Interior y senador de la República por el Partido Radical.

Testigo directo del incendio del templo de la Compañía de Jesús, el empresario estadounidense Henry Meiggs Williams había desarrollado una intensa actividad económica en el país como impulsor de los ferrocarriles al sur y entre Valparaíso y Santiago. Además de primer director de la Compañía del Poniente, Meiggs llegó a ser vicecomandante del Cuerpo en 1865, poco antes de que emigrara a Perú, donde se radicó y trabajó hasta su muerte.

Solo en diciembre de 1863, cerca de quinientos hombres se integraron a estas compañías y a otras que también solicitaban su incorporación, como la formada por los empleados de la empresa Anglo-Chilena de Gas de Santiago, quienes, luego de aceptar las condiciones impuestas por el directorio, constituyeron la Primera Compañía de Hachas, Ganchos y Escalas, compuesta principalmente por ciudadanos de origen británico.

La colonia gala también pidió la incorporación de una compañía mixta de agua y escalas, pero el directorio rechazó



Manuel Recabarren



Henry Meiggs



Ángel Custodio Gallo



Manuel Antonio Matta



Cuadro del pintor francés Luis Eugenio Lemoine en que aparece el primer directorio del Cuerpo de Bomberos de Santiago. La obra fue regalada en 1905 por el entonces superintendente de la institución Ismael Valdés Vergara y actualmente se encuentra en el Cuartel General. Sentados de izquierda a derecha aparecen: Ángel Custodio Gallo, comandante; José Bosa, vicesuperintendente, y Agustín Prieto, vicesuperintendente. De pie se observan: Manuel Recabarren, director de la Bomba del Sur; Carlos de Mesery, director de la Bomba Francesa de Agua; Máximo Aguilera, secretario general; Manuel Antonio Matta, director de la Compañía de Salvadores y Guardas de Propiedad; Juan Tomás Smith, tesorero general; Henry Meigs, director de la Bomba Poniente; Gastón Dubord, director de la Segunda Compañía de Hachas, y Adolfo Eastman, director de la Primera Compañía de Hachas.

la soledad inicial. Sin embargo, en enero de 1864, los entusiastas franceses revisan la respuesta y resuelven solicitar una nueva admisión, pero con una compañía de agua y otra de ganchos y escalas. Así fueron admitidas la Pompe France, que más tarde será la Cuarta Compañía de Agua, y la Segunda Compañía de Hachas, Ganchos y Escalas.

LA ÉPICA DE LOS FUNDADORES

Propio de la mentalidad social de aquellos años, el directorio había elegido superintendente a José Tomás de Urmeneta, uno de esos personajes extraordinarios que de pronto son capaces de generar los más profundos cambios por su esfuerzo y perseverancia. Minero de picota y barreta en mano, su obsesión lo había hecho descubrir el mencionado yacimiento de cobre de Tamaya, a partir del cual forjó una de las más grandes fortunas industriales del país. El empresario, que en ese momento tenía 55 años, era entonces el hombre adecuado para asumir el esfuerzo financiero que requería la nueva tarea. Pero, aunque aceptó ser sostén de la instalación del Cuerpo, el hombre de negocios sabía que sus múltiples actividades no le permitirían asumir en plenitud el cargo. Por este motivo, con fecha 27 de diciembre de 1863, desde Quinta Bella, hacia llegar una elocuente nota a Máximo Argüelles, secretario general de la recién fundada institución.

"En contestación a la precitada nota me es grato significar por conducto de Ud. a los S.S. Directores mi gratitud por la confianza que han depositado en mí nombrándome Superintendente del Cuerpo. Nombramiento que acepto, y que a pesar de mis muchas ocupaciones, y pocos conocimientos prácticos en la materia tengo la voluntad de desempeñar del mejor modo posible propendiendo al desarrollo y fomento de una institución tan noble como desinteresada por parte de los que la forman, y de tan urgente necesidad en una ciudad como la de Santiago cuya falta se ha dejado sentir por tanto tiempo, mucho más desde que la catástrofe del 8 nos ha manifestado cuanto bien pudo haber hecho, y cuántas vidas habría salvado un Cuerpo de Bomberos bien organizado y disciplinado, prestando a tiempo su poderoso auxilio", es posible leer en uno de los primeros tomos de los anales del Cuerpo.

Acto seguido, José Tomás de Urmeneta pide que otro de los pilares de la institución, José Besa, lo represente. "No sé si es posible presidirlo tan pronto, ruego a usted se sirva de decir (...) al señor José Besa para que me subroge en las próximas sesiones siendo dicho señor el designado para estos casos", agrega en la misiva.

Besa se transformará, entonces, en un motor incansable en la consolidación de la nueva institución. Su casa será sede provisoria para las primeras reuniones del directorio y de su bolsillo saldrá la garantía para importar una primera bomba a vapor, mientras se recibían los fondos fiscales prometidos. Gracias a su gestión y la de otros destacados miembros del directorio, el Congreso aprobó la cantidad de dieciocho mil pesos para la instalación del Cuerpo y el gobierno cederá el cuartel de los Húsaes, en la esquina de calle Puente y Santo Domingo, donde hasta hoy se ubica el Cuartel General, para alojar a las nacientes compañías.

Cada nuevo paso significaba un esfuerzo titánico. Baste decir que el cuartel estaba en ruinas y que había que indemnizar a algunos pensionistas, limpiar piezas y acequias para poder habilitarlo.

"Era menester reunir recursos para la adquisición del material, comprar bombas, mangueras, carros, escalas y todos los demás accesorios. Era necesario hacer cuarteles para guardar el material. Era indispensable organizar el personal e instruirlo en el uso de las bombas y en los medios de atacar al enemigo. Era todavía necesario vencer todos los innumerables inconvenientes y dificultades que requieren el concierto de muchas voluntades y de otras tantas opiniones", describe Ismael Valdés Vergara, en su libro *El Cuerpo de Bomberos de Santiago, 1863-1900*.

El mismo Valdés Vergara apunta que no fue fácil armonizar los esfuerzos de las distintas compañías, que "en todos esos ramos rivalizaron entre sí", aunque opina que el éxito estuvo dado por los hombres escogidos para comandar el Cuerpo. "Era sin duda la tarea que correspondía al Directorio la más importante y la más pesada. El Directorio era cabeza y era estómago. Tenía que dirigir la organización y que nutrir el organismo de las Compañías. Los bomberos no se equivocaron en la elección de sus jefes" (op. cit.).

IDEAL DE MECENAS Y HOMBRES PÚBLICOS

En 1864, los gastos de instalación y compras de material alcanzan la elevada suma de 24 mil pesos y el gobierno de José Joaquín Pérez entregó una subvención de 250 pesos mensuales, que era la cifra que aportaba a los Zapadores Bomberos. El resto correspondería a los aportes personales del propio De Urmeneta, Besa, Adolfo Eastman, Gregorio Ossa y varios otros benefactores, quienes contribuyeron en ese primer año con una cifra cercana a los 26 mil pesos.

Benjamín Vicuña Mackenna, en el libro *El incendio del templo de la Compañía de Jesús*, nos aporta las mínimas de suscripciones realizadas el día 14 de diciembre de 1863, luego de la primera citación hecha por José Luis Claro y antes de la fundación del Cuerpo. En total se cuentan 45 contribuyentes -el propio Claro encabeza la lista, con 40 pesos- y los fondos reunidos "se depositaron en el banco de los señores Ossa y Cia." (op. cit.).

Pero las cifras que exigía la fundación eran inmensamente superiores a lo imaginado y será mérito de los propios voluntarios gestionadas a través de donaciones directas o por medio de recurrentes solicitudes a otras instituciones del estado.

Quizás por lo mismo, desde su fundación, los bomberos de Santiago sabrán convocar a sus filas a las más destacadas personalidades del país, quienes lo entregarán a la institución y a la función de los voluntarios una relevante, amplia y creíble presencia social, difícil de imaginar antes de ese momento, pero que, hasta el día de hoy, se conserva como parte de la cultura e identidad del Cuerpo.

Diverso es el espectro de hombres que levantan las distintas compañías, donde junto a empresarios como Meiggs, Eastman u Ossa, es posible encontrar la mirada de intelectuales librepensadores como Manuel Antonio Matta, Guillermo Matta, Ángel Custodio Gallo, Manuel Recabarren, Fermín Vivaceta, arquitecto y masón como los anteriores, y el propio Benjamín Vicuña Mackenna, quien fue director de la Tercera Compañía y miembro del Cuerpo hasta su fallecimiento.

Del mismo modo, los mandatarios José Manuel Balmaceda y Domingo Santa María apoyarán con fondos para la fundación de la Quinta Compañía, y el que fuera principal ministro de Manuel Montt, Antonio

Varas, asumirá como superintendente después de Urmeneta, cargo que también ostentarán el ex Presidente Aníbal Pinto Garmendia y el ministro de Guerra en Campaña y héroe de la Guerra del Pacífico José Francisco Vergara, quien se hizo voluntario mientras desempeñaba su importante cargo. El Presidente Pedro Montt también fue un activo miembro de la Sexta Compañía hasta 1910, fecha en la que muere en el ejercicio de la más alta magistratura del país.

De igual manera, no serán pocos los voluntarios provenientes de la Iglesia Católica y otras creencias religiosas, como Francisco de Paula Tafur, obispo electo de Chile y activo capellán de la Tercera Compañía; el recordado Ruperto Marchant Pereira, fundador de la Quinta Compañía, y el sacerdote Enrique Moreno, quien fuera secretario por largos años de la Decimosegunda y que incluso inspiró una de las viejas canciones humorísticas de competencia entre los propios bomberos: "Compañía número doce, para don-sibón-sibón, unos tejen y otros cosean, para don-sibón-sibón. Tienen solo un voluntario y es el cura secretario".

EL BRINDIS DEL PRESIDENTE PÉREZ

En la Navidad de 1864, a poco más de un año de la tragedia del templo de la Compañía de Jesús, el Cuerpo de Bomberos de Santiago se vistió por primera vez de gala para su Ejercicio de Presentación. A las once de la mañana, se formaron las distintas compañías con su respectivo material en el patio del Cuartel General, dirigiéndose hacia la Plaza de Armas para la gran Revista, que haría el Presidente de la República, José Joaquín Pérez.

Tras marchar frente a las autoridades y personalidades asistentes, los voluntarios se retiraron en medio de los aplausos de una ciudad entusiasmada con sus jóvenes bomberos y, luego, durante un banquete servido en el Cuartel General, el Presidente brindó por esos "hombres altruistas, que sacrificaban su bienestar y reposo por defender la vida y las propiedades de sus conciudadanos".

Cuentan las crónicas de la época que las bandas de los distintos regimientos compitieron entre sí en la selección de los temas a ejecutar en homenaje a los fundadores del Cuerpo de Bomberos.



José Tomás de Urmeneta



José Besa

Besa se transformará en un motor incansable del Cuerpo. Su casa será sede provisoria para las primeras reuniones del directorio y de su bolsillo saldrá la garantía para importar una primera bomba a vapor.



Aníbal Pinto



Pedro Montt



Antonio Varas



José Francisco Vergara

Al Señor Don José Tomás de Urmeneta
Superintendente del Cuerpo de Bomberos voluntarios de
Santiago, diciembre 25 de 1859

El espontáneo incendio del templo de la "Compañía", que en la tarde del 8 del corriente ardió en Santiago dos mil maderos a lojos de paja, ha decidido a muchos vecinos de esta ciudad a formar un cuerpo de Bomberos voluntarios. Reunidos con este propósito el día veinte en las salas del "Casino" acordaron adoptar la organización i se firmó el cuerpo de Bomberos de Valparaíso. En consecuencia, i para dejar desde luego designado el personal de la administración general, procedieron a la elección de directores de compañías; quienes, por su parte, elejeron superintendente i demás funcionarios que deben regir el Cuerpo. La elección de superintendente ha recaído en la persona de Ud. por unanimidad de sufragios.

Esta unanimidad da la medida de la importancia que los directores de compañías atribuyen a la incorporación de Ud. i de la confianza que abriga al respecto los autoridades que en jorden al servicio público tiene Ud. establecidos, de que se podrá aceptar este nombramiento.

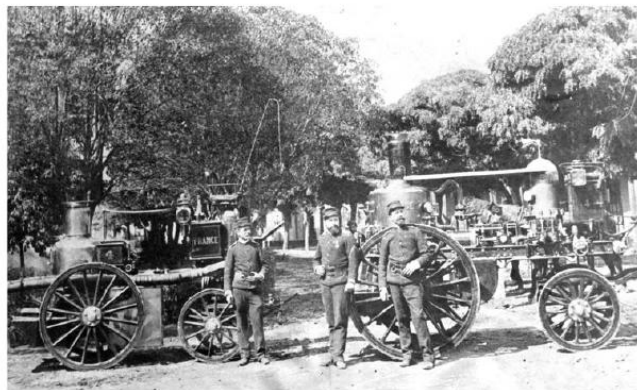
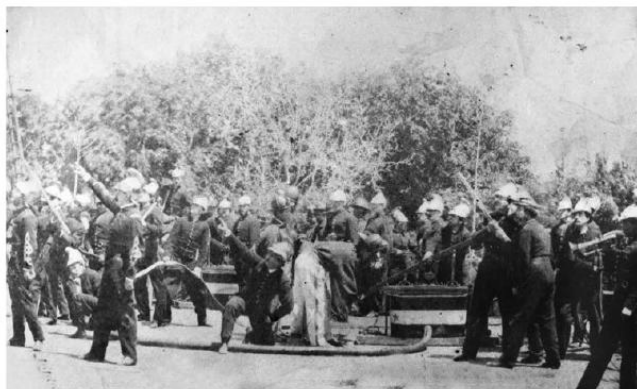
Una vez aceptado, toca a Ud. expedir los órdenes necesarios para la instalación del Cuerpo, o mejor que no tenga a bien delegar sus atribuciones en el Señor Don José Díez, director designado para subrogar a Ud. en caso de ausencia.

Como secretario general del Cuerpo de Bomberos cabeme el honor de comunicarle a Ud. su nombramiento, aprovechando esta oportunidad para manifestarle mi deferente consideración i ponerme desde luego a las inmediatas órdenes de Ud.

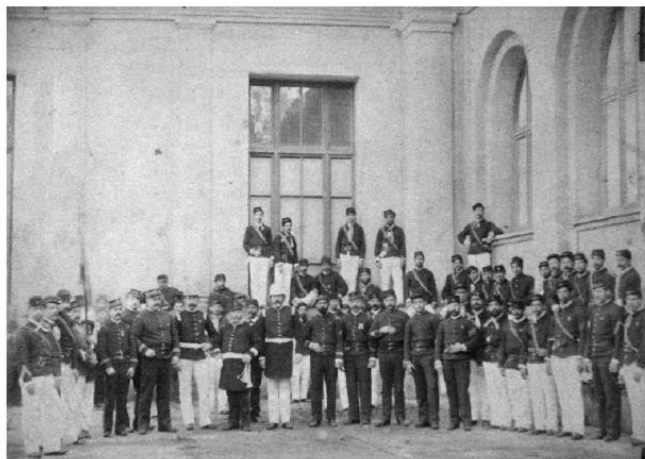
Quedo así a Ud.
Atentísimo A. Aguilera
Al Señor Intendente de la Provincia de Santiago de 1859

Las murallas del templo de la Compañía, legítimo monumento de la modesta catástrofe que jamás haya afluído a la República basta para significar a la historia los motivos que han decidido a parientes de esta ciudad a constituirse espontáneamente en cuerpo de bomberos adoptando en general la organización i régimen del que tan importantes negocios tiene ya prestados al pueblo de Valparaíso. Organizado el personal de este cuerpo repeto confiadamente que el Sr. José i la Junta Municipal que Ud. preside le presten efímeras ayudas que le permitan llevar desde luego el objeto de su institución.

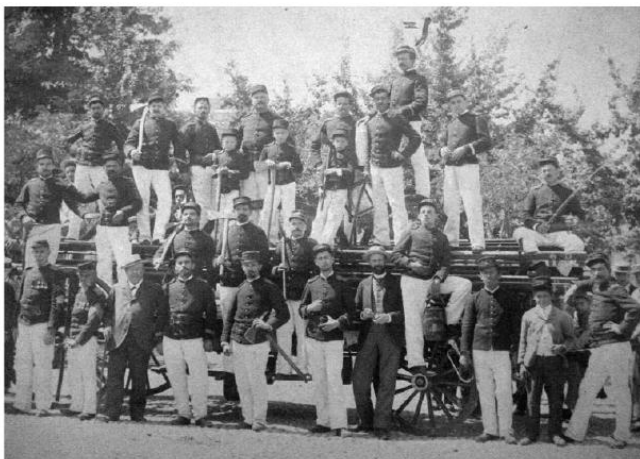
Carta del secretario general Máximo Aguilera a José Tomás de Urmeneta, en la cual le informa de su elección unánime como superintendente del Cuerpo de Bomberos de Santiago. Un día después, el empresario acepta la nominación "a pesar de mis muchas ocupaciones y pocos conocimientos prácticos en la materia".



En el documento fotográfico de 1869, arriba, se puede ver a la Cuarta Compañía en ejercicio con sus nuevos bombines. Abajo, dos épocas en la historia del material mayor de la Pompe France: la bomba a vapor Merryweather, que presta servicios entre 1873 y 1890, y la francesa Thieriot, que sirvió en la compañía hasta 1913.



Los voluntarios de la Octava Compañía, antigua Primera de Hachas, Ganchos y Escalas, con los uniformes del Cuerpo de Bomberos Armados, durante los años de la Guerra del Pacífico.



Los voluntarios y el carro portatarascas tirado por caballos de la Séptima Compañía, durante un ejercicio realizado en 1898. En ese momento, los niños eran los guías que llevaban las banderolas de la unidad para indicar el lugar donde estaba el capitán.

A las cuatro y media de la tarde, las compañías regresaron a la Plaza de Armas para efectuar su primer Ejercicio General, el que luego repitieron frente al edificio de la Universidad de Chile, en la Alameda, antes de volver a sus cuarteles.

Cada bombero abonó dos pesos para sufragar los gastos del banquete, y los directores aportaron la diferencia.

LOS HOMBRES DEL TRABAJO PESADO

El entusiasmo de los voluntarios, buena parte de ellos provenientes de la intelectualidad, de las familias acomodadas y de los grupos dirigentes del país, no bastaría para echar a andar un cuerpo de bomberos que se preciara de tal y, por eso, desde el primer día de 1864, las compañías recién fundadas empezaron a incorporar, en calidad de jornaleros, a los llamados auxiliares, hombres destinados a realizar la tarea dura en una época que el material de trabajo contra el fuego era a tracción humana o animal.

Tal como ocurrió en otros aspectos, el modelo elegido fue el del Cuerpo de Bomberos de Valparaíso, que desde 1853 contaba con este personal de apoyo para poner en movimiento, principalmente, las bombas a palanca.

Pero no sería fácil acceder a esta fuerza de trabajo. En un principio, el directorio porteño solicitó al intendente de la provincia, Julián Riesco, que se incorporara al servicio de las compañías al Gremio de Jornaleros, que ya estaba organizado por esos años. Como no se recibió respuesta y nadie se mostraba dispuesto a realizar dichas tareas pesadas sin la debida recompensa, el Cuerpo de Valparaíso nuevamente recurre al intendente, solicitando que se autorice el ingreso voluntario de estos trabajadores. El correspondiente incentivo iría por la liberación del cumplimiento de algunos deberes ciudadanos.

"Accediendo a lo solicitado por el Superintendente de la Asociación contra-incendios, se declara que todo jornalero y artesano que quiera voluntariamente enrolarse en las compañías de bomberos pueden hacerlo hasta el número de 300 hombres, quedando los que se alistan exentos del servicio en los cuerpos cívicos y con el goce del fuero militar", decretó entonces Julián Riesco.

Tan pronto se aceptaron las franquicias solicitadas, 340 jornaleros se incorporaron a las primeras compañías del puerto, dato significativo que invitara a replicar la iniciativa en Santiago.

A diferencia de los voluntarios, los auxiliares recibían una pequeña remuneración, debían cumplir un horario determinado por turnos y sus uniformes eran levemente distintos al de los bomberos. Mientras realizaban su trabajo en incendios o ejercicios, recibían alimento y bebida.

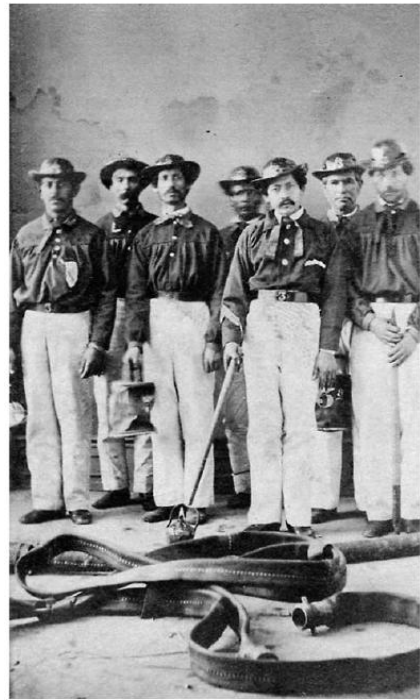
La mayoría de estos auxiliares eran artesanos, cocheros o cargadores y no tenían instrucción alguna. Por lo mismo, su incorporación al trabajo de las compañías no estuvo exento de dificultades y la naciente institución debió sortear problemas, como la pérdida permanente de gorras y uniformes, que se empeñaban a cambio de unos pesos en las casas de prenda, que eran tan numerosas como los locales de venta de licores en la ciudad.

A manera de respuesta, muchos de los integrantes del Cuerpo formaban parte de sociedades de instrucción y entregaban enseñanzas gratuitas a los auxiliares. Personalidades como Valentín Letelier, rector de la Universidad de Chile; Anselmo Hevia Riquelme, director de la Sociedad de Instrucción Primaria, o Ramón Allende Padín, quien funda la primera escuela laica del país, eran bomberos y supieron proyectar su vocación de maestros en la formación escolar de estos hombres imprescindibles en la institución.

A los auxiliares que trabajaban en las compañías de agua, les correspondía la función de maniobrar las bombas a palanca "que eran accionadas por medio de una larga barra impulsada por dos palancas: mientras unos subían con un barrote, otros bajaban con la viga de enfrente. Generalmente, el ritmo lo marcaba el sargento de auxiliares o el oficial a cargo de la sección, al grito acompañado de "fuego, agua, fuego, agua", apunta Jorge Recabarren (*op. cit.*).

Otra esforzada tarea de los auxiliares era formar diques humanos en las acequias que recorrían la ciudad y que constituían la primordial fuente de agua. Premunidos de unas estructuras cuadradas de cuero, denominadas tacos, ellos entraban al curso de riego y, haciendo un dique con sus rodillas, lograban que el

Los auxiliares recibían una pequeña remuneración, debían cumplir un horario determinado por turnos y sus uniformes eran levemente distintos al de los voluntarios.



Auxiliares de la Tercera Compañía con su respectivo sargento. La fotografía, captada en 1865, permite ver los diferentes elementos que se usaban en los incendios: mangueras de cuero con uniones de bronce, baldes de cuero para llenar el estanque de la bomba a palanca y antorchas con cazoleta de bronce, que servían para iluminar el lugar en la noche. Aún no entraban en servicio los cascos de cuero, por lo que llevaban gorras de hule, que habían pertenecido a la marinería.



Arriba, se aprecia el primer Ejercicio General realizado por el Cuerpo de Bomberos de Santiago ante las máximas autoridades del país, frente a la Catedral, el día 25 de diciembre de 1864. Abajo, al igual como ocurría en Valparaíso, ciudad a la que corresponde esta imagen de alrededor de 1880, los voluntarios de las primeras compañías fundadas en Santiago desplegaban toda su capacidad y nivel de instrucción en competencias públicas.



Los voluntarios de la Sexta Compañía, fundada en 1863 con el nombre de Salvadores y Guardia de Propiedad, durante un ejercicio realizado al costado de los Arsenales de Guerra.



Fotografía de los primeros años de la Segunda Compañía, la Bomba Sur, en 1876. A raíz de la muerte de sus voluntarios Eusebio Requena y el ciudadano Pedro Videla, ambos caídos en el Combate Naval de Iquique, en 1879, la unidad cambió su nombre por el de Esmeralda, en recuerdo a la nave donde ambos perecieron. La fotografía permite distinguir el uso del cinturón de doble hebilla, la rabona para sujetar el torso y la llave de bronce para desmenujar los restos del cuerpo. Un detalle: casi todos tienen un pulcro habano en sus dedos.



Una estrella en la puerta

Desde el momento de la fundación, contar con distintivos que identificaran a los integrantes de la institución se convirtió en una de las preocupaciones prioritarias del Cuerpo de Bomberos de Santiago. Ya en los primeros días, el tesoro general, Juan Thomas Smith Laverensson, autoriza el pago de 310 pesos por la adquisición de 1.200 estrellas metálicas para los voluntarios, según aparece en el balance de enero de 1865.

Estas estrellas se colocaban en las puertas de las casas de los bomberos para que los policías avisaran cuando se daba una alarma de incendio. Al terminar el siglo XIX, los teléfonos permiten una mejor comunicación, por lo que, a partir de 1904, los bomberos que concurren de civil a las alarmas llevan una ficha de metal con el número de su compañía.

En 1913, la comandancia entrega a los voluntarios una tarjeta numerada, con el nombre del bombero y firmada por el comandante, la que estuvo en uso hasta 1922, cuando entran en servicio las placas redondas de bronce esmaltadas en rojo, con las iniciales CB y el número de la compañía. Las actuales placas rompetrás, como se les llama entre los bomberos, están en uso desde 1929.

vital elemento se juntara para el consiguiente trabajo de la bomba.

Las condiciones extremas de trabajo —algunos permanecían largas horas a medio sumergir en el barro— dieron paso a decenas de relatos populares y prácticas entre los auxiliares, quienes naturalmente sorteaban el rigor y el cansancio con providenciales líquidos reconstituyentes. Un bombero portero relató festivamente: “Al llegar al incendio se daba la voz de: ‘¡Todo el mundo a las palancas!’ y, cuando comenzaba a amainar la fuerza de los auxiliares, los oficiales los animaban y la corneta tocaba trote. Pero esto nunca era suficiente y los auxiliares pedían ‘auxilio’ y con voz potente decían: ‘¡Mi teniente, que venga el auxilio, que venga el ponche!’”. Se bajaban los baldes que colgaban en los costados de las bombas, se buscaba aguardiente, azúcar o chancaca, un cucharón y el ponche estaba listo. Así como recibían ‘auxilio’, les volvían los brios y achicar y más achicar. Alegrementecito decían: ‘¡No hay como el ponche para apagar el fuego!’”.

En 1907, el gobierno de José Joaquín Pérez institucionaliza tanto la figura de los bomberos como la de los auxiliares que cumplen funciones en las compañías de la capital y el principal puerto del país. “Se exime del servicio de la milicia civil a quinientos voluntarios i seiscientos auxiliares del cuerpo de bomberos de Santiago, e igualmente de cuatrocientos voluntarios i seiscientos auxiliares del cuerpo de bomberos de Valparaíso”, se puede leer en el artículo dos de este decreto, contenido en el *Boletín de las leyes i de las ordenes i decretos del gobierno* de ese año.

Al fundarse la Quinta Compañía en 1873, que se incorpora con una bomba a vapor costada por los propios voluntarios, sus asociados establecen que no incluirán auxiliares en su trabajo.

Un catastro realizado al 31 de diciembre de 1870 indica que la Primera Compañía tenía 77 voluntarios y 100 auxiliares; la Tercera contaba con 57 y 171; la Cuarta con 54 y 63, y la Sexta con 55 y 76. Solo en la Segunda era mayor el número de voluntarios que de auxiliares, 71 y 33, respectivamente. A esa fecha, la Quinta solo tenía 40 voluntarios, de acuerdo a lo que resume Agustín Gutiérrez Valdivieso en el libro *Firme la Quinta*.

A medida que desaparecen las bombas a palanca y que las bombas automovil empiezan a reemplazar a las de vapor, también se comienza a extinguir el servicio de los auxiliares. De este modo, el 1 de mayo de 1888, se acordó suspender la incorporación de nuevos auxiliares en las compañías.

En diciembre de 1937, el total de auxiliares que permanecía en servicio era de 30 personas, cifra que distaba de los casi 300 inscritos al comienzo. Con el paso del tiempo, la mayoría de ellos tomó en forma definitiva la calidad de bomberos voluntarios, con todos los derechos y obligaciones que imponía el reglamento a los miembros de la institución.

AL TRANCO DE LOS CORCELES

Así como en los primeros días de la formación del Cuerpo las bombas eran arrastradas con cables por los propios voluntarios y los auxiliares, poco a poco, de acuerdo al nuevo diseño de los carros, esta sacrificada tarea quedará reservada para briosos caballos.

Estos animales le otorgaron un nuevo perfil al trabajo contra el fuego y, por lo mismo, no tardaron en aparecer

historias y leyendas relativas a su singular desempeño.

Los caballos dormían en pesebreras muy cerca de las máquinas y tan pronto “caían los timbres de alarma”, se colocaban instintivamente bajo los collares, abriendo el hocico para que les instalaran los frenos. “Al tañido de la gran campana se les veía abandonar las pesebreras, cortando en ocasiones hasta las cadenas que les impedían la salida, para correr y meterse, sumisos, bajo los automáticos collares, facilitando además, como seres conscientes, la colocación de los frenos entre sus fuertes mandíbulas”, explica Jorge Poirier, voluntario de la Cuarta Compañía, en el artículo “El caballo Maipo”, incluido en su recopilación histórica *Les Soldats du Feu*.

El mismo Poirier agrega que la yegua América, de la Sexta Compañía, se instalaba bajo los arneses tan pronto se escuchaba la alarma y, una vez que le amarraban las correas, partía veloz sin que el cuartelero usase el látigo. Una vez, que se produjo una emergencia en calle Morandé con Compañía, la yegua llevó el carro Tenderini al lugar del incendio y después volvió al cuartel a buscar la mecánica Ma-

tta, de tres toneladas de peso, para llegar al trote hasta el lugar del siniestro.

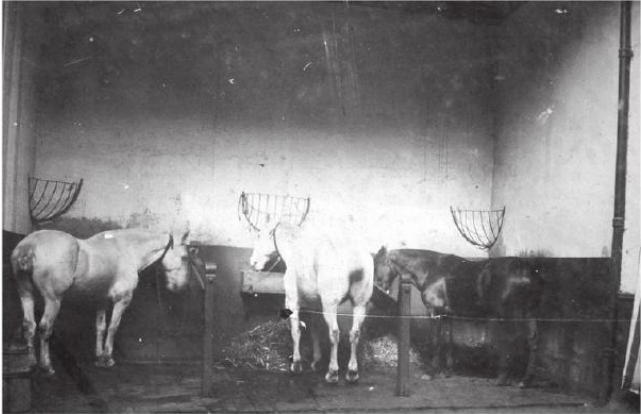
También se cuenta la historia de un percherón, envejecido en el servicio, que fue dado de baja y reemplazado por uno más joven y vigoroso. El viejo caballo pasó a trabajar como golondrino, arrastrando los antiguos carros golondrina de mudanza. Pero un día, en su soñoliento oficio, escuchó el lejano sonido de la Palla y reaccionando instintivamente, partió tras la columna de humo, arrojando muebles y canastos a la calle adormida. Fue la sentencia de jubilación en su nuevo oficio.

Los caballos arrastraban los trenes de escalas, las bombas a palanca, los gallos y las bombas a vapor, “las que tardaban solo un minuto y medio en atajar los caballos y salir de los cuarteles, recorriendo las calles a un promedio de 15 segundos por cuadra”, según consigna Alberto Márquez Allison, voluntario de la Decimocuarta Compañía, en el folleto *120 años del Cuerpo de Bomberos de Santiago* (1983).

En 1923, con la incorporación de las bombas automóviles, los caballos pasaron a ser parte de la historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago.

Los caballos dormían en pesebreras muy cerca de las máquinas y tan pronto “caían los timbres de alarma”, se colocaban instintivamente bajo los collares, abriendo el hocico para que les instalaran los frenos.

Una de las pesebreras del Cuartel General. La incorporación de caballos para la tracción de las piezas de material mayor significó un avance impresionante en comparación a la fuerza humana.



JOSÉ ROJAS, UN AUXILIAR MÁRTIR

En 1913, con tan solo un año de servicio en la Sexta Compañía, José Gabriel Rojas Miranda se convierte en el único auxiliar mártir de la institución. En la madrugada del día 3 de noviembre, la campana daba la alarma de incendio en calle Franklin con Gálvez, y el joven auxiliar, de 22 años, llegó hasta San Diego con San Carlos. Vio venir el gallo de mangueras de la Primera Compañía e intentó trepar a él. Por breves instantes, se aferra al soporte de metal, pero finalmente cae al pavimento, siendo atropellado por la bomba automóvil de la Quinta Compañía en la esquina de San Diego con Coquimbo.



Los primeros voluntarios posaron con sus uniformes en las distintas casas fotográficas de la época. (1) Ignacio Ureta Cervello, de la Segunda. (2) Guillermo Swinburn, de la Primera. (3) Adolfo Castro, de la Tercera. (4) Enrique Donoso, de la Quinta Compañía.



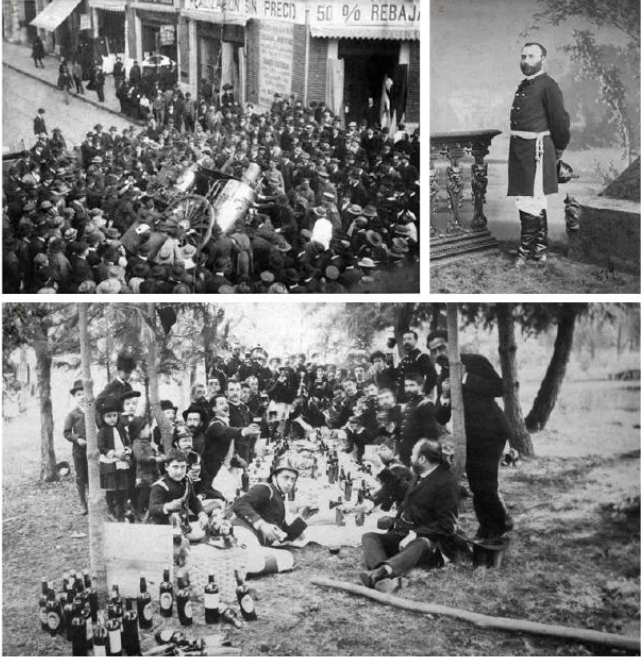
Notables personajes del país dejaron su impronta en los bomberos de Santiago. (1) El sacerdote Ruperto Marchant Pereira, fundador de la Quinta Compañía. (2) Benjamín Vicuña Mackenna, historiador y director de la Tercera Compañía. (3) El abogado y educador Valentín Letelier ingresó a los 19 años a la Segunda Compañía y llegó a ser teniente tercero de la unidad. (4) El diputado suplente Samuel Izquierdo Urmeneta, quien fue comandante, vicesuperintendente y superintendente del Cuerpo.



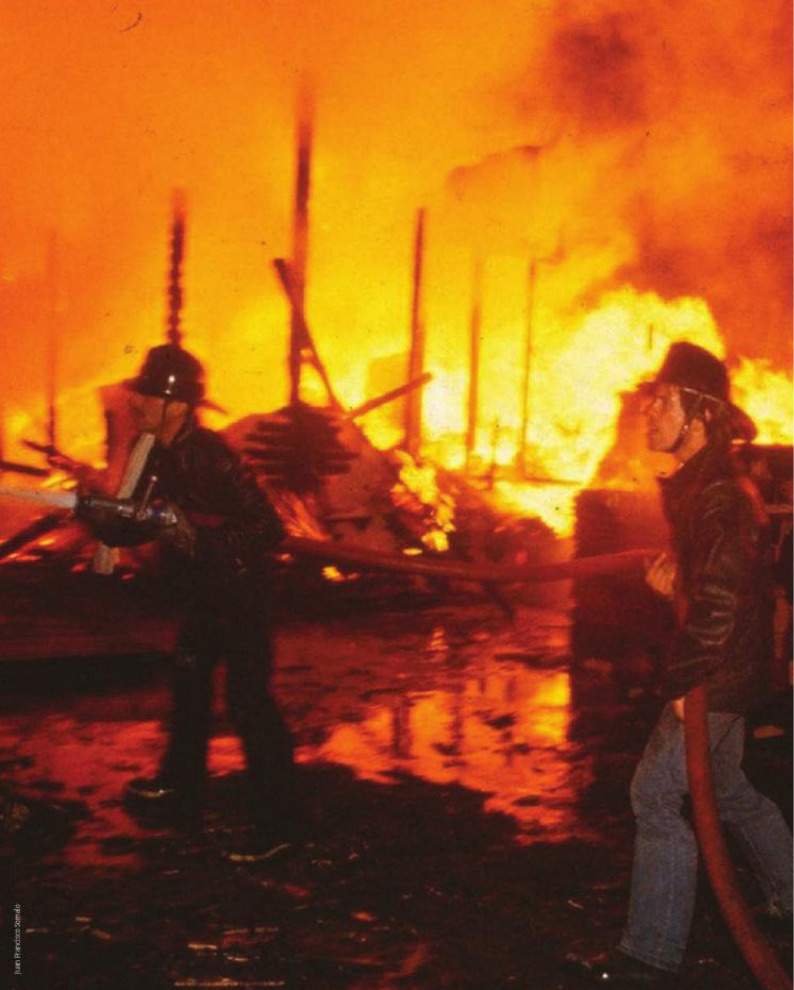
Voluntarios de la Primera Compañía, junto a compañeros que visten uniforme militar, se fotografían en la chacra La Feria, de propiedad de Samuel Izquierdo, durante un ejercicio realizado en 1893. En ese sector de Santiago se ubica hoy la población La Victoria.



(1) El cuartel de la Segunda en calle Recoleta, en 1900. (2) Ilustración basada en una fotografía de 1878, que muestra a un grupo de oficiales de la Tercera Compañía en una partida de ajedrez. (3) El antiguo cuartel de la Quinta en Alameda con Morandé. (4) Retrato del joven Jorge Phillips, futuro comandante del Cuerpo. (5) Grupo de voluntarios posando para una foto publicitaria de cervezas.



Diferentes momentos de los bomberos capitalinos en el siglo XIX.
(1) Expectación pública ante el volcamiento de la bomba a vapor de la Cuarta Compañía a la salida del cuartel. (2) El comandante Auguste Raymond, de la Pompe France, en una imagen de 1860. (3) Un tradicional lunch de la Quinta Compañía luego de un ejercicio en el Parque Cousiño.



El incendio

El incendio se levantó del trono,
arengó a su ejército

y cabalgó de ciudad en ciudad
arrasando con todo
lo que encontraba a su paso.

Ardieron bibliotecas,
templos, supermercados,
poblaciones enteras.

El incendio invencible,
el incendio todopoderoso.

Y de pronto,
una gota de lluvia
y dos y tres.

Oscar Hahn

CAMPANAS DE PELIGRO EN LA CIUDAD

LOS GRANDES INCENDIOS DE SANTIAGO

LLAMADO EN EL CONVENTO DE LAS MONJAS AGUSTINAS

Una explosión en la Fábrica de Aguardiente, de propiedad de Carlos Hopfenblat, ubicada en el entonces lejano camino de Providencia, fue la primera alarma que debió enfrentar el naciente Cuerpo de Bomberos de Santiago, el 8 de mayo de 1864. El estallido había provocado la muerte de dos operarios y, pese al esfuerzo de los bomberos por llegar al lugar del siniestro, las llamas consumieron finalmente toda la destilería. La demora en la llegada del material contra incendio, entonces arrastrado a mano, conspiró contra el éxito de los voluntarios.

Apenas un mes después, el día 7 de junio, el fuego pondría definitivamente a prueba la capacidad de la nueva organización ciudadana. Esa noche, las campanas de las iglesias avisaron que un incendio iluminaba el convento de las monjas Agustinas, ubicado en la intersección de la calle del mismo nombre con Ahumada.

El personal corrió a buscar el material mayor, guardado en el Cuartel General, bajo una intensa lluvia y pronto las bombas de palanca de la Segunda y Tercera compañías y los bombines de la Primera y Cuarta comenzaban a lanzar chorros de agua sobre las edificaciones en llamas. La Tercera atacó el fuego de frente, mientras las restantes lo hacían por los costados.

El nuevo tren de escalas de la Primera de Hachas, Ganchos y Escalas recibía así su bautismo de fuego, mientras los bomberos debían extremar sus cuidados en medio de los constantes derrumbes del viejo edificio. Prueba de lo peligroso del trabajo es que, durante el siniestro, varios voluntarios recibieron sus primeras heridas, entre ellos el director de la Bomba del Poiniente, Henry Meiggs.

Pero los voluntarios lograron controlar el fuego y salieron airoso de su primer gran desafío en una medianoche marcada por un temporal de lluvia y viento.

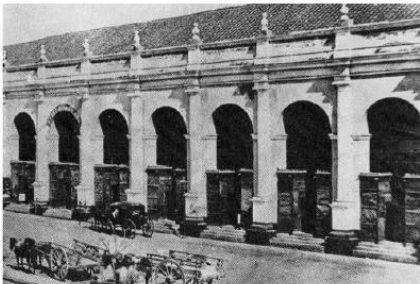
Tras describir el trabajo de las compañías, un periódico local testimonió la gratitud de la ciudad al señalar que "merced a estos esfuerzos combinados, dos horas después el fuego, que amenazaba a toda la manzana, se hallaba enteramente cortado".

TENSIÓN EN EL PORTAL DE SIERRA BELLA

El año 1868 se habían iniciado los trabajos para dotar a Santiago de un moderno sistema de alcantarillado y agua potable, que incluiría grifos contra incendio. Debido a estas obras, diversas calles y, en particular, la Plaza de Armas, se encontraban bloqueadas con tanjas y escombros, y, para complicar aún más el trabajo

Los voluntarios lograron controlar las llamas y salieron airoso de su primer gran desafío en una medianoche marcada por un temporal de lluvia y viento.

El portal de Sierra Bella en 1860, mostrando sus locales de venta. En el segundo piso del lado poniente del edificio, se realizó la sesión que dio origen al Cuerpo de Bomberos de Santiago en 1863.



en caso de incendio, el agua se hallaba cortada en algunos sectores, factor que influiría dramáticamente en uno de los mayores siniestros de la época.

Cerca de la medianoche del 1 de junio de 1860, estalló el fuego en uno de los locales del imponente edificio del portal de Sierra Bella, ubicado en el costado sur de la Plaza de Armas. Pronto la alarma fue dada al Cuartel General y la campana de Meiggs, la famosa Paila, instalada en la torre que construyó Fermín Vivaceta, alertaba de una nueva emergencia.

Cuando los voluntarios llegaron al lugar, el fuego se había incrementado por la alta carga combustible que representaban los numerosos locales comerciales instalados ahí. "El enemigo prendió en la Sastrería Europea de don A. Blin esquina de la calle Ahumada. Fue imposible contenerlo. A la hora en que escribimos, las tres de la mañana, se ha perdido todo el portal Sierra Bella i tiendas adyacentes i está amenazado seriamente el portal Bulnes", informó sobre la hora el diario *El Ferrocarril* del día siguiente.

De inmediato y bajo el mando del comandante Agusté Raymond, se desplegaron las escalas, mientras las compañías de bombas tendían sus líneas de mangueras. Pero la ausencia de agua en el sector tensionaría el trabajo de los bomberos.

Ante la crítica situación, los voluntarios empezaron a excavar en la plaza en busca de las cañerías de agua potable en proceso de instalación, que debían estar ubicadas en algún lugar bajo tierra. Final-

mente y tras largos esfuerzos, se pudo localizar y romper las tuberías, accediendo al caudal necesario para controlar el incendio. "A consecuencia del trabajo de nivelación de las acequias, no había agua en la plaza en los primeros momentos, hasta que a costa de gran trabajo i diligencia se pudo conseguir el agua potable que surte los pilones para que los bomberos pudieran hacer eficaces sus servicios", detalló *El Ferrocarril*.

En el intertanto, el fuego se había propagado desde la calle Estado a Ahumada y ahora avanzaba en dirección sur, hacia la galería Bulnes y la calle Huérfanos, amenazando con comprometer a la manzana completa. La bomba Central de la Primera armó por Ahumada para detener tal propagación, apoyada por la Poniente y los bombines de la Cuarta, mientras el resto de las compañías hacía lo propio por Estado.

A la mañana siguiente, tras doce horas de trabajo, el incendio había sido controlado, aunque el personal del Cuerpo debió permanecer un día más en el lugar por la gran cantidad de escombros todavía encendidos. Pese a la falta inicial de agua, los bomberos habían pasado su primer gran examen.

La incorporación de nuevas bombas a vapor y trenes de escalas permitieron un mejor trabajo de las compañías que, solo un año después del complejo trabajo durante el incendio del portal de Sierra Bella, debieron enfrentar una nueva tragedia que conmocionó a la ciudad y enlutó por vez primera a sus bomberos.

Ante la crítica situación, los voluntarios empezaron a excavar en la Plaza de Armas en busca de las cañerías de agua potable en proceso de instalación, que debían estar ubicadas en algún lugar bajo tierra.

TENDERINI CAE EN EL TEATRO MUNICIPAL

El 8 de diciembre de 1870, justo siete años después del drama en el templo de la Compañía de Jesús, un público nervioso por el recuerdo asistía a la función del Teatro Municipal.

A las once de la noche, la hermosa Carlota Patti cerraba su presentación bajo una lluvia de aplausos y se retiraba del lugar junto al violinista Pablo Sarasate, el tenor Pablo Antenor y el pianista Theodor Ritter.

El hermoso recinto ya estaba desocupado cuando, en momentos que los operarios intentaban subir uno de los grandes telones usados en la presentación, éste se desprendió cayendo pesadamente y cortando la cañería matriz de gas, lo que provocó un escape y apagó las 35 lámparas del recinto. El administrador se dirigió al lugar junto a algunos empleados y el guardia del teatro, que encabezaba el grupo iluminando el camino con una lámpara de parafina. "Al llegar cerca de la boca del telón, el olor era más intenso i de repente se produjo una conflagración, producida por el gas al contacto de la llama de la linterna, cayendo de espaldas el que llevaba ésta. Prendió el gas escapado de la cañería y llevó el incendio a todas partes", relató luego el diario *El Ferrocarril*.

Poco después, la policía dio la alarma de incendio y las bombas y carros portateescalas se dirigieron a la hoguera, que iluminaba el centro de la capital.

Germán Tenderini, un voluntario de ascendencia italiana que recién había sido reelecto teniente de la Compañía de Cuartas de Propiedad y que se encontraba en esos momentos en su logia, a una cuadra de distancia, se dirigió junto a Arturo Villarreal, mason y bombero como él, hacia el teatro, que ya está envuelto en humo y fuego. "Echada abajo una de las puertas de entrada, se vio que todo el ámbito del coliseo, desde el fondo del proscenio hasta la entrada de la platea, era completamente presa de las llamas", apuntó *El Ferrocarril*.

Entonces se les unió el funcionario Santos Quintanilla, con quien intentan llegar hasta el lugar en que se encuentra la llave matriz para cerrar el paso del gas. Quintanilla se ahoga con el olor de las pinturas que arden, mientras Villarreal está a punto de caer asfixiado. El fuego prende ahora los grandes telones del escenario y

el techo, cubriendo de humo todo el espacio y obligando a los hombres a abandonar el lugar. Tenderini ve a Villarreal que está saliendo y le grita:

- ¡Lo sigo, Villarreal!
- ¡Viva Italia, Germán!
- ¡Viva la república!-, le contesta Tenderini, aludiendo a la unificación de Italia.

En medio del humo y las vigas encendidas que caen, logra salir a la calle Villarreal, quien en vano había tratado de arrastrar a Quintanilla, que se aferraba a su camisa.

La Paila ya ha dado la alarma y las compañías comienzan a desplegar su material, aprovechando las acequias y los nuevos grifos de agua potable. Dominando el sector oriente, la bomba a vapor de la Primera inyecta agua a los dos pitones de bronce que intentan cortar el paso del fuego a las casas que bordean el teatro hacia la cordillera. Más al poniente, se ubica la nueva bomba a vapor de la Segunda, que cubre la esquina de San Antonio y Agustinas. Por la calle de San Antonio, los bombines de la Cuarta atacan la construcción por el muro sur, mientras la bomba a palanca de la Tercera apoya el trabajo de los bombines. Distribuidas a lo largo del edificio, las compañías de ganchos, hachas y escalas trepan hacia las alturas para facilitar el acceso de los pitones. El comandante Agusté Raymond dirige las acciones y todos intentan, infructuosamente, encontrar a Tenderini, que no salió del teatro.

Al día siguiente, el escenario es desolador, mientras amplias columnas de humo envuelven los escombros de un teatro calcinado. "El hermoso Teatro Municipal, sin disputa el mejor de América del Sur, ha sido reducido a un montón de ruinas (...). A las dos de la mañana, el incendio queda vencido", constató *El Ferrocarril*.

Las patrullas de bomberos buscan desesperadamente a Tenderini y solo en la tarde se encuentran los restos de un hombre en el sector del proscenio. Era Santos Quintanilla.

Nuevamente llegó la noche y el oficial escribe en el libro de guardia: "Tenderini no aparece; ya se teme otra víctima. Los escombros en parte han vuelto a inflamarse y un bombín se ocupa de extinguir el fuego".

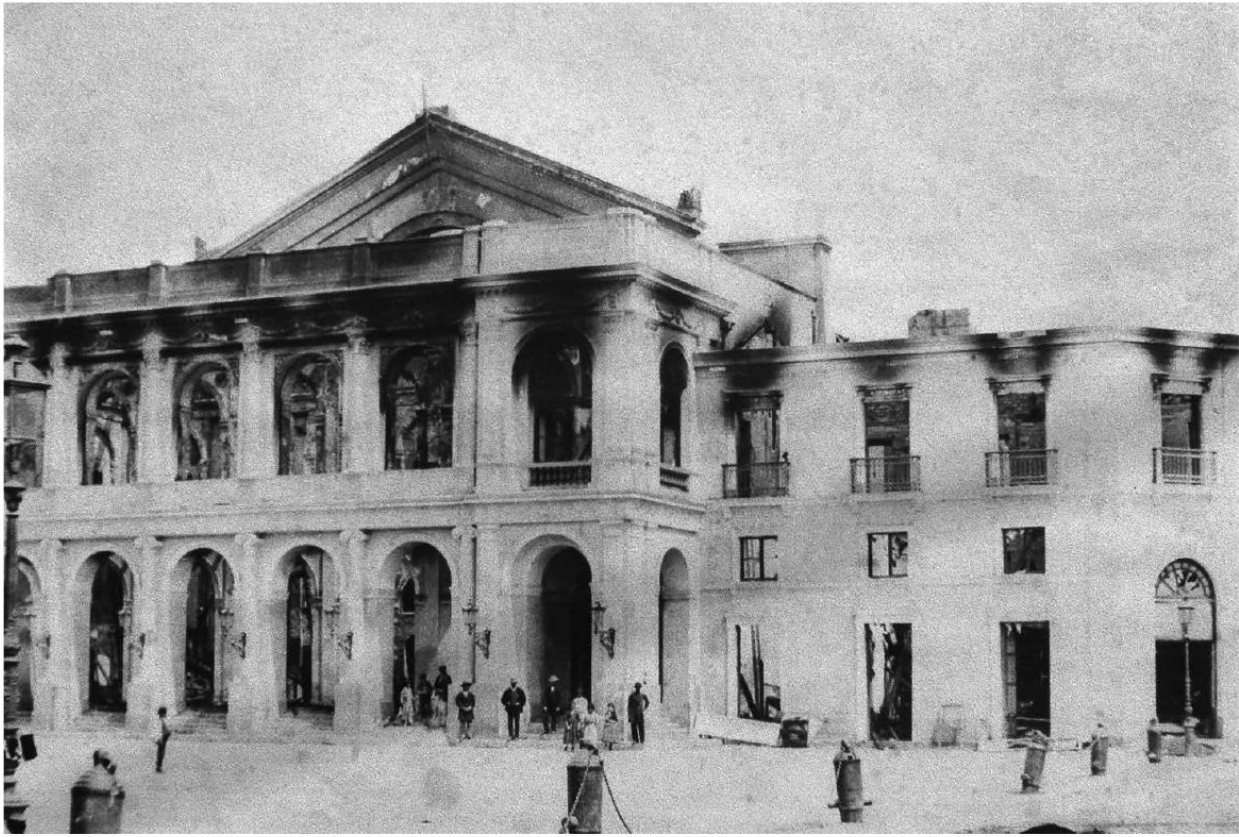
Solo en las primeras horas del 10 de diciembre, las patrullas encuentran el cuerpo calcinado de Tenderini. "Hoy, como a las 5 A.M. en el fondo del proscenio, que



Carlota Patti en el Teatro Municipal de Santiago



Arriba, la aplaudida cantante Carlota Patti, quien se presentó la noche del incendio en el Municipal. Cuando terminó su actuación y estando el teatro desocupado, se produce el siniestro que destruye el hermoso edificio. Al centro, Germán Tenderini, primer mártir del Cuerpo de Bomberos de Santiago, quien murió intentando cerrar las llaves del gas del recinto. Abajo, el reloj que permitió el hallazgo del cuerpo de Tenderini.



Después de la tragedia, el edificio del Teatro Municipal de Santiago muestra los estragos causados por el fuego el 8 de diciembre de 1870, justo siete años después del dramático incendio del templo de la Compañía de Jesús.

Crédito: Museo Histórico de Santiago



El Teatro Municipal de Santiago fue reconstruido por el arquitecto francés Lucien Henault, con la colaboración de sus colegas Eusebio Chelli, Ricardo Brown y Paul Lethoud, a partir de los planos originales realizados por el francés Brunet de Baines. Fue reinaugurado el 16 de julio de 1873.

Cortina Museo Teatro Municipal de Santiago

ardía aún como inmensa pira, hacia el oriente, como a dos metros de la muralla, y como a siete metros del lugar en que se encontró el cadáver carbonizado de Quintanilla, se han descubierto los restos de Tenderini. Esta espantosa realidad se comprueba con el hallazgo de varios objetos de su uso, reconocidos por sus amigos, que se han encontrado entre sus restos", quedó anotado en el libro de guardia de la Sexta Compañía.

El 12 de diciembre se realizaron los imponentes funerales del primer mártir del Cuerpo de Bomberos de Santiago. Una columna de bombas y carros portaescalas enlutados fue encabezada por el directorio y seguida por las siete compañías, con sus respectivos estandartes. Más atrás se ubicaban los integrantes del nuevo Club de la Reforma, delegaciones de gobierno, bandas militares y la masonería, que por primera vez lució sus insignias en público.

Al cruzar el puente de Calicanto, las floristas dejaron caer una lluvia de pétalos sobre el ataúd de Tenderini, iniciando así una tradición que se conserva hasta hoy.

MUERTE EN EL DEPÓSITO DE EXPLOSIVOS

Desde que se constituyeron las nuevas repúblicas latinoamericanas, luego de las guerras de independencia, se desató el inevitable enfrentamiento por las fronteras, tan ampliamente prefiguradas por el imperio español, conflictos que van a marcar los primeros años de los nacientes estados. En lo concerniente a Chile, desde que, en 1825, se fundara la nueva república de Bolivia, se instalaría una crisis permanente por los límites, marcados por el propio Simón Bolívar el día que tomó posesión del puerto de Cobija para darle salida al mar al país altiplánico. Ya en 1865, el congreso boliviano había aprobado la idea de declarar la guerra a Chile, aunque el conflicto que uniría a las repúblicas latinoamericanas contra España dejaría sin efecto la drástica medida. Pero en 1879, cuando en el sector boliviano de la costa del Pacífico el gobierno de La Paz decide, en forma unilateral, subir los impuestos a las empresas salitreras de Antofagasta, controladas principalmente por capitales británicos, estalla finalmente la conflagración tan largamente incubada.

El desembarco chileno en el puerto salitrero desatará una guerra que va a involucrar a Chile, Perú y Bolivia durante largos cuatro años, en los que muchos bomberos voluntarios irán a los campos de batalla, siendo los más reconocidos el guardiamarina Ernesto Riquelme, que participó en el Combate Naval de Iquique, e Ignacio Carrera Pinto, quien murió al mando de sus hombres en la Batalla de La Concepción. Pero al comenzar 1880, y cuando las tropas chilenas penetraban en territorio peruano, previo a las campañas de Tacna y Arica, una explosión en la Maestranza de la Artillería en Santiago puso en peligro el arsenal de guerra y la vida de la población.

Alrededor de las nueve de la mañana del 27 de enero, un estallido estremeció el sector central de la ciudad. En pocos momentos, la noticia de un incendio en los depósitos de explosivos hacía huir a los vecinos, mientras la campana de alarma llamaba a los bomberos. Carros portaescalas y bombas se cruzan en las principales avenidas con una masa humana que arranca presa del terror. "Las bombas corriendo a todo escape por las calles, los policiales tocando a incendio, los bomberos dirigiéndose a caballo o en coche al lugar del peligro (...). Las familias cercanas a la Artillería huían espantadas a la Alameda pidiendo auxilio y creyendo llegado el último momento de su vida", describió el diario *El Ferrocarril*.

Al llegar al siniestro, los bomberos desplegaron sus escalas y mangueras, mientras trepaban por los muros destruidos por las explosiones, en medio del ruido de los estallidos de las granadas, que seguían amenazando el trabajo y la vida de los voluntarios "La Compañía de Salvadores y Guardia de Propiedad en unión de soldados del Ejército y de la Policía se ocupó de sacar los muertos y los heridos de entre los escombros y trasladar los cajones de proyectiles en peligro", detalló *El Ferrocarril*.

A pocas cuadras, en casa Magdalena Vicuña, en calle Castro, se improvisa rápidamente un hospital de sangre, aunque los vidrios de la residencia muestran los estragos de las fuertes explosiones.

Una hora y media más tarde, el fuego seguía sin control, amenazando ahora los muros de la Santa Bárbara, el depósito principal de explosivos del almacén militar. La alarma se esparció rápido, aterrando al vecindario, que se volcó en dirección al Parque Cousiño y al Camino

El fuego sin control amenazaba el depósito principal de explosivos del almacén militar. La alarma se esparció rápido, aterrando al vecindario, que se volcó en dirección al Parque Cousiño.

Ilustración que muestra el trabajo de las compañías en el interior de los patios del Cuartel de la Artillería, cuando ya el incendio ha sido extinguido por el arriesgado trabajo de los bomberos y el peligro de explosión había desaparecido.



de Cintura, actual Avenida Vicuña Mackenna. "Los bomberos, resueltos a morir mil veces antes de que el polvorín estallase, duplicaron esta vez sus esfuerzos y reuniendo todos los pitones de que podían disponer, arrojaron sobre él un torrente de agua que detuvo el peligro y salvó a la ciudad", graficaría *El Ferrocarril*.

A las doce y media, el amenizador peligro había pasado, aunque ya se consignaba un trágico saldo de veinte muertos, dieciséis heridos y daños en casas a cuatro cuadras a la redonda entre las calles San Diego y Ejército, una de ellas consumida totalmente por el fuego, en la esquina de Blanco Encalada y Castro.

A pesar de la riesgosa faena, ningún bombero resultó lesionado y las pérdidas de material fueron menores, como lo registró el libro de guardia de la Tercera Compañía: "Pérdidas: Un perno de la bomba de palancas, una tuerca de un perno del 2º gallo, una cama de la rueda chica del 1er gallo. Bomba a vapor: Un tubo roto, una cama y dos rayos quebrados, dos faroles de los manómetros y cuatro mangueras rotas".

Orgulloso por el accionar de sus hombres, el directorio del Cuerpo de Bomberos de Santiago acordó enviar una nota a las compañías "manifestándoles su reconocimiento por los sobresalientes servicios prestados por los bomberos que asistieron a salvar la ciudad entera el 27 del corriente, fecha del fatal accidente ocurrido en la Maestranza de la Artillería", según re-

cuerda Jorge Recabarren, en *El Cuerpo de Bomberos de Santiago*.

Del mismo modo, la Municipalidad de Santiago decidió entregar una medalla a los bomberos y auxiliares que estuvieron presentes en esa jornada, gesto que se repitió un siglo después, en 1980, con motivo del centenario de ese trágico episodio, oportunidad en que el municipio prendió una medalla conmemorativa en los estandartes de las compañías que estuvieron presentes en dicho acto de servicio.

Las campañas de la guerra contra Perú y Bolivia terminaban, y los hombres y mujeres, soldados y cantineras, que habían participado en la conflagración regresaban a un país que crecía en lo económico y militar, enriquecido por el oro blanco de las salitreras. Al Presidente Aníbal Pinto le había correspondido declarar la guerra en 1879, Domingo Santa María firmaría la paz, y, al sucesor de ambos, José Manuel Balmaceda, le tocará hacerse cargo de la crisis política por la propiedad de los citados yacimientos de salitre, que terminará en una dramática guerra civil, que enfrentará al poder ejecutivo y el Congreso.

PROHIBIDO DAR SEÑALES DE ALARMA

En enero de 1891, la escuadra nacional salía de Valparaíso para constituir, en Iquique, una junta de gobierno, luego de proclamar la inconstitucionalidad del

mandato del Presidente Balmaceda. La guerra civil se iniciaba en el norte del país, donde los antiguos compañeros de armas de la Guerra del Pacífico se enfrentaban ahora entre ellos, y con mayor odio.

El gobierno sospecha de todos y prohíbe que se toque la campana de alarma de los bomberos. Podría ser la señal del alzamiento congresista en la capital. Del mismo modo, suspende el uso de los teléfonos, lo que deja al Cuerpo sin comunicaciones. La tensión entre gobierno y bomberos fue aumentando y, el 27 de enero, un piquete de 80 soldados irrumpe en el Cuartel General para sacar la bomba a palanca de la Primera y llevarla a una amaga de incendio en el palacio de La Moneda. Advertidos a tiempo, en la Quinta no pudieron hacer lo mismo y, ante las protestas del comandante, las autoridades incluso dieron explicaciones.

Sin embargo, cuatro días después, el intendente José Miguel Alcérreca mandaba una elocuente nota al comandante del Cuerpo de Bomberos, Anselmo Hevia Riquelme. "El señor ministro del interior con esta fecha (21 de enero de 1891) me comunica lo que sigue: Sirvase V.S. prohibir que en lo sucesivo y hasta nueva orden se toque la campana del Cuartel General de Bomberos, y las demás que es costumbre tocar en la ciudad en caso de incendio. Si sobreviene algún incendio, la policía dará aviso a los cuarteles por medio de los teléfonos y a los bomberos por este mismo medio o por sus agentes. En casos de incendio o de ejercicios doctrinales, los Capitanes de Compañías o el Comandante procederán de acuerdo respecto de la ubicación del material con el prefecto de Policía o con quien haga sus veces. Lo transcribo a usted para su conocimiento y fines consiguientes. Dios guarde a Ud.", decía el intendente, según recoge Jorge Recabarren en *El Cuerpo de Bomberos de Santiago*.

Las dificultades continuaron, las alarmas no pudieron ser avisadas con oportunidad y se produjeron forcejeos entre policías y bomberos por el material de incendios. Incluso, varias dependencias de las compañías fueron ocupadas por las tropas y algunos de sus salones se convirtieron en caballerizas. En medio de esta situación caótica, se produce el mayor de los incendios de la época.

Pasadas las dos y media de la madrugada del 4 de junio de 1891, un guardia municipal contratado por el comercio llegó has-

ta las puertas del Cuartel General a avisar que había visto un incendio en el edificio de la Unión Central. El cuartelero, impedido de tocar la campana de alarma, intentó llamar por teléfono, pero, al no lograrlo, corrió a casa del comandante. La situación se tornaba dramática en cada segundo que pasaba. El comandante intentó comunicarse con el propio intendente y otras autoridades, pero fue imposible. Cuando ya había pasado una hora del aviso de emergencia, las llamas alcanzaban una gran proporción y el material empezaba a salir en forma espontánea de los cuarteles, llegó por fin un guardián con la orden del intendente Alcérreca autorizando el uso de la campana de alarma.

El fuego avanzaba por calle Ahumada, devorando ambas veredas y sus valiosas propiedades. "A esa hora, cerca de las cuatro de la mañana, el incendio, mejor dicho la inmensa hoguera, parecía invencible. En una extensión de más de media cuadra, las llamas se elevaban como un torbellino, saltando de una propiedad a otra y venciendo todos los obstáculos que se oponían a su marcha triunfante", relata Ismael Valdés Vergara en el libro *El Cuerpo de Bomberos de Santiago, 1863-1900*.

Era imposible entrar a ese túnel ardiente y los bomberos comenzaron a rodear el sitio en llamas, cortando con hachas los posibles caminos del fuego y creando una cortina de agua en torno a las propiedades que ya era imposible salvar. "Cuando las bombas llegaban y tomaban su colocación, ardían por entero los almacenes y edificios del Circulo Católico y los edificios del fondo de la Universidad Católica, formando una inmensa columna de llamas, que favorecidas por el viento extraordinario que corría, comunicaron repentinamente el fuego al través de la calle Ahumada a las casas de don José Alberto Bravo y del Hotel de los Hermanos", escribió el comandante en el respectivo parte de incendio.

Como dos tenazas de agua, las compañías se desplegaron en el frente del incendio, divididas en dos columnas de ataque. En Ahumada, entre Huérfanos y Agustinas, y en la propia Agustinas, entre Bandera y Estado, se ubicaron la Primera, Segunda y Tercera compañías de bombas y la Octava de escalas. La otra columna, integrada por la Cuarta y Quinta de bombas y la Séptima de escalas, se colocó por Ahumada, entre Moneda y Alameda de las Delicias, extendiéndose por Moneda,

El gobierno sospecha de todos y prohíbe que se toque la campana de alarma de los bomberos. Podría ser la señal del alzamiento congresista en la capital.



Arriba, histórica foto tomada a los bomberos y vecinos de la época en la mañana del 5 de junio de 1891, luego de haber controlado el gran siniestro de calle Atumada, que se recuerda como el incendio de la Unión Central, por haberse iniciado en ese lugar. Abajo, el hermoso edificio neoclásico del Congreso Nacional había sido construido junto a los jardines que recordaban la tragedia del templo de la Compañía de Jesús. El 18 de mayo de 1895, las llamas estremecían el mismo lugar.

desde Ahumada hasta Bandera, La Sexta, en tanto, dedicaba su trabajo a rescatar muebles y mercancías de casas y locales comerciales, donde el fuego lo permitía.

La agotadora lucha entre los débiles chorros de agua y la masa rugiente de humo y llamas se prolongó hasta el día siguiente, cuando, a las once de la mañana, comenzaron a retirarse las primeras compañías. Se organizaron turnos para la remoción de escombros, labor que continuó por otros dos días.

Pese a la tardía reacción y la magnitud del siniestro, no hubo víctimas ni heridos que lamentar.

Pocos años habían pasado desde que terminara la crisis política que llevó al país a la guerra civil y a la muerte del Presidente José Manuel Balmaceda en la embajada argentina, cuando se quemó completamente el edificio del Congreso Nacional, símbolo del nuevo régimen instaurado en 1891.

EL CONGRESO CONVERTIDO EN CENIZAS

La expulsión de los jesuitas del reino de España, en 1767, dejó varias de sus propiedades libres, incluyendo un terreno en calle Atravesada de la Compañía (actual Bandera), donde precisamente se había ubicado el siniestrado templo de la congregación religiosa. Fue durante el gobierno de Manuel Montt que se resolvió habilitar ese espacio, que alcanzaba por Compañía hasta la calle de Morandé, para levantar allí el futuro Congreso Nacional. Pero las finanzas públicas no permitieron avanzar con las obras hasta que, durante el mandato del Presidente Federico Errázuriz Zañartu, se consiguió un préstamo de 350 mil pesos para terminar el trabajo, lo que solo se logró cuatro años más tarde, en 1876. "Los arquitectos que dirigieron el trabajo del importante edificio no tomaron en cuenta los peligros de incendio y se olvidaron de adoptar hasta las precauciones más elementales contra el fuego. No había en el extenso edificio ni una sola pared corta-fuego", advierte Ismael Valdés Vergara en *El Cuerpo de Bomberos de Santiago, 1863-1900*.

Y como si el descuido tuviera siempre un alto precio, a la una y media de la madrugada del 18 de mayo de 1895, el fuego envolvía la impresionante construcción, mientras la campana del Cuartel General llamaba a los bomberos.

Lo que se quemaba era mucho más que un imponente edificio: eran los anales y la biblioteca del Congreso y los archivos de la Dirección de Obras Públicas. Más rápido de lo imaginado, las llamas coronaban el recinto por calle Morandé, haciendo imposible el corte del fuego, que ahora se desplazaba libremente por todo el interior de la construcción, sin encontrar muros ni dificultades en su avance. "La corriente de aire había propagado el fuego en la techumbre por todos los contornos del edificio, y era por consiguiente ilusoria toda esperanza de sofocar el incendio" (Valdés Vergara, op. cit.).

El comandante Emiliano Llona organizó el trabajo de las doce compañías, evitando poner en riesgo la vida de sus voluntarios ante los constantes derrumbes que iban destruyendo el edificio. Todo el interior era una hoguera alimentada "por muebles, maderas y virutas, que ardiendo habían comunicado ya el fuego a la construcción que separaba el gran salón del pórtico principal" (op. cit.).

Las compañías desplegaron su material para alcanzar los puntos más importantes de la gran construcción, pero la tarea era simplemente imposible porque, a través de los pasillos, convertidos en ríos de fuego, se iban destruyendo las oficinas y salones de diputados y senadores. Alcanzar la sección de Obras Públicas era ya inútil y los bomberos optaron por prestar su ayuda en el rescate de los documentos más valiosos, guiados por funcionarios del Congreso.

"Uno de los empleados del Senado que llegó en los primeros momentos del incendio, el señor José Ramón Ballesteros, hace el siguiente relato: 'Cuando, al primer toque de la campana de los bomberos, acudí al lugar del siniestro las llamas salían por las ventanas del segundo piso (y) creí que lo más importante era salvar los archivos. En efecto, ayudado por dos o tres auxiliares del cuerpo de bomberos y algunas personas más, forzamos la puerta principal del salón de honor. El señor intendente me hizo acompañar de varios hombres con luz y entonces pudimos entrar a las oficinas de la secretaría del Senado y acarrear a la casa del señor Novoa una gran cantidad de libros originales, actas y otros papeles'. Tales son los pocos datos que la hora avanzada nos permite consignar (...). Lo salvado es muy poco, para comprender cuán grandes son las pérdidas y cuán valiosos los archivos

Las llamas coronaban el recinto por calle Morandé, haciendo imposible el corte del fuego, que ahora se desplazaba libremente por todo el interior del Congreso, sin encontrar muros ni dificultades en su avance.

y trabajos perdidos", trató de ponderar el diario *El Ferrocarril* en la edición que circuló esa misma jornada.

El comentario obligado de aquel día fue la escasa resistencia que ofreció el monumento símbolo del parlamentarismo chileno, que en apenas sesenta minutos se transformó en cenizas. "El valioso edificio que había demandado el gasto de un millón de pesos de 48 peniques quedó convertido en ruinas en menos de una hora, a causa de no haberse consultado en su construcción las medidas más elementales contra el fuego" (Valdés Vergara, *op. cit.*).

La alarma se dio por finalizada a las nueve de la mañana y, hasta la noche siguiente, las compañías fueron rotando en el resguardo del sitio siniestrado.

ATRAPADOS EN EL COLEGIO DE LOS PADRES FRANCESES

Un clima político y social bastante diferente se vivía en Chile y el mundo en 1920, cuando Santiago volvió a estremecerse con un incendio de grandes proporciones. Apenas habían pasado dos años del término de la Primera Guerra Mundial y un intenso ambiente electoral se respiraba en el país, que en el mes de abril debía definir el futuro Presidente entre dos de los candidatos más fuertes: Arturo Alessandri Palma, por la Alianza Liberal, y Luis Barros Borgoño, por la Unión Nacional. Las discusiones se contraban en la dieta de los congresistas y en los bajos sueldos de las fuerzas armadas y de los funcionarios públicos, quienes progresivamente tomaban mayor protagonismo en la sociedad.

Recién había pasado el mediodía del 7 de enero de ese año, cuando las bombas y portascaldas salían de sus cuarteles en dirección a Delicias con Campo de Marte. La alarma señalaba que el fuego había estallado en la cocina del Colegio de los Padres Franceses, afectando principalmente la citada esquina y propagándose rápidamente hacia la capilla y otros locales por las calles Campo de Marte y Padura.

El Colegio de los Padres Franceses era uno de los más importantes de la capital, con 600 alumnos y la más completa infraestructura docente. El sitio original había pertenecido a Rosario Albano de Monitt y quedaba rodeado por las calles Sazié, Alameda de las Delicias, Padura (actual Carrera) y Campo de Marte (hoy Almirante Latorre).

"Las bombas, como de costumbre, acudieron presurosas al local amagado, pero se estrellaron con dificultades insalvables. Desde luego la escasez de agua que fue extrema y el viento que en esos momentos soplaban con fuerza hicieron que el fuego tomara gran incremento hacia el nor-oriente", explicó el diario *El Mercurio* del día siguiente.

La gigantesca construcción, sin muros cortafuegos en su interior, muy pronto se convirtió en un horno que sofocaba al personal que trabajaba en el segundo piso del inmueble, donde estaba el laboratorio, junto a varias salas de clases y oficinas. En la esquina trabajan en labores de extinción y rescate principalmente los hombres de la Tercera y Sexta compañías, y de acuerdo a lo anotado luego en el diario de guardia de la Sexta por el teniente segundo Daniel Zamudio, a los pocos minutos de iniciar su faena, una "ignición fugaz" encendió el lugar, obligando a una inmediata evacuación.

La explosión de uno de los laboratorios del gabinete de química envió a los bomberos que trabajaban sobre ese lugar. Había que salir, pero las escalas no eran suficientes y las llamas comienzan a atacar por la espalda a los atrapados.

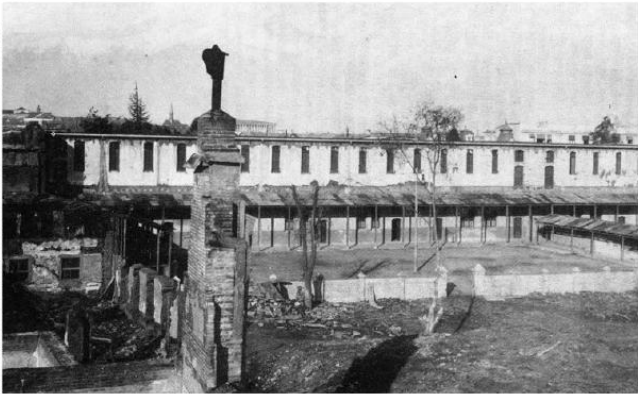
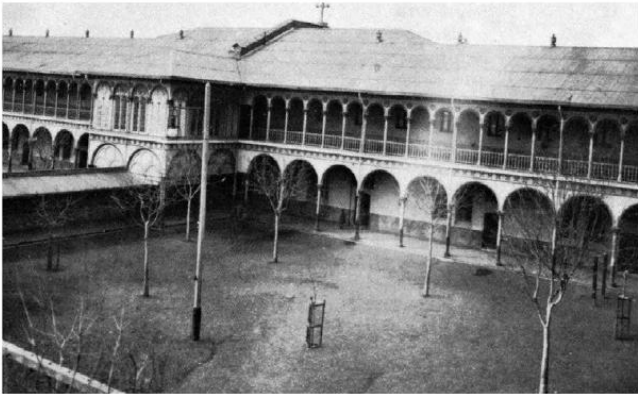
"Un grupo numeroso de bomberos se hallaba en la sala de historia Natural salvando piezas del gabinete, cuando fue rodeado inesperadamente por un torbellino de llamas. Algunos buscaron las escaleras, pero éstas habían sido quitadas; (...) los más saltaron a la calle sufriendo las contusiones consiguientes, otros fueron cogidos por las llamas; cuando los sacaron estaban casi quemados y sin conocimiento", observó *El Mercurio*.

Era tal el número y peso de los que van bajando, que las escalas se rompen, al igual que la loma de deslizamiento instalada desde el segundo piso. Los que no han logrado salir, comienzan a arrojar a la calle. Se observan rostros y espaldas quemadas, y también se aprecia la desesperación de sus compañeros, que intentan trasladar en forma urgente a los 52 heridos que registró la catástrofe. Unos parten hacia el hospital San Vicente de Paul y otros a la Clínica Alemana, cuyo director es el voluntario de la Sexta Alberto Mansfeld. Varios lesionados van en condiciones de extrema gravedad.

Luis Phillips, comandante del Cuerpo de Bomberos de Santiago, señalaría posteriormente en su informe al directorio:



El incendio del Colegio de los Padres Franceses cobró la vida de dos hombres del Cuerpo de Bomberos de Santiago: Florencio Bahamondes, integrante de la Tercera Compañía, y Alejandro Accetta, de la Séptima, a quien corresponde esta carta de puto y letra en la que agradece haber sido incorporado a su compañía y jura estar dispuesto a entregar la vida en cumplimiento de su deber.



Fotografías de la catástrofe: Arriba, el Colegio de los Padres Franceses tal como era antes del incendio. Abajo, el mismo recinto poco después de la tragedia.

Arriba, una antigua fotografía de 1904 que muestra el patio del Colegio de los Padres Franceses tal como era antes del incendio. Abajo, elocuente imagen del mismo recinto poco después de la tragedia.



Muros y emplazamiento original de la capilla del Colegio de los Padres Franceses, que resultó completamente destruida por el incendio.

Colegio de los Padres Franceses, Santiago, 1900. Foto de la Biblioteca Nacional de Chile.



El trabajo de los voluntarios durante el incendio. Se observa el despliegue del material de los bomberos en la calle Padura, a pocos metros de la Alameda Bernardo O'Higgins.

"Todo el costado del edificio que da a la calle Padura en una extensión de 150 metros, formaba un solo techo, y como si no fuera suficiente, tenía tres secciones más o menos de sesenta metros de longitud cada una, que partiendo de la sección de Padura hacia el oriente, formaba un total de trescientos cincuenta metros aproximadamente, sin corta-fuego alguno, con el techo unido, formando una gran chimenea en el entretecho".

En la madrugada del jueves 8, falleció a causa de sus quemaduras el joven secretario de la Tercera Compañía Florencio Bahamondes Álvarez y, una semana más tarde, el 15 de enero, se informaba desde el Hospital Alemán la muerte del voluntario de la Séptima Alejandro Acosta Lillo. La ausencia, una vez más, de muros cortafuegos, cobraba ahora sus primeras víctimas del servicio voluntario.

MURO DE VOLUNTARIOS EN EL GASÓMETRO

Hacia apenas un mes que el Presidente Pedro Aguirre Cerda se había instalado en La Moneda, cuando, el 24 de enero de 1930, un terremoto nocturno destruyó completamente la ciudad de Chillán y re-

mejó con igual fuerza Concepción, transformándose en el movimiento telúrico que mayor cantidad de muertos ha provocado en el país: 5.648 víctimas fatales, de acuerdo a las cifras oficiales, y más de veinte mil, según las estimaciones de prensa.

Todavía seguían llegando estremecedores relatos desde la zona afectada y el gobierno empezaba a enfrentar la reconstrucción con el poderoso instrumento de la recién creada Corporación de Fomento de la Producción (Corfo), cuando una emergencia casi desconocida en la historia, el incendio del Gasómetro, amenazó con convertirse en una tragedia de magnitud inasospechada en Santiago.

"En las primeras horas de la mañana de ayer se declaró un violento incendio en el depósito y desvío de la West India Oil Co., ubicado en calle Exposición 1372, que amenazó los estanques de petróleo. El fuego comenzó a las 7:55 A.M. a causa de unas chispas que saltaron del motor de un camión del reparto que se encontraba en un patio del local y se propagó rápidamente debido al material inflamable que había cercano a los estanques", resumió *El Mercurio*, un día después de la alarma del 10 de mayo.

La explosión provocó el incendio de los otros camiones que ya estaban con sus estanques llenos, y, en pocos segundos, las

La ausencia, una vez más, de muros cortafuegos, cobraba ahora sus primeras víctimas del servicio voluntario: Florencio Bahamondes, de la Tercera, y Alejandro Acosta, de la Séptima.



Vista general de la Fábrica de Gas de Santiago. También conocida como el Gasómetro, que nunca antes en su historia se vio amenazada por un siniestro como el que se inició a pocos metros, en el depósito y depósito de la West India Co. La emergencia fue de tal gravedad para la ciudad, que fue comparada por el entonces comandante Alfredo Santa Pauta con el incendio ocurrido, en 1890, en el Cuartel de Artillería.



Los voluntarios debieron concentrar su tarea en refrescar los estanques de combustible amenazados por el incendio, para evitar sucesivas explosiones en un par de manzanas destinadas al almacenamiento de diversos materiales combustibles.



Durante largas cinco horas, la totalidad de los voluntarios del Cuerpo tuvieron que establecer una cortina de agua para evitar la propagación del fuego, que se inició por unas chispas de un camión destinado al transporte de combustible.

llamas alcanzaban las edificaciones de la planta de combustibles. La situación se tensionó por la amenaza de que el fuego llegara a los grandes estanques y el temor se agudizó todavía más cuando, como en un anuncio premonitorio, estalló un contenedor de cinco mil litros, inflamando todo a su alrededor.

"Inmediatamente los operarios del establecimiento trataron con todos los elementos a su alcance de impedir que el fuego se comunicara a las otras dependencias del depósito y alcanzara hasta los grandes estanques. En esta lucha de los primeros momentos, doce obreros resultaron lesionados", informó *El Mercurio*.

En esos momentos, electrizados por el sonido de la Palla, comienzan a llegar las primeras máquinas al lugar, donde todo es miedo y confusión. Las instrucciones son precisas: el fuego amenaza tres gigantescos estanques de 500 mil litros cada uno y las compañías deberán organizar una cortina de agua que impida que el fuego llegue hasta ahí. Fue una loca carrera armando pitones hasta generar dicha barrera de agua, en medio del constante peligro que significaba estar justo en el punto donde podía producirse una de las tragedias más grandes de la ciudad.

Todas las compañías del Cuerpo permanecieron en el lugar durante infinitas cinco horas, hasta que, finalmente, el incendio se rindió acotado por este cerco.

El comandante Alfredo Santa María señaló entonces a la opinión pública que

"el incendio que afectó a la referida planta constituye, a mi juicio, uno de aquellos en que se ha puesto más a prueba la serenidad y el valor de los bomberos de Santiago (...). Se dieron por entero al cumplimiento del deber, sin que se notasen vacilaciones ni incertidumbres", según recogió *El Quintino Ilustrado*. El comandante comparaba este incendio con el inminente peligro que vivió la ciudad en el incendio de la Maestranza de la Artillería, en 1880.

En los años posteriores a este siniestro y, particularmente, en la década de los 60, Chile, Latinoamérica y el mundo experimentan profundas transformaciones y reformas sociales y políticas, de las que no estuvieron ausentes los bomberos. Ya en 1970, el Cuerpo de Bomberos de Santiago cuenta con quince compañías, 1501 voluntarios, cuatro brigadas -Brigada 1 Nogales (1959), Brigada 2 Cerrillos (1963), Brigada 3 Manquehue (1967), Brigada 4 Barnechea (1967)- y una unidad en formación, que luego daría paso a la Vigésima Compañía en el sector alto de la capital.

Este mismo sería el dispositivo que desplegaría el Cuerpo en los múltiples episodios registrados en los tres años de ejercicio del Presidente Salvador Allende y en la acción militar que llevó a su derrocamiento el 11 de septiembre de 1973, la cual tuvo como corolario el bombardeo y posterior incendio del propio palacio de gobierno.

Las instrucciones son precisas: las llamas amenazan tres gigantescos estanques de 500 mil litros de combustible y las compañías deberán organizar una cortina de agua que impida que el fuego llegue hasta ahí.



Diversos incendios de los años 50, 60 y 70. (1) Una ambulancia de la Asistencia Pública, pollos y los testigos de rigor en un incendio ocurrido en la parte antigua de Santiago el 28 de noviembre de 1957. (2) Los voluntarios apuntan sus pitones a un viejo edificio ubicado en Brasil con Compañía, en la tarde del 28 de junio de 1977. (3) Portada de la revista Ércila que recoge con cierto humor el incendio ocurrido en la noche Santiago Zúñiga, de 21 de Mayo con Santo Domingo, en enero de 1951.



El casco histórico de Santiago sufrió con los incendios en esta época. (1) El domingo 17 de febrero de 1961 se produjo un siniestro que afectó al restaurante Faisán d'Or y el Arzobispado de Santiago, en la Plaza de Armas. (2) Incendio de la Logia Masónica, en la Alameda. Con el pitón trabajaba en lo alto José Manuel Beyría, quien llegó a ser director de Impuestos Internos en los años 70. (3) Todo el despliegue del material de escalas en el incendio que sufrió la construcción de San Martín con la Alameda, en octubre de 1970.



Los religiosos observan las ruinas de la iglesia de Santo Domingo, ubicada en Santo Domingo con 21 de Mayo, después que el terremoto del domingo 22 de septiembre de 1963 destruyera completamente el interior del templo de piedra.

EL PALACIO DE GOBIERNO EN LLAMAS

Cuando los oficiales generales del Cuerpo escucharon por radio que el Presidente Salvador Allende no había aceptado la rendición y que la nueva Junta de Gobierno, constituida por las Fuerzas Armadas y de Orden, había dado un ultimátum al mandatario antes de bombardear por aire La Moneda, temieron por la seguridad del personal reunido en el cuartel de la Quinta Compañía, ubicada a menos de dos cuadras del edificio de gobierno. "De inmediato ordenaron la evacuación (de la unidad), pero el capitán Jaime Egaña les informó que el Regimiento Blindados había tomado posesión del cuartel y establecido un puesto de mando, lo que indicaba que el edificio no corría peligro", escribe Agustín Gutiérrez Valdivieso en su *Historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago*.

Ese martes, Santiago era un extenso y extraño campo de batalla, con miles de personas que habían intentado llegar a sus trabajos y se encontraban en medio de disparos, fuertes cañonazos y las calles controladas por tropas y vehículos blindados. El objetivo de los militares era el control del palacio de gobierno, desde donde, también por una cadena de radios leales, Allende había dicho que resistiría hasta el final.

En el libro de guardia de la Quinta, se consigna el ingreso de un vehículo militar de enlace radial a la sala de máquinas, hasta donde también se bajaron los colchones de la guardia nocturna para atender a los heridos. "El capellán del Regimiento Blindados (padre Venegas) administró los últimos sacramentos a un soldado baleado en el ojo derecho y a otro que tenía el pulmón perforado", es posible leer en el registro interno de la citada compañía.

Un pormenorizado informe de los sucesos de esa jornada fue entregado por el superintendente del Cuerpo, Sergio Dávila Echaurren, en la sesión ordinaria del directorio de aquel mes de septiembre. En él, Dávila recuerda que se entró del movimiento militar a las ocho de la mañana del día once y que, un par de horas después, ya estaban reunidos en el Cuartel General. "Advertíamos desde aquí y se nos comunicaba desde diversos cuarteles que había estallado ya un siniestro en el palacio de La Moneda, pero no teníamos la posibilidad de acudir" (Agustín Gutiérrez Valdivieso, *op. cit.*).

En esas confusas circunstancias, a las 10.24 horas, la Central despachaba a la Cuarta, la mecánica de la Octava y el carro de la Duodécima a un llamado de comandancia en Teatinos 891. En la casa habitación se quemaban papeles, libros y documentos -hecho que se repitió durante todo ese día y a lo largo de todo el país- y la humareda había alarmado a los vecinos. Al dirigirse al lugar, la mecánica de la Octava fue detenida por una patrulla del Ejército que custodiaba el puente Recoleta, debiendo regresar a su cuartel.

El primer ataque aéreo realizado ese día por los Hawker Hunter se centró en la casa presidencial de Tomás Moro, en el sector alto de la ciudad, y como consecuencia de este hecho, a las 12.46 horas, se despachaba un nuevo llamado de comandancia, ahora a Avenida Las Condes con Waterloo, donde un rocket lanzado por uno de los aviones contra la residencia de Allende había impactado en el Hospital de la Fuerza Aérea. A la emergencia concurren la Decimotercera, la Vigésima y el carro de la Decimoquinta.

En paralelo, la Junta Militar había ordenado el bombardeo de La Moneda, donde, tras pedir la salida de los funcionarios del palacio, Allende se despedía con un mensaje emitido por radio Magallanes, la última emisora que aún no había sido clausurada por las Fuerzas Armadas.

A las 12 horas, los Hawker Hunter dejaban caer su mortífera carga durante diecisiete ataques continuos. El enfrentamiento entre los militares y los francotiradores que aún defendían el palacio o se ubicaban en algunos edificios públicos vecinos se intensificó, mientras una gigantesca humareda se levantaba desde el edificio en llamas.

Ante las continuas llamadas recibidas, la Central solicitó autorización para acudir al incendio, pero la comandancia de la Guarnición Militar de Santiago señaló que no estaban las condiciones para concurrir al edificio de gobierno y que avisaría en el momento oportuno, cuestión que ocurrió recién a las 15.30 horas.

En el minuto indicado por los militares, el comandante Fernando Cuevas Bindis dispuso la salida de la Primera, Quinta y Duodécima compañías, a cargo del segundo comandante y otros oficiales, quienes, ya en el lugar del incendio, ordenaron la concurrencia de la Cuarta, Novena y Sexta, y, más adelante, de las otras compañías.

Los militares ya habían tomado el control del palacio, pero en forma aislada continuaba el fuego cruzado con los francotiradores ubicados en los edificios aledaños, lo que dificultaba cualquier desplazamiento de los bomberos.



© FOTOGRAFÍA: SERGIO LA TORRE



Gerardo Liberman / Archivo Lince (APF/INIC)

Cuando llegó el material, todo el sector correspondiente a la Intendencia, el Ministerio del Interior y las oficinas de la Presidencia se encontraban en llamas, y algunos sectores completamente destruidos. El trabajo de los bomberos se centró, principalmente, en salvar la parte correspondiente al Ministerio de Relaciones Exteriores, con frente a la Plaza de la Libertad.

Los militares ya habían tomado el control del palacio, pero en forma aislada continuaba el fuego cruzado con los francotiradores ubicados en los edificios aledaños, lo que dificultaba cualquier desplazamiento de los bomberos.

"La trifurca se ha colocado en la puerta principal, desde donde se ha sacado una línea y pitones de 70 mm hasta el patio de la fuente, entrando además con dos pitones de 50 mm, uno de ellos hasta el patio de los naranjos, mientras que dos pitones alimentados desde la misma máquina se han subido a los balcones del 2º piso", detalla el teniente segundo Felipe Weltz, en el libro de guardia de la Quinta Compañía.

La Central recibía, al mismo tiempo, numerosas llamadas avisando que ardía violentamente la sede del Partido Socialista, pero solo pudo enviar el material cuando la Guarnición Militar lo autorizó.

A las 15:44 horas, se despachó entonces el material al "llamado de comandancia" en calle San Martín con Moneda, saliendo al lugar la Segunda y la Tercera, además del portaescalas y la mecánica de la Octava.

El trabajo fue extremadamente complejo, por la cantidad de explosiones, balazos cruzados, la magnitud alcanzada por el siniestro y el escaso número de compañías, ya que la mayoría luchaba contra el incendio de La Moneda. A cargo estuvieron el tercer y cuarto comandantes, Jorge Trisotti y Enrique Chereau, mientras que el primero y el segundo, Fernando Cuevas y Jorge Salas Torrejón, respectivamente, se mantenían en el palacio de gobierno.

Trece minutos después de que saliera el llamado a La Moneda, hubo que enfrentar un segundo incendio: la sede del Partido Socialista, una construcción muy antigua de dos pisos. El incendio era mucho más peligroso, pero evidentemente no tenía la misma repercusión. El ambiente también era complejo, porque había francotiradores disparando", recuerda el ex comandante Cuevas, en el



Salvoconducto que debían portar los voluntarios para concurrir a las emergencias durante el prolongado período de toque de queda que marcó los primeros años del gobierno militar.



El trabajo de los voluntarios se prolongó durante todo ese 11 de septiembre, debiendo concurrir a tareas de remoción de escombros los días siguientes.

Uno de los momentos más dramáticos lo constituyó el retiro del cuerpo del Presidente Salvador Allende, envuelto en una manta y conducido por militares y bomberos.

número 53, de diciembre de 2012, de la revista 1963, del Cuerpo de Bomberos de Santiago.

Uno de los momentos más dramáticos lo constituyó el retiro del cuerpo del Presidente Allende, envuelto en una manta y conducido por militares y bomberos, encabezados por el capitán de la Duodécima, Mario Ilabaca.

El general Javier Palacios me avisa que Allende se había suicidado. Cuando estaban bajando el cuerpo por la salida de Morandé 80, los recovecos hacían ver que los restos no pasaban, así que, en el último trecho, prestamos ayuda. Ahí los reporteros immortalizaron el momento, pero no fue nuestra labor el retiro del cuerpo del Presidente", explica el mismo comandante Fernando Cuevas, en el citado reportaje de 1963.

Poco más tarde, a las 17.27 horas, surgió un nuevo llamado en el sector, exactamente en Compañía 1413, sede de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile. El fuego se presentaba en distintos puntos del edificio, siendo rápidamente controlado por las compañías Sexta, Dé-

cima y Decimosexta, que concurren al incendio.

El control del fuego y el trabajo de remoción de los escombros en La Moneda tomó largas y tensas horas, en un atardecer quebrado cada cierto tiempo por disparos aislados.

A las 22 horas, ya en pleno toque de queda, sin víctimas en sus filas y frente a una ciudad vacía, las compañías comenzaron a retirarse, dejando atrás el impresionante espectáculo del palacio diseñado por Joaquín Toesca perforado por misiles.

"Al amanecer (del día 12), cuando logramos dormirnos, cayeron los timbres de incendio. Se quemaba el edificio del diario del Partido Comunista 'Puro Chile'. El siniestro fue dominado rápidamente, no sin antes haber pasado un buen susto debido a explosiones de municiones allí guardadas", escribió el joven bombero universitario Arturo López en un pequeño texto que relata lo vivido por él en aquellas horas, que lleva precisamente por título "Recuerdos del voluntario Arturo López U".

En las primeras horas del 11 de septiembre, el Regimiento Blindados tomó posesión y estableció un puesto de mando en el cuartel de la Quinta Compañía de Bomberos, ubicado a dos cuadras de La Moneda. En los días posteriores, un diario de la capital recreó la situación con esta foto, que muestra la salida de la bomba Arturo Prat con protección militar.



La silueta de un bombero se dibuja en la puerta de entrada del palacio de La Moneda en medio del gran despliegue de material que se debió armar para combatir las llamas que sucedieron al bombardeo del edificio de gobierno.



EL TESTIMONIO DE ILABACA

El documental "Fuego cruzado", realizado por Paula Naves y Miguel Scheid, recoge, entre otros testimonios, un sobrecogedor relato de Mario Ilabaca sobre lo que le tocó vivir ese día 11 de septiembre de 1973 en La Moneda, donde, con el grado de capitán, se transformó en un inesperado protagonista al encabezar el grupo de bomberos que ayudó a retirar el cuerpo sin vida del Presidente Salvador Allende. Ilabaca, quien falleció en 2008, apenas semanas después de entregar este testimonio, recuerda que ese día partió con un severo diálogo con uno de sus hombres en la Duodécima Compañía.

—Se me acerca un voluntario y me dice: —Capitán, necesito conversar con usted dos palabras.

—Perfecto, dime de qué se trata.

—No, en su oficina privada—, me dijo. Bajamos al segundo piso y me dice: —Capitán, hay algo que usted no sabe y nadie sabe aquí: yo pertenezco a la Brigada Ramona Parra, y como no le quiero crear problemas a la institución...—, me pasa un papel y me dice:

—Aquí está mi renuncia.

Renuncia que tomé, ni siquiera la leí, la rompí y la tiré al canasto de la basura.

—Si te oigo hablar de política dentro del cuartel, no hay renuncia, te echo. ¡A tu puesto!.

Luego, Ilabaca relata el momento en que se retiró el cadáver del mandatario.

—Cuando estaba personal del Ejército, estaba el general (Gézar) Palacios ahí también, tratando de sacarlo en una camilla. Y el personal del Ejército estaba muy entorpecido, porque tenían las carabinas y todo. Entonces, uno de ellos tomó adelante, otro atrás, y el resto lo tomamos nosotros con otros voluntarios. Fue un poco difícil bajar la porque la escalera nos daba la curva para pasar bien. Pero fue una cosa circunstancial, así como estaba ya, podría haber sido cualquier otro voluntario. Es decir, la foto puede haber pasado a la historia, pero pasa la institución por su labor. Cuando hablan, llegan y dicen: "Y bueno y usted que lo vio. ¿Cómo estaba Allende? Porque usted sacó a Allende". Yo le digo: No, yo no saqué a Allende, señor, yo saqué al Presidente".

El capitán Ilabaca, a la derecha, y los voluntarios Alberto Curatier y Héctor Merville retiran el cadáver del Presidente Allende.

HORROR EN DIRECTO EN LA TORRE SANTA MARÍA

Si en 1970 poco más de veinte edificios se alzaban en la capital sobre los quince pisos, una década después la cifra sobrepasaba las 100 edificaciones, destacando por su altura y diseño la Torre Santa María. Ubicada junto al río Mapocho, en el sector norte de Providencia, la construcción mostraba orgullosa sus cien metros de altura, divididos en 30 pisos destinados a oficinas y subterráneos. Levantada a partir de 1977, la torre había sido inaugurada en 1979, como parte de un proyecto que contemplaba edificios de iguales características rodeados de áreas verdes y una plaza bajo nivel, que uniría el conjunto.

La imponente columna de acero y concreto, revestida de vidrios polarizados y rodeada de espejos de agua, era además un símbolo de seguridad, ya que contaba con una caja de escalas aislada solo para emergencias, construida con materiales que resistían el fuego hasta por dos horas y que disponían de sistemas de aire presurizado. A ello se agregaba los detectores de calor en cada piso, teléfonos internos comunicados con el centro de mando, red seca y red húmeda con veinte mil litros de agua, todo perfectamente visible para bomberos.

Pero esa seguridad fue inútil el 21 de marzo de 1981. Desde temprano, los trabajadores de una empresa externa instalaban alfombras en las oficinas del duodécimo piso. Por ser sábado, solo había en el edificio personal de aseo y mantención y algunos oficinistas. No más de 60 personas en todo lo alto del recinto.

La elevada concentración de gas proveniente del adhesivo utilizado, Neopren, llevó a los trabajadores a sacar uno de los vidrios de la fachada sur y trabar una de las puertas de la escala de seguridad para generar mejor ventilación. El ascensor número tres estaba detenido en el piso doce, ya que era usado para trasladar los materiales.

Eran las 10.15 horas cuando una explosión remeció el edificio. Reventaron los vidrios y se generó una masa de fuego que aniquilaba todo a su paso, generando una densa humareda y altas llamas que salían por las ventanas. La caja de seguridad se convirtió en un túnel de humo y gases tóxicos. Algunos empleados, alertados por la explosión, los gritos y el humo,

alcanzaron a bajar desde los pisos once y doce hacia la planta baja. Los que eran envueltos por el humo en los niveles superiores, iniciaban una frenética huida hacia el piso 29, para trepar por una escalerilla y alcanzar la losa de un helipuerto aún en construcción.

Nadie del edificio dio la alarma y fue el chofer de un radiotaxi, que pasaba por el lugar, quien avisó a bomberos. Confundido por la situación, señaló que el edificio en llamas era el Hotel Sheraton. La Central confirmó la emergencia por vía telefónica directa con el hotel, desde donde señalaron que se trataba de la torre vecina, en la que era posible ver gente en las ventanas y techo del edificio en llamas. A las 10.20 horas, salió el material de incendio, compuesto por seis bombas, dos carros cisterna, tres portaescales, una escala telescópica de 38 metros y vehículos de apoyo.

Tres minutos después de dada la alarma, llegaban los primeros vehículos a combatir el incendio, desde donde el segundo comandante pidió el despacho de tres mecánicas más, los dos carros del grupo de rescate y vehículos de apoyo pre-munidos con equipos autónomos de respiración y cascadas para cargar los tubos usados. También se solicitaba la presencia del Servicio Aéreo de Rescate (SAR) de la Fuerza Aérea y la Brigada Aeropolicial de Carabineros.

“La emergencia, que fue transmitida en vivo y en directo por televisión a todo el país, convocó más de 200 voluntarios. El trabajo fue muy complicado. La adrenalina era muy alta. Felizmente, el capitán de la época tuvo la iniciativa de usar un helicóptero de Carabineros en el que llegamos hasta la azotea, para sacar a la gente”, cuenta en el número 53 de la revista 1983 el reconocido andinista y bombero honorario de la Sexta Claudio Lucero, quien fue uno de los voluntarios que participó en el delicado trabajo en la altura.

La primera prioridad la tenía el rescate de los atrapados en lo alto de la torre, mientras el Cuerpo desplegaba sus armadas de incendio desde los cuatro costados. Pero la llegada de las escalas telescópicas enfrentaría un severo obstáculo: los espejos de agua impedían acercarse al edificio, obligando a bajar el ángulo de ataque al noveno piso, tres más abajo del foco del incendio.

Entonces las mecánicas se alzaron como torres de agua, lanzando sus vigorosos chorros al piso en llamas y evitando su

Pero la llegada de las escalas telescópicas enfrentaría un severo obstáculo: los espejos de agua impedían acercarse al edificio, obligando a bajar el ángulo de ataque al noveno piso, tres más abajo del foco del incendio.



centinela/1983

Imagen captada desde el interior de un móvil del diario Las Últimas Noticias, que se dirige al incendio que remeció al país y que luego sería transmitido en directo por los canales de televisión aledaños al edificio.



DANIEL BOLAÑOS

Un helicóptero comienza a posarse en la lisa de la Torre Santa María para iniciar el rescate de los funcionarios que se encontraban en los niveles superiores al duodécimo piso y que lograron escapar hasta la terraza del edificio.



DANIEL BOLAÑOS

propagación hacia los niveles superiores. Las líneas de mangueras, en tanto, entraban por la escala principal, trepando a pie hasta el lugar del incendio para atacarlo desde el interior.

Era un espectáculo estremeceador. Cascadas de vidrios caían como guillotinas hacia los accesos del edificio, obligando a extremas precauciones al personal de bomberos que trabajaba en la base. En lo alto, se hacía presente el primero de los helicópteros policiales, que desafiando la columna de humo y la baja sustentación por falta de oxígeno, iniciaba las primeras tareas de rescate en la terraza. Poco a poco entraban en acción un nuevo helicóptero policial, dos de la Fuerza Aérea y uno del Ejército, descoligando al techo a los grupos de rescate de bomberos.

Estaban desesperados por salir como fuera. Tuvimos que ponernos firmes para lograr ordenarlos y así regular la evacuación. Necesitábamos distribuirlos de acuerdo al peso que soportaba el helicóptero para iniciar el rescate. La desesperación hizo que algunos se lanzaran al vacío", agrega el mismo Claudio Lucero en mencionada edición de la revista 1863.

Una vez rescatados los que pedían auxilio en la terraza, este mismo equipo de voluntarios procedió a descender piso por piso en busca de personas atrapadas y realizando, a la vez, tareas de extinción.

Pero toda acción, todo riesgo empleado, no fue suficiente, porque el siniestro cobró once vidas. Unos se arrojaron al vacío, otros murieron atrapados en los ascensores y, los primeros, no alcanzaron a arrancar de las llamas.

Ante la ausencia de uno de los bomberos de la Decimotercera Compañía, se realizó una segunda revisión, encontrándose en el interior de uno de los ascensores el cuerpo sin vida del joven voluntario Eduardo Rivas Melo, junto a los cadáveres de tres especialistas en mantenimiento de la empresa contratista.

EXPLOSIÓN EN EL ALMACÉN DE APOQUINDO

A las seis y media de la tarde del 13 de septiembre de 1985, una fuerte explosión en el depósito de cereales del supermercado Almacén de Apoquindo generó una violenta

Un voluntario ha alcanzado al extremo de la telescópica y pide que le envíen agua al pitón montado instalado en la punta de la mecánica. Separadas por espejos de agua de la base de la construcción, las escalas telescópicas solo pueden alcanzar hasta el noveno piso.

Toda acción, todo riesgo empleado, no fue suficiente, porque el siniestro cobró once vidas. Unos se arrojaron al vacío, otros murieron atrapados en los ascensores y, los primeros, no alcanzaron a arrancar de las llamas.



Juan Francisco Zumbado



Arriba, el fuego se apodera completamente del interior del supermercado Almacén de Apoquindo, obligando a un amplio despliegue de las compañías. Abajo, a la mañana siguiente, se puede apreciar la magnitud del siniestro, mientras peritos analizan las causas del incendio.

llamarada, que se propagó por un sector altamente combustible del recinto. El terror se apoderó de las alrededor de 300 personas que realizaban sus compras en el local. El diálogo entre el comandante del Cuerpo (Uno) y la Central es una clara muestra de la situación que se vivía en ese instante. "Uno a Central. Adelante, Uno. Informe a las máquinas que se dirigen al incendio naturaleza del local. Comandante, se informa por vecinos del sector que se trataría de Supermercados Almacén, que arde violentamente; se habrían sentido explosiones y que existirían personas atrapadas en su interior. Uno conforme", se registra en un artículo del voluntario Andrés Fernández, en el sitio web de la Decimocuarta Compañía.

La hora y el sector demoraron la llegada de las máquinas de bomberos, debido a la gigantesca congestión vehicular que generaba la emergencia. En medio de esas dificultades, los carros llegaban hasta Apoquindo con Manquehue, armando sus líneas ante una hoguera que se elevaba de manera impresionante hacia la altura. En pocos momentos, la masa de fuego, alimentada por toneladas de elementos combustibles, dominaba completamente el interior de la manzana que ocupaba el supermercado.

La temperatura propagaba el fuego hacia la cornisa del edificio colindante por el poniente con el local comercial. Nuevas explosiones y el aumento de las llamaradas hacían imposible el ingreso de bomberos al interior.

"Fueron más o menos dos horas de fuego muy violento, ya había una importante dotación de catorcinos (...). Poco a poco fuimos ingresando al interior, la escena era dantesca y a momentos surrealista donde, en más de alguna oportunidad muchos de los que estábamos ahí (y) habíamos conocido uno de los supermercados más modernos de Santiago, ahora era solo una masas de fierros retorcidos y humeantes, todo se perdió", detallaron los voluntarios de la Decimocuarta en su libro de guardia.

La fúera de las compañías se prolongó por cuatro horas, hasta que se pudo controlar totalmente el incendio. Por las características del local, solo fue posible concluir el trabajo mediante inundación de agua.

Las pérdidas fueron significativas y el diario *El Mercurio* informaba al día siguiente: "Completamente destruido

quedó el supermercado Almacén, ubicado en el Centro Comercial Apoquindo, a raíz del incendio intencional registrado en la tarde de ayer. Las llamas que se podían apreciar desde varias cuadras a la redonda, provocaron daños parciales en otros cuatro locales comerciales y un 'cajero automático' de una sucursal bancaria. Varios voluntarios de bomberos y una empleada del establecimiento resultaron lesionados".

DOS MANZANAS CARBONIZADAS EN MEIGGS

La noche del 4 de mayo de 1988 se iluminó de naranja. Un incendio se propagaba libremente por las calles Campbell y Exposición, afectando a un supermercado y otros locales, cuando la Central recibió los primeros avisos. Se despachó el material correspondiente, pero, a los escasos minutos, el oficial a cargo daba la alarma de incendio. Era tal la violencia de las llamas, que muy pronto cruzaban Exposición o se internaban por Campbell hasta Meiggs, generando túneles de fuego en las calles afectadas.

"Por la calle Exposición se hace una armada de tres pitones de 70 mm para proteger el Local Comercial de Carnes, el cual fue uno de los pocos inmuebles que no tuvo daños de fuego y de agua. Con el transcurrir de las horas, nuestro trabajo fue dentro de sus puertas (...), pero nunca se cruzó por nuestras mentes que el demolidor paso del fuego se propagaría hacia la calle Garland para llegar hasta Meiggs", escribió en el libro de oficial de guardia de la Decimoseptima Compañía el teniente segundo Mario Huerta.

Al hacerse presente en la emergencia, el segundo comandante, Ricardo San Martín Correa, daba por segunda vez en la historia del Cuerpo una nueva alarma de incendio en el mismo lugar, cuando ya habían transcurrido más de dos horas y media del primer llamado. "00.30 A esta hora entra en servicio la guardia nocturna, que esta noche en realidad no se encuentra en el cuartel, sino junto a toda la compañía luchando contra un devastador incendio. La emergencia hizo concurrir a una segunda alarma de incendio, dada en muy pocas oportunidades a ocho de las 22 compañías del Cuerpo, aparte de las Primera, Segunda y Cuarta del Cuerpo de Bomberos de Ñuñoa", agrega el propio Mario Huerta,

Al hacerse presente en la emergencia, el segundo comandante, Ricardo San Martín Correa, daba por segunda vez en la historia de Santiago una nueva alarma de incendio en el mismo lugar.



luis barros curato

El violento y gigantesco incendio del supermercado Uriarte y Garmendia obligó a combatir el fuego a lo largo de cuatro manzanas, extendiéndose las mangueras y escalas por las calles Meiggs, Garland, Campbell y Avenida Exposición.

ahora en el libro de la guardia nocturna de la Decimoséptima Compañía.

El fuego era una inmensa hoguera que tragaba y evaporaba los chorros enviados por las docenas de pitones de los bomberos, que intentaban formar cortinas de agua para evitar la propagación del incendio hacia las otras cuartas.

Distribuidas por la Alameda, Exposición, Meiggs, Garland, Salvador Sanfuentes y Unión Americana, las bombas armaron sus líneas para combatir las dos manzanas coronadas por el fuego. Los pitones de las dieciocho compañías formaban la fría muralla, que era superada por minutos por la hoguera sin control.

“Nosotros nos armamos de un grifo al frente de la calle San Alfonso, por la Alameda, con una presión excelente y alimentamos a la bomba de la Primera. Con eso fue suficiente para mantener a las compañías tranquilas, que hace rato gritaban ¡más presión!”, firmó el maquinista Camilo Bustamante en el libro de guardia de la Segunda.

El trabajo de escalas era a la vez agotador y arriesgado. Se intentaba remover las mercaderías consumidas por las llamas para abrir paso a los pitoneros, quienes debían controlar las brasas que se acumulaban bajo los escombros. Eran cerros de detergentes, ropas, muebles, cajones de madera y cajas, las que habían descargado sus múltiples contenidos desde las bodegas de los segundos pisos hacia las calles. Golpes de corriente de los cables cortados por la acción del fuego o los clavos de los cajones cubiertos por el agua y los escombros, eran parte del riesgo asumido por los cientos de bomberos que esa noche, finalmente, lograron doblegar al incendio.

“El resultado del incendio fueron dos manzanas completamente carbonizadas, las que incluían un supermercado y cerca de 30 locales comerciales”, se consignó en el libro de guardia de la Decimocuarta.

FUEGO OCULTO EN LOS DUCTOS DEL APUMANQUE

A las diez de la mañana del sábado 19 de diciembre de 1992, la Central despachaba un llamado completo a Avenida Apoquindo con Manquehue, en el Cosmocentro Apumanque, uno de los centros comerciales más importantes de Las Condes.

Al llegar las primeras máquinas, se dio la alarma de incendio. En un edificio de tan

amplia construcción y sin que nadie indicara dónde estaba el fuego, la labor de los primeros momentos fue compleja. Hasta que por fin los bomberos llegaron al punto donde las llamas consumían una tienda de artículos computacionales. El fuego subía por la escala que conducía al segundo piso, cubierta de madera y telas, llegaba a un tercer piso y salía en lo alto por la juguetería Toyland. En ese punto alcanzaba su mayor violencia, al encontrar origen suficiente para alimentar las llamas.

“A medida que transcurrían los primeros minutos, la densa columna de humo negro nos alertaba de que en el interior se estaba desatando un voraz infierno que requería de las mejores fuerzas de todos nosotros para poder controlarlo. Posteriormente, el fuego encontró salida al exterior al llegar al tercer nivel, precisamente en la tienda de juguetes Toyland”, quedó anotado en el libro de guardia de la Decimocava Compañía.

En los pisos inferiores, las tabiquerías que separaban los locales comerciales ofrecían escasa resistencia al fuego, que avanzaba rápidamente por el primer y segundo niveles. Un violento remezón de la estructura del edificio indicaba que el fuego estallaba libremente por el centro de la construcción, convirtiéndose en una chimenea incontrolable.

“A unos quinientos metros se elevó la espesa columna de humo que destruyó una docena de locales comerciales del Apumanque, en Apoquindo con Manquehue”, informó el diario *El Mercurio* del domingo.

La primera acción de las compañías, tras proceder a la evacuación del personal y clientes, fue reforzar su trabajo para contener la masa de fuego en todos los pisos. La hoguera era alimentada por juguetes, ropas, plásticos y adornos de un centro comercial que se preparaba para sus mejores ventas navideñas.

La explosión del fuego al llegar a la terraza parecía ser la salida natural del incendio, pero el fuego se expandía oculta por los niveles inferiores, que, finalmente, también estallaron, abarcando a lo menos ocho tiendas principales del centro comercial y varias tiendas menores.

“Vino un reventón violento del fuego en el segundo piso y, posteriormente, en el tercer piso, con llamas y humo impresionantes, que se podían ver desde distintos sectores de Santiago. Si no hubiéramos tenido esa propagación vertical, los daños

La hoguera era alimentada por juguetes, ropas, plásticos y adornos de un centro comercial que se preparaba para sus mejores ventas navideñas.



Los flares han alcanzado la más alta del Cosmócentro Apurimayo, envolviendo en fuego la jugartería que ocupaba ese lugar. La intensidad de la hoguera aumentó su violencia y volumen al entrar en contacto directo con el colgino.

Vista en altura de la esquina de Avenida Apoquindo con Manquehue, en pleno desarrollo del incendio, mientras un helicóptero de Carabineros sobrevuela el lugar.



hubiesen sido mucho menores", explica el entonces comandante Ricardo San Martín en la edición 53 de la revista *1863*.

La labor se prolongó por más de ocho horas, lográndose controlar el fuego y evitando su propagación al total de las tiendas del Cosmocentro. "Durante las largas horas de extinción, la calle Manquehue mostraba hileras de bomberos asfixiados, los que eran atendidos con oxígeno en el mismo lugar. Más de un centenar de voluntarios (...) resultó con principio de asfixia", agregó *El Mercurio*.

"El humo que se desprendía provocó en varias ocasiones que los piloneros tuvieran que replegarse de sus posiciones de ataque, ya que en el lugar era imposible respirar y el calor era insostenible. Producto de esto, varios voluntarios de la compañía y del Cuerpo resultaron con principio de asfixia. Al lugar debió concurrir apoyo del Cuerpo de Bomberos de Ñuñoa para cooperar con la recarga de tubos para los equipos de respiración autónoma, que se hacían insuficientes (...). La inhalación era de alta toxicidad debido a las alfombras plásticas y demás materiales existentes en el lugar. Producto de esto, una gran cantidad de voluntarios debieron ser sacados del lugar por sus compañeros, ya que se desorientaban completamente y no encontraban la salida", quedó documentado en el libro de guardia de la Decimoctava.

Al lugar concurrió la casi totalidad de las compañías del Cuerpo, las que debieron efectuar turnos de relevo durante la larga jornada.

"Las llamas continuaron durante el resto del día, propagándose por los en-

trepisos (...). Siguieron reapareciendo producto de corrientes de aire caliente provenientes de ductos de ventilación y de la oscuridad existente en la bodega del centro comercial. Hasta la noche de ayer, había unos cinco focos que aún no eran completamente eliminados, aunque su propagación estaba completamente controlada", completó *El Mercurio*.

UN HONGO TÓXICO SOBRE LA CAPITAL

El domingo 17 de diciembre de 1995, a eso de las diez de la mañana, se produjo una explosión en un sector industrial en el extremo norte de la comuna de San Bernardo, frente a la zona residencial de Lo Espejo.

El estallido, generado por los 160 mil litros de combustible que se guardaban en las bodegas del Complejo Industrial Mathiesen y Molypac, ubicado en Avenida Lo Espejo 2436, esquina de Astaburuga, generó una columna de humo tóxico de medio kilómetro de altura, perceptible en toda el área metropolitana.

Contra toda lógica, la alarma fue comunicada por un voluntario del Cuerpo de Bomberos de La Cisterna, quien se trasladaba en bus por el lugar y que, a la vez, solicitaba el apoyo de otros cuerpos, por la magnitud de la columna de humo.

La alarma pública y las características complejas del incendio movilizaron a distintos cuerpos de bomberos de las comunas cercanas, los que debieron enfrentar la emergencia en medio del riesgo de explosiones y lo peligroso del



El gigantesco hongo de materias tóxicas se levanta desde las bodegas del Complejo Industrial Mathiesen y Molypac, en avenida Lo Espejo, emergencia que obligó a movilizar a diversos cuerpos de bomberos del área metropolitana.

La enorme columna de humo, que se levantaba verticalmente debido a la ausencia de vientos y a la gran energía calórica desprendida por las sustancias que ardían, remataba en un gran hongo, que traía a la memoria la imagen de las bombas atómicas.

aire contaminado. Precisamente, uno de los primeros estallidos había causado la muerte de la cuidadora de una escuela pública, quien fue alcanzada por una esquirla metálica.

A las 10.02 horas, se pedía el apoyo del Cuerpo de Bomberos de Santiago, que despachó gran parte de su parque de bombas. En principio, se dirigieron al lugar siete compañías de agua y una de escalas, pero más tarde se aumentó el material con carros especializados y de apoyo para enfrentar la emergencia.

La enorme columna de humo, que se levantaba verticalmente debido a la ausencia de vientos y a la gran energía calórica desprendida por las sustancias que ardían, remataba a centenares de metros de altura en un gran hongo, que traía a la memoria la imagen de las bombas atómicas, con la diferencia que ésta era de color negro absoluto.

El incendio era calificado en esos momentos como "catástrofe de alto riesgo" por las autoridades, por lo que se estableció un mando conjunto, encabezado por el intendente de Santiago, Alex Figueroa, junto al director de la Oficina Nacional de Emergencia, el doctor Alberto Maturana; el comandante del Cuerpo de Bomberos de Santiago, José Matute; la doctora Verónica Solari, del Servicio de Salud del Ambiente, oficiales de Carabineros y los otros comandantes de los cuerpos de bomberos asistentes al siniestro.

Los tambores ardiendo y la gran cantidad de esquirlas provocados por las

explosiones, más la nube tóxica que envolvía el sector, obligaron a los bomberos a evacuar la población. En medio del pánico de la gente, más de 1.500 personas fueron trasladadas a lugares más seguros, en un radio de un kilómetro y medio alrededor del complejo industrial.

Los cerca de mil bomberos voluntarios que participaron en la acción también fueron afectados por los gases tóxicos emanados del complejo industrial, que también tenía salida a Camino Lo Sierra 02360, y donde se guardaban gran cantidad de lubricantes, artículos de uso agrícola y pinturas.

"En esa época, las condiciones eran precarias en comparación a las actuales. No contábamos con los equipos de respiración autocontenidos que mantenemos ahora en nuestro material mayor, por lo que la mayoría trabajó a la usanza antigua, poniéndose toallas mojadas sobre la boca para combatir los gases tóxicos", analiza desde el presente, en la revista 1893, el voluntario honorario de la Decimoseptima Mario Huerta.

Fueron más de nueve horas de trabajo sin descanso, hasta que los bomberos lograron controlar el incendio con el apoyo de helicópteros, que descargaron espuma química sobre el siniestro, que había oscurecido la ciudad con peligrosas nubes contaminantes.

Al final de la jornada, una persona muerta y cientos de asfixiados e intoxicados dejaba la mayor emergencia química ocurrida en Santiago.

Por algunas horas, la nube química ensombreció la capital, obligando al desplazamiento de numerosas compañías al sector sur de Santiago. Cerca de mil voluntarios participaron en el control del incendio y en la evacuación de los habitantes del perímetro cercano al complejo industrial.



La complejidad de la operación requirió la utilización de helicópteros que atacaron con espuma la base del fuego. Más de 150 sustancias químicas diferentes se encontraban almacenadas en el lugar al momento del incendio.



JUAN FRANCISCO SANCHEZ

LA COMPLEJA TAREA DE JOSÉ MATUTE

"El fuego se inició y se mantuvo confinado en el sector de bodegas, pero bomberos no disponía de mayor información sobre los materiales que ahí se almacenaban, puesto que la empresa no había solicitado visitas de inspección y menos asesoramiento en medidas preventivas", recuerda José Matute Mora, el entonces comandante del Cuerpo de Bomberos de Santiago, quien, finalmente, tuvo a cargo la coordinación para enfrentar la grave emergencia. "En un comienzo, el incendio se clasificó como estructural, disponiendo pitones para impedir su propagación. Luego, ya con algún conocimiento de que se trataba de productos químicos, se aplicó el procedimiento de incidentes de materiales peligrosos, empleando espuma. Con posterioridad, se supo que al menos 160 productos químicos diferentes se utilizaban en la industria", agrega.

Los voluntarios de Santiago colaboraron durante cinco días, debido a los numerosos rebrotes que se produjeron, además del apoyo solicitado para investigar el origen y la causa del incendio.

"En el análisis posterior, realizado por los comandantes, se concluyó la necesidad de dotar a los cuerpos de bomberos con más equipos de respiración, trajes especiales para este tipo de incendio y requerir a la Academia Nacional capacitar especialmente en el Sistema de Comando de Incidentes aplicado a materiales peligrosos. También se recomendó requerir de las industrias mayor información sobre los productos peligrosos, su stock promedio y lugar de almacenamiento, información que debería ser entregada a los bomberos del sector y mantenerse disponible en las porteras de las empresas", señala Matute.



Diversos incendios de considerable magnitud han quedado en el imaginario de la capital en las últimas décadas. (1) Quince horas se debió combatir el fuego en el siniestro de la fábrica de muebles de Almacenes París, ubicada en Copiapó con Cuevas, el 21 de febrero de 1998. (2) Doce compañías del Cuerpo trabajaron en la emergencia que, en marzo de 2005, consumió el viejo edificio de San Pablo con Trépanos. (3) El fuego se apodera del Museo Histórico y Militar del Ejército, ubicado en Avenida Blanco Encalada, en febrero de 2000.



La imagen superior (1) muestra el momento en que colapsa la estructura metálica del edificio Diego Portales, el 5 de marzo de 2006. El recinto fue construido para la Unidad III, en 1972, luego fue sede del gobierno militar y, actualmente, remozado, alberga al Centro Cultural Gabriela Mistral. (2) Bomberos combaten el fuego en las dependencias de la Segunda División de Ejército, el 13 de diciembre de 1993. (3) Comienza a arder la torre de madera de la Iglesia de las Hermanas de la Providencia, en un incendio que destruyó el histórico templo el 26 de enero de 2011.

LOS COMPAÑEROS DE LA GUARDIA NOCTURNA

Alberto Márquez Allison (*)

Esa semana de 1962 se inició con una gran novedad en el viejo cuartel de la Tercera Compañía, en calle Santo Domingo: entraban en servicio los nuevos cascos de seguridad MSA, que el Cuerpo había adquirido en Estados Unidos. Fueron entregados de cargo a los integrantes de la guardia nocturna y el resto pasó a formar parte de la dotación de la máquina. Era un importante avance tecnológico, considerando que, hasta esa época, el frágil casco de parada era usado igualmente en los actos de servicio.

Luego de un ejercicio en el Parque Balmaceda, donde el citado casco fue el tema obligado de conversación, la guardia nocturna, de la que yo formaba parte, se recogió a las 0.30 horas de aquel jueves 15 de noviembre. Yo cursaba primer año de derecho en la Universidad de Chile y entraba temprano a clases. La guardia nocturna tenía capacidad para diez voluntarios, pero solo habíamos ocho en ese momento: el jefe de guardia, Eduardo

Ferri, y los voluntarios Patricio Cantó, Bernardo Martínez y Carlos Arriagada alojaban en la llamada Guardia Chica, mientras que Jorge y René Capdeville, Guillermo Carrasco y el suscrito, que me desempeñaba como ayudante de compañía, nos repartíamos en las seis camas de la Guardia Grande.

Cerca de las tres de la madrugada, unos fuertes golpes en el portón metálico del cuartel nos despertaban. Un taxista nos venía a avisar que había fuego en un edificio en construcción en las esquinas de Amunátegui y Huérfanos. Se dio aviso a la Central vía teléfono directo y la guardia tripuló la bomba Ford Waterous de reemplazo, ya que nuestra Mercedes Benz OM 1957 estaba en reparaciones. Al subir el jefe de guardia a la cabina de la máquina, se le cayó el casco, lo que muchos posteriormente interpretaron como un aviso premonitorio.

En el momento que el material salía a la calle, ya se estaban levantando las

Recién se había realizado el Mundial de 1962 y todos andaban motivados por el fútbol. Incluso, la Undécima usaba el mismo uniforme de la selección italiana, que había donado un juego de camisetas a sus integrantes.



(*) Texto escrito por Alberto Márquez Allison en noviembre de 2011 para recordar los 49 años de la muerte de los voluntarios Pierre Delahut, Carlos Cáceres, Alberto Cumming, Rafael Duato, Eduardo Georgi y Patricio Cantó, su compañero en la guardia nocturna, fallecidos en 1962 en el incendio de Amunátegui con Huérfanos, la mayor tragedia que registra el Cuerpo de Bomberos de Santiago, con seis de sus hombres caídos en servicio. Alberto Márquez, quien fue uno de los voluntarios que sobrevivió a dicho derrumbe, formó parte del equipo que dio este libro sobre los 150 años del Cuerpo de Bomberos de Santiago, aunque no pudo ver plasmado su proyecto, ya que la noche del sábado 12 de agosto del año pasado, luego de una reunión de trabajo sobre la publicación, falleció de un infarto cerebral camino a su hogar, a la edad de 70 años. En 2012, a medio siglo de la tragedia, se le otorgó en forma póstuma la medalla a los Veteranos de Amunátegui y Huérfanos.



Imágenes correspondientes a la mayor tragedia humana que ha sufrido el Cuerpo de Bomberos de Santiago. Arriba, se observan los castillos de madera en los que se concentraba la acción de los voluntarios cuando se derrumbó el muro. Abajo, los compañeros de los caídos observan perplejos el lugar del accidente.

cortinas metálicas en los cuarteles vecinos de la Sexta y Cuarta compañías, con quienes compartíamos la parte del Cuartel General que daba a calle Santo Domingo, las que también salían al llamado de comandancia.

Al llegar contra el tránsito a la esquina de Amunátegui y Compañía, ya se veía el resplandor del fuego una cuadra al sur. Ante ello, la bomba armó en el grifo de cuneta ubicado por Compañía, frente al edificio que ocupaba la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas de la Universidad de Chile. Se bajaron los pollos y se hizo la armada de 70 hasta la puerta del incendio, donde se instaló el gemelo 70x70 y luego el manguerín y la trifúlica, procediendo de inmediato a desplegar tres líneas de ataque con material de 50.

El recinto era un rectángulo, con solo una casa colindante en el lado norte. En los demás costados había un muro bajo, que correspondía al antiguo inmueble. En el interior, materiales de construcción, fierros y varias estructuras de madera, que eran precisamente las que ardían. Hacia el muro divisorio norte se ubicaban varios castillos de madera, de unos cuatro a cinco metros de altura, a los que se había propagado el fuego.

Con la llegada del restante material del primer socorro, el control del fuego fue rápido, procediéndose luego a la remoción de escombros. Lo más lento fue en los castillos de madera, que había que desmontar tablón por tablón, labor que estaba a cargo de las compañías Sexta y Duodécima. En apoyo de esta labor y para ir remojando la madera quemada, se subieron pitones a cada uno de dichos castillos. Recuerdo que, en el segundo de oriente a poniente, se ubicaron mis compañeros de guardia Patricio Cantó y René Capdeville, junto a personal de la Sexta. Los otros pitones se ubicaron entre los castillos para similar labor.

El humo, primero, y el vapor de agua, después, asomado a la altura de los castillos adosados al muro norte, impedían ver que el inmueble vecino presentaba una peculiar característica: era ladrillo en la parte superior, pero adobe en la inferior, peligro que quedaba fuera de la visión de quienes allí trabajaban.

El incendio estaba a cargo del comandante Alfonso Casanova y el sector antes descrito correspondía al tercer comandante, Fernando Cuevas.

Recuerdo que el tema de conversación entre los voluntarios que estaban en la parte alta de los castillos era la final del campeonato de fútbol del Cuerpo, que se jugaría el próximo domingo 18, entre la Sexta y Séptima compañías. Recién se había realizado el Mundial en nuestro país y todos andaban fuertemente motivados por el tema. Incluso, la Undécima usaba el mismo uniforme de la selección italiana, que había donado un juego de camisetas a sus integrantes.

Descendimos de los castillos con el capitán René Tromben, quien me indicó que la manguera que alimentaba el pitón se había enredado en una de las estacas que sujetaban los fierros de la construcción. Puse una rodilla en tierra para arreglarla y evitar que se dañara cuando escuché a mis espaldas los gritos de alerta. Me di vuelta y vi que el personal saltaba desde de los castillos apresuradamente. Sin pensarlo, me puse de pie, ya que el instinto me decía algo grave estaba sucediendo, alcancé a dar un paso y sentí simultáneamente dos sensaciones: que algo me golpeaba la espalda y que todo se ponía oscuro. Perdí la conciencia.

Desperté al parecer instantes más tarde con una terrible sensación de opresión en el pecho; me era difícil respirar. Había perdido el casco y mis anteojos, mientras todo estaba envuelto en una nube de polvo, en medio de un silencio impresionante, solo turbado por el ruido de los generadores eléctricos de los focos portátiles, que alumbraban amarillo a causa del polvo.

Recuerdo que traté de moverme y me fue imposible; verifiqué si mis manos y pies estaban bien, los que respondieron normalmente. Más tarde supe había quedado atrapado por el derrumbe, quedando solo mi cabeza y manos fuera de los escombros. Me salvó que la caída del muro fuera como una ola y que yo quedé en la cresta de la misma. Los que no alcanzaron a saltar, perecieron en el lugar. Sentí que seguían pequeños deslizamientos de guijarros a mi espalda, giré lo que pude la cabeza y vi una gran mancha de sangre que bajaba de la parte alta del castillo, en que había estado hace poco, y que una figura desmadada colgaba del mismo. Solo entonces dimensioné la magnitud de lo sucedido y ello fue coincidente con dos hechos: primero, que el silencio era roto por quejidos y peticiones de ayuda, y, segundo, que recordados contra la luz de los focos aparecieron los compañeros

Había perdido el casco y mis anteojos, mientras todo estaba envuelto en una nube de polvo, en medio de un silencio impresionante, solo turbado por el ruido de los generadores eléctricos.

Senti que seguían pequeños deslizamientos de guijarros a mi espalda, giré lo que pude la cabeza y vi una gran mancha de sangre que bajaba de la parte alta del castillo y que una figura desmadejada colgaba del mismo.

que habían escapado del derrumbe y que ahora volvían a rescatar a los caídos. Varios de ellos me sacaron en brazos, yo estaba cubierto de barro. Mi aspecto debe haber sido lamentable ya que recuerdo a dos señoras de edad que estaban afuera (el estrépito despertó al barrio), quienes se pusieron a llorar al verme. "Estamos listos", pensé.

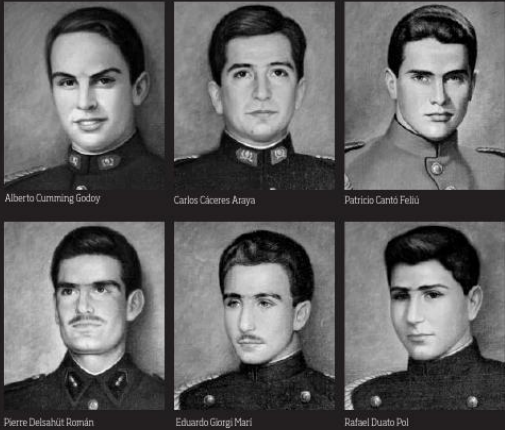
Fui llevado a un transporte de los que se usaban en la época, de carrocería cubierta con un techo de lona y una banca de madera a cada lado. Me colocaron tendido en una de ellas y en la otra iba un voluntario de la Primera con una pierna fracturada. Fuimos llevados a la Clínica Industrial en calle Almirante Barroso, entidad con la que el Cuerpo tenía un convenio. El problema era que su capacidad había sido superada por la cantidad de accidentados, cercana al medio centenar. Los había en camillas, en el suelo y repartidos a lo largo de las dependencias. Un grupo de médicos hacía un triage rápido para determinar la condición de cada uno. Tengo aún el recuerdo del que me examinó y que me dijo: "Solo golpes, se salvó de una grande!".

Junto al voluntario Guillermo Carrasco, fuimos ubicados en una habitación doble. El dolor en la espalda me impedía estar tendido. Más tarde pasó el superintendente Hernán Figueroa Anguita, de cuyos labios supe la magnitud de la tragedia: seis muertos, incluyendo a Patricio Cantó, y cerca de 50 heridos de diversa magnitud.

Cerca de las nueve de la mañana, y tras un chequeo médico, fuimos autorizados a abandonar la clínica. Entonces me di una larga ducha y el agua corría de color café por el barro. Volvimos al cuartel y entonces supe que, cuando regresaron los tres sobrevivientes de la Guardia Chica -Ferri, Martínez y Arriagada- y vieron la cama vacía de Patricio Cantó, asumieron la magnitud de lo ocurrido. Se habían abrazado y llorado como hombres la pérdida del amigo y camarada de ideal.

La familia de Cantó mantuvo su vinculación con la compañía. Su padre, José, se hizo voluntario para reemplazar a su muchacho, y, hasta su muerte, su madre, la señora Hilda, mantuvo un especial afecto con quienes fuimos amigos y compañeros de guardia de su hijo.

Las carrozas fúnebres que portan los restos de los voluntarios fallecidos cruzan uno de los puentes del río Mapocho arrastradas a mano por representantes de las distintas compañías.



Alberto Cuzumring Godoy

Carlos Cáceres Araya

Patricio Cantó Feliú

Pierre Delsahut Román

Eduardo Giorgi Mari

Rafael Duxto Pol

49 HOMBRES CAÍDOS EN SERVICIO

Los bomberos llaman mártires a sus compañeros caídos en actos de servicio y el primero de ellos en Chile es Eduardo Farley, teniente tercero de la Compañía de Hachas, Ganchos y Escaleras Unión, de la Asociación contra Incendios de Valparaíso. Herido gravemente en el incendio del día 13 de noviembre de 1858, en pleno centro del puerto, el voluntario fallecería dos días después. "Mártir de Bomberos. El cortejo estaba formado por las seis compañías de Bomberos, dos de Hachas y Escaleras, una de Salvadores, una de Guardia de Propiedades, el fíetro y la Primera de Hachas y el Directorio del Cuerpo de Bomberos", escribió el diario *El Mercurio de Valparaíso* en una nota sobre los funerales del voluntario, el 16 de noviembre de ese año, recogiendo para Farley la designación de mártir, palabra de origen griego que señala a la persona "que muere o padece mucho en defensa de otras creencias, convicciones o causas", según describe la Real Academia de la Lengua.

Durante sus largos años de existencia, el Cuerpo de Bomberos de Santiago (CBS) ha visto morir a muchos de sus hombres en el servicio y, en más de alguna oportunidad, no hubo decisión respecto a otorgarles la calidad de mártir a más de uno de ellos. Pero, en una determinación que hizo justicia a los voluntarios fallecidos camino a una alarma o debido a las largas

secuelas provocadas por un accidente en un llamado oficial, en sesión extraordinaria del 3 de julio de 2012, el directorio resolvió incorporar en su lista de caídos a cuatro voluntarios -Marcos Cánepe Ekdahl (Primera), Víctor Cato Volasco (Tercera), Rafael Urrutia Bunster (Quinta) y Enrique Folch Herrera (Duodécima)-, lo que elevó a 49 el número de mártires de la institución.

GERMÁN TENDERINI Y VACCA

Rechazando honores y títulos en su Italia natal, Germán Tenderini había llegado a Valparaíso, donde trabajó como artista en mármol y se incorporó a la Bomba Italiana del puerto. Cuando luego se establece en Santiago, se integró a la Sexta, donde, debido a su reconocida experiencia, de inmediato alcanzó puestos de responsabilidad. Precisamente, la misma noche del 8 de diciembre de 1870, en que encontró la muerte en el incendio del Teatro Municipal, sus compañeros le habían pedido que siguiera como teniente para el próximo año. Sus restos solo fueron encontrados dos días después entre los escombros del escenario, dando fin, de este trágico modo, a una vida plena de aventuras y convirtiéndose así en el primer mártir del Cuerpo Bomberos de Santiago.

Con la incorporación, en 2012, de cuatro voluntarios fallecidos en diferentes circunstancias camino a una alarma o muertos luego de largas secuelas provocadas por accidentes en actos del servicio, a 49 se eleva el número de mártires del Cuerpo de Bomberos de Santiago.

ADOLFO OSSA DE LA FUENTE

El joven voluntario Adolfo Ossa había pasado el examen de toques de corneta con que, en ese entonces, se daban las órdenes y, en la noche del 3 de septiembre de 1876, trabajaba como pitonero cuando la caída de una muralla lo dejó atrapado junto a otros tres compañeros de la Primera –Álvaro Bessa, Juan de Dios Prieto y Luis Claro Solar, hijo del fundador del Cuerpo. José Luis Claro, y con posterioridad uno de los más preclaros juristas de Chile– en un incendio declarado en Calle Vieja de San Diego y Carrascal, hoy Eleuterio Ramírez. La rápida reacción permitió rescatar prácticamente ilesos a los bomberos, salvo a Ossa, quien fue encontrado muerto, transformándose así en el primer mártir de su compañía.

LUIS JOHNSON ULLOA RAFAEL RAMÍREZ SALAS VÍCTOR CATO VELASCO

Estos tres voluntarios de la Tercera Compañía, se accidentaron gravemente durante la remoción de escombros de un incendio declarado el 17 de marzo de 1887 en calle Fontecilla (actual Ricardo Cumming) con El Galán de la Burra (Erasmus Escala). Johnson y Ramírez fallecieron dos días después del siniestro, producto de sus heridas, mientras que Cato quedó con severas lesiones, que lo llevaron a una larga agonía hasta su muerte en septiembre de 1896. El CBS reconoció su martirologio en 2012, 116 años después de su deceso.

ARTHUR GLAZIOU CHEMINAUD

Ciudadano francés, ex miembro de la Legión Extranjera, que formaba parte de la Cuarta Compañía y que murió, el 16 de enero de 1892, al precipitarse al vacío desde lo alto del techo en el incendio de la Casa Muzard, ubicada en calle Moneda con Estado. Esta muerte causó estremecedora repercusión en la colonia francesa y provoca que una gran cantidad de sus co-terráneos radicados en Chile acudan a las filas del Cuerpo para remplazarlo.

EMILIO GRÜNENWALD LEHMANN

Voluntario de la Séptima muerto a consecuencias de un derrumbe que atrapó a

varios hombres de su compañía en el incendio ocurrido en Estado con Huérfanos, el 19 de septiembre de 1901. Su agonía se prolongó hasta el 14 de noviembre del mismo año y generó consternación por la forma en que ocurrió su inesperada muerte.

JOSÉ ROJAS MIRANDA

Este auxiliar de la Sexta falleció en un accidente de tránsito mientras concurría al incendio de Franklin con Gálvez, el 3 de noviembre de 1913. Se debe recordar que los auxiliares desempeñaban labores rentadas en determinados trabajos propios de la logística en incendios. El Cuerpo lo reconoció como un bombero más al servicio de la comunidad.

ENRIQUE FREDES ZUÑIGA

Voluntario de la Octava que quedó atrapado por un derrumbe en la extinción del incendio que tuvo lugar en San Diego con Alonso Ovalle, el 2 de julio de 1915. Fredes había llegado en el carro portaescalas de su compañía y estuvo en los primeros momentos del arriesgado trabajo. Cuando se retiraban del lugar, la caída de un muro lo dejó gravemente herido, falleciendo dos días más tarde.

ALBERTO REYES NARANJO

En la madrugada del 3 de enero de 1918, este integrante de la guardia nocturna de la Tercera Compañía tripuló la bomba a vapor de la Décima, que se dirigía a un incendio declarado en San Francisco y Porvenir. Al llegar a la intersección de Estado y Agustinas, la máquina fue colisionada por el portaescalas automático de la Duodécima, lo que provocó la muerte instantánea del joven voluntario de 21 años. Fue el primer mártir de las guardias nocturnas, los voluntarios que pernoctan en los cuarteles.

FLORENCIO BAHAMONDES ALEJANDRO ACOSTA LILLO

En el dramático incendio del Colegio de los Padres Franceses, el 8 de enero de 1920, un grupo de bomberos que trabajaba en el segundo piso fue atrapado por el fuego.



Germán Tenderini y Vacca



Adolfo Ossa de la Fuente



Luis Segundo Johnson



Rafael Ramírez Sales



Víctor Cato Velasco



Arthur Glaziou Cheminaud



Emilio Grunenwald Lehmann



José Rojas Miranda



Enrique Fredes Zuñiga

* Cuadros correspondientes a la galería de mártires del Cuerpo de Bomberos de Santiago.



Alberto Reyes Naranjo



Florencio Bahamondes Álvarez



Alejandro Acosta Lillo



Luis Aixalá Plubins



Antonio Secchi Dachenna



Víctor Hendrych Husak



Alberto Vilar Donati



Guillermo Santaella Aros



Augusto Salas Bravo

Florencio Bahamondes, de la Tercera, quedó severamente herido y falleció poco después, mientras que Alejandro Acosta, de la Séptima, murió en el instante. En su carta de postulación a la compañía, este voluntario había ofendido su vida en caso de ser necesario para cumplir con su deber.

LUIS AIXALÁ PLUBINS

Teniente segundo de la Décima muerto durante un incendio en el cerro Bellavista de Valparaíso. El voluntario de Santiago participaba en el trabajo de extinción, junto a sus compañeros de la Bomba España del puerto, cuando fue alcanzado por uno de los ascensores que alguien puso en movimiento, lo que provocó su muerte, el 9 de marzo de 1930. El joven bombero había concurrido con su unidad al aniversario de la compañía hermana de canje.

ANTONIO SECCHI DACHENNA

Voluntario de la Pompa Italia fallecido en el incendio del 14 de noviembre de 1933, en Alameda con Libertad. La Undécima estaba en sesión y llegó con prontitud por la cercanía con la barraca y varios locales que ardían, debiendo primero rescatar algunas personas atrapadas antes de dedicarse a la extinción. Debido a lo peligroso del edificio en llamas, se ordenó atacar por el flanco, momento en que se derrumbó el segundo piso sobre varios voluntarios. Secchi moriría bajo los escombros aún ardientes.

VÍCTOR HENDRYCH HUSAK

Seis días después del martirologio de Secchi, el Cuerpo volvería a ser golpeado por el deceso de Víctor Hendrych. La alarma se había dado en la madrugada del 20 de noviembre en San Francisco con Díez de Julio y el portaescalas de la Octava Compañía cruzó desde el otro lado del río Mapocho internándose por Calle de Las Claras (actual Mac Iver). Al llegar a Merced, el carro fue embestido por un tranvía eléctrico, que dejó atrapado y dio muerte instantánea al voluntario. Hoy, una de las máquinas de su compañía lleva su nombre.

ALBERTO VILAR DONATI

El 12 de julio de 1941 se despachaba el material mayor a un llamado de comandancia en Arturo Prat 1041. La información señalaba que había tres operarios atrapados en un pozo de vinagre, los que ya habían fallecidos. El argentino Alberto Vilar, con seis años de servicio en la Novena, descendió al profundo depósito premunido de una máscara, la cual no fue suficiente para evitar que el mortal gas carbónico lo asfixiara.

GUILLERMO SANTAELLA AROS

Cerca de las dos de la madrugada del domingo 25 de enero de 1942, se produce un incendio en la esquina de Bandera y Moneda. La Décima Compañía armó por el restorán El Peñón y Santaella pidió el pitón a su compañero Tomás Pombo. Fue el momento en que se derrumbó parte del muro, aplastando a varios voluntarios, entre ellos el joven mártir, quien tenía apenas cinco meses de antigüedad en la institución.

AUGUSTO SALAS BRAVO

Dos años más tarde, en 1944, y en el mismo lugar, Bandera con Moneda, se daba la alarma a las cinco de la mañana del 18 de mayo. El edificio ardía con violencia cuando Salas subió al segundo piso a reemplazar a Luis Oportno, uno de los pitoneros, instante en que el estancque del edificio, que contenía agua hirviendo a raíz del fuego, rompió su soporte, cayendo sobre los bomberos. El voluntario de la Quinta dejó de existir poco después en la clínica Alemana debido a las severas quemaduras y plenamente lúcido.

RENÉ CARVALLO CORREA

El 8 de agosto de 1946, se declara una emergencia en Avenida Matta con Portugal. La bomba Saurer de la Primera se dirigió al lugar, avanzando por Portugal al sur, pero, al llegar a la esquina de Díez de Julio, el carro fue embestido por otro vehículo, en un accidente que dejó varios heridos y causó la muerte de René Carvallo, cuya cabeza se golpeó violentamente contra la solera, debido a que la máquina tenía los asientos dando la espalda hacia la calle.

Debido a lo peligroso del edificio en llamas, se ordenó atacar por el flanco, momento en que se derrumbó el segundo piso sobre varios voluntarios. Antonio Secchi, de la Pompa Italia, moriría bajo los escombros todavía ardientes.

MÁXIMO HUMBSER ZUMARÁN

Comandante del Cuerpo de Bomberos de Santiago nacido el 26 de junio de 1898 y fallecido en acto de servicio el 22 de agosto de 1952. Humbser ingresó a la Sexta Compañía en 1915, donde permaneció hasta marzo de 1919, para incorporarse, el 14 de abril del mismo año, a la Quinta, donde fue capitán. Posteriormente, fue segundo comandante y comandante por dos periodos, de 1940 a 1943 y de 1951 hasta la fecha de su muerte. Había recibido el reconocimiento institucional al ser designado director honorario en 1944, tras abandonar el cargo de comandante un año antes, pero el Cuerpo volvió a requerir su esfuerzo y las compañías lo eligieron nuevamente como jefe del servicio activo. Esa noche se quemaba una construcción que albergaba el Hogar del Viajante y otras oficinas, en Serrano 79. Luego del largo trabajo de extinción y antes de dar la retirada a las máquinas, Humbser revisó por última vez el sitio del siniestro. Cuando procedía a supervisar el trabajo en el segundo piso, sobrevino un fuerte derrumbe, que lo arrastró junto a dos de sus ayudantes. Luego de 37 años como bombero,

el oficial entregaba la vida al mando de su querida institución y se transformaba en el primer comandante mártir. "Este nuevo sacrificio que me pide la institución lo ofrezco a los voluntarios jóvenes para que, con mi ejemplo, formen su personalidad bomberil y sepan que al Cuerpo de Bomberos hay que servirlo cada vez que lo requiera. Deseo también dar un ejemplo a aquellos voluntarios que, por el hecho de haber obtenido su calidad de honorarios, especialmente, les pido continuar trabajando en las filas y cooperar en la labor de los activos con sus consejos y experiencia", había dicho premonitoriamente el propio Humbser al momento de asumir el cargo, en 1951.

CHARLES GOURGEON CHANALET

Cuando escuchó el sonido de las sirenas, el 1 de agosto de 1954, Charles Gourgeon salió de su trabajo y llegó de los primeros al sitio amagado, un local de artículos eléctricos, ubicado en Ahumada 41. El fuego, de poca magnitud, quemaba una de las bodegas, destruyendo artefactos y tubos de neón. El voluntario de la Cuarta ayudó a instalar las mangas para extraer el

Cuando el comandante Máximo Humbser procedía a supervisar el trabajo en el segundo piso, sobrevino un fuerte derrumbe. Luego de 37 años como bombero, el oficial entregaba la vida al mando de la institución.

La primera muerte en acto de servicio de un comandante del Cuerpo de Bomberos de Santiago remeció a la ciudad. Centos de capitalinos salieron a la calle a despedir los restos de Máximo Humbser, en 1952.



El lugar donde Máximo Humbser fue sorprendido por el derrumbe. Los voluntarios inician rápidamente el trabajo para recuperar el cuerpo de su comandante en la antigua construcción de Serrano 79.



René Carvallo Correa



Maximo Humberto Zumarán



Charles Gourgeon Chanalet



Alfredo Molina Godoy



Benjamin Fernández Ortiz



Mario Garrido Palma



Mirko Brncic Taboada



Óscar Alcaíno Cáceres



Raúl Bolívar Prado

humo venenoso, pero luego se sintió mal y fue enviado a la Asistencia Pública, donde se le administró oxígeno. Aparentemente recuperado, regresa a sus labores, pero dos días después deja de existir producto de la traicionera inhalación tóxica.

ALFREDO MOLINA GODOY

Era de noche cuando el carro transporte de la Novena recogió a este voluntario de la Decimotercera y varios otros hombres para dirigirse al incendio ocurrido en Portugal con Avenida Matta, el 7 de abril de 1956. Al llegar a la intersección de Alameda con San Martín, la máquina se impactada por un microbús, que hace volcar repetidas veces el vehículo de bomberos, resultando varios de ellos heridos. Alfredo Molina es el más grave y fallece al día siguiente.

BENJAMÍN FERNÁNDEZ ORTIZ

En la madrugada del 22 de noviembre de 1956, se produce un incendio en las empresas Gildemeister y Gibbs, en Román Spech con Nueva Matucana. Los hombres de la Novena se introdujeron en las grandes bodegas y, a cargo de uno de esos pitones, estaba Benjamín Fernández, con 24 años de experiencia como bombero. Debido a la acción destructora del fuego, cayó el techo, derrumbando uno de los muros de ladrillo que aplastó a los pitoneros. El avezado voluntario pereció en el lugar.

MARIO GARRIDO PALMA

La noche del domingo 20 de marzo de 1961, el cielo se iluminaba con el resplandor del fuego en Santo Domingo con Matucana. Mario Garrido, guardián nocturno de la Segunda, llegó al lugar, poniéndose a las órdenes de sus oficiales y trepando de inmediato a lo alto de la construcción. Cegado por el humo, cayó a través de un tragaluz hacia el patio interior, falleciendo en forma instantánea y transformándose en el primer mártir de su compañía. Conmovidos por el trágico suceso, los compañeros de Garrido trasladaron esa misma noche los restos del voluntario al cuartel de la Bomba Esmeralda en un improvisado cortejo iluminado con antorchas.

PATRICIO CANTÓ FELIÚ
PIERRE DELSAHÜT ROMÁN
CARLOS CÁCERES ARAYA
ALBERTO CUMMING GODOY
RAFAEL DUATO POL
EDUARDO GEORGI MARÍN

En la mayor tragedia en la historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago, a las tres y media de la madrugada del 15 de noviembre de 1962, el derrumbe de un alto muro causó la muerte de seis voluntarios y dejó decenas de heridos en un sitio en construcción, en Amunátegui con Huérfanos. En el lugar fallecieron Patricio Cantó, de la Tercera; Pierre Delsahüt, de la Cuarta; el teniente Carlos Cáceres y el voluntario Alberto Cumming, de la Sexta, y los bomberos Rafael Duato y Eduardo Georgi, de la Duodécima Compañía. Santiago se enlutó y se volcó a las calles a despedir a los nuevos mártires de la institución.

MIRKO BRNCIC TABOADA ÓSCAR ALCAÍNO CÁCERES

Estos voluntarios tripulaban la bomba de la Decimotercera que concurría al incendio de Nueva de Matte con Independencia, la noche del 18 de junio de 1964. Al cruzar Santos Dumont con Avenida la Paz, el carro fue embestido por el portaescalas de la Octava, que llegaba a la misma intersección. El sonido de las sirenas se había acoplado, impidiendo reconocer la presencia de la otra máquina. Los dos jóvenes habían ingresado juntos a la institución, en abril de 1961, y ambos eran guardianes nocturnos de su compañía.

RAÚL BOLÍVAR PRADO

En 1963, se había fundado la Brigada Cerrillos que, en 1970, se convertiría en la Decimoséptima Compañía del Cuerpo de Bomberos de Santiago. Muy poco había transcurrido, cuando la joven formación de voluntarios entregaba la vida de uno de sus hombres a la galería de mártires de la institución. El 23 de septiembre de 1972, Raúl Bolívar estaba en el cuartel cuando la caída de los timbres daba salida a la máquina a San Dionisio con San Alfonso. Al llegar a General Velásquez y Carlos Valdovinos, la bomba se volcó, dejando gravemente herido al voluntario, quien dejó de existir 24 horas después.

El sonido de las sirenas se había acoplado y Mirko Brncic y Óscar Alcaíno fallecieron en el choque. Los jóvenes habían ingresado juntos a la institución, en abril de 1961, y ambos eran guardianes nocturnos de la Decimotercera Compañía.



Una imagen varias veces repetida en la historia del
Cuerpo de Bomberos de Santiago. Los familiares
directos de Benjamín Ferrández Ortiz despiden a su ser
querido en la capilla ardiente levantada en el cuartel de
la Novena Compañía, en noviembre de 1956.



Elías Cares Squiff



Felipe Dawes Martindale



Eduardo Rivas Melo



Gino Bencini Escobar



Cristián Vásquez Peragallo



Raúl Olivares Agar



Enrique Folch Herrera



Claudio Cattoni Arriagada

ELÍAS CARES SQUIFF

Con seis años de servicio en la Duodécima, Elías Cares ya había figurado en varias oportunidades en el cuadro de honor de su compañía y del Cuerpo. El domingo 6 de junio de 1976, tripulaba el portaesca-las que se dirigía a un llamado de coman-dancia en García Reyes 651, pero, al llegar a Bulnes con Catedral, la máquina colli-sionó con la bomba de la Cuarta, que iba a la misma alarma. El brutal impacto provocó la muerte inmediata del voluntario, quien dejó tras suyo una familia recién formada.

FELIPE DAWES MARTINDALE

Fundador de la Decimocuarta Compañía, Felipe Dawes fue un hombre y bombe-ro de excepción que ejerció diversos car-gos en su compañía, más la Intendencia y la Tesorería General del Cuerpo. Pero él se sentía "bombero de techo" y las com-pañías lo eligieron como cuarto coman-dante en 1979. El 23 de enero de 1980, se encontraba en el taller del Cuerpo, super-visando el trabajo en las máquinas en re-paración, cuando se dio la alarma en calle Carrjón con La Obra. El comandante avisó a la Central que se dirigía en el transporte al incendio, pero, en el cruce de Vivaceta y Gamero, su vehículo choca con el carro cisterna de la Segunda. Dawes cae al pa-vimento, quedando herido de gravedad. Trasladado al hospital, fallece en medio de la consternación de sus camaradas. El oficial tenía 39 años de edad, veinte de los cuales estuvo en la institución, y se con-vertía así en el segundo comandante caído en servicio.

EDUARDO RIVAS MELO

Al terminar el trabajo en el dramático incendio de la Torre Santa María, el sába-do 21 de marzo de 1981, se dio la retira-da a la Decimotercera Compañía, pero al llamado de la lista no respondió Eduardo Rivas. De inmediato, sobrevino la angus-tia y la búsqueda desesperada, hasta que el cuerpo sin vida del joven voluntario fue encontrado en uno de los ascensores, junto a otras víctimas civiles. En la trage-dia murieron once personas y el episodio obligó a la institución la renovación total de su estrategia y equipos para trabajar en grandes alturas.

GINO BENCINI ESCOBAR RAÚL OLIVARES AGAR CRISTIÁN VÁSQUEZ PERAGALLO

En la mañana del domingo 14 de agosto de 1983, la Central despachaba a la Novena y Duodécima a un llamado de comandancia en San Pablo con Liber-tad. Poco después, se daba la alarma de incendio, mientras una gran columna de humo cubría la vieja construcción. Con la llegada del resto de las compañías, se lograba atacar el fuego desde los cuatro costados, pero un muro de concreto, que se levantaba sobre una base de adobes ce-dió, cayendo en el estrecho pasillo donde trabajaban los bomberos. La muerte gol-peaba más duro que nunca a la Novena con el deceso de tres de sus más queridos y jóvenes voluntarios: Gino Bencini, Raúl Olivares y Cristián Vásquez.

ENRIQUE FOLCH HERRERA

El 10 de enero de 1984, el foguero pe-riodista y bombero Enrique Folch aceleró su paso hasta llegar a Las Rejas con Ala-meda. Se había dado la alarma en Yales con Las Torres y el voluntario esperaba el carro de transporte que le llevaría hasta el lugar del incendio. De pronto cayó sobre la vereda, apretando la placa rompetrás en su mano. Un infarto terminaba con la apa-sionante vida del conocido Repórter X, quien tenía 79 años al momento de su deceso. Fue uno de los cuatro voluntarios reconocidos como mártires de la institución en 2012.

CLAUDIO CATTONI ARRIAGADA

La noche del 20 de diciembre de 1990, las compañías formaban en un nuevo aniversario de la fundación del Cuerpo cuando se da la alarma de incendio en Catedral y Maipú. El fuego consumía una antigua estructura de largas cornisas, de las que se desprendía gran cantidad de humo. Los voluntarios comenzaron a atacar el fuego y la gran cornisa cedió inesperadamente, aplastando entre es-combros y brasas a una gran cantidad de bomberos, incluyendo al segundo co-mandante. El trabajo de rescate fue abru-mador por el número de heridos. El más grave, Claudio Cattoni, de la Undécima Compañía, falleció el 3 de enero de 1991 a causa de las mortales heridas.

Un muro de concreto cayó en el estrecho pasillo donde trabajaban los bomberos. La muerte golpeaba más duro que nunca a la Novena con el deceso de tres de sus más queridos y jóvenes voluntarios: Gino Bencini, Raúl Olivares y Cristián Vásquez.



El comandante Felipe Dawes, quien se definiría como "un bombero de techo", inspecciona junto a sus ayudantes la acción de las llamas durante un incendio ocurrido en 1979, poco antes de su muerte, en la Vega Central.

CARLO GIAVERINI FAÚNDEZ

Seis meses después del deceso de Claudio Cattoni, el 7 de junio de 1991, la Undécima realiza un ejercicio demostrativo en el Parque O'Higgins para un programa juvenil de televisión. En el momento que la escala mecánica de la Séptima iniciaba el descenso del ascensor, un desperfecto precipita la pesada pieza desde la altura, golpeando y causando la muerte instantánea a Carlo Gíaverini. Era la segunda víctima de la compañía en menos de un año.

DANIEL CASTRO BRAVO

El miércoles 19 de octubre de 2005, se produce un llamado en Fray Camilo Henríquez y Santa Isabel. Los voluntarios que almacenaban en el cuartel de la Tercera Compañía, ubicado a escasas cuadras, fueron los primeros en llegar y realizar el pesado trabajo de armar las líneas de ataque. Entre ellos estaba el intendente Daniel Castro, quien poco después se sintió mal y regresó al carro de su compañía. Ante su delicado estado, fue llevado de inmediato al Hospital del Trabajador, donde falleció de un paro cardiorrespiratorio.

JUAN ENCINA ESPINOZA

Tras un aviso de fuego en la ladera del cerro Renca, la B-21 partió al lugar a cargo del voluntario Juan Encina. Muy pronto, el carro comienza a trepar la empinada subida. Pero esa noche del 25 de noviembre de 2005 la oscuridad tendió una trampa a la máquina, que de pronto se precipitó al vacío producto de la pendiente, rodando por la ladera mientras sus tripulantes, uniformes y material de incendio se desparramaban en la caída. Juan Encina fallece en medio de los restos destruidos de su bomba.

CARLOS PÉREZ RIVEROS

Este voluntario honorario de la Pompe France murió el 14 de enero de 2006. A las 19.03 horas, la Central había despachado el material a un llamado completo en Balmaceda con Amunátegui. Carlos Pérez tripuló la B-4 y trabajó en la armada de un pitón para apagar el fuego. Poco después, sintiéndose mal, volvió a su máquina y cayó fulminado por un ataque al corazón.

JUAN ARANDA PIZARRO

El domingo 6 de julio de 2008, este voluntario de la Novena, que ingresó al Cuerpo en la Decimotava Compañía, tripuló la B-9 a un llamado estructural en Compañía con García Reyes, pero un violento infarto cardíaco desplomó al bombero nono y, pese a los esfuerzos de sus compañeros y del personal médico, falleció en el Hospital Clínico de la Universidad Católica.

RAFAEL URRUTIA BUNSTER

En 1976, cuando egresó como ingeniero civil, Rafael Urrutia se incorporó a la Quinta Compañía, destacando por su creatividad en los movimientos tácticos. El 9 de junio de 1979, se daba la alarma en San Ignacio con Pedro Lagos, donde Urrutia se hizo cargo de uno de los pitones para atacar por el techo de una fábrica de muebles, pero la estructura cedió, haciéndole caer desde seis metros y de espaldas sobre una máquina. Invalido producto del golpe en la columna vertebral y después de años de sufrimiento, el 6 de diciembre de 2010 se produce su muerte.

MARCOS CÁNEPA EKDAHL

Voluntario de la Primera Compañía, fallecido el 27 de junio de 2011. Miembro de una familia de bomberos vinculada al Cuerpo desde los tiempos de su Fundación, Cánepa había participado en la preparación del ejercicio de competencia René Carvallo de 1989. Esa noche, un accidente bomberil le provoca un daño cerebral irreversible, que lo dejó inhabilitado de por vida. El Cuerpo reconoció su calidad de mártir en 2012.

ALBERTO THIENEL YURASZECK

Víctima de un infarto al concluir los trabajos de extinción de un incendio en Buzeta con Pedro Aguirre Cerdá, en la comuna de Estación Central, el martes 12 de junio de 2012 dejó de existir el antiguo voluntario Alberto Thienel, quien se hizo bombero en 1957 en la Bomba Germania de Osorno, antes de integrarse, en 1962, a la Novena de Santiago, donde lo encuentra la muerte de manera injusta e imprevista. A sus funerales concurren delegaciones de bomberos de diversos puntos del país.



Carlo Gíaverini Faúndez



Daniel Castro Bravo



Juan Encina Espinoza



Carlos Pérez Riveros



Juan Guillermo Aranda Pizarro



Rafael Urrutia Bunster



Marco Cánepa Ek Dahl



Alberto Thienel Yuraszeck





El muerto en incendio

Entramos en un bosque furiosamente quemado,
violentamente abrasado.

Extraños árboles, de pie, nos ofrecieron frutos
llamados ascuas, flores llamadas brasas.

De estos árboles o frutos o flores
la quemadura es la sustancia, el ojo en llamas:

ascuas florales, quemaduras arbóreas,
brasas frutales son.

Y había flamencos de carbón que cantaban pavesas.

Solo al muerto en incendio
le es dado ver esas canciones.

Oscar Hahn

DE LA TRACCIÓN HUMANA A LOS BRAZOS ARTICULADOS

MATERIAL MAYOR, 150 AÑOS DE VANGUARDIA TECNOLÓGICA

MÁQUINAS TIRADAS POR HOMBRES

“El cuartel ha quedado desierto. La bomba, aquella compañera de nuestros trabajos y de nuestras glorias, la que nos ha acompañado con fidelidad durante cuatro años, ha partido, no por sus pies, porque ella no nos hubiese abandonado, sino tirada por un carretón que la ha conducido a la estación, de donde debe partir a Valparaíso y de allí a Copiapó, para servir en la ciudad de las minas”. Con estas sentidas palabras, cual si se tratase del alejamiento de un amigo, de un ser entrañable, el entonces teniente segundo Enrique Mac Iver despedía en el libro de oficial de semana, el martes 30 de junio de 1868, a la primera bomba a palanca de la Segunda, la cual partía a cumplir nuevas funciones en la Primera Compañía de Bomberos de Copiapó, luego que la unidad capitalina decidiera enajenarla y reemplazarla por una bomba a vapor.

Las bombas y los bomberos comparten una química especial. En el brillo de los carros se refleja el voluntario y en el funcionamiento de los mismos se pone a prueba cada vez la dinámica de un equipo. No es extraño entonces que estas máquinas, estos complejos dispositivos móviles de emergencia, con luces, sirenas y múltiples compartimentos, logren meterse en el corazón de cada compañía y sugieran, a

la vez, la necesidad de permanente actualización y progreso.

En sus 150 años de historia, el Cuerpo ha vivido un constante proceso de evolución y adaptación a una ciudad cada vez más vertiginosa y cambiante, pero quizás donde mejor se ha reflejado esa transformación es precisamente en la renovación de sus bombas y carros, más conocidos como piezas de material mayor.

Cada innovación tecnológica de los países desarrollados tocó en forma casi inmediata el perfil de los carros comprados por el Cuerpo de Bomberos de Santiago, siempre atento a conseguir material de incendios de primera línea.

Los primeros equipos de combate contra incendios se remontan al Batallón de Zapadores Bomberos, los que, luego de la fundación del Cuerpo, fueron heredados por la nueva organización de voluntarios. Se trataba, básicamente, de bombines y bombas de palanca de tamaño reducido, equipamiento que fue repartido entre las compañías a pocos días de su creación.

Luego de la tragedia en el templo de la Compañía de Jesús, existía consenso en que el urgente y principal problema que enfrentaban los bomberos era la falta de material adecuado. La prioridad, entonces, era adquirirlo lo antes posible. Los fondos vendrían, inicialmente, desde el generoso aporte de la gente, una

Cada innovación tecnológica de los países desarrollados ha tocado en forma casi inmediata el perfil de los carros comprados por el Cuerpo de Bomberos de Santiago.



Arriba, modelo de bombín a palanca usado antes de la llegada del primer material mayor del Cuerpo de Bomberos de Santiago. Al lado, detalle de la primera máquina a palanca fabricada por The Hemenway Company de Estados Unidos y entregada a la Compañía del Poniente, actual Tercera, en 1864.



Detalle de la bomba a palanca.

subvención del gobierno y de los bolsillos de los mismos voluntarios.

En mayo de 1864, es decir, solo cinco meses después de fundado el Cuerpo, se adquiere en Valparaíso la primera pieza de material mayor: un carro portaescales, llamado popularmente tren, por su forma delgada y alargada, el que fue asignado a la Primera de Hachas, Ganchos y Escalas, actual Octava Compañía. Este carro, con cerca de siete metros de largo y de tracción humana, llevaba básicamente escalas, hachas, picotas y cuerdas.

En noviembre de ese mismo año, llega la primera máquina importada con que contaría el Cuerpo: una bomba con sistema mecánico a palanca, fabricada por The Hemenway Company, de Boston, Estados Unidos, la que fue asignada a la Bomba del Poniente y que estuvo en servicio entre 1864 y 1915. Actualmente, en

pleno funcionamiento, se conserva en el cuartel de la Tercera.

Esta bomba, de 1.400 kilos de peso, poseía una entrada y dos salidas de agua, la presión se levantaba por un sistema de vacío generado por la fuerza de dos varas paralelas que se desplazaban en forma vertical. Alcanzaba las 100 libras de presión de salida y su chorro llegaba los quince metros de altura, lo que para su época era realmente excepcional.

Era arrastrada a mano por dos hombres en la punta de la lanza y tres voluntarios por lado, quienes tiraban de las cuerdas. Una vez instalada en la acequia, un auxiliar hacía taco para aumentar el caudal de agua, mientras diez hombres en cada una de las dos varas impulsaban la presión al grito de "fuego, agua, fuego, agua". El desgaste físico que significaba maniobrar las palancas para generar esa

presión es el origen del servicio de auxilios, hombres fuertes, generalmente jornaleros y cargadores de la Vega, que recibían instrucción permanente y veinte centavos por trabajar en el incendio.

A manera de antecedente, recórdese que las primeras bombas a palanca del mundo llevaban un pitón fijo, colocado en lo alto de una caja, alimentado por el agua proporcionada por una constante cadena humana de baldes. Luego se agregaron maderas en la base de la caja, para desplazarlas como trineo, y, alrededor del siglo XVII, se las montó sobre ruedas. Estos bombines con base tipo trineo fueron el modelo que tuvieron las primeras compañías al fundarse la institución.

Fue en 1670 que el holandés Jan van der Heyden costó largas tiras de cuero para crear las primeras mangueras y facilitar el trabajo de los pitoneros, según explica Arthur Ingram en el libro *Fire Engines*, editado en Londres, en 1973. Y cerrará esta parte de la historia el fabricante inglés de botones Richard Newsham, quien, en 1721, patentó su diseño de una bomba a vapor con una cámara de vacío conectada a la bomba para equiparar la presión desalojada por la máquina, idea planteada dos mil años antes por Ctesibius (Alejandría, 285-222 antes de Cristo) y olvidada con el tiempo.

El trabajo de Newsham marcó el cambio de una época y, a partir de esa innovación, surgen las grandes fábricas de máquinas a vapor en Europa y Estados Unidos.

LA ERA DEL BRONCE Y EL VAPOR

Mientras entraba en servicio la bomba a palanca de la Compañía del Poniente, ya se estaba fabricando en Estados Unidos la que sería la primera bomba a vapor, no solo de Santiago de Chile, sino del continente sudamericano.

La Ponka, como se le llamó cariñosamente, llegó a Valparaíso en enero de 1865, a bordo del buque Quintero, proveniente de Portland. La asignaron a la Primera Compañía y fue bautizada como Central. Por su aspecto imponente para la época, fue conocida popularmente como "el monstruo yanqui" y constituyó realmente una revolución en el trabajo de los bomberos. Se pasaba de una bomba a palanca, de marco de hierro, mucha madera y accionada por la fuerza humana, a una

bomba gigante, de hermosas ruedas y una caldera de bronce, acompañada de manillas y válvulas de similar material.

El entusiasmo por la llegada de la bomba a vapor a la Primera tropezó con una seria dificultad. El propio capitán informaba lo complejo que significaba operar la máquina, porque no había quien enseñara su manejo: el mecánico del Ferrocarril del Sur no tenía tiempo y el de la Escuela de Bellas Artes cobraba demasiado caro. Finalmente, en sesión, la compañía ofreció un premio al bombero que lograra aprobar el curso. El triunfador fue Pedro Nolasco Gómez, quien se convirtió así en el primer maquinista del Cuerpo y de Sudamérica.

El grito de "fuego, agua" que imprimía el ritmo a las palancas, fue reemplazado por el silbido del vapor, el olor del humo del carbón y el fuego de la caldera. Las primeras bombas a vapor no poseían estanco ni material suficiente para trabajar en un incendio. Eran algo así como un cuerpo de bomba o una turbina con ruedas, que alimentaba, como máximo, un par de pitones y cuyo desajuste alcanzaba los 450 galones por minuto (Gpm) o 1.700 litros por minuto (Lpm).

Debido a la nueva tecnología, se modificó por completo el sistema de combate de incendios. En la era de las palancas, los bomberos arrastraban el carro y lo hacían funcionar con la fuerza de sus brazos. Ahora, además de arrastrarlo, debía haber voluntarios especialistas en el uso de las válvulas, algunos tenían que dedicarse exclusivamente a cargar la caldera con carbón, otros aceitaban los pistones y, recién en el otro extremo de la cadena, estaban los hombres dedicados a combatir directamente el fuego. Pero no por eso se dejó de adquirir bombas a palanca, que garantizaban mayor rapidez en su desplazamiento y en el armado de incendio.

En los siguientes años, se fueron incorporando más bombas a vapor, de procedencia inglesa, como Merryweather y Shand Mason; norteamericanas, como Waterous, y francesas, como Miesusset. En total, llegaron quince máquinas nuevas entre 1896 y 1906.

Otra innovación "tecnológica" que impactó en la época de los bronce, es el cambio de la tracción humana por la animal. Los caballos pasarían a ser elementos relevantes para lograr mayor velocidad en el desplazamiento, con el evidente beneficio para los voluntarios, que quedaban liberados de trasladar las pesadas máquinas.

Por su aspecto imponente para la época, la Ponka, también conocida popularmente como "el monstruo yanqui", constituyó realmente una revolución en el trabajo de los bomberos.

Al lado, curiosidad y asombro provocó en los antiguos habitantes de Santiago la llegada de cada uno de los extraños vehículos destinados a combatir el fuego. Al centro, la bomba a vapor de la Undécima Compañía. Abajo, la bomba a vapor América, de la Quinta Compañía, se desplaza a la velocidad de la tracción animal por la ciudad.



La bomba a vapor Central de la Primera Compañía, conocida popularmente como la Portia o el "monstruo yanqui" fue de gala durante las celebraciones del centenario de Chile, en 1910, en el Parque Forestal.



El monumento al bombero, inaugurado en 1913 a propósito del cincuentenario del Cuerpo de Bomberos de Santiago al costado sur del palacio de Bellas Artes, se convirtió en un punto emblemático de los ejercicios de los voluntarios. Arriba, las máquinas a vapor de diversas compañías muestran toda su fuerza en 1917. Abajo, la bomba de la Tercera en pleno funcionamiento.

El sistema de salida era muy simple y totalmente mecanizado. Los cuarteles contaban con pesebreras, donde descansaban y se alimentaban los caballos. Una vez que sonaba la alarma, los corceles eran llevados hasta la sala de máquinas, donde, por un sistema de poleas, se les instalaban los collares, que ya estaban unidos a las bombas.

A comienzos del siglo XX, ocho de las doce compañías del Cuerpo contaban con bombas a vapor en sus cuarteles.

GALLOS, POLLOS Y ZANCUDOS

En estos años, el material menor era transportado por ágiles carretones, llamados gallos, que contaban con cajones para llevar pitones, llaves y otros enseres, y un tambor, donde se enrollaban mangueras. Los gallos, cuyo nombre proviene, según la tradición, del apellido del primer comandante, Ángel Custodio Gallo, se dirigían a los incendios junto con las bombas a vapor. Posteriormente, los tambores más pequeños que llevaban las autobombas serán llamados pollos.

Las compañías de escalas y la de Guardia de Propiedad trabajaban en sus orígenes con carros portaescalas, a los que se llamaba trenes. Más de diez escalas de madera, de todo tipo, iban sobre sus chasis, además de palas, hachas, picotas, ganchos, cuerdas y varios otros elementos de apoyo para acceder al fuego.

Respecto al material de altura, las escalas correderas hacían las veces de torres de asalto para llegar a la parte superior de las casonas. A fines del siglo XIX,

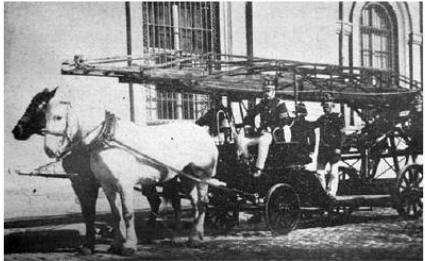
la ciudad había cambiado y, de casas de un piso, de adobe y tejas, se comenzaban a construir edificios a la francesa, de tres y cuatro pisos, lo que obligó a trabajar con nuevos implementos. Ejemplo de ello es el modelo "zancudo", una escala corredera francesa de gran dimensión, que alcanzaba mayor altura, la cual fue incorporada por la Séptima en 1896, un año antes que hiciera lo propio la Octava.

La tecnología adquirida por el Cuerpo de Bomberos pasaba de las escalas correderas al zancudo y, de éste, a las primeras escalas telescópicas. En 1903, se adquiere la primera mecánica que tendría la institución, la que será entregada a la Sexta. Se trata de una escala de madera de varios cuerpos desplegables de marca Magirus, con un alcance de 16 metros y montada sobre un chasis de fierro y madera. En 1912, la Duodécima adquiere una segunda escala telescópica. Estos primeros carros de altura serán trasladados a tracción animal y, finalmente, sobre vehículos a motor.

LA LLEGADA DEL MOTOR Y LAS GUERRAS

Así como la incorporación del vapor impactó a los bomberos, convirtiendo a las bombas a palanca en piezas de museo, el primer carro autobomba terminó con la era de las bombas a vapor y generó un cambio tan profundo, que perdura hasta hoy.

La eterna lucha entre las viejas y las nuevas generaciones tecnológicas tuvo su más claro ejemplo en la compra de la primera bomba automóvil de Santiago, realizada por la Quinta Compañía.



En 1903, se adquiere la primera mecánica que tendría la institución, la que será entregada a la Sexta. Se trata de una escala de madera de varios cuerpos desplegables de marca Magirus, con un alcance de 16 metros.

El carro y escala telescópica de la Sexta Compañía en los últimos años de la tracción animal. Los caballos silbaban y le pusieron otra velocidad al trabajo de los bomberos, quienes ya no tenían que arrastrar a pulso el pesado material mayor.

La primera autobomba Merryweather, conocida como la Rana, por su color verde, enfrentó serias dificultades debido al pésimo estado de las calles, que deterioraban y rompían permanentemente sus piezas.

Recién iniciado el siglo XX, en 1902, se discute la adquisición de una máquina Merryweather tipo Fire King, impulsada por un motor a combustión. El debate fue acalorado, pero el concepto de "progreso" finalmente triunfó. Se juntó el dinero vendiéndolo todo -menos el caballo Ping Pong, que seguiría arrastrando el gallo-, y la nueva joya llegó al cuartel el 20 de mayo de 1906 con su propio técnico, mister Osborn. Bautizada como la Rana, debido a su color verde, la autobomba concurre a su primera alarma el 14 de agosto.

No obstante, por ser la primera de este tipo, la Merryweather enfrentó serias dificultades debido al pésimo estado de las calles, que deterioraban y rompían permanentemente sus piezas. Además, debido a que resultaba difícil de maniobrar en los empedrados mojados por la lluvia, la bomba protagonizó numerosos accidentes, que dieron origen al humillante apelativo de "autoclavo".

En 1912, la Quinta reemplaza la Merryweather por una autobomba francesa marca Mieuisset, que prestaría servicio por once años más, mientras que en 1913, durante las celebraciones del cincuentenario del Cuerpo de Bomberos de Santiago, la Pompe France trae una máquina Thirion modelo 1906. Su moderno equipamiento incluía una bomba centrífuga de alta presión, con un rendimiento de 120 metros cúbicos por hora, unas 2.000 libras por minuto. Llevaba tres tambores desmontables de mangueras (pollos) y su diseño permitía transportar a quince bomberos sentados.

Con la llegada de este tipo de máquinas, solamente los gallos seguían prestando su servicio con el sistema de arrastre por caballos. Estas nuevas bombas tampoco eran techadas y el espacio para la tripulación en la parte trasera era mínimo, por lo que los bomberos seguían trasladándose a los incendios por sus propios medios. Y, al igual que las bombas a vapor, no poseían estanque de agua, debiendo obtenerla de las acequias o de la incipiente red de grifos.

También en el cincuentenario, la Sexta pone en servicio el furgón Adler, que contaba con material de escala y salvamento, más una bomba centrífuga y química que servía de apoyo a las compañías de agua; mientras que, cuatro años después, la Segunda adquiere una autobomba Seagrave. Ya los cuerpos de bomba

funcionaban en combinación con el motor del carro.

El país no es ajeno a los hechos mundiales. En Europa estalla la Primera Guerra Mundial y las necesidades bélicas de los países en conflicto desplazan el mercado de las bombas a Estados Unidos.

El Ejercicio General de 1922 vio pasar por última vez bombas y carros arrastrados por caballos, nobles animales que, en una integración perfecta con hombres y máquinas, formaron la primera línea ofensiva del Cuerpo en sus años heroicos y románticos.

Entre 1918 y 1920, la Segunda, Novena y Décima compañías adquieren bombas de la marca American La France, ya que estaban bloqueadas las compras en Inglaterra, Francia y Alemania, entre otros mercados, por razones de producción militar.

Chile atraviesa periodos de crisis económica, luego de la devaluación del salitre. Y, como ocurre desde los inicios de la institución, las finanzas del Cuerpo siguen siendo parte de su tradición más angustiante. La necesidad de modernizar el material mayor de la institución en una ciudad que crecía en tamaño y nivel de exigencias, llevó a las autoridades, encabezadas por el superintendente Luis Kappés, a organizar la primera colecta pública para la adquisición de nuevas bombas.

Fue tal el éxito de esta campaña, que no solo se consiguieron los ingresos necesarios para las comprar los carros, sino también para sus gastos de operación. El resultado fue la adquisición de seis bombas MAN, cuatro portaescalas de la misma marca y tres mecánicas Magirus, es decir, toda tecnología germana.

Alemania se había levantado con fuerza después de conflicto armado y, tras ser un país física y moralmente destruido, se alzaba como una potencia mundial en la fabricación de vehículos. Por eso los distribuidores de estas marcas germanas en Chile pudieron entregar propuestas más convenientes que las que podían ofrecer, por ejemplo, los representantes de la francesa Delahaye.

Pero, tal como había ocurrido en la primera conflagración planetaria, los ojos del Cuerpo de Bomberos de Santiago se dirigen nuevamente a Estados Unidos una vez comenzada la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Una vez más, y por razones bélicas, tanto los países aliados como sus



Al lado, la autobomba a vapor Merryweather modelo Fire King constituyó toda una novedad tecnológica al comenzar el siglo XX, pero el estado de las calles corrió contra su funcionamiento. Al centro, la bomba Mieuisset, que prestó servicios en la Quinta Compañía entre 1912 y 1923. Abajo, destiende de las escalas telescópicas marca Magirus durante un Ejercicio General en el Parque Cousiño.



Arriba, los carros cruzan por el sector Mapocho, en dirección al cementerio. Los focos van cubiertos por veicos negros en señal de duelo. Adelante, la bomba Delahaye Farol de la Quinta Compañía, recibida en 1927 y que prestara servicios por veinte años. Abajo, las bombas Ford Waterous adquiridas para la Segunda, Tercera, Décima y Undécima compañías en 1940.



Una de las escalas telescópicas marca Magirus, adquiridas luego de la colecta de 1923, aparece en esta fotografía de comienzos de los años 50 en un incendio en Santo Domingo con Puente. Atrás, se dibuja la silueta de la torre de alarma del Cuerpo de Bomberos de Santiago.

Siete años después de finalizada la Segunda Guerra, la nueva Alemania mostrará otra vez todo su poderío en la fabricación de vehículos, solo que la marca elegida ahora es Mercedes.

enemigos del Eje se concentraron en la producción de armas, por lo que las posibilidades de compra de material mayor de nuevo se concentraban en Norteamérica. Fue así como, en 1940, se adquieren cuatro bombas Ford Waterous para la Segunda, Tercera, Décima y Undécima compañías, vehículos que estarán en servicio por cerca de tres décadas, primero como bombas asignadas a las compañías, después como bombas de reemplazo y, finalmente, como transporte de personal, ya que el aumento de las distancias generaba la necesidad de crear un sistema de traslado expedito para los voluntarios.

En 1946, entra en servicio el primer carro químico, marca Ford, en la Sexta Compañía, dando origen al primer curso técnico para los bomberos, esquema de perfeccionamiento que se mantiene hasta el día de hoy, con una Escuela de Bomberos, y el moderno Campo de Entrenamiento Comandante Máximo Humbert, instalado en Colina.

En 1947, la Cuarta incorpora al servicio una bomba Delahue y, al año siguiente, la institución adquiere tres carros portaescalas Mack para la Séptima, Octava y Duodécima y cuatro bombas Mack Hale para la Primera, Quinta, Novena y Decimotercera compañías.

La principal característica de estas nuevas bombas es que poseían estanque de agua, toda una novedad técnica para la época; una turbina con un desalajo de 500 galones de agua por minuto, y, además, tenían capacidad para catorce voluntarios sentados y enfrentados en un pasillo en la parte trasera de la máquina.

EL PERÍODO MERCEDES

Del mismo modo que había ocurrido luego de la Primera Guerra Mundial, siete años después de finalizada la Segunda Guerra, la nueva Alemania mostrará todo su poderío en la fabricación de vehículos, solo que la marca elegida ahora es Mercedes Benz.

En 1952, el Cuerpo asigna a la Séptima, Octava y Duodécima tres escalas telescópicas Mercedes Benz Metz, dotadas de una torre de 38 metros de extensión y, dos años después, estas mismas compañías reciben sus nuevos carros portaescalas Mercedes Benz Vetter.

Estas máquinas llevaban sus escalas en la parte exterior lateral y, en la zona

posterior, los voluntarios se sentaban en ambos lados del carro, que era techado y con mayor comodidad para los bomberos. Era la época del diseño bombe o bombé, tan aplicado en arquitectura como en artefactos domiciliarios en esos años, el cual se caracterizaba por líneas más robustas y curvas, que incluso llegaron al vestuario, como las famosas faldas-plato, que usaron las mujeres.

Poco después, la Sexta Compañía renovaba su material mayor con un portaescalas, una mecánica y un carro de especialidades Mercedes Benz, mientras que la Pompa Italia adquiría algunos años después una máquina Fiat Bergomi, la primera bomba de fabricación italiana traida a Santiago.

En 1957, llegan a la Segunda, Tercera y Décima compañías tres nuevas bombas Mercedes Benz Metz OM312, las que cuentan con un estanque de 900 litros de agua y 180 de espuma, con cuatro pollos desmontables y dos manguerines de primeros auxilios, más un monitor de alta presión sobre el techo de la máquina. Ese mismo año, la Pompe France adquiere por primera vez un carro Berliet y, poco después, al comenzar la década de los 60, la comunidad española entrega a la Décima una bomba Pegaso Comet, con un estanque de 6.000 litros.

Entre las nuevas compañías fundadas a fines de los años 50, la Decimocuarta había recibido la antigua bomba Delahue de la Cuarta, pero, en 1962, al poco andar, compra en Inglaterra su primera bomba, una Leyland Firefly, que tenía dos cuerpos de bomba: uno Coventry Climax de 1.000 galones por minuto y otro Hawthay, de 800 galones.

En sus primeros años, la Decimoquinta tenía en su sala de máquinas una bomba Opel Metz—que había pertenecido a la Segunda Compañía del desaparecido Cuerpo de Bomberos de Las Condes y cuyo cuartel quedaba en Providencia con El Bosque—y un antiguo portaescalas Mercedes Benz, conocido como la Pajarrera, por llevar sus escalas colocadas hacia lo alto de la máquina. En 1966, esta compañía alemana adquiere su primer carro Mercedes Benz Metz.

Este es también el periodo en que se estructuran las nuevas brigadas creadas por la expansión urbana de la capital, las que en un comienzo recibirán, en una ceremonia realizada frente a La Moneda, los antiguos carros Mack.



Las fotos superiores corresponden a la entrega de las nuevas máquinas Mercedes Benz Metz, ceremonia realizada en la plaza Bulnes en 1957. Abajo, la bomba Fiat Bergomi, primera máquina de origen italiano que entró en servicio en la Undécima Compañía.



La mecánica de la Duodécima Compañía en un incendio que afecta un edificio ubicado al costado de los estudios de radio Pirat. El material mayor es Mercedes Benz y el personal lleva cotanas de cuero y el casco MSA, en servicio a partir de 1962.



Arriba, las escalas telescópicas extendidas para el trabajo de incendio en altura. Abajo, el carro de especialidades de la Sexta Compañía, conocido como "el químico", rodeado por curiosos en un amago en pleno centro de la ciudad.



Los voluntarios de la Novena Compañía uniformándose en la cubierta del carro Mack que recién sale a una alarma. Entre el personal y el conductor se ve una línea de pitones dispuestos para ser usados de acuerdo a las necesidades del trabajo.



LA ÉPOCA FRANCESA

A contar de 1964, se inicia la fuerte presencia francesa en la adquisición de las nuevas piezas del material mayor del Cuerpo, que ese año compra cinco bombas Berliet modelo GCK-8, las que distribuye a la Primera, Quinta, Novena, Undécima y Decimotercera compañías. Ante los buenos resultados obtenidos, en 1972 se incorporan otras siete máquinas Berliet, ahora del modelo GAK-20, para las recién creadas Decimosexta, Decimoséptima, Decimoctava, Decimonovena y Vigésima compañías, que renovaban así la dotación de su época como brigadas o unidades en formación, mientras que dos de estos carros quedaron como máquinas de reemplazo. Las bombas tenían capacidad para tres mil litros de agua y dos carretes desmontables o pollos. Sirvieron durante casi dos décadas en sus respectivas compañías.

Hacia fines de los años 70, el parque de la institución estaba integrado básicamente por bombas, portaescales, mecánicas y un carro de especialidades, por lo que mantenía una estructura bastante similar a la década anterior. Sin embargo, la ciudad crecía hacia zonas semiurbanas

y el Cuerpo debía prestar sus servicios en un territorio cada vez más extenso, cubierto ahora con la incorporación en pleno derecho de las brigadas y la fusión con los bomberos de Renca.

Para resolver el problema de traslado de los voluntarios, se compran entonces cinco camiones chasis Chevrolet General Motors, los que se adaptan como carros de transporte. Estos vehículos son entregados a la Novena, Decimotercera, Decimoséptima y Vigésima compañías, mientras que el quinto pasa a la Pompe France como carro de apoyo, al que se le incorporan extractores de humo, equipos autónomos, compresor y un sistema de espuma de alta expansión.

Al ampliar su jurisdicción territorial, el Cuerpo de Bomberos de Santiago deberá suplir la falta de gritos con carros cisterna, por lo que, en 1976, se incorporan desde Brasil tres carros fabricados por Biselli S.A., contruidos sobre chasis Mercedes Benz 1513. Las máquinas pasan al servicio como Z-2, Z-11 y Z-14, según las compañías a las que son asignadas. Dotados de un estanque de 8.500 litros, una bomba Coventry-Climax Godiva con capacidad de rendimiento de 250 galones por minuto, los cisterna llevan dotación

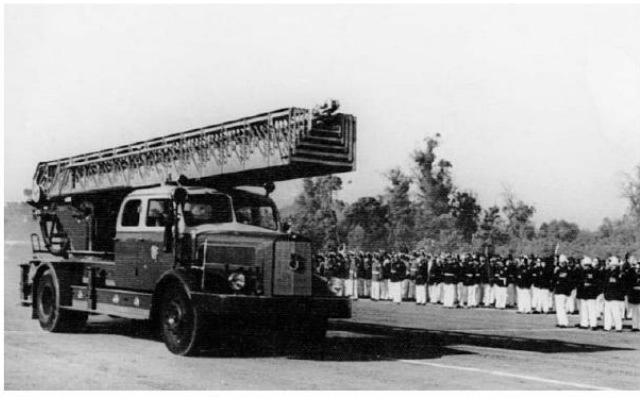
El primer carro Berliet, incorporado a la Cuarta Compañía en 1957, abrió las puertas para esta marca en el país. La rentabilidad del material llevó a la adquisición de nuevas piezas y su hegemonía se extendió por casi dos décadas.



Distintas máquinas de los años 40, 50 y 60. (1) La bomba Ford de dotación de la Décima Compañía con varios de sus voluntarios. (2) Ceremonia de entrada en servicio del carro Mercedes Benz en el cuartel de la Décima, en 1957. (3) Armado en la fábrica de París del carro Delahaye asignado a la Cuarta Compañía, en 1947. (4) Un voluntario cambiándose ropa en público, ya que las máquinas no tenían cabina.



Diferentes tecnologías en los extremos de la capital. (1) La famosa bomba Reo, que prestó servicios en la Decimotercera Compañía y que fue bautizada por el cardenal José María Caro. (2) La bomba Leyland diseñada por los propios voluntarios de la Decimocuarta Compañía y fabricada en Inglaterra en 1962. (3) Un jeep con acoplado adaptado como carro de emergencia en los primeros años del Cuerpo de Bomberos de Renca, que luego se fusionaría con Santiago.



Arriba, la escala telescópica de la Octava Compañía desfila en el Parque Cousiño. Comenzó a trabajar en 1952 y con una extensión máxima de 35 metros, prestó funciones por varias décadas. Abajo, ceremonia de colocación del gallardete al momento de entrar en servicio la bomba Berliet modelo GAK-20 de la Decimoséptima Compañía, en 1972.

de chorizos y tiras para su trabajo de apoyo a las compañías. Además, a los dos primeros carros se les incorporó seis bidones, con capacidad total de 120 litros de espuma, mientras que la Z-14 llevaba ocho bidones, con un total de 160 litros. Cada máquina, completamente equipada, pesa doce toneladas. El Z-14 sería reasignado a comienzos de los años 80 a la Decimotercera Compañía.

En 1979, se decide renovar los ya cansados carros Mercedes, que prestaron sus servicios por más de dos décadas y que fueron reemplazados por tres nuevos Mercedes Benz Ziegler, modelo 1017 TLF16, que incorpora cortinas correderas en lugar de las anteriores cajoneras a la vista.

Un año más tarde, se completa la renovación con cuatro máquinas Mercedes Benz Vetter, con torre de iluminación, generador eléctrico y material de escalas y rescate básico. La profusión y diversidad de requerimientos lleva a incorporar también una bomba más ágil, la Berliet 770 KB, que es entregada a la Vigésima Primera Compañía y, más tarde, a la Cuarta y Decimocuarta.

EL REMEZÓN DE LA TORRE SANTA MARÍA

La tragedia ocurrida en la Torre Santa María, el edificio más alto y seguro de ese momento en la ciudad, no solo enlutó a numerosas familias y al propio Cuerpo de Bomberos de Santiago, que perdió al joven voluntario Eduardo Rivas Melo, sino que, por las características y notoriedad del hecho, remeció la conciencia del país.

A la vista de todos, por primera vez, había quedado en evidencia que el material con que se contaba no era suficiente para este tipo de incendios y que también era urgente revisar las normativas de edificación vigentes, toda vez que el diseño arquitectónico del edificio, con sus amplios espejos de agua en la base, fue lo que impidió llegar al piso siniestrado con las telescópicas de la época.

Entonces, rápidamente, se organizó una campaña financiera para renovar el material, especialmente de altura, y, al igual que en 1923, los bomberos salieron a las calles a pedir el apoyo de la ciudadanía. En un esfuerzo que comprometió la totalidad de la compañía, la campaña "Chile responde a sus bomberos" logró

reunir los recursos suficientes para adquirir la nueva tecnología.

En 1982, al año siguiente del incendio, llegaba al país una escala telescópica marca Magirus Deutz modelo DL44, dotada de una torre de 44 metros, y más tarde se incorporaban dos carros similares, modelo DL50, con torres de 50 metros de altura. La primera máquina fue asignada a la Octava y las otras dos a la Séptima y Decimocuarta. A este equipamiento se agregó el carro con brazo articulado marca Simon Snorkel sobre un chasis Leyland, con una extensión de 31 metros, aporte de la Municipalidad de Providencia para la Decimotercera Compañía.

Así como un incendio de altura había marcado el desarrollo técnico de la institución, los profundos cambios urbanos y el aumento de la población y el parque automotriz generaban la necesidad de nuevos servicios, como el rescate, en todas sus formas. En ese mismo periodo, y a través de aportes comunales, la Vigésima recibe una bomba 4x4 marca Magirus Deutz 192D.

Por su parte, la Novena y Décima compañías reemplazaron sus máquinas Berliet por unas Renault Camiva modelo GB191, transformándose éstas en las bombas de agua de mayor longitud con que cuenta el Cuerpo. Entre sus características, estos carros tienen un potente pitón monitor en su parte superior.

Como se puede observar, de un total de once carros que se adquieren con posterioridad al incendio de la Torre Santa María, ocho son alemanes y todos corresponden a la marca Magirus. Con esto, se cumple el tercer ciclo de adquisición de vehículos germanos. Como se ha indicado, el primero fue posterior a la Primera Guerra Mundial, con carros MAN; el siguiente fue después de la Segunda Guerra Mundial, con vehículos Mercedes Benz, y ahora, luego de la tragedia de la emblemática torre, con Magirus.

Sin embargo, después de casi cuatro décadas, el Cuerpo volvió a poner en servicio tres nuevas bombas de procedencia estadounidense. Se trata de los carros Grumman, modelo Custom Fire Apparatus, chasis 1988, asignados a la Primera, Quinta y Decimotercera.

Desde fines de los años 80 y durante los 90, se comenzó a observar un creciente aumento en la incorporación de piezas de material mayor marca Renault, carrozadas por Camiva, lo que se debía, básicamente, al importante aporte que



Carros con pasado

Arriba, se aprecia la bomba Opel que perteneció al disuelto Cuerpo de Bomberos de La Cordon, que después fuera asignada a la Decimocuarta Compañía y que, finalmente, se transformara en el primer carro de la Decimotercera. Abajo, el camión estanco Mercedes Benz 1513, fabricado en Brasil y denominado Z-2, que prestó servicios en la Segunda. Vehículos iguales, con capacidad de 8.500 litros, se entregaron a la Undécima y Decimocuarta compañías.

Al año siguiente de la tragedia, llegaba al país una escala telescópica Magirus Deutz modelo DL44, dotada de una torre de 44 metros, y más tarde se incorporaban dos carros similares, modelo DL50, con torres de 50 metros de altura.

La tragedia de la Torre Santa María remeció a la población y, luego de la campaña "Chile responde a sus bomberos", el Cuerpo logró incorporar escalas telescópicas de la marca Magirus Deutz, como el modelo DL44 entregado a la Octava Compañía.



Cincuenta metros de proyección tenían los modelos DL50 de Magirus Deutz, que el Cuerpo puso en funcionamiento en la Séptima y Decimoquinta compañías luego del siniestro de la Torre Santa María, episodio que constituye un antes y un después en los incendios de altura.



Detalle de los compartimentos del carro BX-11 de la Undécima Compañía, una bomba Renault Camión S150, año 1995, con un estanque de 1.500 litros.



entregaba la Junta Nacional de Bomberos para cofinanciar estos carros.

Así se fueron renovando las bombas, especialmente con los modelos G-230, S-150, S-170, M-180 y M-210, que quedaron repartidos en las distintas compañías.

En 1996, la Duodécima puso en servicio una escala telescópica de la misma marca, mientras que, un par de años después, la renovación correspondió a la Segunda, Tercera y Décima, que reciben carros Renault Premium 260, año 1998. En 2000, la Decimocuarta adquirió una máquina Renault Premium 300, el mismo modelo que pondrá en servicio la Decimoctava en 2001.

Este período terminaría con la adquisición de cinco portaescalas, marcas Renault e Iveco, los que reemplazarán a las antiguas máquinas Mercedes y Magirus.

CARROS DE ALTA ESPECIALIZACIÓN

El comienzo de la década de los 90 trae consigo un aumento significativo de otro tipo de emergencias. El material ya no solo era despachado a los tradicionales llamados de comandancia o alarmas de incendio, y aumenta la cantidad de salidas por personas atrapadas, ya sea en ascensores o accidentes automovilísticos,

lo que nuevamente reorienta la adquisición de tecnología.

Una de estas subespecialidades es el rescate. El carro Magirus Iveco, de origen alemán, incorporado a la Sexta en 1983 y dotado de los más completos equipos de rescate y una grúa pluma en su parte posterior, marcaba el inicio de esta nueva etapa. Un vehículo gemelo se asigna a la Decimoquinta, el que, poco después, es reemplazado por otro Magirus, pero con estanque de agua.

Tal como lo hiciese la Decimocuarta en 1994, cuando se convirtió en la primera compañía de agua que incorporó la especialidad de rescate, a través de un carro Renault B110, la Primera asumió la subespecialidad de rescate urbano, con el fin de cubrir actos de servicio asociados a salvamentos en espacios confinados y estructuras colapsadas.

Asimismo, debido a la ubicación periférica que tenían, la Decimosexta y Decimonovena también adoptan la subespecialidad de rescate, adquiriendo carros de apoyo para este tipo de servicios. Incluso, en un aporte al desarrollo de las especializaciones, la Decimosexta adaptará su bomba Renault como unidad de rescate canino.

En forma paralela, la Cuarta, Decimo séptima y Decimoctava siguieron desarrollando su especialización como compañías



Renault al rescate

Carro de rescate Renault modelo B-110, fabricado en 1994 en Francia y destinado a la Decimocuarta Compañía para el salvamento de personas atrapadas en vehículos, por lo que se le denominó R-14. Prestó servicios hasta el año 2000 y, como parte de sus características, posea un equipo de desencarcelación Lukas completo, generador eléctrico fijo, torre de luz, colchones Vetter, hinchable y escalas.

El despliegue tecnológico de las últimas décadas ha estado condicionado por los nuevos y diversos requerimientos de una urbe en expansión.



Renault es la marca del material mayor de la Vigésimo Primera Compañía. A la izquierda, la BX-21, modelo Midlum 24015 DI 4x4, año 2010, con especialidad estructural y forestal, y a su lado, la B-21, modelo Premium Urbano Mayor Midlum-270, año 2007, para trabajo estructural.



La BX-19 de la Decimonovena Compañía de Bomberos. Se trata de una bomba para intervención en fuego marca Renault Midlum 240 4x4, año 2010, sobre un cuerpo de bomba Camira CB2 90 L.



Los modernos carros de la Decimoseptima Compañía, especialmente equipados para incendios y materias peligrosas. La B-17 es marca Crimson, año 2012, con un estanque de agua de 3700 litros. A su lado, con hinchable azul, el H-17, modelo Renault Camira año 2000, especializado en Haz-Mat y cascada de aire, con torre de iluminación de 12 metros.



de agua y Haz-Mat, materias peligrosas. Precisamente, la Decimotava puso en servicio, en 1996, el primer vehículo Haz-Mat de Chile, el cual fue construido en el país sobre un chasis Iveco, que incluye, entre otras muchas cosas, una estación meteorológica de monitoreo del medioambiente. Ese vehículo se reemplazó por una máquina Renault Premium 300 en 2012.

La Decimoseptima mandó a construir a Francia un carro especialmente diseñado para el comando y control de materiales peligrosos, un modelo Renault Camira que entró en servicio el año 2000.

La Pompe France, en tanto, adquirió un carro Renault S-150, que se adaptó tanto para la carga de cilindros de aire, como para emergencias que obliguen a descontaminación masiva.

PIEZAS DEL NUEVO MILENIO

Desde comienzos del año 2000 hasta el presente, son innumerables los cambios que han tenido las compañías respecto a sus especialidades y subespecialidades, y no existe unidad que se haya mantenido inmóvil respecto al avance tecnológico y los nuevos desafíos.

Respecto a las piezas de material mayor, se observan dos grandes ejes por los que se ha avanzado en estos trece años. Por un lado, la multifuncionalidad de los carros y, por otro, el fuerte ingreso de vehículos de origen estadounidense.

Con el logo de la marca norteamericana Freightliner, en 2009, se adquiere el primer carro de rescate urbano de Santiago, el cual se integra al cuartel de la Primera. Posteriormente, se incorporan carros de rescate y apoyo para la Duodécima, Decimosexta y Decimonovena; tres carros cisterna 2009 distribuidos en la Segunda, Décima y Decimotava, y también de la estadounidense Pierce, una bomba año 2000, modelo Saber, para la Vigésima.

La renovación también lleva a la adquisición de bombas E-One, modelo Typhoon, para la Novena, Decimotercera y Decimosexta, y dos carros E-One HP75, con torre de 25 metros, para la Decimotercera y Vigésima compañías. Por su parte, la Vigésima Segunda adquirió una mecánica Renault G260, de 30 metros de proyección, y la Novena adaptó la mecánica Renault Camira, de 32 metros, que anteriormente estaba asignada a la Duodécima.

En 2011 y 2012, respectivamente, la Quinta y Decimotava colocan en servicio sus bombas Rosenbauer America, con mayores capacidades, tanto de transporte como de desalojo de agua. De la misma marca es el nuevo carro de rescate técnico de la Sexta.

En Francia se adquieren dos máquinas Renault, modelo Midlum 270, para la Undécima y Vigésimo Primera compañías, mientras que la Octava renovó su mecánica por un vehículo MAN Magirus, con brazo articulado de 32 metros, y la Decimoquinta incorporó un carro Bronto Skylift, de 44 metros de proyección.

Iguales cambios se producen en los carros cisterna con que contaba el Cuerpo desde fines de los años 70, ya que se adquieren tres vehículos marca Freightliner, los que fueron presentados a la Segunda, Decima y Decimotava compañías.

Para cerrar este largo proceso de 150 años de evolución tecnológica, en los que casi doscientas máquinas han acompañado a los bomberos de Santiago, la Decimoseptima inauguró su nueva bomba Crimson Boomer, la Decimocuarta integró una máquina de rescate técnico Crimson, modelo Gladiator Evolution, y la Decimoquinta incorporó una MAN Magirus, teniendo las dos últimas estanque y cuerpo de bomba.

Así como en la década de los 40 las bombas norteamericanas de las marcas Ford y Mack logran establecer una preeminencia en el material mayor adquirido por el Cuerpo, los 50 y 60 quedarán marcados por las máquinas alemanas, especialmente Mercedes Benz, tendencia que solo empezará a revertirse en 1964, cuando las fábricas francesas se convierten en los principales proveedores, manteniendo por décadas esa hegemonía.

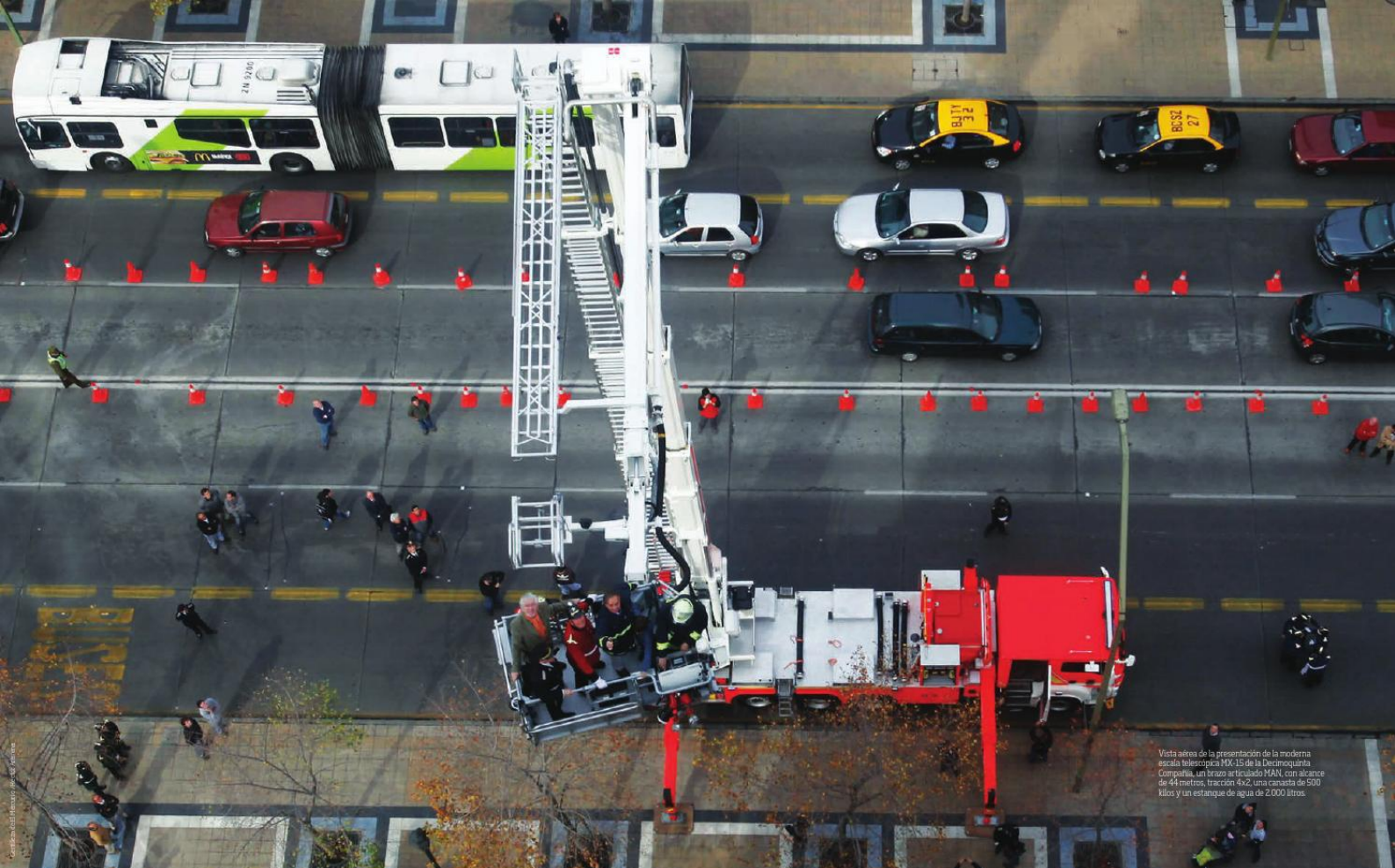
Pero las nuevas condiciones de trabajo de las compañías, el desarrollo de modernas tecnologías y las cambiantes problemáticas planteadas por los materiales en combustión, llevaron a las compañías a buscar en el mercado estadounidense, donde se han ido sicazando y produciendo importantes desarrollos para un trabajo cada vez más especializado.

Así comienzan a integrarse al parque de bombas las marcas Grumman, Freightliner, Pierce, E-One, Rosenbauer y Crimson, las que van a ser representativas de la institución en esta etapa, que coincide con el nacimiento de un nuevo milenio y el sesquicentenario de la fundación del Cuerpo de Bomberos de Santiago.

Desde el año 2000 en adelante, se observan dos grandes ejes en la renovación de material mayor. Por un lado, la multifuncionalidad de los carros y, por otro, el fuerte ingreso de vehículos de origen estadounidense.



(1) El nuevo carro HP 75 E-One al momento de ser recibido por la Decimotercera Compañía en el frente de la Municipalidad de Providencia, en marzo de 2006. (2) Voluntarios de la Decimotercera en el canasto de control del brazo articulado Simon Snorkel, máquina que ha sufrido permanentes transformaciones tras ser incorporada al servicio luego del incendio de la Torre Santa María. (3) El sábado 28 de junio fue presentado por el municipio de Las Condes y el CBS el moderno carro E-One, modelo Typhoon Tradition HP 75 de la Vigésima Compañía. (4) La mecánica Renault G30 de la Vigésima Segunda Compañía, que data de 1991, en plena acción durante un reciente incendio en el barrio Bellavista.



Vista aérea de la presentación de la moderna
escala telescópica MX-15 de la Decimoquinta
Compañía, un brazo articulado MAN, con alcance
de 44 metros, tracción 4x2, una canasta de 500
kilo y un estanque de agua de 2.000 litros.

ESCALA MECÁNICA

Unidad: Decimoquinta Compañía
 Nombre: MX15, Bomba Máximo Humbser
 Tipo: Escala brazo articulado
 Modelo: MAN
 Año: 2012
 Tracción: 4x2
 Alcance escala: 44 metros
 Canasta: 500 kilos
 Estanque de agua: 2.000 litros



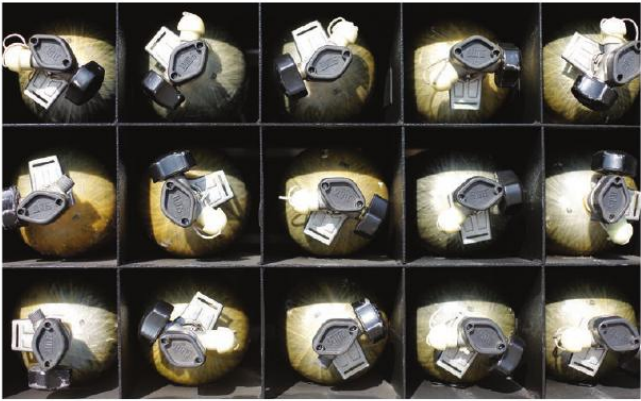
BOMBA DE AGUA

Unidad: Decimotercera Compañía
Nombre: B18, Bomba Vitacura
Tipo: Socorro
Modelo: Rosenbauer
Año: 2012
Tracción: 4X2
Capacidad: 3.700 litros / Desalojo: 5.550 litros
Tanque de espuma: Clase A, 240 litros
Generador: Incorporado 20 Kva
Mástil de iluminación: 12 metros, 4.000 W



CARRO DE RESCATE

Unidad: Primera Compañía
Nombre: RHL Bomba Mupocho
Tipo: Servicio urbano
Modelo: Freightliner
Año: 2009
Tracción: 4x4
Peso: 3.000 kilos
Generador: Incorporado 30 Kva
Mástil de iluminación: 4 metros, 4.000 W



22 UNIDADES EN LOS CUATRO EXTREMOS

LAS COMPAÑÍAS DE ORIGEN

El día de la fundación del Cuerpo, el 20 de diciembre de 1863, las cuatro unidades de origen nombraron de manera provisoria a sus directores, los que, a su vez, escogieron a las máximas autoridades de la institución y acordaron constituirse como compañías en posteriores sesiones separadas para elegir en forma definitiva a sus respectivas oficialidades.

La Bomba del Oriente, actual Primera Compañía, citó a reunión para elegir su oficialidad el 22 de diciembre, en los mismos salones de la Filarmónica donde había nacido el Cuerpo. A las seis de la tarde, los asistentes ratificaron en el cargo de director a José Besa de las Infantas, quien además había asumido como vicesuperintendente al momento de la fundación y, en la práctica, terminaría ejerciendo también las funciones de superintendente, que le delegaría José Tomás de Urmeneta. Como capitán quedó Wenceslao Díaz.

La Bomba del Sur, hoy Segunda Compañía, se instaló inmediatamente después, confirmando al agricultor y político Manuel Recabarren Rencoret, como director, y al banquero Alejandro Vial, como capitán. Entre sus primeros integrantes destacaba Ángel Custodio Gallo, quien fue elegido primer comandante del Cuerpo y que tuvo al estudiante Demetrio Lastarria como primer ayudante.

La Bomba Poniente, actual Tercera Compañía, realiza su primera sesión el día 24 de diciembre, en la que ratifica a Henry Meiggs como director; elige al iniciador del Cuerpo, José Luis Claro, como capitán, y regula sus normas de funcionamiento. "Ileídos que fueron por el secretario los Estatutos de la Tercera Compañía de Valparaíso, los que suscribimos nos obligamos a respetar fielmente todas sus disposiciones", recoge Benjamin Vicuña Mackenna, en su pequeño libro *La cuna del Cuerpo de Bomberos y su Tercera Compañía*.

La compañía de Guardia de Propiedad, actual Sexta, también se reúne provisoriamente para escoger sus oficiales, oportunidad en que Manuel Antonio Matta, de profesión literato, asume como director y Alejandro Larquín como capitán, aunque, en una nueva sesión, realizada el 4 de enero de 1864, se confirma a Matta como director y se elige al agricultor Félix Blanco como capitán. Entre sus primeros integrantes figuran Guillermo Matta, hermano del director y también escritor, y Antonio José Soffia, poeta inscrito simplemente como propietario.

Estas son las cuatro primeras unidades en el momento de la fundación del Cuerpo, pero en esos mismos días la energía de una ciudad que quiere reparar la falta de previsión que derivó en la catástrofe del templo de la Compañía de Jesús, impulsa la sucesiva creación de nuevas compañías.

A mediados de enero de 1864, a un mes de su fundación, el Cuerpo de Bomberos de Santiago contaría ya con siete compañías, de las cuales cuatro eran de agua, dos de escalas y una de guardia de propiedad.



Historical photograph belonging to José Pedro Alessandri Palma and donated to the Museo del Cuerpo de Bomberos de Santiago por su hijo y nieto general de la institución, José Pedro Alessandri Fábrega por su parte la ciudad de Santiago al momento de la fundación del cuerpo. En la imagen, tomada en 1892 desde la torre de la iglesia de San Francisco se observa la Alameda de las Delicias al fondo y entre los árboles se ven los edificios que se iban a construir. A la izquierda se observa la iglesia de San Diego al centro, el puente que hizo construir Bernardo O'Higgins para conmemorar la Primera Guerra de Chile y, arriba, a la derecha, el puente de la Victoria en plena construcción.

El superintendente Luis Claro Solaz, al centro, y el vicesuperintendente Galvarino Gallardo encabezan una formación del Cuerpo en los inicios del siglo XX, junto al director de la Segunda Compañía, Anselmo Hervía Riquelme.



En ese mismo mes de diciembre, el propietario de la Compañía de Gas de Santiago, José Tomás de Urmeneta, en esos momentos superintendente del Cuerpo, y su gerente Adolfo Eastman fundan una compañía anglo-chilena, cuya especialidad sería apagar los incendios de gas del alumbrado de Santiago. Pero el directorio les solicita fundar una unidad de escalas, creándose así la Primera Compañía de Hachas, Ganchos y Escalas (actual Octava), con fecha 4 de enero de 1864. La primera reunión se realizó en los salones de la Compañía de Gas, donde se eligió a Eastman, como director, y al inglés Santiago Longton, como capitán.

Por esos intensos días, el diario *El Ferrocarril* publicaba un aviso de la colonia francesa citando a una reunión en el Hotel de los Hermanos Genoux, donde se convoca a "tous les membres de la colonie française, sans exception aucune d'assister dimanche prochain 27 courant a une heure de l'après midi". Así se forma una Compagnie Française de Sapeurs Pompiers, que elige como presidente a Agustín Mourgues y, como secretario-tesorero, al conocido comerciante Edouard Muzard.

Los ciudadanos de origen galo solicitan un puesto en la institución, pero el directorio rechaza la petición y recomienda la creación de dos compañías. Reunida nuevamente la colonia francesa, acepta la propuesta del Cuerpo y se organizan las unidades requeridas, una de bombas y otra de escalas. El 18 de enero de 1864, se fundan, entonces, la Segunda Compañía

de Hachas, Ganchos y Escalas (actual Séptima), que elige como director a Gastón Dubord y, como capitán, a René Clerc. Al día siguiente, se formaba la Pompe France (actual Cuarta), en la que asumen Charles de Monery, como director, y Auguste Raymond, como capitán.

A mediados de enero de 1864, a un mes de su fundación, el Cuerpo de Bomberos de Santiago contaría ya con siete compañías, de las cuales cuatro eran de agua, dos de escalas y una de guardia de propiedad. Estas unidades son consideradas las fundadoras de la institución.

ANTIGÜEDADES Y NÚMEROS

Las primeras compañías debieron enfrentar situaciones complejas, como el bombardeo del puerto de Valparaíso, en 1866, durante la guerra con España; el incendio del portal de Sierra Bella, en 1869, y el incendio del Teatro Municipal y la muerte de Germán Tenderini, en 1870.

En 1871 y 1872, aumentaron los incendios, incluyendo los siniestros de la Drogueria Francesa, propiedad del antiguo director de la Pompe France, Agustín Mourgues; el del Ministerio de Hacienda, que entonces funcionaba en el palacio de La Moneda; el del Palacio Arrieta, y el del Club de las Logias Masónicas, en San Antonio y Agustinas.

Fue entonces cuando la juventud se unió para fundar la que hoy será la Quinta Compañía, asumiendo los costos de tener cuartel, bomba a vapor, uniformes,

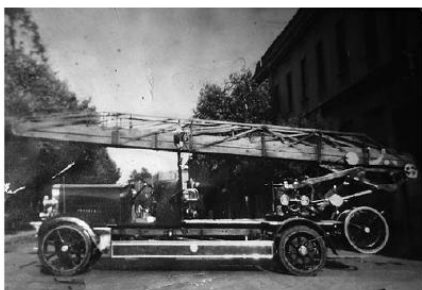


Tres imágenes en la vida de la Quinta Compañía. Al lado, los voluntarios posan junto a su material mayor, que incluye el gallo y la bomba automotriz, en 1908. Al centro, los quintinos celebran la Navidad de 1914 tripulando la Muzard, primera bomba con turbina que tuvo el Cuerpo. Abajo, el actual cuartel de la unidad al momento de su inauguración en 1941.



* Algunos escudos corresponden a los primeros cuarteles en uso en las diferentes compañías.

La secuencia muestra la evolución de la Séptima Compañía. Al lado, la antigua mecánica frente al cuartel de Plaza Almagro, donde la unidad permaneció por largas décadas. Al centro, una fotografía de los años 30, que muestra la guardia nocturna de la compañía. Abajo, el moderno cuartel de Avenida Matta con Lara.



carros para el carbón y todo lo necesario. La iniciativa tuvo la respuesta esperada y el apoyo de las más destacadas personalidades de la ciudad, entre ellos Domingo Santa María y Manuel José Balmaceda.

El verdadero promotor de esta idea había sido el sacerdote Ruperto Marchant Pereira, quien convence al senador Gerónimo de Urmeneta para aceptar la dirección de la nueva compañía y a Carlos Rogers, recién llegado de Valparaíso y miembro de la Bomba Americana, para que asuma como capitán. La Bomba América, como fue bautizada originalmente, entró en servicio el 7 de diciembre de 1873, luego de participar en un ejercicio demostrativo ante las autoridades del Cuerpo.

Está también en ese año cuando el Cuerpo reordena numéricamente a las ocho compañías ahora existentes, correspondiendo los primeros cinco números a las unidades de agua, el sexto para la de guardia de propiedad y los dos siguientes para las compañías de escala.

COMISIÓN DE VISIONARIOS

Cuando los primeros bomberos de la capital eran llamados a una alarma, el hecho constituía un suceso extraordinario, algo que solo ocurría menos de diez veces al año. "El trabajo para la extinción de cada incendio no pasaba ordinariamente de una o dos horas (...). Los grandes incendios, que imponían tarea extraordinaria y muchas horas de fatigas, eran escasísimos", explica Ismael Valdés Vergara, en su *Historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago, 1863-1900*.

Seguendo la estadística que entrega el mismo autor, se anota que, hasta 1870, el promedio era de nueve incendios por año. Entre 1870 y 1880, la cifra aumenta a diez siniestros, promedio que se eleva a catorce en la década siguiente. Pero, al cerrar el siglo, entre 1890 y 1900, la estadística explota a una media de 30 incendios por año, con un peak en 1893, cuando las compañías tendrían que desplegar al máximo para concurrir a 52 llamados, en algunas oportunidades, hasta tres de ellos simultáneos. Debido a esto y, a pesar del permanente esfuerzo de renovación del material de bombas, salvamentos y escalas desarrollado durante ese tiempo, las nuevas condiciones vuelven insuficientes los recursos técnicos y humanos disponibles.

Atento a la nueva realidad, el directorio nombra una comisión, integrada por Ignacio Santa María, Samuel Izquierdo, Ismael Valdés Vergara y Emiliano Llona, para abocarse en forma urgente a esta situación. En su informe final, estos reconocidos personajes proponen la fundación de nuevas compañías, la descentralización del servicio, la instalación de nuevas campanas de incendio en otros barrios y medidas técnicas, como la colocación de muros contra fuegos en las construcciones.

La comisión también señala la ubicación de los nuevos cuarteles, estableciendo dos en la Alameda, esquina de Santa Rosa o Miraflores, uno frente al Mercado de San Diego; otro a los pies de la Escuela de Alameda, esquina de la actual Ricardo Cumming; un quinto en la plaza de la Recoleta y otro en el barrio de Yungay. El Cuerpo diseñaba así una estrategia que se convierte rápidamente en acción. Se compran los locales señalados y se impulsa la fundación de nuevas compañías. Aunque la institución no vivía precisamente holguras económicas, igual extrema sus recursos hasta responder a lo solicitado por aquellos hombres ilustres.

El país venía sobreponiéndose a la dramática guerra civil de 1891 y la capital ya cuenta con 300 mil habitantes, casi tres veces más que la población de Valparaíso y diez más que la de Rancagua. Los barrios se han ido extendiendo hacia el norte, poniente y sur, y, como respuesta inmediata al llamado del Cuerpo, en el sector de Yungay nace la idea de crear una compañía de bomberos.

EL BARRIO DE YUNGAY SE ORGANIZA

El informe de la comisión había sido entregado el 1 de marzo de 1892 y, apenas dos meses después, el 1 de mayo, un grupo de vecinos, encabezados por el acaudalado propietario español Aniceto Izaga, hace llegar la primera solicitud al superintendente Enrique Mac Iver para dar vida a una compañía de bombas de agua, la que de inmediato se discute en el directorio, siendo aceptada con entusiasmo tres días después.

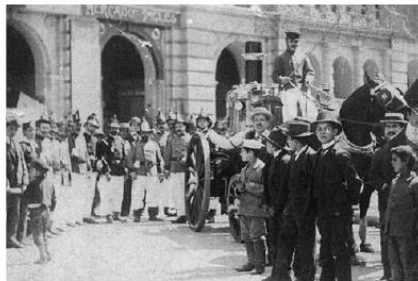
Aniceto Izaga dona una propiedad en Compañía con Maturana, frente a la Plaza Brasil, para el emplazamiento del nuevo cuartel, cuya construcción alcanzaba un

En 1873, el Cuerpo reordena numéricamente a las ocho compañías existentes, correspondiendo los primeros cinco números a las unidades de agua, el sexto para la de guardia de propiedad y los dos siguientes para las compañías de escala.





Arriba, los fundadores de la Novena Compañía en un retrato de 1893 con un fondo morisco que simula el Palacio de la Alhambra. Abajo, un ejercicio combinado de la Segunda, Sexta y Novena compañías en plena calle Brasil a propósito del vigésimo noveno aniversario de esta última unidad, el 4 de junio de 1921.



Los voluntarios de la Décima Compañía, rodeados de numerosos niños y vecinos, posan orgullosos con su bomba a vapor, la que originalmente perteneció a la Quinta Compañía y fue cedida a la nueva unidad.

costo de veinte mil pesos, buena parte de los cuales (9.942 pesos) fueron aportados por el propio benefactor de la iniciativa y por el voluntario Ángel Ceppi.

Como la unidad requería una bomba para entrar en servicio, la Quinta acordó entregarle su primera máquina a vapor, bautizada como Arturo Prat, con casi 30 años de servicio pero en excelentes condiciones mecánicas, mientras que la Primera le cedió la bomba a palanca Mapocho.

La ceremonia de traspaso de la bomba Arturo Prat se realizó el día de Año Nuevo de 1893 y fue recibida por el flamante capitán de la Novena, Santiago Aldunate Bascuñán, quien antes había sido, precisamente, voluntario de la Quinta.

Estraña fenómeno: caracteriza el crecimiento del Cuerpo de Bomberos de Santiago, que así como en su primera década se mantuvo con las siete compañías de origen, luego de la creación de la Quinta, en 1873, deberá esperar casi dos décadas para la creación de nuevas unidades, pese a la progresiva expansión de la capital.

También en 1892 y con solo dos días de diferencia, la colonia española presenta similar solicitud, a través de una carta firmada por José de Respaldiza y otros vecinos. El directorio acepta el ofrecimiento, con fecha 15 de junio, se aprueba el reglamento de la Décima Compañía y, ese mismo día, se elige a la primera oficialidad. José de Respaldiza asume como director, mientras que José González pasa a ser capitán.

Como otro rasgo del espíritu de colaboración entre las compañías, la Cuarta les entrega su bomba a vapor Pompe

France Nº 2, lo que les permite entrar en servicio mientras la colonia española comienza el estudio para la compra de una moderna bomba en Europa. La nueva unidad se instala en el sitio que antes ocupara el Mercado de San Diego.

Rafael de la Presa, en su libro *Venida y aporte de los españoles a Chile independiente*, señala que "la colectividad hispana de Santiago intentó en 1861, seriamente organizar una Compañía de Bomberos, de que carecía de capital y con la que, en cambio, contaban en el puerto. Es importante destacar esa iniciativa, anterior en dos años y medio al incendio de la Iglesia de la Compañía y a la fundación del Cuerpo de Bomberos de Santiago que fue su consecuencia". Y agrega un dato aún más importante: "Se creó la entidad bomberil española, legítima precursora de la actual Décima Bomba España, el 21 de marzo de 1861, que redactó sus propios estatutos, hizo varias reuniones y tuvo su personal y oficialidad completos". Pero la iniciativa no obtuvo el apoyo de las autoridades centrales de la época en el mandato del Presidente Manuel Montt, quien siempre se mostró sospechoso de los bomberos.

LOS VECINOS DE LA VÍA FÉRREA

No había transcurrido un año desde la fundación de la Novena y de la Décima, cuando los vecinos del sector sur poniente de la capital hacían llegar al superintendente Enrique Mac Iver una nota señalando la necesidad de formar



BOMBA ESPAÑA
10.ª
PATRIA Y TRABAJO





La fotografía, de julio de 1914, retrata a los voluntarios de la Undécima Compañía en un almuerzo o pranzo en la casa del primer director de la Peripa Italia, Salvatore Cuneo Coppola, en Manuel Montt con Iriarzával. Sentados se pueden observar, de izquierda a derecha, a Mario Maglio Fisco, Cesare Penelli Oliva, Salvatore Cuneo Coppola, Vasco Innocenti Cocchi y Alejandro Salazar Deriaz.

una compañía de agua en el barrio de la Estación Central, por lo alejado del Cuartel General y por el incremento de los incendios. Firmaban el documento Santiago Tonkin, A. Seco de la Cerda y otros vecinos dispuestos a poner en servicio la unidad, sin pedir recursos a la institución.

El directorio resolvió citar a los firmantes a una reunión para formalizar el procedimiento, crear un reglamento interno y establecer otras exigencias. Finalmente, el 7 de julio de 1893, la institución aprobaba la formación de la nueva compañía y, en la sesión del 31 del mismo mes, se fundaba la Undécima Compañía de Bomberos de Santiago. Su primer cuartel provisorio se ubicó al costado de la Estación de los Ferrocarriles y luego se trasladó a otro recinto transitorio en el mismo sector.

Pero, ese mismo año, aún faltaba el surgimiento de la Decimosegunda Compañía, que había iniciado sus trámites incluso antes que la Undécima, el 30 de abril de 1893, cuando solicitó crear una unidad de hachas y escaleras en el sector Yungay. En parte de la propuesta, los fundadores aseguran que "nos proponemos alejar-

nos en lo que sea posible del centro, hacia el Barrio de Yungay, manteniendo a nuestra costa el Cuartel en que se establezca la Compañía hasta que el Directorio nos fije un Cuartel definitivo".

En la misma sesión en que se incorporaba a la Undécima, el 31 de julio de 1893, se aprueba la solicitud y se le asigna el número doce a esta nueva compañía de hachas y escalas, que en principio se instaló en el propio Cuartel General y, posteriormente, se trasladó a Avenida Ricardo Cumming, entre Huérfanos y Compañía. Ismael Ticornal y Julio Lafourcade, asumían, respectivamente, como director y capitán.

El Cuerpo de Bomberos de Santiago alcanzaba así la cifra de doce compañías, cuatro de las cuales habían surgido en los últimos dos años. Mientras esto ocurría, el viejo cuartel que había albergado a la institución desde sus primeros días, era demolido para construir uno nuevo, obligando a las unidades a ubicarse en distintos puntos de la ciudad. De este modo, la vieja torre de Fermín Vivaceta daba paso al moderno edificio de calle Puente y Santo Domingo, que aún se mantiene como Cuartel General.



1898

Plano de Santiago que presenta en números los distintos cuarteles de incendio, de acuerdo a la distribución de 1898. Al darse una alarma, la campana repetía tantas campanadas como fuera el número del cuartel donde se registraba el siniestro, alerta que se repetía al menos tres veces.



Al concluir las obras de construcción del Cuartel General, de nuevo se distribuyó territorialmente a las compañías. La Primera quedó en su cuartel de Moneda y San Antonio; la Segunda se ubicó en la primera cuadra de Santa Rosa; la Tercera y la Cuarta ocuparon el Cuartel General; la Quinta pasó a la Alameda, a los pies del palacio de La Moneda; la Sexta se trasladó al anterior cuartel de la Quinta, en el costado oriente de la Universidad de Chile; la Séptima quedó en la primera cuadra de la desaparecida calle Castro (actual autopista Manuel Rodríguez); la Octava también se instaló en el Cuartel General de Santo Domingo; la Novena se mantuvo en Compañía con Maturana; la Décima siguió en la propiedad municipal del Mercado de San Diego; la Undécima se ubica en la Alameda, a metros de la Estación Central, y la Decimosegunda se mantuvo en Ricardo Cumming.

Fueron estas doce compañías las que concurren con su material al gran incendio del Congreso Nacional, en la madrugada del 18 de mayo de 1895.

PROVIDENCIA TOMA LA INICIATIVA

Casi medio siglo tendrá que pasar para que el Cuerpo de Bomberos de Santiago considere un nuevo incremento en el número de unidades en servicio en una ciudad que vive profundas transformaciones sociales, derivadas principalmente de la modernización industrial y los procesos migratorios del campo a la ciudad, que redundarán en un explosivo crecimiento de las urbes y, particularmente, de la capital.

Al igual que en los otros puntos cardinales de la ciudad, en la primera mitad del siglo XX se produce una sostenida expansión hacia el sector oriente, particularmente en lo que hoy conocemos como Providencia, que, en caso de un incendio, quedaba a trasmano tanto del Cuerpo de Bomberos de Las Condes, como del de Santiago.

Esto explica el nacimiento de la Decimotercera Compañía, el 25 de noviembre de 1940, ocho pocas semanas después que, a las seis de la mañana del 10 de octubre,

Una armada de tiras de 70 milímetros llega hasta el gemelo base para dar agua a los pitones que atacan un incendio declarado, en febrero de 1940, en Alameda con Serrano. Al fondo, se observa la iglesia de San Francisco y, entre los curiosos, se aprecian numerosos percheros rescatados de una tienda de ropa



El primer capitán de la Decimotercera Compañía, Hernán Vaccaro, posa junto a la hermosa bomba Reo, incorporada a la unidad en 1940.

un incendio de grandes proporciones envolviera un edificio en calle Pedro de Valdivia 1638, propiedad de Artemio Espinosa Martínez. "Que ahí recibí la más formidable lección de valor, de generosidad, de esfuerzos y de valentía, que nunca habría podido imaginar que encerrarán esos sencillos muchachos que hasta entonces y muy de lejos había visto pasar vistiendo la casaca de bombero", escribiría el propio Artemio Espinosa.

La entonces alcaldesa de Providencia, Alicia Cádiz, se convirtió en la entusiasta madrina de la Decimotercera, gestionando la instalación del cuartel en un local vecino a la Municipalidad, mientras que su marido, Augusto Errázuriz Ovalle, fue quien financió la compra de la primera bomba, la histórica Reo.

Eran los tiempos del Presidente Pedro Aguirre Cerda, gran impulsor de los cuerpos de bomberos del país, y la ceremonia de bautizo del mencionado carro, que tuvo lugar el 13 de septiembre de 1941, fue oficiada por el propio cardenal José María Caro. Tal repercusión tuvo en su tiempo la creación de la Decimotercera y la incorporación de la Reo, que hasta el propio ex Presidente Arturo Alessandri Palma se retrató al lado del hermoso carro con casco de bombero.

TAREA DE INGLESES Y ALEMANES

La década siguiente, la de los años 50, fue marcada por hechos dramáticos, como la muerte en actos de servicio de

los voluntarios Alfredo Molina Godoy, primer mártir de la Decimotercera, y Benjamín Fernández Ortiz, de la Novena.

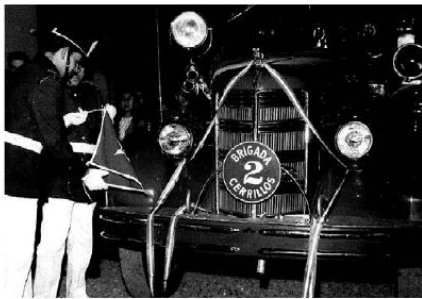
En 1957, la alcaldesa de Santiago, María Teresa del Canto, inauguraba el busto de Germán Tenderini a un costado del Teatro Municipal, en el mismo año que la ciudad es remediada por movimientos populares, que generan grandes disturbios la noche del 2 de abril. Para evitar la alarma pública, el comandante Alfonso Casanova ordena suspender el toque de alarmas de incendio, saliendo el material solo a "llamados de comandancia".

En ese periodo, el Cuerpo de Bomberos de Las Condes perdió su personalidad jurídica y, ante la necesidad de cubrir el amplio territorio oriente de la ciudad, que quedaba desprotegido en caso de incendios, el Cuerpo de Bomberos de Santiago acepta la fundación de dos nuevas compañías en el sector.

La primera de ellas será reconocida con el número catorce, estará integrada por miembros de la colonia británica residentes en el país y llevará por nombre The British Commonwealth Fire Company-J.A.S. Jackson, en homenaje a su impulsor y fundador del colegio The Grange, John Jackson. En el acto de incorporación de la nueva unidad, en el salón del directorio del Cuerpo, el 7 de julio de 1959, se encontraban presentes los embajadores de Gran Bretaña y la India y los encargados de negocios de Canadá y Sudáfrica. Douglas Mackenzie McEwan fue el primer director y Harold Bain asumió como capitán.



El 6 de julio de 1959, el Cuerpo recibió a la nueva compañía de bomberos de Providencia, la Bomba Inglesa de Santiago. Al lado, el superintendente Hernán Figueroa Anguita prende el distintivo al primer director de la Compañía, Douglas Mackenzie. Ese mismo año, entró en servicio la Decimoquinta Compañía, la Bomba Alemana de Santiago. En la fotografía de abajo se puede ver a su primer director, Jorge Wenderoth, junto al primer presidente y fundador de la Junta Nacional de Cuerpos de Bomberos, Guillermo Morales Beltrán.



El capitán de la Brigada N° 2, Cerrillos, procede a colocar el gallardete en la bomba asignada a su unidad. Estas máquinas modelo Mack, entregadas a las brigadas habían pertenecido a la Primera, Quinta y Novena compañías.

Los voluntarios de la Decimocuarta concurren a sus primeros actos de servicio junto a los hombres de la Primera, "su padrina", de cuya guardia nocturna también pasan a formar parte durante este proceso de instrucción, en el cual jugaría un papel de suma importancia quien fuera voluntario honorario de la Primera, secretario general, superintendente y director honorario del Cuerpo Gonzalo Figueroa Yáñez. Muy pronto se iniciaron las gestiones para traer desde Inglaterra una bomba Leyland, aunque fue la antigua Delahaye, que había pertenecido a la Cuarta, la que permitió trabajar en el comienzo. Su cuartel definitivo quedaría ubicado en Los Leones 1875, en la comuna de Providencia.

La segunda unidad fundada en esos días será la Decimoquinta, cuyos integrantes, provenientes de la colonia alemana de la capital, deciden denominarla Deutsche Feuerwehrkompanie-Maximo Humbert, en recuerdo del comandante de ascendencia germana muerto en acto de servicio en 1952.

La Bomba Alemana, que tuvo como primer director a Jorge Wenderoth y como capitán a Waldemar Winter, se formará al alero de la Sexta, alojando durante su periodo de práctica en el Cuartel General y trabajando con una bomba Ford adaptada como portaescalas. Tiempo después, la Decimoquinta se instalaría en el cuartel que perteneciera al Cuerpo de Bomberos de Las Condes, en Avenida Apoquindo esquina El Bosque.

LAS BRIGADAS DEL CENTENARIO

El inicio de los años 60 será de dolor y muerte en el país, ya que un terremoto de gigantescas proporciones, el mayor registrado por la historia en el planeta, destruyó la zona centro sur del país. El primer sismo se había sentido al amanecer del sábado 21 de mayo y alcanzó una magnitud entre 7,3 y 7,5 grados en la escala de Mercalli, abarcando la zona comprendida entre Concepción y Angol, aunque fue percibido desde el Norte Chico hasta Llanquihue. Pero al día siguiente vino el cataclismo. Pasadas las 15 horas, más de mil kilómetros de territorio fueron devastados durante diez minutos de terremotos intermitentes, desde Arauco hasta Aysén. Tras el desastre de tierra, la ola gigantesca de un tsunami arrasa las costas desde Concepción hasta Chiloé.

Más de 2500 víctimas, entre muertos y desaparecidos, y ciudades destruidas hasta en un 80 por ciento era el saldo de la tragedia. Frente a la emergencia, el Cuerpo de Bomberos de Santiago se puso a disposición de las autoridades del país para colaborar en lo que fuera necesario, recibiendo la tarea de trasladar los heridos desde los aeropuertos de Santiago y la Estación Central de ferrocarriles a los centros hospitalarios de la capital.

Un año más tarde, fallecía el integrante de la Segunda Mario Garrido Palma, en el incendio ocurrido en Santo Domingo con Matucana, la noche del domingo 20 de marzo. Era la primera vez que un

Junto a las quince compañías existentes, la institución también contaría en los años 60 con cuatro brigadas, que nacieron en barrios alejados del centro de la ciudad, como los Nogales, Cerrillos, Manquehue y Lo Barnechea.



Las compañías Decimosexta, Decimoséptima, Decimoctava y Decimonovena cubrían así los sectores jurisdiccionales más extremos de la institución hacia el poniente y el oriente, logrando convertirse en poco tiempo en unidades de alta especialización.



miembro de esa compañía fundadora caía en acto de servicio, pero su deceso sería solo el preámbulo a la mayor tragedia vivida por la institución. El 15 de noviembre de 1962, seis voluntarios morían como consecuencia del derrumbe de un gran muro en el incendio de Huérfanos con Amunátegui, hecho que también dejó decenas de heridos.

Colpeada por la partida de Patricio Cantó (Tercera), Pierre Delaháit (Cuarta), el teniente Carlos Cáceres y el voluntario Alberto Cumming (ambos de la Sexta), y los integrantes de la Duodécima Rafael Duato y Eduardo Georgi, la institución debía iniciar, solo semanas después, las celebraciones de su centenario, festejos que serían profusamente destacados por la prensa y que encontrarían a los bomberos con un excelente parque de material mayor.

Junto a las quince compañías existentes, el Cuerpo de Bomberos de Santiago también contaría en los años 60 con cuatro brigadas, que nacieron en barrios alejados del centro de la ciudad, como los Nogales, Cerrillos, Manquehue y Lo Barnechea.

Estas unidades tenían el mismo régimen que las compañías y contaban con material mayor y menor para su servicio. La Brigada 1 Nogales era la más antigua, había sido fundada el 20 de noviembre de 1959 a petición de un grupo de vecinos preocupados por los numerosos incendios que ocurrían en el sector, los cuales no eran debidamente enfrentados por las distancias geográficas de las unidades existentes en ese momento. Rafael López Morales, Pedro de la Peña Mosquera y Pedro Armijo Vargas fueron los principales impulsores de esta brigada, que tenía de dotación una de las bombas Mack-Hale y había recibido su cuartel en General Velásquez 1401.

La Brigada 2 Cerrillos anotaba como fecha de fundación el 24 de marzo de 1963, precisamente el año del centenario; su cuartel funcionaba en Avenida Central 4497, en un local que pertenecía a la Corporación de la Vivienda, y también había recibido una bomba Mack-Hale.

La Brigada 3 tenía por nombre Manquehue y se ubicaba en un cuartel construido en calle Las Hualtatas 7390, de propiedad de la Municipalidad de Las Condes. Esta compañía había comenzado a formarse a principios de 1967, pero ya en julio tenían reuniones periódicas. Impulsados por Arturo Merino Ossa, hijo de Arturo Merino Benítez y descendien-

te de José Santos Ossa, los voluntarios pensaban en refundar el Cuerpo de Bomberos de Las Condes, hasta que llegaron de visita el comandante y el secretario general del Cuerpo de Bomberos de Santiago a proponerles que se integraran a la institución. Reconocen el 6 de septiembre como fecha de fundación, porque ése fue el día en que el directorio se allanó a aceptar a las nuevas brigadas. Arturo Merino fue su primer director y Carlos Contreras su capitán. Merino es legendario para la unidad, porque todo lo que es la Decimoctava hoy él ya lo soñaba hace casi cincuenta años.

Por último, la Brigada 4 Lo Barnechea funcionaba en el número 1202 de la avenida del mismo nombre, en lo alto de Santiago, y tenía como dotación la tercera máquina Mack-Hale entregada a las brigadas. En un principio, el Cuerpo de Bomberos de Santiago había comunicado a la Junta de Vecinos de San Enrique la necesidad de crear una brigada en el sector, pero la escasa acogida de la idea obligó a la institución a probar suerte con la Junta de Vecinos de Lo Barnechea, presidida por Fernando Castro, donde la recepción fue mayor y, el 1 de octubre de 1967, se envió al directorio la postulación oficial como Brigada 4, en la que asumiría el propio Castro como director.

Pero la situación no podía mantenerse por más tiempo y se acuerda darles carácter de compañías a las cuatro brigadas, bajo el principio que no podía haber diferencias entre los voluntarios de la institución, tal como lo había enfatizado el superintendente de esos años, Sergio Dávila.

Así, el 18 de noviembre de 1970, nacen cuatro nuevas compañías y, como una manera de hacer justicia, se acordaba mantener la antigüedad de las nuevas unidades a partir de su fecha de fundación como brigadas.

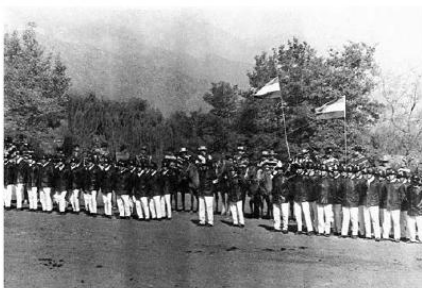
La Decimosexta Compañía, que correspondía a la anterior Brigada Nogales, nombró a Rafael López como director y eligió a Alejandro Rojas como capitán, mientras que la Decimoséptima, continuadora de la Brigada Cerrillos, designó a Jorge Huerta y Omar Cruces, respectivamente, en los cargos de director y capitán.

La Decimoctava, proveniente de la Brigada Manquehue y conocida ahora Bomba Vitacura, comenzó como Bomba Las Condes y, solo a fines de la década de los 90, adoptó como nombre el actual,



Los voluntarios de la Brigada Cerrillos, al lado, "tiran pinta" con su carro Mack-Hale. Al centro, el último ejercicio de la B-3, en marzo de 1971, antes de pasar a ser la Decimoctava Compañía. De pie, al extremo derecho, aparece el primer capitán, Carlos Contreras Bañados. Abajo, las brigadas adquieren la condición de compañías y los capitanes de la Decimonovena, Decimoséptima, Decimoctava y Decimoséxta reciben los gallardetes con sus respectivos números.

Tres momentos en la historia de la Decimonovena Compañía. Al lado, la unidad recién fundada se fotografía junto al club de huasos en el entorno campestre de Lo Barnechea de los años 70. Al centro, los voluntarios forman en su antiguo y recordado cuartel de Cuatro Vientos. Abajo, el edificio de última generación que cobija a los bomberos de la precordillera.



producto de la división jurisdiccional de la ex comuna que le dio el nombre de origen. La unidad escogió a Cirano Merlet como director y nombró a Fernando Jiménez como capitán.

Por último, en la Decimonovena Compañía, prolongación en el tiempo de la Brigada Lo Barnechea, asumieron Delfín Bazares, como director, y Augusto Maira, como capitán.

Las nuevas compañías cubrían así los sectores jurisdiccionales más extremos de la institución hacia el poniente y el oriente, logrando convertirse en poco tiempo en unidades de alta especialización.

URGENTE NECESIDAD EN LAS CONDES

Ese año 1970, Chile comienza a vivir un estado de permanente agitación política, marcado por la elección presidencial del 4 de septiembre, donde triunfa el candidato de la Unidad Popular, Salvador Allende Gossens. Apenas unas semanas más tarde, es asesinado el comandante en jefe del Ejército, general René Schneider Chereau, a manos de un comando que intentó secuestrarlo en la esquina de Avenida Américo Vespucio con Martín de

Zamora. Estas y otras situaciones obligan al Cuerpo de Bomberos de Santiago a mantener constantes guardias y acuartelamientos, en medio de reiterados enfrentamientos sociales, tomas y situaciones de emergencia.

Pero aún faltaba fundar una nueva compañía que cubriera las necesidades de la comuna de Las Condes, en amplia expansión urbana. Consecuente con la resolución de integrar las brigadas ya establecidas, ese mismo 1970, se organiza de inmediato una unidad "para evitar una discriminación inconveniente a los tiempos que se viven", según señalara el propio superintendente Sergio Dávila (Agustín Gutiérrez Valdivieso, *Historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago*).

El 28 de mayo de 1970, se realiza la primera reunión de lo que será la Vigésima Compañía en el cuartel de la Decimoquinta. Citados por el tercer comandante, Jorge Salas Torrejón, un grupo de voluntarios de la Primera, Novena y Decimotercera, que vivían en el sector, concurren para constituir la nueva unidad. En sucesivas reuniones, realizadas en el cuartel de la Decimotercera, ese grupo de bomberos echará las bases de la nueva compañía, hasta que, finalmente, el 20 de agosto de 1971, se constituye la Vigésima.



Los primeros voluntarios de la Vigésima Compañía desfilan frente a las autoridades y rinden honores al superintendente Gonzalo Figueroa, llevando en alto el estandarte de la comuna de Las Condes.



La Primera Compañía de Renca fue el motor del Cuerpo de Bomberos en esa populosa comuna del sector norponiente de la capital.



recibiendo en su cuartel a las autoridades del Cuerpo de Bomberos de Santiago. Para 1972, la compañía elegiría a Raúl Araya, como director, y a Jorge Salinas, como capitán.

HISTÓRICA FUSIÓN CON RENCA

Mientras el Cuerpo de Bomberos de Santiago crecía hacia el oriente, abarcando las comunas de Providencia y Las Condes, hacia el poniente de la ciudad se distribuían los Cuerpos de Bomberos de Pudahuel, Renca y Quinta Normal.

El 26 de enero de 1951, reunidos en su municipio, los vecinos de Renca, a insinuación de la entonces regidora Lizarda Mouat Olivares, habían fundado la Primera Compañía de la comuna, asumiendo como primer director el propio alcalde Miguel Varas Aguirre, quien, no siendo bombero, aceptó entusiasta y decididamente la tarea. En la ceremonia se encontraban presentes destacados voluntarios de la Novena Compañía de Santiago, encabezados por su director, Carlos Bastías Caballero, quienes habían colaborado de manera activa en la formación de los nuevos voluntarios. Es importante destacar que es la primera compañía de bomberos en el país iniciada por una mujer.

Tres años más tarde, en base a la personalidad jurídica de la naciente Primera Compañía, es fundado el Cuerpo de Bomberos de Renca, uno de los pocos Cuerpos del país creados a partir en una sola compañía. Es, por lo anterior, que Miguel Varas se transformaría en el primer superintendente de la institución.

La comuna seguía creciendo y, luego del violento incendio de calle Diecinueve Norte y Longitudinal Seis, el 7 de mayo de 1954, nace una nueva compañía, ubicada en el sector más próximo a Santiago, la población Juan Antonio Ríos, la cual, una vez que logró adquirir su cuartel y carro bomba, es reconocida como la Segunda Compañía del Cuerpo de Bomberos de Renca.

En abril de 1964, se dio vida a la Tercera Compañía de la comuna, unidad fundada con la especialidad de escalas y que contaba con el patrocinio de la embajada de Estados Unidos.

En pocos años, el número de habitantes había pasado de veinte a 100 mil personas y, casi sin percibirlo, la comuna había dejado de ser una localidad rural para convertirse rápidamente en un polo urbano e industrial.

Fue entonces cuando el Cuerpo de Bomberos de Renca, que contaba con tres compañías, cinco piezas de material mayor y un Cuartel General de gran superficie en el actual Parque Las Palmeras, inicia las gestiones para fusionarse con el Cuerpo de Bomberos de Santiago, por medio de una carta fechada el 15 de septiembre de 1978. El directorio acepta dicha fusión, el 15 de diciembre del mismo año, acontecimiento único en Chile hasta esa fecha, y se aprueba la conformación de dos nuevas compañías, que asumirán los números 21 y 22, reconociéndose las fechas de fundación de la Primera y Segunda compañías de Renca para la Vigésimo Primera y Vigésimo Segunda de Santiago, respectivamente, siendo las últimas incorporadas a la institución en sus 150 años de vida.



Tres recuerdos de la Segunda Compañía de Bomberos de Renca, actual Vigésimo Segunda Compañía del Cuerpo de Bomberos de Santiago. Al lado, los segundos con su uniforme de trabajo antes de la fusión con Santiago. Al centro, una antigua formación en el entorno semiurbano de la populosa comuna del norponiente de la capital y, abajo, rodeada de niños, la bomba Ahorro Fox, la famosa Bola de Oro, distintiva de la unidad de Renca.





Ciudad en Llamas

Entrando en la ciudad por alta mar
la grande bestia vi: su rojo ser.
Entré por alta luz, por alto amor,
entréme y encontréme padecer .
Un sol al rojo blanco en mi interior
crecía y no crecía sin cesar,
y el alma, con las hordas del calor,
templóse y contemplóse crepitar.
Ardiendo el más secreto alrededor,
mi cuerpo en llamas vivas vi flotar
y en medio del silencio y del dolor
hundióse y confundióse con la sal:
entrando en la ciudad por alto amor
entrando en la ciudad por alta mar.

Oscar Hahn

EL LLAMADO DE LOS FUSILES

LOS BOMBEROS ARMADOS

JORNADAS EXTRAORDINARIAS

En más de algún momento en su historia, los bomberos chilenos han debido cambiar hachas y pitones por fusiles. Los voluntarios de Valparaíso cumplían recién quince años de existencia y los de Santiago aún no llegaban a los dos, cuando un conflicto internacional los obliga a convertirse, por vez primera, en cuerpos de bomberos armados, situación que se repetirá para la Guerra del Pacífico, durante la epidemia de cólera morbo de 1886-1888, en la Guerra Civil de 1891, en las huelgas sociales de 1905 y para la caída del gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, en 1931.

En algunos casos, por la ausencia de fuerzas militares o policiales en la ciudad y, en otras, porque la organización y disciplina de la institución generaba confianza de las autoridades del país, los bomberos se transformaron en impensados protagonistas en muy diversos momentos de crisis de la sociedad chilena.

1865-1866, UNA GUERRA INSÓLITA

El 1865, en el contexto de su vocación americanista, Chile dio su apoyo a Perú cuando la escuadra española llegó a las costas del Pacífico a cobrar antiguas

deudas de la época virreinal. Los hechos se precipitaron. España ocupó las islas Chinchas, ricas en guano; se realizaron intensas negociaciones para evitar un conflicto, pero el presidente peruano Juan Antonio Pezet, que había encabezado las conversaciones, fue derrocado por el coronel Mariano Ignacio Prado, quien asumió el poder con gran apoyo popular. Las autoridades nacionales respaldaron la posición peruana negando abastecimiento logístico a la escuadra hispana, especialmente de carbón para sus buques a vapor. España exigió reparaciones que el gobierno de José Joaquín Pérez se negó a satisfacer y, el 25 de septiembre de 1865, Chile le declara la guerra a la potencia europea.

Ante ello, el Cuerpo de Bomberos de Santiago ofreció sus servicios al gobierno del Presidente Pérez, quien, en una nota de agradecimiento de fecha 26 de septiembre, que llevaba la firma del ministro de Defensa, Juan Manuel Finto, respondió así al vicesuperintendente José Besa: "El gobierno lo acepta, llenando así el deber que le impone un acto tan propio de los muy beneméritos ciudadanos y extranjeros que componen el Cuerpo de Bomberos y puede Ud. asegurarles que, llegado el caso, se darán al efecto las órdenes oportunas", transcribe Ismael Valdés Vergara en su *Historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago, 1863-1900*.

El Cuerpo de Bomberos Armados de Santiago se embarcó a Valparaíso en el tren de Meiggs, llevando su nueva bomba a vapor, su bomba a palanca y sus voluntarios para apoyar a sus colegas porteños en la defensa de la ciudad.

Grabado del Museo de la Marina de París que muestra a las naves españolas disparando contra las principales edificaciones de Valparaíso. El bombardeo duró dos horas y media, y cayeron sobre la ciudad 2.500 balas de artillería naval. Hubo cuatro muertos, ocho heridos y pérdidas por catorce millones de 45 peniques de la época.



En enero de 1866, Chile y Perú firmaron un tratado de alianza. Las escuadras de ambos países enfrentaron a la española en la zona de Chiloe, y finalmente, en marzo de ese año, el almirante hispano Casto Méndez Núñez informó que su flota, compuesta por cuatro buques, bombardearía Valparaíso el 31 de marzo. El puerto estaba desprotegido, ya que sus baterías habían sido desmontadas.

Ante la presencia del superintendente de la institución, Antonio Varas, el Cuerpo de Bomberos Armados de Santiago se embarcó a Valparaíso en el tren de Meiggs, llevando su nueva bomba a vapor, su bomba a palanca y sus voluntarios para apoyar a sus colegas porteños en la defensa de la ciudad. El resto del material, junto a las compañías francesas y la de Guardia de Propiedad, quedó en Santiago. El Cuerpo fue organizado como Bomberos Armados, asumiendo como comandante el secretario general, Máximo Argüelles. La sección de incendios estaba a cargo del comandante Francisco Bascuñán Guerrero. Al amanecer del 30 de marzo, los voluntarios llegaron al puerto, donde se pusieron bajo las órdenes del comandante del Cuerpo de Bomberos de Valparaíso, Aquinas Ried.

El material de incendios fue organizado en tres agrupaciones, que incluían compañías de bombas y hachas de ambos cuerpos, de modo de poder cubrir los lugares más amenazados. Una se ubicó en la zona del cerro Cordillera, para la protección de los vulnerables almacenes fis-

cales y la Aduana; la segunda se dispuso en el sector central, incluyendo la Plaza Victoria, y la tercera cubrió la zona del Almendral, donde se ubicaba el gasómetro de la ciudad.

En la mañana del sábado 31 de marzo, todos estaban en sus puestos. La escuadra española ubicó sus naves frente a la ciudad y, a las 9.15 horas, inició el bombardeo, concentrando sus fuegos en los almacenes y el centro de la ciudad. El ataque duró tres horas y se dispararon 2.500 proyectiles. Pronto, los incendios estallaron incontenibles en bodegas, casas y comercios, y los bomberos tuvieron que desplegar su material para impedir su propagación. La bomba Central, la única de vapor, armó en la actual Plaza Prat para proteger el sector de la Planchada, que incluye los edificios de la Intendencia y la Bolsa de Comercio. El fuego consumió todas las edificaciones entre las calles de la Planchada y de Lord Cochrane, mientras dos grandes columnas de humo eran visibles desde toda la bahía.

La tarea de extinción de los incendios se prolongó por más de 48 horas y los siniestros solo lograron ser completamente controlados el lunes 2 de abril. El bombardeo había dejado cuatro muertos, ocho heridos y pérdidas por catorce millones de 45 peniques de la época.

Al día siguiente, los voluntarios de Santiago regresaron a la capital, siendo recibidos por centenares de personas que los saludan en su paso por la Alameda rumbo al Cuartel General.

1879-1883, LA GUERRA DEL PACÍFICO

Terminada la Guerra contra España, los bomberos volvieron a sus tareas habituales. Durante ese año 1866, se registraron, por ejemplo, ocho incendios de cierta gravedad, siendo el más grande de ellos el que afectó a la barraca de maderas de Roberto Trait, que obligó a combatir el fuego por más de 30 horas.

Pero no pasarían más de trece años para que nuevamente los bomberos de Chile debieran tomar los fusiles, esta vez por el conflicto en las fronteras del norte contra la Alianza de Perú y Bolivia, que se inicia en abril de 1879. Conocida la noticia de la declaración de guerra y ante la necesidad de enviar tropas al norte, incluyendo a la policía, movilizadas como Batallón Bulnes, de nuevo los bomberos ofrecieron sus servicios a las autoridades del país.

El directorio del Cuerpo citó a las compañías de uniforme el 6 de abril de 1879, un día después de la declaración de guerra, y el gobierno del Presidente Aníbal Pinto resolvió aceptar la solicitud, creando el Cuerpo de Bomberos Armados. "En vista del patriótico ofrecimiento que los bomberos de esta capital han hecho al gobierno fórtese con estos ciudadanos un Cuerpo de Voluntarios al mando de su comandante don Carlos Rogers", decía el decreto emitido el 9 de abril, que llevaba la firma del propio mandatario y del ministro de Guerra, Cornelio Saavedra. Carlos Rogers, en esos momentos coman-

dante de la institución, era voluntario de la Quinta y destacada figura pública.

Dado este desdoblamiento de tareas, cada compañía debía suplir en sus filas un total de cien voluntarios, cupos que rípidamente se fueron llenando por ciudadanos que no podían ir al frente de batalla. Como una manera de evitar que postularan personas que solo querían eludir el servicio, los bomberos tomaron sus propias medidas, como sucedió el 3 de mayo de 1879, cuando, por acuerdo del consejo de oficiales de la Tercera Compañía, se estipuló: "Todo voluntario que desee ingresar como bombero queda obligado a servir como voluntario armado".

Ya con sus dotaciones completas, las compañías eligieron sus oficiales de mando de acuerdo a sus propios reglamentos, los que fueron ratificados por las autoridades de gobierno.

"La compañía en sesión de hoy acordó manifestar a Ud. que estaba dispuesta a desempeñar toda comisión que se le encomienda en beneficio de los heridos de la guerra", escribía al comandante Rogers, con fecha 23 de noviembre de 1879, el secretario de la Segunda Compañía, Daniel Riquelme, quien, al igual que su hermano Ernesto, muerto en el Combate Naval de Iquique, también era parte de la llamada Bomba Sur.

De la misma manera que otros connotados cronistas y bomberos de la época, como Francisco Pardo Duval, Daniel Riquelme también partiría al norte como corresponsal de guerra, de la cual entregaría valiosos testimonios, que se unen

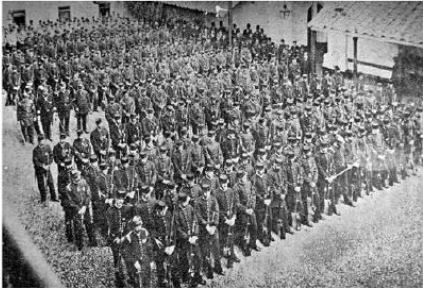


Ignacio Carrera Pinto

El capitán Ignacio Carrera Pinto, perteneciente a la Primera Compañía, fue herido de muerte durante la batalla de La Concepción, mientras que el guardiamarina Ernesto Riquelme, de la Segunda, cayó en el Combate Naval de Iquique.



Aquinas Ried



El Cuerpo de Bomberos Armados forma en el patio del Cuartel General luciendo sus uniformes militares. De las ocho compañías con que contaba el Cuerpo, las dos francesas quedaron excluidas del servicio. Al centro, a la izquierda, el comandante Rogers.



Alrededor de 600 hombres del Cuerpo de Bomberos de Santiago tomaron parte en la Campaña del Pacífico de 1879, cuyo escudo presenta notable similitud con la imagen institucional de los voluntarios de la capital.



a sus principales escritos, como *Bajo la tienda* y *El motín del 20 de abril de 1851*, entre otros libros.

Mientras los voluntarios de las compañías francesas, neutrales en el conflicto, se convertían en bomberos policías de Santiago, los 600 integrantes del Cuerpo de Bomberos Armados iniciaban un urgente entrenamiento militar, especialmente en el uso de armamento, que consistía en unos viejos fusiles Minié, que ya habían sido dados de baja en la guerra. "En las mañanas, desde el amanecer, y en las tardes, hasta horas avanzadas de la noche, practicaban los movimientos más elementales y de más lucimiento para poder concurrir a las formaciones con apariencia de veteranos", describe Ismael Valdés Vergara (*op.cit.*).

Cuando las tropas partieron al norte, los bomberos que se quedaban en Santiago pasaron a cumplir las más variadas actividades, como guardias en las cárceles, en los cuarteles, en el palacio de La Moneda y en los hospitales de la ciudad. Y cuando desde la zona de conflicto lle-

gaban los trenes trayendo a los heridos y muertos, los voluntarios los trasladaban a los hospitales o se hacían presentes en las honras fúnebres de los héroes de guerra. En forma paralela, también debían concurrir a las emergencias, que ese año 1879 los movilizaban a ocho incendios y otras quince alarmas.

Aún no se cumplía un año del conflicto armado cuando el Cuerpo debió concurrir, el 27 de enero de 1880, al gigantesco incendio de los Arsenales de Guerra, lugar donde se fabricaban las municiones para el conflicto en el norte. Nunca antes la ciudad estuvo expuesta a una catástrofe mortal como ésta, por la cantidad de explosivos existentes en el lugar. En ese incendio nació el grito "¡Firme la Quinta!", símbolo de esa compañía.

Precisamente, el voluntario, sacerdote y fundador de la Quinta, Ruperto Marchant Pereira, partió al frente como capellán castrense para entregar alivio a los necesitados de ambos bandos.

Ante la renuncia presentada por Francisco Echaurren Heribosco a la Intendencia

El regimiento de infantería Segundo de Línea recibe el estandarte perdido en la batalla de Taspacá, donde murió en combate su comandante Eleuterio Ramírez, emblema que luego fue recuperado en Tacna. En la acción le cupo destacada actuación al capellán militar y voluntario de la Quinta Compañía Ruperto Marchant Pereira.



Cuatro voluntarios de Santiago que fueron protagonistas del conflicto armado: (1) Carlos Rogers Gutiérrez, llevando el uniforme de comandante del Cuerpo de Bomberos Armados; (2) Ernesto Riquelme Serrano, voluntario de la Segunda Compañía, muerto como guardiamarina en el combate naval de Iquique; (3) Ambrosio Rodríguez Ojeda y (4) Tulio Ovalle, quienes partieron a colaborar con el capitán de la Primera Compañía, Vicente Dávila Larraín, cuando tuvo que asumir la Intendencia General del Ejército.

General del Ejército, el gobierno nombró en su reemplazo al capitán de la Primera Compañía, Vicente Dávila Larraín, quien seleccionó a sus colaboradores entre los bomberos de Santiago. "Entre otros se pueden evocar los nombres de Ramón Allende Padín, Ambrosio Rodríguez Ojeda, Tulio Ovalle y Buenaventura Cádiz, que no trepidaron un solo instante en abandonar sus hogares y sus intereses para secundar a su jefe en el campo mismo de operaciones", indica Jorge Recabarren en su libro *El Cuerpo de Bomberos de Santiago*. Allende Padín es el abuelo del futuro Presidente Salvador Allende Gossens, mientras que Rodríguez Ojeda era nieto del héroe de la independencia Manuel Rodríguez.

Entre los 13.868 muertos estimados de ambos bandos que dejó la conflagración, también se anotan los nombres de destacados bomberos que, al momento de desatarse el conflicto, se enrolaron en las filas de los distintos regimientos, como el capitán Ignacio Carrera Pinto, caído en combate en La Concepción y que había pertenecido a la Primera Compañía, y el mencionado guardiamarina Ernesto Riquelme.

Otros volvieron con la experiencia sobrecogedora de haber sobrevivido a una guerra, como el cirujano Cornelio Guzmán, también de la Segunda Compañía, quien, luego de haber sido hecho prisionero durante el mismo Combate Naval de Iquique, recobró la libertad y regresó al país para desarrollar su vida profesional como médico, actividad que después continuaría con reconocimientos en el extranjero.

1886-1889, LA EPIDEMIA DE CÓLERA

A fines de octubre de 1886, se detectó en Buenos Aires la presencia de cólera morbo, epidemia que rápidamente se extendió a las provincias de Rosario, Córdoba y Mendoza. A pesar de las medidas aplicadas, la tragedia cobró 40 mil víctimas en territorio argentino, por lo que Chile cerró sus fronteras con fuerza militar.

Pero las noticias eran alarmantes. Un arriero trasandino contagiado se ocultó en un villorrio cercano a San Felipe, por lo que el Cuerpo de Bomberos de Valparaíso decretó el primer estado de alerta.

El 31 de diciembre de 1886, a pocos días de haberse comprobado la aparición

de cólera en la capital, el Cuerpo llamó a reunión de todas las compañías en el patio del espacioso Cuartel General. "La misión del Cuerpo llega más allá de apagar incendios. La institución tiene también el noble carácter de ayudar a la sociedad cada vez que un peligro público amenace su existencia", dijo en esa oportunidad Enrique Mac Iver, director de la Segunda Compañía, según anota Agustín Gutiérrez Valderrama en su libro *Cuerpo de Bomberos de Santiago*.

El primer día de 1887, se resolvió por aclamación marchar hasta el palacio de La Moneda para ofrecer al Presidente José Manuel Balmaceda los servicios del Cuerpo para enfrentar el terrible flagelo sanitario. "Poco antes de las tres de la tarde, los infatigables defensores de nuestros hogares -voluntarios y auxiliares- salían formados del Cuartel General para dirigirse a la Casa de Gobierno. Los miembros de la abnegada institución atravesaron en formación las calles centrales de la ciudad, reuniéndose, al llegar a la calle Morandé, la banda de música del regimiento de Granaderos a Caballo, que tocó inmediatamente un paso doble", relató el diario *El Ferrocarril*, en su edición del 2 de enero.

Lentamente, la muerte silenciosa del cólera comienza a sembrar pánico en la población. Carlos Antúnez, que había asumido al finalizar el año el cargo de ministro del Interior en reemplazo de Eusebio Lillo, recibe en su despacho al superintendente José Francisco Vergara, veterano de la Guerra del Pacífico, que se integró como voluntario de la Quinta Compañía al asumir el mando de la institución. El jefe de gabinete necesita que el Cuerpo de Bomberos de Santiago se responsabilice del servicio sanitario, abandonado por los aterrados funcionarios. Vergara acepta el tremendo desafío.

El comandante Emiliano Llona asume con prontitud la gigantesca y delicada tarea, que tiene como prioridad el retiro y traslado de los enfermos. "A fines de enero el comandante fue encargado por la Intendencia para adquirir carruajes, caballos y los útiles necesarios a fin de conducir a los enfermos a los lazaretos. Con la cooperación entusiasta de los voluntarios de todas las compañías se contrataron en unos cuantos días diecisiete goiendras, que fueron llevadas al gran patio interior del Cuartel General para transformarse en ambulancias,



José Francisco Vergara



Enrique Mac Iver Rodríguez

A pocos días de haberse comprobado la aparición de cólera en la capital, los bomberos marcharon hasta el palacio de La Moneda para ofrecer al Presidente Balmaceda los servicios del Cuerpo para enfrentar el terrible flagelo sanitario.

Ilustración de la época que muestra al Presidente Balmaceda encabezando la marcha contra el cólera, en la cual se integran sacerdotes, políticos, soldados y bomberos. La imagen corresponde a una serie de dibujos realizados por los artistas litógrafos Benito Basterrika y Luis Fernando Rojas, los que fueron publicados en los diarios *El Padre Padilla* y *El Padre Coloso*.



Los carros conducidos por los bomberos empiezan a recoger a los enfermos para llevarlos a los hospitales o lazaretos especialmente habilitados, o, simplemente, para envolverlos y trasladar los cadáveres a los Cementerios para Coléricos.

colocándose los techos de lona, dotándolos de camillas y de los demás accesorios indispensables destinados a facilitar el transporte de los coléricos”, consigna Jorge Recabarren en *El Cuerpo de Bomberos de Santiago*.

Pero cuando llegó el momento de entregar los carros a sus aurigas, simplemente no apareció nadie. El miedo había sido superior a la recompensa económica. “Advertidos los bomberos de la falta de conductores, ocuparon ellos mismos los pesantes y desfiló el convoy de golondrinas por la calle del Puente para situarse en la Plaza de Armas o en los demás puntos determinados para hacer el servicio”, anota Valdés Vergara en su *Historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago, 1863-1900*.

Los carros conducidos por los bomberos empiezan a recoger a los enfermos para llevarlos a los hospitales o lazaretos especialmente habilitados, o, simplemente, para envolverlos y trasladar los cadáveres a las fosas comunes de los llamados Cementerios para Coléricos. Poco después, los conductores pagados fueron regresando a sus labores y reemplazando a los voluntarios.

Otra de las misiones importantes encargadas a los bomberos fue el resguardo de acueductos y pozos de agua potable, ya que, asumiendo la experiencia de otros países, los médicos habían señalado al vital elemento como principal punto de contagio. Luego de ser citado por el intendente de Santiago, el comandante Llona hace llegar nuevas instrucciones: las compañías deberán montar una Guardia Espe-

cial de la Ciudad, a contar del 27 de enero, para cuidar los pozos de agua con fusil al hombro en patrullas de once voluntarios, que harán turnos de un día completo, con orden de repeler a balazos a quienes no respeten la indicación de alejarse.

Al igual que en la Guerra del Pacífico, los bomberos deberán alternar el trabajo de patrullas sanitarias y apagar incendios, como el ocurrido el 11 de enero, cuando en la noche arden completamente los galpones de propiedad de García Lorrié, en calle Puente. La gran columna de fuego invadió rápido el primero y segundo pisos, haciendo casi imposible el trabajo de rescate de las mercaderías que se guardaban allí. Los bomberos debieron trabajar por más de diez horas antes de dar por terminada la emergencia.

Pero el cólera mantenía aterrada a la población, afectando por igual a las familias de los voluntarios y a los propios bomberos. Para ir en su socorro, el Cuerpo armó una enfermería en el Cuartel General, la que estaba a cargo de tres voluntarios, quienes también cumplían turnos de 24 horas.

Finalmente, después de un año y medio de padecimientos, la epidemia comienza extinguirse –el último caso se presenta en Ovalle, el 2 de julio de 1888–, aunque atrás dejaba un desolador saldo de 23.432 personas muertas, según datos del Registro Civil, o de más de 40 mil fallecidos, de acuerdo a estimaciones del doctor Adolfo Murillo. La población de Chile alcanzaba entonces a los tres millones de habitantes.

En 2003, mientras se realizaban las obras de construcción de la autopista Costanera Norte, se descubrió, en el sector de Renca, uno de los Cementerios para Coléricos habilitados en 1887.

LA GUERRA CIVIL DE 1891

Habían pasado solo cuatro años desde la epidemia de cólera, cuando una tragedia mayor enluta el país. La intolerancia política, las opiniones cada vez más intransigentes, la prensa convertida en pasquín y los intereses económicos soterrados, entre otras razones, llevaron al enfrentamiento entre el parlamento y el Presidente de la República, José Manuel Balmaceda. Rechazado por el Congreso el presupuesto nacional propuesto

para 1891, el gobierno puso en vigencia el plan de hacienda pública del año anterior. El parlamento acusa al gobierno de salirse de la Constitución, y el ejecutivo responde con iguales argumentos. El enfrentamiento político, que había caldeado el ambiente los meses anteriores, estalla cuando, en los primeros días de enero de 1891, se subleva la escuadra nacional y se dirige hacia el norte. En Iquique, se forma una Junta de Gobierno, con representantes del Congreso y las fuerzas militares y navales, encabezadas por el capitán de navío Jorge Montt Álvarez. La Armada se une a la revolución y solo una mínima excepción se mantiene leal al Presidente. El Ejército se divide entre ambos bandos. La primera campaña de la guerra civil se desarrolla en el norte y significa la derrota presidencial en Arica,

Los cuarteles de bomberos no fueron ajenos y también se vieron divididos por la crisis política que estremeció el país, y no pocos partidarios de Balmaceda fueron expulsados de la institución.



Carro de sangre en el Santiago correspondiente a la guerra civil. Al fondo, la torre de los bomberos construida por Fermín Vivaceta, cuya campana no pudo sonar en el incendio de la Unión Central, siniestro que constituyó el telón de fondo de la tragedia política de 1891.

Iquique y Pozo Almonte, entre otros sitios en que se produjeron enfrentamientos similares a los que, solo una década atrás, habían significado la victoria chilena sobre Perú y Bolivia.

Los cuarteles de bomberos no fueron ajenos y también se vieron divididos por la crisis. Ante la sospecha de que la Paila anunciaría con sus toques el triunfo de la revolución congregista, el intendente de Santiago, José Miguel Alcérreca, prohibió tocar la gran campana en caso de incendio, medida que generó un grave daño al servicio, pues se dio margen a incendios incontrolables, como el referido del 4 de junio en la Unión Central. La tensión creció con la inminente llegada de las fuerzas opositoras a Valparaíso, lo que derivó, entre otras cosas, en que las tropas balmacedistas se tomaran los cuarteles para sacar las bombas en caso de incendio, situación que generó reiterados conatos entre voluntarios y militares.

En agosto, las fuerzas congregistas desembarcaban cerca del puerto de Valparaíso dispuestas a los choques decisivos que les darían el triunfo en Concón y Placilla. En las últimas horas de ese 28 de agosto, el Presidente Balmaceda envía a su familia a la embajada de Estados Unidos, mientras que él se asila en la legación argentina, donde terminaría con su vida. Esa noche había entregado el poder al general Manuel Baquedano.

Terminadas las cruentas batallas, las ciudades de Valparaíso y Santiago fueron

las primeras víctimas del pillaje de los vencedores. Las casas de los balmacedistas y varios locales comerciales fueron saqueados por vándalos mezclados con los seguidores de la causa congregista.

"De todos los suburbios de la población afluieron a la parte central hordas organizadas, turbas de hombres y mujeres harapientas, sedientas de botín más que de venganza, que se entregaron al saqueo de las habitaciones de los adictos al régimen que había imperado en la ciudad hasta el amanecer de ese día", relata en su *Historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago, 1863-1900* Ismael Valdés Vergara, quien fue secretario de dicha Junta y destacado dirigente del bando vencedor.

Las autoridades provisorias, encabezadas por el general Baquedano, se encontraban ante una dramática situación. Habían transcurrido ya cinco horas eternas de saqueos, incendios y destrucción desde el momento en que se había recibido la noticia del triunfo congregista y la ciudad no tenía fuerzas militares ni policiales para controlar los desmanes. Bajo esas circunstancias, el gobierno solicita de inmediato la ayuda del Cuerpo de Bomberos de Santiago, institución de probada disciplina que ya había demostrado su eficiencia en parecidas jornadas anteriores. Ese mismo 29 de agosto, la Paila llamó a sus bomberos, los que acudieron a sus cuarteles para recibir instrucciones más precisas. Había que impedir los saqueos, por lo que, una vez más, debían tomar los fusiles,

Los integrantes de la junta, luego del triunfo congregista en la guerra civil. De izquierda a derecha, el general Adolfo Holley, ministro de Guerra; Manuel José Irarrázaval, ministro de Interior; Isidoro Errázuriz, ministro de Justicia y de Instrucción Pública; y Joaquín Walker Martínez, ministro de Relaciones Exteriores.



Parte de la oficialidad del regimiento congregista Tarapacá N° 9 de línea, que combatió en las batallas de Concón y Placilla. Arriba, al extremo izquierdo, aparece el voluntario de la Quinta Compañía Alberto Sánchez Ulmeneta. Sentado a la izquierda, el comandante Santiago Aldunate Basconán, es integrante de la Quinta y fundador y primer capitán de la Novena Compañía. A su lado, el cirujano Gilberto Infante Valdés, de la Primera. Abajo, a la derecha, Gonzalo Lamas García, también voluntario de la Quinta.



Ismael Valdés Vergara



Julio Bañados Espinosa



Acacino Hevia Riquelme

como guardias del orden, para proteger las propiedades y las vidas de los aterrados habitantes. El estado de los ánimos de ese día se refleja en el libro de guardia de la Quinta Compañía, bajo la firma del teniente segundo Samuel Rodríguez, máximo responsable de la unidad: "A las 11/4 A.M. la campana del Cuartel General llamó a los voluntarios para que prestaran sus servicios en apaciguar al pueblo que seguía las casas de los partidarios del Dictador".

Durante esa jornada, los bomberos armados fueron controlando el caos desatado en los barrios de la capital. Los patrullajes se prolongaron por toda la noche y el amanecer del día 30, hasta que, en horas de la mañana, hacía su entrada el ejército triunfante, encabezado por el marino Jorge Montt, quien lograba así el control de la capital y asumía el mando de la nación. El conflicto dejaba un saldo estimado por diferentes autores entre cinco y diez mil muertos, cifra superior al total de bajas chilenas (se calculan 3.276) en la Guerra del Pacífico.

Los bomberos ya podían regresar a sus cuarteles, que también fueron golpeados por la odiosidad de la guerra civil. Julio Bañados Espinosa, miembro de la Sexta Compañía, quien había sido secretario general de Cuerpo de Bomberos de Santiago entre 1884 y 1888, fue separado de las filas de la institución, al igual que Ruperto Murillo, de la Octava; los hermanos Luis y Jorge Phillips, de la Primera; y una larga lista de voluntarios, que fueron borrados de los registros. El propio fundador del Cuerpo Adolfo Eastman sufrió el saqueo su casa y, poco después, optó por el exilio.

Bañados Espinosa fue ministro de Educación, del Interior y de Guerra y Marina del Presidente Balmaceda, ante quien ejerció sus buenos oficios para que se volviera a tocar la Paila y, antes de partir al destierro, donde escribió por propio encargo de Balmaceda las memorias de su gobierno, realizó una fecunda labor, donde se anotan la creación del Instituto Pedagógico, del Liceo de Santiago, del diario *La Nación* y del Instituto de Sordomudos, además de la construcción de los nuevos edificios de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile y del Conservatorio de Música y Declamación.

La familia Phillips Huneeus, en tanto, estaba profundamente dividida al producirse la guerra civil. Los hermanos Luis

y Jorge eran sospechosos de ser balmacedistas, mientras que Eduardo ejercía como irónico redactor de *El Fígaro*, órgano de batalla de los congresistas, y el otro hermano, Enrique, fue un activo combatiente contra el derrocado régimen.

En el bando congresista también figuraron otras destacadas personalidades del Cuerpo y las diversas compañías, como el director de la Tercera, Manuel Zamora; el secretario general Enrique Silva Yávar; el vicesuperintendente Enrique Mac Iver, y el comandante Anselmo Hevia. De igual modo, Agustín Gutiérrez Valdivieso, en su libro *Firme la Quinta!*, adjunta la numerosa lista de voluntarios de la unidad que partieron al norte a engrosar las llamadas filas constitucionales, encabezadas por su director, Ismael Valdés Vergara; su capitán, Aristides Pinto; el teniente segundo Rafael Prado, y voluntarios como Waldo Silva, hijo del vicepresidente del Senado, y catorce hombres más.

"En algunas compañías se declaró indisciplinas y fueron expulsados en masa todos los voluntarios que había simpatizado con el régimen caído, aunque no hubieran cometido ni tomado participación en acto alguno que menoscabara el buen nombre y la dignidad", anota el propio Ismael Valdés Vergara en su *Historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago, 1863-1900*.

En otras unidades se permitió a los bomberos balmacedistas mantenerse en las filas de la institución, provocando la reacción de los voluntarios congresistas, quienes solicitaron la intervención del directorio, el cual nombró una comisión investigadora para conocer lo que ocurría en la Tercera y Sexta compañías, donde la crisis se mantenía sin resolver. Instadas a restablecer la disciplina, no se logró el avenimiento, y solo ante la amenaza de intervención, la Tercera superó las fuertes diferencias, no sin antes separar a algunos connotados voluntarios, como Eduardo Kinast. En la Sexta no se llegó a entendimiento y el directorio decretó su disolución. Solo el 23 de diciembre de ese 1891 se dio por terminada la intervención y la compañía volvió a entrar en servicio.

Se cerraba así un siglo trágico, marcado por el incendio del templo de la Compañía de Jesús, la Guerra contra España, la confagración contra Perú y Bolivia, la epidemia de cólera y la Guerra Civil de 1891.



Foto: Históricos Nacional



Arriba, dramática fotografía tomada en el campo de batalla de Picaña, luego del triunfo congresista, el 26 de agosto de 1891. Los muertos de ambos bandos son ordenados para dárles sepultura. Abajo, la familia de los hermanos Phillips, voluntarios de la Primera Compañía, se dividió por la guerra civil. Mientras Luis y Jorge Phillips, sentados a la izquierda y al centro, respectivamente, fueron expulsados del Cuerpo de Bomberos de Santiago por balmacedistas, sus hermanos Enrique y Eduardo participaban activamente en el bando congresista.

1905, LA HUELGA DE LA CARNE

El siglo XX se iniciaba para los bomberos con una verdadera revolución en las comunicaciones, ya que, a partir de 1904, se instalaron líneas telefónicas que unían la Central con los doce cuarteles existentes a esa fecha y la prefectura de policía. En ese momento, también se imponía el uso de placas metálicas con el número de la compañía para identificar a los voluntarios en los actos de servicio.

Pero 1905 presagiaba tormentas. Así como, en 1888, una huelga había generado fuertes movilizaciones y enfrentamientos durante la llamada Huelga de los Tranvías, en la cual la ciudadanía indignada protestó por el alza del valor de los pasajes, en 1905 se debatía un asunto todavía más necesario: el aumento de impuestos a la carne importada desde Argentina, cuestión que se arrastraba desde hace algunos años y que beneficiaba directamente a los ganaderos del país, ya que se encarecía el precio del vital producto en detrimento del bolsillo de la población.

"Días antes habían corrido ciertos rumores de que se producirían desórdenes y hasta habían llegado desde los barrios bajos al centro de la ciudad, ciertos venticillos de tempestad. Se decía 'sotto voce' que se preparaba un saqueo, aprovechando la circunstancia de que la ciudad no tenía más vigilancia que la fuerza de policía, pues el 1º de línea se encontraba en las grandes maniobras militares", comentó *El Mercurio*.

Las distintas agrupaciones de obreros, más de 40 en ese momento, citaron a

un meeting el domingo 22 de octubre de 1905, poco después del almuerzo, entre las estatuas de O'Higgins y San Martín en la Alameda. Ese día se fueron juntando hombres, mujeres y niños en lo que sería una marcha en dirección al palacio de gobierno para manifestarle al Presidente el descontento de los trabajadores ante el impuesto a la carne. "En virtud del derecho que nos confiere la ley solicitamos: que viendo la poca efectividad del impuesto que grava las importaciones de carne, solicitamos la derogación de dicha ley, ya que solo ha ayudado al encarecimiento de unos pocos", decía en parte el documento que sería entregado a las autoridades. La muchedumbre llegó al palacio de La Moneda, siendo recibidos por el oficial de guardia, Belarmino Puenzalida, quien les manifestó que el Presidente Germán Riesco les esperaba en su casa, en calle Huérfanos esquina de Amunátegui.

Y así fue. El Presidente recibió a la comisión, conferenció con ellos un largo rato y, luego, se ubicó en el balcón de su casa para ver pasar la marcha de unos siete mil obreros y sus familias, quienes le saludaban con afecto.

Pero eran tiempos de gran tensión social, con movimientos anarquistas profundamente incrustados en los sindicatos, que venían de una larga cadena de huelgas que remecían el país y el mundo. Hay que recordar que, ese mismo año, se produce el primer intento de revolución en la Rusia zarista.

Los sectores más decididos de los manifestantes se quedaron frente al palacio de gobierno exigiendo ingresar y ser

En la misma tarde de ese domingo, tras una reunión presidida por el superintendente Ismael Valdés Vergara, los bomberos se ponen al servicio del gobierno de Germán Riesco para el resguardo del orden público.

Citados por sus diferentes sindicatos, los obreros y opositores a Riesco comienzan a juntarse en la Alameda con Brasil, ese domingo 22 de octubre de 1905. El llamado a rechazar el alza de los precios de la carne importada desde Argentina dará nombre a ese movimiento social: la Huelga de la Carne.



Arriba, voluntarios de la Primera Compañía, armados de fusiles, esperan instrucciones. Abajo, un piquete de bomberos hace guardia en el palacio de La Moneda. El grupo es comandado por el capitán ayudante, hoy teniente comandante, Horacio San Román, de la Segunda Compañía, y lo integran el teniente segundo de la Quinta, Jorge Pérez Ruiz-Tagle, y los voluntarios de la misma unidad Harald Knütt, Ignacio Saavedra, Guillermo Agüero, César Valdés, Jorge Rodríguez y Alberto Ried.



Secuencia de hechos destacados del día de la gran huelga. Arriba, a la izquierda, una patrulla revoca las calles de la ciudad, y, a la derecha, una unidad de dragones recorre el centro de Santiago. Abajo, a la izquierda, los familiares se acercan a la Morgue para tener noticias de los obreros caídos, y, a la derecha, una patrulla de bomberos de distintas compañías monta guardia en las calles.

Un fuerte resentimiento contra el rol cumplido por los bomberos en la huelga se manifestó en el incendio del 5 de noviembre de 1905 en el barrio Franklin, cuando un grupo de personas agredió con pedradas a los voluntarios.

recibidos. De nada valieron las explicaciones ni las amenazas, y de los gritos se pasó a violentos enfrentamientos, que se prolongaron durante tres días. Nuevas organizaciones se sumaron, como los talleres ferroviarios, los empleados de las cervecerías, la fundición Libertad y otras que ya estaban en huelga.

En la misma tarde de ese domingo, tras una reunión presidida por el superintendente Ismael Valdés Vergara, los bomberos se ponen al servicio del gobierno. "El Cuerpo de Bomberos de Santiago cuya abnegación es ya proverbial, se ha apresurado a allegar su valioso concurso a la hora de resguardar el orden público", escribió *El Mercurio* el lunes 23 de octubre, edición en la que se detallan los radios de acción que tenían las distintas compañías. La Primera debía custodiar la Calle de las Claras, la Segunda la de San Antonio, la Tercera vigilaba Estado y 21 de Mayo, la Cuarta y Octava debían patrullar Ahumada y Puente, la Quinta cubría Bandera, la Sexta Morandé, la Séptima Testinos, la Novena Amunátegui, la Décima San Martín, la Undécima

la Alameda, entre el cerro Santa Lucía y Bandera, y la Duodécima también debía recorrer la Alameda, entre Bandera y San Martín.

Los voluntarios seleccionados para cubrir la guardia fueron citados directamente en sus domicilios para no tocar la campana de alarma y unos 200 hombres se reunieron en el Cuartel General a esperar instrucciones. De inmediato se procedió a entregar las armas facilitadas por la Primera, Tercera y Quinta comisarias y se organizaron las patrullas, que luego, ante el agravamiento del conflicto, debieron retirar más armamento desde los Arsenal de Guerra.

En la mañana de ese lunes, se empezó a reunir en el sector de Estación Central una inmensa población. "Una masa, de no menos de 3.500 individuos, intentó suspender el tráfico ferroviario, asaltando y apedreando un tren de pasajeros. Luego de ser rechazados por la policía, estos manifestantes convergieron con otros huelguistas avanzando por la Alameda hacia el centro de la ciudad y dejando tras de sí una estela de destrucción", se describe

en el capítulo III de "Una mirada al movimiento popular desde dos asonadas callejeras (Santiago, 1888-1905)", en la *Revista de Estudios Históricos de la Universidad de Chile*.

Ya los grupos actuaban por su cuenta, dirigidos por líderes surgidos en la acción, ácratas, como los llamaba la prensa de esos días. La represión no se hace esperar. La policía carga en reiteradas oportunidades pero escasa en número y sus caballos son volteados.

Con el correr de las horas, un grupo de miembros del Club de la Unión y del Club de Septiembre conformaron una Guardia del Orden, que asumió el resguardo del sector central, reubicándose a los bomberos en otros puntos de la ciudad, hasta que, en la madrugada del día 24, regresaba el Ejército y tomaba el control total de la capital.

En los momentos de mayor peligro, mientras los disparos y los asaltos se sucedían en distintos puntos, los bomberos habilitaron el local donde había funcionado la Quinta Compañía, en Alameda y Testinos, convirtiéndolo en un hospital y servicio de ambulancias, atendido, entre otros, por los cirujanos del Cuerpo Roberto Budge Bernard, Carlos Altamirano Talavera y Manuel Torres Boonen, "a quienes secundaron eficazmente la ambulancia de la 6a. compañía, dos estudiantes de medicina y algunos practicantes de las Comisarias en los auxilios prestados a más de 100 personas heridas en los incidentes callejeros o en los asaltos de que fueron víctimas", según refiere Jorge Recabarren en *El Cuerpo de Bomberos de Santiago*.

En la noche del martes 24, se reúne nuevamente el directorio para evaluar una jornada que la historia conoce como la Semana Roja, en la que murieron entre 200 y 250 personas. Hasta el Cuartel General llegaron los ministros del Interior, Industrias y de Guerra para agradecer los servicios prestados. Igual reconocimiento hizo el prefecto policial, Joaquín Pinto Concha, quien destacó el trabajo de los bomberos en los sectores más alejados, donde no era posible contar con la policía.

Por el otro lado, un fuerte resentimiento contra el rol cumplido por los bomberos durante la huelga se manifestó en el incendio del 5 de noviembre de 1905 en el barrio Franklin, cuando un grupo de personas agredió con pedradas a los voluntarios que trabajaban en la extinción del fuego.

1931. LA CAÍDA DE IBÁÑEZ

El 29 de octubre de 1930, el mundo sufría la crisis más visible de la Gran Depresión, al caer violentamente los valores de la Bolsa en Estados Unidos. Sus efectos fueron devastadores en todos los países, con aumento del desempleo, carestía de los productos básicos y hambruna.

Sus efectos llegaron ese mismo año a Chile, que era gobernado por Carlos Ibáñez del Campo, quien había asumido el poder total a partir de 1927, luego de participar en los movimientos militares de 1924 y 1925.

La depresión mundial genera grandes movilizaciones, especialmente de sectores mineros que se desplazaban a la capital en busca de trabajo. En 1930, la rebeldía es encabezada por la perseguida Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, federaciones obreras y otras organizaciones. El gobierno ordena la detención de los opositores, especialmente estudiantes universitarios y militantes comunistas. Las torturas y desapariciones de personas, la mayoría lanzadas al mar, generan un estado de malestar y el repudio a la dictadura es transversal. Incluso, los estudiantes que se han tomado la casa central de la Universidad de Chile reciben alimentos desde el Club de la Unión.

La muerte del estudiante de medicina Jaime Pinto Riesco y del profesor Alberto Zañartu suman a la Escuela de Medicina y el Colegio de Profesores a las protestas. Los ministros renuncian ante estos graves hechos e Ibáñez nombra un nuevo gabinete, pero solo días después, el 26 de julio de 1931, renuncia al mando y se exilia en Argentina. El presidente del Senado, Pedro Opazo Letelier, asume el mando de la nación. La noticia de la renuncia de Carlos Ibáñez del Campo se conoce alrededor del mediodía y la gente sale a las calles a celebrar la victoria y a buscar a los carabineros, que días antes habían atacado a las multitudes a punta de lanzas.

Las calles se van llenando de marchas y manifestantes. "De las protestas se pasó a los hechos y en atención a que varios de estos servidores fueron asesinados por la multitud, se ordenó que se retiraran a sus cuarteles, dejando la ciudad totalmente desguarnecida", explica Recabarren (*op.cit.*).

El conflicto aumentaba en las calles por la ausencia de control policial, lo que lleva al gobierno provisional de Opazo Letelier a solicitar la colaboración del Cuerpo

La tensión aumentaba en las calles por la ausencia de control policial, lo que lleva al gobierno provisional de Opazo Letelier a solicitar la colaboración del Cuerpo de Bomberos de Santiago para patrullar la ciudad, especialmente en la noche.



Arriba, la caída del gobierno de Ibáñez genera un estado de tensión luego de varios días de movilizaciones sociales y enfrentamientos. Abajo, los voluntarios de la Primera Compañía, armados de fusiles, posan para el fotógrafo momentos antes de iniciar sus patrullajes.

de Bomberos de Santiago para patrullar la ciudad, especialmente en la noche.

Sin tiempo para actuar, el comandante Alfredo Santa María cita de urgencia a reunión de capitanes y se llama telefónicamente a los voluntarios para que se presenten en sus cuarteles, sin tocar la campana de alarma, como ya había ocurrido en la huelga de 1905. A las 22 horas, comenzaban a salir de las compañías las primeras patrullas, armadas con fusiles pertenecientes a los carabineros. Su labor debía extenderse durante toda la noche y concluía a las ocho de la mañana.

Se dejó un grupo de bomberos en cada cuartel para concurrir con el material mayor en caso de alarma, mientras que las patrullas, integradas por tres bomberos armados, se repartían en un amplio sector, cuyos límites eran Avenida Matta y el Zanjón de la Aguada, por el sur, y desde el río Mapocho a las Hornillas, por el norte. "Sin olvidar por eso las calles céntricas de la población que permanecieron protegidas con una vigilancia tan eficaz como la que se dispuso para los barrios apartados", advierte Recabarren (*op.cit.*).

Con una población exacerbada por los acontecimientos y sin la restricción que impone la presencia policial, muy pronto se generaron violentos altercados y desmanes, ante los cuales, según explica el mismo Jorge Recabarren, la misión de las patrullas de bomberos fue "evitar los asesinatos, pendencias y robos, y su celo llegó

al extremo de detener a los promotores de los incidentes, entregándolos a los cuarteles del Ejército ó de Carabineros más próximos al sitio del desorden a fin de que la justicia sancionara los delitos con las penas establecidas por la ley" (*op.cit.*).

El 30 de julio de 1931, cinco días después de asumir como guardias de orden, los bomberos de Santiago entregaban nuevamente las armas a los carabineros, que reanunciaban en plenitud sus funciones policiales.

"Como Intendente y como ciudadano que siempre ha estado con la mirada atenta hacia el mantenimiento de los principios fundamentales de la equidad y del derecho, aprovecho ésta oportunidad para rogar al Cuerpo de Bomberos, que junto con aceptar el testimonio de mi gratitud por la cooperación prestada, coadyuve de acuerdo con el sentimiento unánime de la voluntad nacional, a que las autoridades encargadas de velar por el bienestar de la comunidad, desenvuelvan su acción sin embargo alguno. En consecuencia puede ésa Institución volver a sus tareas habituales, teniendo la convicción de que ha prestado un gran servicio al país", escribió el intendente Julio Bustamante Lopehandia al entonces superintendente del Cuerpo, José Alberto Bravo Vizcaya (*op.cit.*).

Se cerraba así el sexto y último episodio en que, a petición de distintas autoridades y por hechos de muy diferente naturaleza, el Cuerpo de Bomberos de Santiago tomaba las armas.

LAS VUELTAS DE LA VIDA

Después de exiliarse en Argentina, Carlos Ibáñez del Campo regresa en 1937 para asumir como abanderado presidencial de la Alianza Popular Libertadora, pero una vez más se involucra en un intento de golpe, esta vez contra el Presidente Pedro Aguirre Cerda -el llamado Ariostazo, junto al general Ariosto Herrera- y debe refugiarse en Paraguay. En 1942, Ibáñez regresa para una nueva y frustrada postulación presidencial, pero su imagen crece al ganar por mayoría como senador por Santiago y, finalmente, logra el primer sillón de la república para el período 1952-1958, mandato en el cual, como todos los gobernantes del país, presidió varios Ejercicios Generales del Cuerpo de Bomberos de Santiago, como se aprecia en la foto.





Los voluntarios de la Seguridad Comunal en su cuartel antes de salir a patrullar las calles.
De izquierda a derecha, aparecen en primer plano: Verdejo, Masade, Ayeró, Alvarado, Víctor
Cavada, el tormente segundo, y el tormente primero Abraham Zúñiga y el tormente Gustavo Cavada.

LOS QUE PARTIERON AL FRENTE

Cuando en el mes de noviembre se reúnen los viejos combatientes para evocar el día del Armisticio, que puso fin al holocausto de la Primera Guerra Mundial y que es la fecha en la cual, universalmente, se recuerda a los caídos en las conflagraciones mundiales, a más de alguien le habrá llamado la atención la presencia de estandartes de las compañías extranjeras del Cuerpo de Bomberos de Santiago junto a las asociaciones de veteranos de guerra.

Efectivamente, cada año, las compañías Cuarta y Undécima, correspondientes a la Pompe France y la Pompa Italia, recuerdan a los voluntarios que partieron a dichos episodios bélicos, varios de los cuales cayeron combatiendo por sus respectivos países de origen; mientras que las compañías británica (Decimocuarta) y alemana (Decimoquinta), que se fundaron después de la Segunda Guerra, también conmemoran a los voluntarios que estuvieron en los campos de batalla y que luego vistieron la casaca de bombero. Del mismo modo, no son pocos los bomberos

que pertenecieron a otras compañías de la época y que también fueron parte de dichos conflictos armados.

PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Casi medio centenar de voluntarios del Cuerpo de Bomberos de Santiago partieron a Europa cuando, en 1914, se desata la Primera Guerra Mundial. A continuación se refieren las historias de algunos de estos hombres, siguiendo el orden y numeración de sus respectivas compañías de origen, y teniendo como base una investigación realizada por Alberto Márquez Allison y Jorge Poirier, la cual fue publicada, en diciembre de 1977, en la revista 1863.

El voluntario de la Tercera Compañía Emilio Debancens combatió en el frente de Francia y regresó a Chile en 1917, luciendo en su pecho la Cruz de Guerra francesa con tres citaciones en la Orden del Día y la Cruz al Mérito Militar, obtenidas por su brillante comportamiento en las filas del ejército galo.

Los voluntarios de la Undécima Compañía Enrico Bucchi y Vasso Innocenti, de pie al centro de la foto, posan junto a otros soldados del ejército italiano, durante la Primera Guerra Mundial.



Henry Duhart

Jean-Baptiste Bertolo

Louis Cheyne



Jules Goyeneche

René Gerard

Georges Patzi



Emilio Debancens



Epimanondas Andreani Castelli



Alberto Mansfield Piza

Sin embargo, como es de suponer, fue la Pompe France la compañía que se vio más fuertemente interpelada por el conflicto. Numerosos integrantes de la Cuarta ya habían combatido en la guerra franco-prusiana de 1870, aunque, lamentablemente, no se tiene registro de sus nombres. Cuando se produjo la Primera Guerra Mundial, que se extendería entre 1914 y 1918, un contingente de 21 voluntarios partió al frente, entre ellos, quien fuera más tarde comandante y vicesuperintendente del Cuerpo, Enrique Pinaud Cheyre.

El entonces director de la Cuarta, Monsieur Marinot, tuvo especiales palabras de cariño al despedir a sus hombres, "solicítandolos que cumplieran con su deber, como lo habían hecho en la compañía, e hizo votos por un feliz regreso", según consignan Márquez y Poirier, en su referido artículo.

Con el conflicto armado en pleno desarrollo, en la reunión del 13 de febrero de 1915 se dio cuenta, con honda pena, que Henri Duhart había muerto en Alsace, durante un cruel ataque a bayoneta, el 14 de noviembre de 1914; mientras que, algunos meses más adelante, se informa del deceso de Jean-Baptiste Bertolo, caído el 11 de enero de 1915. Su padre, Simon Bertolo, luchaba en otro frente y solo se enteró de la muerte de su hijo cuando regresó al cuartel de la Pompe France.

En septiembre de 1915, se supo que Louis Cheyre también había fallecido en combate y se conoció una carta suya dirigida a su madre, en la cual le decía que, seguramente, no la vería más y que él luchaba por Francia y que estaba "orgulloso de ir a morir por ella".

A comienzos del siguiente año, se tuvieron las primeras noticias de que Georges Patri había desaparecido en acción, al igual que Jules de Goyeneche, que cayó defendiendo las posiciones en Verdún, el 17 de mayo de 1916. Según quienes compartieron con él, este era un voluntario de condiciones excepcionales, generoso y de una estatura moral de privilegio.

Pese a la triste relación de los hechos, otros miembros de la Cuarta deciden partir a la guerra, como Henry Pinaud, quien, en noviembre de 1916, se embarcó a Europa junto a otros voluntarios. En la sesión del 7 de agosto de 1917, la Pompe France conoció de la muerte de René Gerard, cuyo retrato fue puesto el 11 de septiembre del mismo año en los muros del viejo

cuartel, junto a los otros cinco camaradas caídos en el conflicto. Hasta el día de hoy, en cada acto de la compañía, se les pasa lista, agregando las palabras "muerto en el campo de honor".

El voluntario de la Quinta Compañía Manuel Torres Boonen concurrió a la guerra como cirujano del ejército francés, prestando valiosos servicios, que le valieron la condecoración como Caballero de la Legión de Honor. Posteriormente, el doctor Torres Boonen fue secretario general del Cuerpo de Bomberos de Santiago, en 1920, y falleció trágicamente en 1931. Sus funerales estuvieron marcados por profundas manifestaciones de cariño popular, particularmente de las personas y organizaciones vinculadas a la salud, como la Cruz Roja, cuyas damas marcharon detrás del féretro hasta el Cementerio General.

Alberto Mansfield Piza, quien fue capitán de la Sexta Compañía, inspector general y segundo comandante del Cuerpo de Bomberos de Santiago, también estuvo en los campos de batalla defendiendo a Alemania, su patria de origen, que luego lo distinguió con la Cruz de Hierro por su valor. En 1920, una vez terminado el conflicto armado y en una de sus múltiples contribuciones a la institución, Mansfield fue el encargado de hacer el estudio para dotar al Cuerpo de nuevos carros bombas, tarea que cumplió en plenitud debido, precisamente, a los conocimientos adquiridos en esos tiempos difíciles en Europa.

Nacida bajo el pabellón francés como Segunda Compañía de Hachas, Ganchos y Escalas en enero de 1864, la Séptima también estaba integrada por numerosos miembros de la colonia gala. Por lo mismo, varios voluntarios de sus filas partieron a la guerra, entre los que se contaban Francisco Blancheteau, quien fuera capitán por largos periodos, y Humberto Violante. En marzo de 1917, Blancheteau regresó con permiso a Santiago y visitó el antiguo cuartel de la Séptima en Plaza Almagro, siendo objeto de un cariñoso homenaje por parte de sus compañeros.

Al entrar Italia en la guerra, un significativo grupo de voluntarios de la Pompe Italia marcharon al frente. Entre ellos se recuerda a Colombo Brughera, Federico Pollarollo, Riccardo Federici, Vasco Innocenti, Giuseppe Odone, Alessandro Borghini, Amadeo Cuneo de Negri, Epimanondas Andreani Castelli, Ennio Bucchi y varios más. Tras la contienda,



Durante y después de la guerra, (1) Sabino Cassou y Francisco Blancheteau, ambos de la Séptima Compañía francesa, con sus uniformes militares. (2) Julio Guardoná, al extremo derecho, junto a otros soldados italianos. El integrante de la Undécima Compañía murió en combate en 1918. (3) El imponente funeral del voluntario de la Quinta Compañía Manuel Torres Boonen, quien sobrevivió a la guerra y siguió realizando una intensa vida como bombero e impulsor de la Cruz Roja chilena.

todos regresaron a Chile, con excepción de los voluntarios Julio Guaderrol, caído en combate en 1918, y Ennio Buechi, quien perdiera la visión a causa de la explosión de una granada solo días antes del Armisticio y que, por sus actos heroicos, fue condecorado con la Medalla de Oro al Valor Militar, máximo galardón del gobierno de Italia. Buechi permaneció en Europa y, solo años más tarde, volvió a Chile.

Por último, dos británicos, que más tarde se incorporarían a la Decimocuarta Compañía, tomaron parte en la guerra que ensangrentó a Europa: el capitán de Ingenieros Reales Oraham Balfour, quien resultara herido en el desembarco de Gallipoli, en los Dardanelos, y el voluntario Eric Davis, teniente del Regimiento de Dorsetshire, que combatió en Mesopotamia contra las tropas turcas bajo las órdenes del general Allenby, resultando herido y siendo especialmente mencionado en los despachos de la época.

SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Conociendo el espíritu de los que fueron a la guerra a partir de 1914, no resultó extraño que, cuando estalla la siguiente conflagración, en septiembre de 1939, un nuevo grupo de voluntarios del Cuerpo de Bomberos de Santiago se embarcara a defender la tierra de sus ancestros. Como ya se señaló, por no existir una compañía británica en Santiago en esa época, los bomberos de ascendencia inglesa que estaban en otras unidades partieron al frente junto a los voluntarios de la Cuarta.

El integrante de la Primera Compañía Colin Leach Ramsbottom se incorporó a una unidad de bombardeo de la RAF y su aparato de vuelo, bautizado como El Primerino, realizó varias misiones sobre territorio alemán. En su cuarto viaje no regresó, dándosele por "desaparecido en acción". La Primera conserva en su cuartel el diploma por cinco años de servicio que le otorga el Cuerpo y que Colin Leach nunca recibió.

Un entusiasta grupo de diez hombres de la Pompe France viajó a Europa acudiendo al llamado del general Charles De Gaulle. Entre los que partieron figuraban los hermanos Luis, Charles y León Cazaubehore, Robert Segur, Raymond Allamand, Mario Latrille, Louis Goujon, René Guichard y otros bomberos.

Solo uno de ello no regresó, Mario Latrille, quien había ingresado a la Cuarta en 1941 y que destacó de inmediato por su sentido del humor, su afición deportiva y su trato agradable. Le llamaban el Mono y, aunque estudió arquitectura, sus inquietudes se volcaron siempre a lo que estaba sucediendo en Europa. Para Latrille, Francia era una patria lejana pero muy amada y, en noviembre de 1941, partió a Inglaterra para incorporarse a la RAF como piloto de los Spitfire, siendo el primer chileno que voló en esos modelos. En la embajada de Chile en Londres obtuvo un botón de la Fuerza Aérea chilena, que lucía en su uniforme de combate. Tras ser enviado a Canadá para prepararse como piloto de bombardero, regresó en 1943 para participar en las misiones sobre Alemania. En diciembre de ese año, hizo su último vuelo en la escuadrilla Lorraine. Alcanzado por la artillería antiaérea alemana, su avión se estrella al aterrizar. El sargento piloto Latrille tenía 33 años al momento de morir, fue sepultado en el cementerio de Brookwood, en Surrey, cerca de Londres, y a sus funerales asistieron el embajador Manuel Bianchi Gundián y personal de la embajada chilena.

De las filas de la Duodécima Compañía, partió a Gran Bretaña Jack Adams Langloj, que también se incorporó como piloto en la RAF, estableciendo una estrecha relación con Latrille y Leach. Realizó innumerables misiones y, al igual que este último, también desapareció en acción.

Un total de siete voluntarios de la Decimocuarta combatieron en esta guerra, todos los cuales regresaron a casa. Douglas Mackenzie, quien más tarde será el fundador de la compañía, se desempeñó como oficial de intendencia del Ejército Británico, participando en las campañas de Noruega, Francia y Bélgica.

Harold Bain, quien fuera capitán de la Decimocuarta y anterior voluntario de la Séptima, se desempeñó como ingeniero de vuelo de la RAF, participando en múltiples misiones aéreas. Harry Brass se integró a la RAF formando parte de la Fleet Air Arm, mientras que William Child se enlistó en las filas del Regimiento de Infantería Ligera de Yorkshire, actuando en las campañas de Italia, Francia y Alemania, y combatiendo en Anzio y el río Sangro, frente a Montecassino.

William F. Reid, quien fue director de la compañía en varias oportunidades, combatió como oficial del regimiento Queen's

Own Cameron Highlanders en El Alamein, en tanto que Anthony Williams, que también fue capitán de la unidad, se incorporó a la RAF. Finalmente, Daniel Wright se integró al Real Cuerpo Blindado de Reconocimiento en calidad de conductor de los vehículos de combate, tomando parte en las acciones en Egipto.

Por último, tres voluntarios de la Decimocuarta formaron parte de las fuerzas alemanas durante la Segunda Guerra. Martin Schöfer fue piloto de la Luftwaffe, participó en distintas acciones y resultó

herido durante el conflicto. Recibió las pichas de vuelo de bronce, plata y oro, la Medalla al Valor, la Medalla a los Heridos de Guerra y la Cruz de Hierro de Segunda y de Primera Clase por valor en combate.

Junto a Schöfer participaron otros dos voluntarios que, finalmente, se radicaron en Alemania: Georg Kaminsky y Dieter Fiechter, quien tomó parte en la campaña rusa como oficial de Ingenieros Blindados, siendo herido en Crimea. Al término del conflicto, fue el primer agregado militar alemán en América Latina.

Para el Mono Latrille, Francia era una patria lejana pero muy amada y, en noviembre de 1941, partió a Inglaterra para incorporarse a la RAF como piloto de los Spitfire, siendo el primer chileno que voló en esos modelos.



Daniel Wright



Mario Latrille, voluntario de la Pompe France de Santiago. Junto a su aparato de combate en Londres. Fue el primer piloto chileno que voló un Spitfire. Murió al estrellarse su avión en diciembre de 1943.



MARTIN SCHÖPFER, UN ALEMÁN DE PELÍCULA

El voluntario de la Decimoquinta Compañía Martin Schöpfer Gratzke nació en 1916, cuando estaba en pleno curso la Primera Guerra Mundial y, quizás por eso se explica que, siendo sastre de profesión, pintor y retratista por hobby, finalmente terminara como piloto de guerra de la Luftwaffe durante la segunda contienda mundial. Schöpfer voló 80 misiones de bombardeo sobre Inglaterra, a cuyos soldados consideraba "muy buenos oponentes", y ciertos de misiones de transporte y reconocimiento, que finalmente le valieron todas las condecoraciones militares en su país y fueron el antecedente para que, el mismo día de su incorporación a la Decimoquinta, el 9 de octubre de 1963, fuera nombrado de inmediato, en forma unitaria, voluntario honorario de la compañía, la que en 2003, un par de años antes de su muerte, le entregara el premio por 40 años de servicio.

Casado con Elizabeth Otte, su querida Lizzie, y padre de tres hijos, Schöpfer era un caudal de información y experiencias, un hombre de acción que sorprendía con sus relatos de una guerra que le tocó vivir en primera persona. Como los enfrentamientos que le costaron parte de la mandíbula o aquella vez que su avión fue derribado sobre el Mediterráneo por cazas británicos, episodio del que no recordaba más que una explosión y el hecho de haber despertado flotando a la deriva en su balsa salvavidas, desde la cual fue rescatado por una lancha italiana, que lo condujo al hospital donde recibió la Cruz de Hierro de segunda clase.

En otra oportunidad, durante los bombardeos de los aliados sobre Berlín, Schöpfer sacó "a la mala" un avión, con el que partió a buscar a su mujer. Aterrizó en una plaza cercana a su casa, subió a Lizzie a su Junker y la sacó de la ciudad en llamas. Al volver a su base, esperando una corte marcial de parte de su oficial superior, que en tiempos de guerra significa fusilamiento inmediato, Schöpfer se asombró de la reacción del oficial, quien le dijo: "Bien hecho, yo hubiera hecho lo mismo".

Martin Schöpfer en imágenes: (1) El piloto durante las operaciones en el norte de África. (2) Junto a su novia y futura mujer, Elizabeth Otte. (3) En la cabina de combate. (4) Despegando en una de sus innumerables misiones. (5) Herido y condecorado en Italia. (6) Con su uniforme de la Decimoquinta Compañía.

DESPUÉS DE LAS BLUSAS GARIBALDI

ROPA NO APTA EN LAS ACEQUIAS

Desde la organización de las primeras unidades contra incendio en Roma, algunos elementos se han conservado en la indumentaria de los bomberos. El casco de gladiador, que dio identidad a esos batallones que combatían el fuego, se ha mantenido en esencia en los diseños posteriores, en especial de mediados y fines del siglo XIX, cuando se fundan las compañías más antiguas de Santiago. Las fábricas de cascos más famosas, como Thierry y Merryweather, que fueron los utilizados en Chile, muestran precisamente esas características "a lo gladiador" en sus modelos de bronce de altas crestas.

Durante el período de formación y consolidación de la República, las compañías asignadas a la extinción de incendios usan los uniformes propios de la moda militar de su época, asociados a las guardias cívicas creadas por Diego Portales. Daniel Riquelme, en su libro *La revolución del 20 de abril de 1851*, al referirse a los civiles del Batallón de Zapadores Bomberos masacrados en el combate de Calle de las Recogidas, señala: "A los pobres se les reconocía a la legua por el pantalón blanco, de rigor, aun en el rigor del invierno".

A esto se debe agregar el alcance que hace Agustín Gutiérrez en su *Historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago*, donde señala que "los integrantes de las seis

compañías que disponía el Cuerpo Cívico de Zapadores Bomberos, conocidos popularmente como el Batallón de la Bomba, debían usar según su reglamento como distintivo una gorra en forma piramidal, de media vara de alto. Esta gorra era todo el uniforme de esos bomberos, y los protegía de las caídas de tejas".

Hasta el día de hoy, los bomberos lucen sus pantalones blancos en las formaciones, los que intercambian con el negro, según la ocasión lo amerite.

Cuando se crea el Cuerpo de Bomberos de Valparaíso, los bomberos utilizan la característica blusa de las tropas de Giuseppe Garibaldi. Este aventurero y político italiano del siglo XIX participó activamente en las luchas por la independencia de la península, y sus soldados usaban la amplia y popular blusa roja, que se impuso como moda en todas partes y que también será el distintivo de los voluntarios de Santiago, quienes, para diferenciarse entre las compañías durante el ataque a los incendios, adoptarán diferentes colores: rojo para la Primera y Tercera, y azul para la Segunda, Cuarta, Sexta, Séptima y Octava. Los integrantes del directorio se diferenciarán por el empleo de levita de color negro y largos faldones.

En su libro *El Cuerpo de Bomberos de Santiago*, Jorge Recabarren agrega que "en los primeros meses del año 1864, cuando las Compañías se encontraban



Voluntario de la Primera de Hachas, Ganchos y Escaleras con su uniforme modelo Garibaldi. Lleva hacha colgando del cinturón y casco modelo Merryweather.

Hasta el día de hoy, los bomberos lucen sus pantalones blancos en las formaciones, los que intercambian con el negro, según la ocasión lo amerite.

preocupadas de organizarse en debida forma para dar vida a la institución que habían fundado, se adoptó como único uniforme para el personal, una camisa de hilo de color de las llamadas Garibaldi, pantalón blanco, bota napoleónica, y un casco que apenas cubría la cabeza”.

El casco de esos primeros días, así también como las gorras de hule compradas a la Marina, fueron reemplazados por el modelo norteamericano de suela o el metálico, tanto de origen francés (Thierry) como inglés (Merryweather).

El uniforme se completaba con un cinturón grueso y elástico, que portaba hebillas para los cables enrollados, destinados a arrastrar material y amarrar las mangueras a las escalas. Además del cinturón pendía un tahalí para portar la llave de uniones y el hacha corta. Las compañías francesas muy pronto importarán el modelo de cinturón de los bomberos de París, ancho, para proteger cintura y espalda, con dos o tres hebillas para abrocharlo, y las hebillas y tabalies para llevar el material menor.

Un nuevo cambio se puede ver en el retrato de Ramón Abasolo, quien fuera comandante en 1867, donde aparece con el uniforme de fines de los años sesenta, con blusa roja, puños negros y amplio cuello vuelto, también negro.

Cuando, en 1873, se crea la Quinta Compañía, la mayoría de las unidades del Cuerpo ha adoptado la guerra militar con una hilera central de botones, que será reemplazada por la guerrera corta

durante el periodo en que la institución se convierte en Cuerpo de Bomberos Armados para la Guerra el Pacífico. La Quinta se diferenciaba por utilizar el color verde en sus casacas, el cual, según cuentan las tradiciones, se adoptó en recuerdo de los húsares de José Miguel Carrera, ya que cinco de sus fundadores eran descendientes del héroe de la independencia. Otra versión dice que la mayoría de los jóvenes que organizaron la unidad eran estudiantes de la Universidad de Chile, que usaban ese color en sus uniformes universitarios. “No hay constancia en las actas de la compañía de la razón por la que se eligió ese color”, precisa Mauricio Bernabé Claretas, en su libro *El quintino ilustrado*.

Como se ha indicado, las compañías incorporaron las secciones de auxiliares para el pesado trabajo de las palancas y escalas. En 1865, en la Segunda, los auxiliares usaban camisa azul sin estrella (el uniforme de los voluntarios llevaba una estrella blanca con el número dos en paño rojo), pantalón blanco, cinturón de lacre y un sombrero de paja con una cinta azul. Luego se les entregaron botas, las que, en 1871, serían retiradas por su alto costo. En 1887, en la época de la epidemia de cólera, lucieron una gorra de cuero con el número dos al frente.

En ese periodo, la Segunda había pasado de la blusa azul Garibaldi (como aparece su director, Manuel Recabarren, en el cuadro del primer directorio) a un modelo más largo, para lo cual, en 1864, según

se anotó en los libros correspondientes, se hizo una compra de cien metros de paño azul, a dos pesos el metro, a la fábrica Paños Bellavista.

El casco de suela norteamericano se incorpora en 1871, cuando el uniforme incluye un cinturón de lana lacre y, colgando desde el hombro derecho, el tahalí de cuerdas, destinado a galleros y choriceros.

En 1882, la Segunda adopta la guerrera corta de paño azul, manteniendo la estrella blanca y el número dos en el lacre y el correspondiente portallaves al costado izquierdo. El precio del cuero había sufrido grandes alzas, por lo que las compañías adoptan la bota corta y el pantalón blanco doblado a la altura del tobillo. Finalmente, en 1900, la bomba Esmeralda reforma su uniforme por el modelo que hasta hoy emplea en sus formaciones y autoriza el uso del casco de la compañía a los auxiliares.

LAS FIELES TOALLAS BLANCAS

A fines del siglo XIX, los bomberos llevarán el mismo uniforme, tanto en incendios como en formaciones, al que se van incorporando algunos elementos, como la toalla al cuello, que servía de filtro para respirar en medio del humo, como se aprecia en la fotografía del incendio de la Unión Central, durante la Guerra Civil de 1891.

Una de las tantas dificultades que enfrentaban los bomberos de aquella época de precariedad era el trabajo en las ace-

quias, de las cuales se obtenía el caudal de agua. “Había que sacar constantemente los chorizos para limpiarlos y poder aspirar. Para represar el agua, había que introducirse a la acequia y colocar un cuero inmediatamente detrás del chorizo. Un voluntario tenía que sostener el cuero con sus piernas, empapándose hasta más arriba de las rodillas. Esta tarea en las frías noches de invierno, y en medio de un hedor insoportable, era algo horrendo. Aún no se usaban cotones de cuero, ni botas de goma y todos asistían con las chaquetas de paño, del color de cada compañía, las que se impregnaban del olor de las aguas servidas”, describe Agustín Outirre, en su *Historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago*.

Solo a comienzos del siglo XX, en 1916, se distribuye entre el personal de bomberos la primera cotona de cuero, que acompañará a los voluntarios por casi ochenta años, desapareciendo así las blusas de paño con los colores de las compañías. Un año más tarde, por iniciativa del comandante Carlos Ugarte, se estructuraban las guardias nocturnas, sistema de organización y turnos de trabajo que se ha ido perfeccionando hasta el día de hoy.

La toalla blanca fue usada por los bomberos hasta avanzada la década de 1980, cuando comienza la modernización de los uniformes de incendio y se aumenta la dotación de equipos de respiración autónoma. Esa toalla fue compañera inseparable de la cotona de cuero, de los blue jeans y las botas de goma Bata, algunas reforzadas

Esa toalla fue compañera inseparable de la cotona de cuero, de los blue jeans y las botas de goma Bata, algunas reforzadas con acero en la punta y planta del pie.



(1) Angel Custodio Gallo, comandante del Cuerpo de Bomberos de Santiago y voluntario de la Segunda Compañía, 1864. (2) José Luis Claro, capitán de la Tercera, 1864. (3) Manuel Recabarren, director de la Segunda, 1864. (4) Minor Meigs, abanderado de la Tercera, 1864. (5) Sargento de auxiliares de la Primera, 1865. (6) Voluntario de la Segunda, 1865. (7) Auguste Raymond, capitán de la Cuarta, 1864. (8) Voluntario de la Octava, 1865. (9) Auxiliar de la Primera Compañía, 1864.



(1) Benes Valdes Vergara, capitán de la Quinta Compañía, 1873. (2) Benjamín Vicuña Mackenna, director de la Tercera, 1880. (3) Carlos Rogers, comandante del Cuerpo de Bomberos Armados y voluntario de la Quinta, 1879. (4) Policarpo Mesías, capitán de la Octava, 1903. (5) El superintendente Ismael Valdes Vergara, 1898. (6) Jorge Phillips, comandante del Cuerpo y voluntario de Primera, 1899. (7) Antonio Moreno, director de la Décima, 1902. (8) Emiliano Llona, director honorario del Cuerpo y voluntario de la Primera. (9) Subito Cissou, capitán de la Séptima Compañía, 1902.

Los voluntarios capitalinos portan en la actualidad uniformes normados internacionalmente para un trabajo cada vez más exigente, profesional y especializado.

con acero en la punta y planta del pie. Las compañías de escala, eso sí, preferían el zapato a la bota para el trabajo sobre los techos, y algunas utilizaban cinturones para colgar su correspondiente hacha.

De acuerdo a su perfil y especialización, las distintas unidades van adoptando también diferentes modelos de cascos. Las francesas incorporan el tradicional casco plateado de los *polis* de la Primera Guerra Mundial, cuya verdadera denominación era casco *Adrian modèle général 1915*.

Pero el modelo usado preferentemente por las compañías durante esos largos años de principios y mediados del siglo XX, hasta la adopción de cascos de mayor seguridad, será el inglés, similar al de la policía británica, hecho con capas de tela encolada, lo que ofrecía una muy débil resistencia a los impactos. Solo se diferenciaban en los incendios los modelos franceses de la Cuarta y Séptima, los cascos ingleses Brodie, que llegaban en los carros de diversas compañías, así también como el diseño alemán usado por la Décima.

El primer casco de formación de la Decimotercera será precisamente el Brodie, el cual también será utilizado por los fundadores de la Decimocuarta, pertenecientes a la colonia británica. La Decimoquinta, en tanto, adoptará el casco alemán con una cimera metálica muy baja, como el de los bomberos germanos.

En 1962, el Cuerpo adopta el modelo MSA norteamericano de ala posterior larga, para proteger el cuello y la espada de los bomberos en caso de derrumbes y de la caída de agua. El diseño consideraba una cucarda de cuero con el número de la compañía en bronce.

El primer incendio al que el Cuerpo de Bomberos de Santiago concurre con este nuevo modelo, de uso exclusivo en las guardias nocturnas, fue el de Amunátegui con Huérfanos, donde perdieron la vida seis voluntarios por la caída de un muro. Dos décadas después, en 1982, la institución entregó veinte cascos nuevos de dotación a las compañías, en reemplazo de los antiguos MSA, los que permanecieron en servicio hasta 1995.

Del mismo modo, lenta y casi tímidamente se comienzan a probar los buzos de trabajo, a los que se incorporan huinchas reflectantes, primero grises y más tarde amarillas. Para las unidades de rescate se adopta el casco francés metálico con doble visor y los primeros chalecos negros con huinchas reflectante amarilla.

Las compañías de colonia, por su cercanía con los cuerpos de bomberos de sus países de origen, van adoptando los uniformes en uso en Francia, Italia, Gran Bretaña, España y Alemania. Y los modelos de cascos de parada también van cambiando en el tiempo según los avances en el extranjero. En la década de los 90, el casco se modifica en Francia y el cambio se aplica de inmediato en Chile, tal como ocurre el año 2000, cuando la bomba británica adopta el casco amarillo en uso en esos momentos en el Reino Unido.

Paso a paso, las compañías van profesionalizando sus uniformes, especialmente a partir de la creciente actividad a la que son sometidas en el área de rescate. Los antiguos uniformes de asbesto usados en emergencias químicas, son desplazados por los nuevos trajes especializados en el trabajo en Haz-Mat y de rescate vehicular, adaptándose también modelos similares para el trabajo conjunto, como el uso de cascos rojos para oficiales en todas las compañías.

Desde junio de 2007, y por iniciativa de la Junta Nacional de Cuerpos de Bomberos, se aplica a la compra de uniformes de incendio la norma establecida por la National Fire Protection Association (NFPA), que, básicamente, exige entre sus componentes Nomex y Kevlar, resistentes a temperaturas superiores a los 370 grados Celsius y a la gran fricción a la que es sometido el bombero en su trabajo.

Cuando, en 1913, el Cuerpo de Bomberos de Santiago conmemoraba sus primeros 50 años de vida, los incendios se apagaban con cotanas de paño con los colores de cada compañía y una toalla al cuello. Al celebrar su primer centenario, en 1963, lo más moderno lo constituía el carro químico de la Sexta Compañía y un grupo de trajes de asbesto para aproximarse al fuego, más tarde prohibidos por el material del que estaban compuestos. Al cumplir ahora su sesquicentenario, los voluntarios capitalinos portan uniformes normados internacionalmente para un trabajo cada vez más exigente, profesional y especializado, según sean las características del acto de servicio al que asisten. Desde el equipamiento con arneses para el descenso con cuerdas a la indumentaria funcional para la tarea en espacios confinados, pasando por chalecos de distintos colores según la emergencia o los sofisticados uniformes para intervenir en accidentes con materias peligrosas.



Voluntario de la Cuarta Compañía, uniforme de trabajo, 1914.



Voluntario de la Decimotercera, uniforme de parada, 1941.



Voluntario de la Duodécima, uniforme de trabajo, 1962.



Voluntario de la Decimocava, uniforme de trabajo, 1971.



Voluntario de la Novena, uniforme de parada, 1972.



Grupo de Rescate de la Sexta Compañía, 1980.



Capitán de la Tercera, uniforme de trabajo, 1985.



Voluntario de la Decimocuarta, uniforme de trabajo, 1993.



Voluntario de la Vigésimo Segunda, uniforme de parada, 1997.



Voluntario de la Decimosexta, uniforme de parada, 1997.



Voluntaria de la Decimosevna, uniforme de parada, 2009.



Voluntario de la Vigésima, uniforme de trabajo, 2010.



Voluntario de la Undécima, uniforme de parada, 2011.



Voluntario de la Cuarta, uniforme de trabajo, 2011.



Voluntario de la Vigésimo Segunda, uniforme de parada, 2011.



Gaitero de la Decimocuarta, uniforme de parada, 2012.



Voluntario de la Decimoquinta, uniforme de trabajo, 2013.



Voluntario de la Decimoséptima, uniforme de trabajo, 2013.



Por la región del agua y la del fuego

Llamas que nadan en el agua viva.
Agua que baila en medio de las llamas.

Calor líquido y frío incandescente.

Rodeado de contrarios vive el hombre.
Conceptos enemigos que son uno:

el agua espiritual y el fuego físico,
el fuego inmaterial y el agua pétrea,
lumbres acuosas y ríos flamígeros.

La madera crepita, el fuego escucha.
El manantial hace ruido en las piedras.
El agua cae y se oye a sí misma.

Duerme el agua en los brazos del fuego.
Mece el fuego la cuna del agua.

Agua y fuego: pareja original
de donde fluye el ser.

Como quien dice la vida y la muerte.
Como quien dice el hombre y la mujer.

Oscar Hahn
Poema inédito

LAS NUEVAS CATÁSTROFES

DESASTRES DE ALTA COMPLEJIDAD

VALPARAÍSO TIEMBLA EN 1906

El 6 de agosto de 1906, el diario *El Mercurio de Valparaíso* publicó un pronóstico sobre fenómenos atmosféricos y sísmicos, entregado por el capitán de la Armada Arturo Middleton. En este informe, elaborado por la Sección de Meteorología de la Dirección del Territorio Marítimo, se precisaba que el 16 del mismo mes "habrá conjunción de Neptuno con la Luna y máximo de declinación norte de ésta. A causa de estas situaciones de los astros, la circunferencia del círculo peligroso pasa por Valparaíso y el punto crítico formado con la del Sol cae sobre las inmediaciones del puerto".

Faltando cinco para las ocho de la noche del día 16 de agosto de 1906, el puerto de Valparaíso era remecido por un violento terremoto, que tuvo una duración de cuatro minutos. A las 20.06 horas, un segundo y más violento remezón completaba la destrucción porteña, provocando miles de muertes y el incendio de gran parte de la ciudad. En Santiago, el terremoto también generaba tres grandes siniestros, pero en Valparaíso la tragedia era enorme. El gobierno de Germán Riesco solicitó entonces el apoyo del Cuerpo de Bomberos de Santiago, que salió a las ocho de la mañana del día siguiente en dirección al puerto desde la estación de ferrocarriles con una columna de 101 voluntarios de distintas compañías, a cargo del

superintendente Ismael Valdés Vergara, quien asistía junto a la comisión enviada por el gobierno y con el apoyo de los capitanes ayudantes segundo, tercero y cuarto, Alberto Mansfeld, Horacio San Román y Rogelio Muela, respectivamente.

"Llegados a Limache, a las 9 1/2 P.M. de ese día, pues no era posible andar muy ligero en vista del pésimo estado en que había quedado la línea, hubo necesidad de pernoctar en ese punto, en los andenes de la estación, i a las 5 1/2 de la mañana del 20 se emprendía la marcha a pie hacia Valparaíso, por orden del señor Superintendente. A las 3 de la tarde se llegaba al Salto I de allí fueron conducidas las comisiones en tren hasta la estación de Barón, llegando a las 4", se anota textualmente en la *Memoria del Cuerpo de Bomberos de Santiago* del año 1906.

Puestos bajo las órdenes de la autoridad militar de Valparaíso, los bomberos capitalinos debieron pernoctar en los jardines de la Gran Avenida, en carpas entregadas por las mismas autoridades, recibiendo un rancho que debieron preparar los propios voluntarios.

Poco después, se declaró un incendio de grandes proporciones en la misma avenida, solo horas más tarde, los voluntarios serán asignados a la dura tarea de sepultar los muertos en el Cementerio Número Uno, y a la recuperación de los viveros de las bodegas derrumbadas por el terremoto.

Dada la magnitud de la tragedia, el gobierno de Germán Riesco solicitó el apoyo del Cuerpo de Bomberos de Santiago, que salió a las ocho de la mañana del día siguiente en dirección al puerto con una columna de 101 voluntarios.



El centenar de hombres del Cuerpo de Bomberos de Santiago que viajó a Valparaíso debió cumplir diversas tareas de apoyo a los voluntarios porteños, cuyo Cuartel General, como se aprecia en la foto, resultó con severos daños estructurales.

Imágenes de Santiago: Internet Archive, Valparaíso

Al atardecer, debieron reemplazar a la tropa de línea y montar una guardia para proteger las mercaderías salvadas de los incendios. Solo después de eso, la tropa pudo darse su primer descanso.

Los bomberos realizaban guardias de seis voluntarios y una hora de duración, siendo reemplazados luego por el contingente de la siguiente compañía. Una parte de la delegación de bomberos capitalinos fue asignada al trabajo de extinción de escombros con la bomba a vapor de la Tercera Compañía del puerto, la que había sido armada en la Plaza Victoria.

Los recuerdos dejados por los bomberos son impresionantes. "Este día lo ocupamos en distintos quehaceres. Una parte del cuerpo recibió orden de trasladar mercaderías de las estaciones del Barón y Bellavista y de varias bodegas al campamento militar, contiguo al nuestro, donde individuos de tropa repartían al numeroso público que las pedía con ansias. Hombres, mujeres y niños luchaban empeñosamente por recibir una escasa ración de carne o de frejoles (...). Los bomberos santiaguinos mitigaron más de algún dolor, pues de sus propias provisiones obsequiaron a mujeres y niños que las recibían con lágrimas en los ojos (...). En la tarde la 6ª recibió orden de trasladarse a los cementerios 11 y 2 a relevar a la 7ª, que estaba ocupada en abrir fosas y sepultar cadáveres. Tarea es esta que a cualquiera que no está acostumbrado a ella, le impresiona; sin embargo trabajamos como sepultureros y dimos tranquilo lecho bajo la madre tierra a más de cien muertos, muchos en estado de putrefacción. A la 6ª, en compañía de dos voluntarios de la 11ª a las órdenes del Teniente de la 2ª, le correspondió el triste y penoso deber de dar santo sepulcro a ocho hermanitas de los pobres aplastadas por una misma muralla", escribió el voluntario de la Sexta Compañía Galvarino Ponce en el folletín *La jornada del hambre*, 500 ejemplares confeccionados en la Imprenta y Casa Editora de los Hnos. Ponce, el mismo año 1906, y vendido en un peso a beneficio de los huérfanos de Lima.

Vuelta la calma al puerto, se resolvió enviar de regreso a las unidades capitalinas. La primera división, integrada por la Primera, Segunda, Tercera, Cuarta, Quinta, Sexta y Novena compañías, partió a las nueve de la mañana del día 22, al mando del tercer capitán ayudante, Horacio San Román. El viaje en tren alcanzó hasta el

Salto, continuando a pie a Villa Alemana, donde se tomó el tren hasta Limache, localidad en que los bomberos pernctaron esa noche antes de continuar a Santiago. Durante el viaje, los voluntarios se hicieron cargo del traslado de 65 niños que cuidaban las Monjas de la Caridad, los cuales fueron llevados en brazos cada vez que se hacía un trasbordo, hasta, finalmente, dejarlos en el Hospital de Niños.

La segunda división, integrada por la Séptima, Octava, Décima, Undécima y Duodécima compañías, a cargo de los capitanes ayudantes Alberto Mansfeld y Rogelio Muela, salió un poco más tarde, hizo el viaje en las mismas condiciones de dificultad y llegó a la capital en las últimas horas del día 23 de agosto.

A pesar del enorme entusiasmo de los voluntarios, en su fuero interno quedó la sensación que no fue mucho lo que se pudo hacer, pues el terremoto había destruido cuarteles, sepultado el material de bombas y destruido las cañerías de agua potable de Valparaíso.

En sesión celebrada por el directorio el 25 de agosto, se acordó recolectar enseres para ir en socorro de los damnificados de Valparaíso, Santiago y demás ciudades afectadas por el terremoto, y también se resolvió asumir la conducción de los heridos que llegaban desde el puerto a la estación, para llevarlos a los distintos hospitales de la capital. La colecta se inició el día 28, para lo cual los bomberos recorrieron la ciudad con sus carros y uniformes.

El trabajo de los voluntarios duró siete días, desde las siete de la mañana a las doce de la noche, jornadas en las que se recolectaban y clasificaban las donaciones de alimentos, dinero y vestuario, las que eran embalsadas y enviadas a Valparaíso y las otras ciudades. "Los artículos de vestuario ocuparon 285 bultos con un total de 21.639 piezas bien clasificadas y embalsadas, sin tomar en cuenta un sinnúmero de pañuelos, corbatas, colleras, botones, etc., etc. La calidad de la ropa recolectada, aunque usada, era casi nueva. El obsequio del comercio comprendía una gran cantidad de ropa nueva y de apreciable valor", indica el propio Galvarino Ponce.

Más de tres mil muertos y cerca de veinte mil heridos fue el dramático costo humano del terremoto de 1906.

Como consecuencia del violento sismo en Santiago, el mausoleo del Cuerpo resultó completamente destruido, por lo que el directorio solicitó los correspondientes

El Cuerpo decidió efectuar un gran desfile por las calles de Santiago para agradecer el apoyo solidario prestado por otros países, manifestación a la que se sumó una gran cantidad de organizaciones y sociedades de la capital.

presupuestos para su arreglo, ganando la propuesta el arquitecto Adolfo Müller. Como un cierre a la tragedia, el Cuerpo de Bomberos de Santiago resolvió efectuar un gran desfile por las calles de Santiago para agradecer el apoyo solidario prestado por otros países, manifestación a la que se sumó una gran cantidad de organizaciones y sociedades de la capital. El desfile se efectuó el 2 de septiembre y fue presenciado por el Presidente Germán Riesco y el mandatario electo, Pedro Montt, voluntario de la Sexta Compañía.

PIONEROS EN EL RESCATE

Así como las grandes catástrofes naturales y sanitarias, como terremotos, inundaciones, tsunamis y la citada epidemia de cólera morbo de 1880-1888 supusieron nuevos y extremos requerimientos para el Cuerpo de Bomberos de Santiago, en forma silenciosa, menos perceptible en el trabajo diario y principal de extinguir incendios, los recursos humanos y técnicos de la institución tuvieron que empezar a responder, cada vez con más alto grado de especialización, a las nuevas solicitudes de una ciudad en complejo proceso de modernización.

Desde su fundación, el Cuerpo de Bomberos de Santiago contaba con una unidad especializada en el salvamento y cuidado de los bienes afectados por los incendios, la Compañía de Salvadores y Guardia de Propiedad, que más tarde se

transformó en la Sexta Compañía y que, en los distintos siniestros, dedicó sus esfuerzos a rescatar personas y muebles, utilizando para ello sus largas escalas, lonas de protección y lonas de deslizamiento para dejar caer muebles desde lo alto, entre otros implementos.

Fue en 1978, a raíz de una desgracia que no pudo ser controlada en una comuna fuera del área jurisdiccional del Cuerpo, que esta misma unidad, encabezada por su capitán Enrique Artigas, decide crear el primer Grupo de Rescate, el cual estaba constituido por el Equipo de Rescate de Altura y una Unidad Médica de Apoyo. Los seleccionados fueron sometidos a un riguroso entrenamiento por parte de instructores de alta montaña.

Este hito fue el punto de partida para que el rescate se ampliara como especialización al resto de los bomberos del país y a otras instituciones de servicio público. Incendios en altura, accidentes vehiculares, rescate de personas, rastros en ríos y lagos, búsqueda y salvamento en derrumbes, son algunos de los servicios que se agregan a la agenda de trabajo de los voluntarios, quienes, a la vez, son sometidos a mayores y más diversas exigencias de preparación.

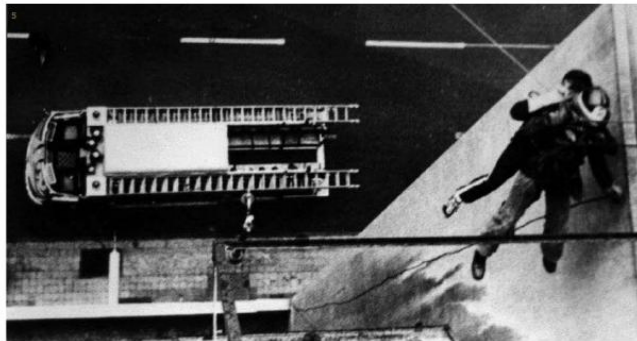
En 2001, por ejemplo, una delegación de la Sexta Compañía fue invitada a participar en Florac, Francia, en el curso de operadores y de jefe de unidad GRIMP, que es el Grupo de Reconocimiento e Intervención en Medios Peligrosos, que se formó en dicho país europeo ante las

La conformación, en 1978, del primer Grupo de Rescate de la Sexta Compañía fue el punto de partida para que el rescate se ampliara como especialización al resto de los bomberos del país y a otras instituciones de servicio público.



LOS DAMNIFICADOS DE CHILLÁN

La imagen de 1939 muestra la campaña de recolección de ayuda para los damnificados por el terremoto que, el martes 24 de enero, a las 23.32 horas, sacudió y destruyó más de la mitad de las viviendas de Chillán, transformándose en el sismo que mayor cantidad de víctimas fatales ha causado en la historia de Chile: 5.648 muertos, según las cifras oficiales. Al igual que había ocurrido en el terremoto del 10 de noviembre de 1922 en Vallenar y Catamarca, el Cuerpo de Bomberos de Santiago se coordinó con otras organizaciones, como la Cruz Roja y diferentes órdenes religiosas, para canalizar la recolección de víveres y otros enseres de primera necesidad.



La evolución del rescate. (1) La lona deslizante fue profusamente usada en las primeras décadas del siglo XX para recuperar enseres y salvar personas. (2) y (3) Por largos periodos, los voluntarios realizaron el trabajo de salvamento provistos solo de cuerdas y escalas. (4) y (5) El Grupo de Rescate de la Sexta Compañía marcó un hito en estas tareas en el país.

Las emergencias derivadas del movimiento telúrico obligaron al CBS a prestar sus servicios en forma continuada, tanto en su jurisdicción como en otras comunas y ciudades. Solo en la primera semana posterior al sismo, se contabilizaron 220 actos de servicio.

emergencias de distinta índole que estaban ocurriendo, tanto en espacios urbanos como naturales, y que no habían sido resueltas adecuadamente por los medios tradicionales.

Los cuatro voluntarios de la Sexta aprobaron la totalidad de los módulos de estudio y, luego, la compañía recibió un donativo de diversos materiales para el trabajo en altura. En los años siguientes, los instructores franceses viajaron a Chile para dictar nuevos cursos de operadores, los que se efectuaron en Punta Arenas y Santiago, en 2004, y en Osorno, en 2006, después de los cuales, cinco de los voluntarios de diferentes ciudades viajaron a Francia para obtener el nivel de jefe de unidad.

En forma paralela, también en 2004, el Cuerpo de Bomberos de Lorez, Francia, y la Sexta Compañía establecieron un acuerdo de cooperación, por medio del cual ambas instituciones se comprometieron a prestarse apoyo mutuo tanto en futuros procesos de instrucción como en los programas de intercambio.

EL TERREMOTO DE 1985

A las 19.47 horas del domingo 3 de marzo de 1985, los sismógrafos comenzaron a alertar de un terremoto de grandes proporciones en la zona central de Chile. El epicentro se señalaba frente a las costas de Algarrobo, en la V Región, pero el movimiento telúrico se había sentido desde Antofagasta hasta la Araucanía.

No habían pasado seis minutos desde que el terremoto aterrizara a los habitantes del país, cuando se daban las primeras alarmas de incendio en la capital. Una de ellas afectaba los laboratorios del colegio alemán Deutsche Schule, en la esquina de Eliodoro Yáñez con Antonio Varas, correspondiente al sexto cuartel de incendios, donde el fuego alcanzaba gran magnitud por los elementos químicos comprometidos.

A las 20.00 horas, caían nuevamente los timbres alertando de una segunda alarma de proporciones en la empresa de productos químicos Härtling, ubicada en Panamericana Norte esquina de Bravo de Saravia, en la comuna de Renca; mientras que un llamado anónimo avisaba que las llamas envolvían a la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Chile, en calle Beauchef, y el propio comandante recibía

un llamado que avisaba de un incendio en un edificio de departamentos en Costanera, en el sector oriente de la ciudad.

La Central inició el trabajo de coordinación para el despacho de las máquinas ante la creciente demanda telefónica: industrias que arden, edificios a punto de caer, apoyo para gente encerrada. Cada emergencia es prioritaria y se procede al envío ordenado del material.

Mientras un grupo de compañías se encuentra trabajando en la terraza superior del Deutsche Schule, se produce una violenta réplica del primer terremoto, generando una situación de extrema tensión entre los voluntarios, quienes se aferran a la baranda de cemento para no caer.

Al llegar los primeros voluntarios a la citada alarma en calle Beauchef, una columna de humo y fuego envuelve el edificio universitario, por lo que la Undécima Compañía daba la alarma de incendio. En esos momentos, la bomba de la Decimotava, que había sido despachada a las 20.28 horas, tras la alerta de un radioaficionado, llegaba al mencionado edificio de Costanera, moderna construcción, ubicada exactamente en calle Aurelio González con Alonso de Monroy, que ardía en sus cuatro pisos. El oficial a cargo pidió el apoyo de una bomba y un carro portaescalas, pero luego se ve obligado a dar una nueva alarma de incendio. El tráfico de comunicaciones era inmenso. La Decimotava armó sus pitones intentando rodear el edificio, pero no contó con material de apoyo. "Solo llegó la 19a. después de casi 20 minutos de estar trabajando completamente solos", anotó el capitán de la unidad.

Como no había escalas para subir, los voluntarios debieron intentarlo por la caja de escalas del mismo edificio. El trabajo se prolongó por largo tiempo, hasta que llegó la mecánica de la Decimoquinta Compañía y, más tarde, el cuarto comandante. No había más material disponible en esos tensos momentos y se debe trabajar con lo que hay.

Tras un esfuerzo gigantesco y en medio de las constantes réplicas del terremoto, que en algunos casos alcanzaban los siete grados, los voluntarios comienzan a controlar la hoguera, mientras, paralelamente, la Central sigue atendiendo un sinnúmero de llamados a rescate y escombros.

El terremoto había afectado por igual a todo el país y ni siquiera los cuarteles



Arriba, apenas seis minutos después del violento terremoto de 1985 se dio la primera alarma de incendio en los laboratorios del colegio alemán Deutsche Schule. Abajo, apoyado por bomberos el entonces alcalde de Santiago, Carlos Bombal, realiza una inspección de los daños provocados por el sismo en diversos edificios patrimoniales del centro de la capital.

A raíz del sismo en Haití, perecieron 316 mil personas, mientras que otras 350 mil resultaron heridas y más de un millón y medio de habitantes quedaron sin hogar. Se trataba de una de las catástrofes humanitarias más grandes de la historia.

de bomberos se salvan, como el de la Vigésimo Primera Compañía, que se derumbó en gran parte por el sismo, aunque igual la unidad siguió prestando sus servicios a la comunidad durante toda la emergencia. Cornisas a punto de caer a la calle con peligro para los transeúntes, los edificios históricos de la Plaza de Armas rodeados de escombros, las torres y campanarios de las iglesias en el suelo, todo era preocupante y desolador en esas primeras horas.

El viejo Cuartel General de Puente con Santo Domingo también presenta severos daños, por lo que debió ser cerrado. Las oficinas administrativas de la institución fueron trasladadas a los cuarteles cercanos de la Segunda y Octava compañías, situados a escasas cinco cuadras, en la ribera norte del río Mapocho.

El Museo del Cuerpo de Bomberos, cuyas orgullosas instalaciones se ubicaban bajo la torre de alarma, en el tercer piso del histórico edificio, sufrió grandes pérdidas, incluyendo la destrucción del gallo Ambrosio Rodríguez, que se conservaba en el lugar. Como medida de precaución, se embalaron los cuadros de la sala de directorio, los que fueron depositados en el cuartel de la Quinta, mientras que las piezas rescatadas del Museo José Luis Claro fueron derivadas a la Tercera Compañía.

Como una manera de visualizar lo que fue el trabajo de las compañías, la Sexta, por ejemplo, debió concurrir a cuatro incendios, ocho llamados de comandancia y 73 otros servicios, fundamentalmente para derribar muros y cornisas, en el período transcurrido entre el 3 y el 17 de marzo.

Las emergencias derivadas del terremoto obligaron al Cuerpo a prestar sus servicios en forma continuada, tanto en su jurisdicción como en apoyo a otras comunas, como el envío de camiones cisterna (Z) a San Antonio y otras localidades. En total, solo en la primera semana posterior al sismo, se contabilizaron 220 actos de servicio.

Una vez reestablecida la calma, recién pudieron dimensionarse los efectos del terremoto, que cobró 177 muertos y dejó 2.537 heridos: casi un millón de damnificados, cerca de 150 mil viviendas destruidas y los servicios básicos completamente colapsados en varias regiones del país.

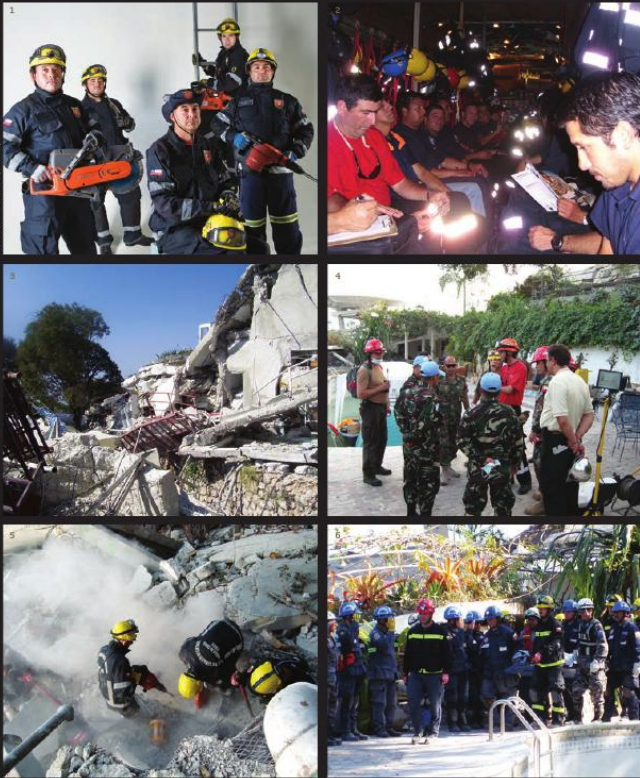
MISIÓN EJEMPLAR EN HAITÍ

El 12 de enero de 2010, la ciudad de Puerto Príncipe, capital de Haití, se convierte en epicentro de un dramático terremoto, con una magnitud de 7,2 grados, el primer sismo de esas características en la isla desde 1770.

La cantidad de víctimas y destrucción era enorme, mientras la ciudad quedaba en ruinas con miles de personas atrapadas bajo los escombros. Entre las noticias que van llegando desde el lugar, se informa que la esposa del agregado militar chileno ha quedado atrapada en las ruinas. Ante la emergencia internacional, el Cuerpo de Bomberos de Santiago pone a disposición su Fuerza de Tarea de rescate para concurrir al lugar, ofrecimiento que solo tuvo respuesta positiva días después, cuando el jefe de estado mayor de la Defensa Nacional solicita formalmente al CBS el envío de apoyo profesional al sitio del terremoto.

Según señala el informe diario de la Fuerza de Tarea, el lunes 18 de enero de 2010, "en total serán 40 los voluntarios, 20 del CBS más una delegación de 10 voluntarios del Cuerpo de Bomberos de Viña del Mar y 10 del Cuerpo de Bomberos Nuñoa, los cuales partirán esta noche con el objetivo principal de encontrar a la señora María Teresa Dowling, esposa del segundo comandante de la Misión de Estabilización de la ONU en Haití, general de brigada Ricardo Toro, desaparecida en el terremoto del 12 de enero". La misión era encabezada por el capitán de la Primera Compañía de Bomberos de Santiago, Juan Carlos Subercaseaux.

"Cuando ya recibimos la confirmación, se desplegaron todos los conocimientos adquiridos en casi diez años de experiencia respecto a cómo íbamos a preparar nuestro viaje a Haití", explicó al equipo de investigación de este libro Juan Carlos Subercaseaux. "Esto significaba la parte logística, la selección de material menor y la definición de los recursos humanos que necesitábamos desplegar para tener una misión con éxito. Había que hacer la selección del personal, del factor humano, sin tener del todo claro el tiempo que íbamos a requerir de este personal. Normalmente, la Fuerza de Tarea trabaja entre siete a diez días, pero había un factor que no manejábamos bien nosotros, como era la gran distancia que teníamos con Haití y las condiciones de transporte", agrega Subercaseaux.



La secuencia muestra el desarrollo de la misión cumplida en Haití. (1) La Fuerza de Tarea con sus implementos de trabajo. (2) Los voluntarios en pleno vuelo a la isla. (3) El hotel Montana resultó completamente destruido por el terremoto. (4) Bomberos y militares planifican el trabajo. (5) Los rescatistas localizan el lugar donde se encontraban las víctimas. (6) El emotivo momento en que la Fuerza de Tarea retira el cadáver de María Teresa Dowling.

En su primera misión internacional, la Fuerza de Tarea del CBS logró plenamente el dramático objetivo para el cual había sido llamada: regresar a la capital, el día 22 de enero de 2010, junto a la familia del general Ricardo Toro y los restos de su esposa.

Para seleccionar el equipo de rescatistas, integrado por bomberos de Santiago, Nuñoa y Viña del Mar, se estableció un espectro que abarcara la mayor cantidad de conocimientos posibles, integrando profesionales provenientes del área médica, de la arquitectura, de la construcción, de la logística y de la técnica de operación, entre otros aspectos.

Para la delicada misión se implementó un dispositivo de trabajo que incluyó equipos de oxímetro y plasma, iluminación, ventilación, generadores de corriente eléctrica, herramientas de corte hidráulico de gran tonelaje, cuerdas, elementos de manejo prehospitalario para politraumatizados, perros de búsqueda adiestrados por el método Arcom, dos desfibriladores cardíacos automáticos, cámaras remotas, cámaras termales, equipos de respiración autónoma, teléfonos satelitales y diversos otros elementos de trabajo y apoyo.

El grupo especializado de bomberos chilenos llegó a la isla caribena a las veinte horas del 19 de enero. Una hora y media más tarde, el equipo alcanzaba la llamada “zona cero de operaciones”, lo que activó de inmediato el Comando de Incidentes, que dos horas más tarde inició el trabajo en tres turnos de seis horas cada uno. “Nos dividimos en tres grupos de trabajo. Nuestra intención era siempre, desde el momento que salimos de Chile, hacer planes de contingencia, debido a que no sabíamos bien a qué situación nos íbamos a enfrentar”, explica Subercaseaux.

En el informe del 20 de enero, se detallaba el rescate de dos cuerpos sin vida; mientras que, al día siguiente, el informe diario establecía la ubicación de cinco nuevos cuerpos entre los escombros del hotel derruido, cuyo trabajo de identificación lo realizaba un grupo de peritos chilenos de la Policía de Identificaciones (PDI). El operativo era coordinado por el capitán Subercaseaux y en él participaban integrantes del Ejército y la Armada de Chile, en conjunto con otros equipos de rescate de Brasil y del estado de Virginia, Estados Unidos. Una de las misiones paralelas era el rescate de los discos duros con las imágenes de las cámaras de televisión del hotel, para precisar así el lugar donde pudieran encontrarse las víctimas.

“Lo más importante, y creo que es una lección aprendida para todas las otras fuerzas de tarea, es que nosotros éramos la única que trabajaba sin parar las 24 ho-

ras. Eso llamó mucho la atención y, el día que nos retiramos, nos felicitaban por el sistema, ya que en los días que nosotros trabajamos sacamos ocho cuerpos, o casi ocho cuerpos y medio, lo cual refleja el carácter técnico, profesional y de ímpetu de la gente que trabajó conmigo. Sacar ocho cuerpos y medio en los pocos días que se trabajó es un porcentaje muy alto y sobre todo en las condiciones en que estaba el “Hotel Montana”, reflexiona Subercaseaux.

Tras los primeros diagnósticos, se pudo establecer que el número de víctimas se encontraba en un rango de 35 a 60 personas, correspondiendo más de la mitad a extranjeros. Al trabajo se sumaron 35 perros provenientes de distintos grupos de rescate, los que realizaban la tarea de marcación de la zona afectada, para precisar así de la mejor forma posible el trabajo de la Fuerza de Tarea.

En cuanto al método de trabajo, el oficial de bomberos señala que la búsqueda técnica se realizaba preferentemente en la noche, porque se trabajaba con mayor tranquilidad y se podía reflexionar sobre las prospecciones técnicas.

La noche del 20 de enero, el grupo Alfa había hecho una nueva inspección técnica, observando una sombra que podía ser un cuerpo buscado. Pero, al día siguiente, una fuerte réplica remeció la tierra, cambiando todos los escenarios que habían quedado marcados en las ruinas. El nuevo sismo se produjo en momentos que dos bomberos se encontraban en los túneles, pero la precaución de haber marcado adecuadamente la zona de salida permitió que abandonaran el lugar justo en el minuto que el sector se volvía a derrumbar.

Finalmente, pasado el mediodía del 21 de enero, el capitán Subercaseaux informaba vía telefónica que los rescatistas habían encontrado el cuerpo sin vida de María Teresa Dowling en una zona de difícil acceso, a más de cuatro metros de profundidad. “Esta labor fue el resultado de un trabajo de acceso y búsqueda de alto riesgo por parte de los equipos de rescate. Utilizando todo el equipamiento enviado para efectuar estas labores específicas, un equipo de recuperación, integrado por una unidad de cinco bomberos especialistas en rescates en espacios confinados y estructuras colapsadas, fue en definitiva el responsable de la recuperación de los restos”, señala Subercaseaux.

En una emotiva ceremonia, se cubrieron los restos de María Teresa Dowling con el pabellón nacional, mientras los bomberos rescatistas y personal militar y policial le rendían honores. Recibida esta información en la comandancia del Cuerpo de Bomberos de Santiago vía telefonía satelital, el comandante procedió a informar de los hechos al Ministerio de Defensa Nacional, para coordinar las acciones requeridas en el caso.

La Fuerza de Tarea del Cuerpo de Bomberos de Santiago culminaba así su primera misión internacional, logrando plenamente el dramático objetivo para el cual había sido llamada: regresar a la capital, el día 22 de enero, junto a la familia del general Ricardo Toro y los restos de su esposa.

Los datos finales del terremoto de Haití los entregó su primer ministro Jean-Max Bellerive un año más tarde, el 12 de enero de 2011, cuando informó que, a raíz del sismo, perecieron 316 mil personas, mientras que otras 350 mil resultaron heridas y más de un millón y medio de habitantes quedaron sin hogar. En suma, se había tratado de una de las catástrofes humanitarias más grandes de la historia.

CHILE COLAPSA EL 27/F

Los primeros días de 2010, el año del bicentenario de Chile, habían estado marcados por noticias del ámbito político. En la segunda vuelta de las recientes elecciones presidenciales, había triunfado el empresario Sebastián Piñera, después de dos décadas de gobiernos de la Concertación. Terminaban las vacaciones de verano en el país y todos se preparaban para iniciar el nuevo año laboral y escolar. Hacía pocos segundos, los tonos señalaban un 10.4.1 (choque de vehículos) para la Decimocuarta y Vigésima compañías. Faltaban 27 minutos para las cuatro de la madrugada del día sábado 27 de febrero, cuando comenzó a temblar con furia. Gran parte del país era estremecido por un terremoto de extrema violencia, que afectó la zona central y costera entre la Quinta y Décima regiones. Su fuerte intensidad, que alcanzó una magnitud de 8,8 grados Richter, incluso fue sentida en Buenos Aires y Sao Paulo.

En medio de la oscuridad y con las comunicaciones totalmente colapsadas, se inicia la primera reacción y se ponen en

alerta los cuarteles. Personas atrapadas en ascensores, gran cantidad de edificaciones en riesgo de derrumbe, escapes de gas por roturas de cañerías, una planta química que comienza a arder en Colina, un rescate vehicular en Avenida Kennedy, un llamado Haz-Mat en el sector de Estación Central y numerosas otras solicitudes congestionan los primeros minutos de la Central, que enfrenta un tráfico comunicacional en desesperado aumento.

La tragedia ha cubierto gran parte del territorio nacional, a lo que poco después se sumaba un aterrador tsunami que arrasa pueblos y puertos costeros de la Sexta, Séptima y Octava regiones.

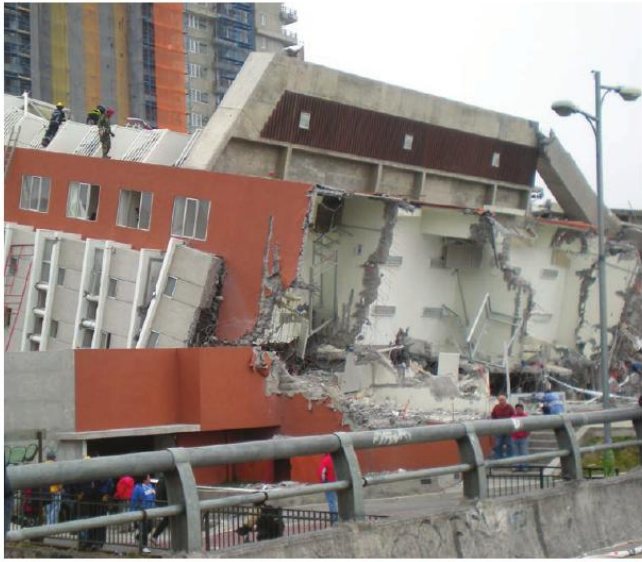
“Cerca de las 9 horas, la Central indica que, por orden del comandante, se activa el grupo de Fuerza de Tarea y que sus integrantes se deben presentar en el cuartel de la Primera Compañía. Hasta ese momento, no sabíamos qué era lo que tendríamos que hacer ni para dónde nos destinarían, así que volví a mi casa, hice mi mochila con algo de ropa y tomé un saco de dormir”, cuenta Felipe Arancibia, teniente primero de la Decimotava Compañía.

Efectivamente, los integrantes de la Fuerza de Tarea se reúnen temprano, cinco horas y media después del sismo, y su primera misión es revisar las estructuras de los niveles superiores de la Autopista Vespucio Expresa, lugar donde varios vehículos habían caído con parte de la estructura de la carretera. Luego de constatar que no había víctimas en el lugar, regresaron al cuartel de la Primera, para salir nuevamente, ahora a una clave 10.3.7 (derrumbe) en las esquinas de Sotomayor y Santo Domingo. Por los daños apreciados en la construcción, hubo que evacuar a los habitantes del edificio, que había perdido parte de sus muros.

Mientras se efectuaban las primeras tareas de emergencia, se recibía una petición urgente del comandante del Cuerpo de Bomberos de Concepción. El edificio Alto Río, de catorce pisos, había colapsado, desplomándose por completo y dejando atrapadas entre sus escombros a un centenar de personas. En medio del trabajo, se preparó de inmediato el envío de la Fuerza de Tarea que había actuado en Haití hacía apenas un mes.

En una junta de capitanes, citada a las 20 horas de ese día sábado, se informó que la Fuerza de Tarea saldría hacia Concepción y se dio instrucciones a los capitanes

El grupo de rescatistas, que llegó al día siguiente del terremoto a Concepción, incluía a 28 voluntarios de Santiago y quince de Nuñoa, e iba al mando del capitán de la Primera Compañía Juan Carlos Subercaseaux, quien había comandado las operaciones en Haití.



El colapsado edificio Alto Río de Concepción se transformó en una de las imágenes emblemáticas de la tragedia del 27 de febrero de 2010. (1) Los voluntarios trabajan desde las terrazas del edificio. (2) La experiencia de Haití resultó fundamental en labor de búsqueda en la VIII Región. (3) Los bomberos de Santiago, Ñuñoa y Concepción durante su faena en los estrechos espacios interiores de la construcción.

para que realizaran una revisión de sus respectivos sectores, para constatar alguna emergencia no recibida por la carencia e irregularidad de las comunicaciones que, todavía a esa hora, enfrentaba el país.

Al día siguiente, partía la Fuerza de Tarea al aeropuerto. "Luego de deambular por las accidentadas autopistas de la capital, cerca de las diez de la mañana, llegamos al Grupo 10 de la Fuerza Aérea de Chile, junto a los voluntarios del Cuerpo de Bomberos de Ñuñoa, con quienes integráramos la Fuerza de Tarea de la Región Metropolitana", cuenta el propio Felipe Arancibia.

El grupo de rescatistas, que llegó pasado el mediodía a Concepción, incluía a 28 voluntarios de Santiago y quince de Ñuñoa, e iba al mando del capitán de la Primera Compañía, Juan Carlos Subercaseaux, quien había comandado las operaciones de rescate en Haití.

"Teníamos claro que íbamos a trabajar en el edificio Alto Río y que desconocíamos el número de personas que estaban desaparecidas. Fue una Fuerza de Tarea profesional en un ciento por ciento, Fuerza de Tarea con un equipamiento de punta, Fuerza de Tarea con el mejor equipo humano. De todos los que observé, lejos el mejor", recuerda orgulloso Subercaseaux.

El Comando de Incidentes quedó a cargo del Cuerpo de Bomberos de Santiago, liberando así al Cuerpo de Bomberos de Concepción, que debía enfrentar grandes incendios producidos por el terremoto. De inmediato, se procedió a coordinar las operaciones con el personal del Servicio Médico Legal, de la FDI y del Ejército, con los que se logró una perfecta armonía, por cuanto muchos de ellos habían participado conjuntamente con bomberos en el terremoto de Haití.

Poco a poco, se fueron sumando grupos de rescatistas de los cuerpos de bomberos de Puerto Montt y Viña del Mar, mientras también comenzaban a llegar al país unidades de rescate provenientes de España, Francia, México e Israel. Más de 300 rescatistas extranjeros, lo que hizo inevitable que se produjera más de alguna descoordinación.

Luego del arduo trabajo, el primer grupo de rescatistas de Santiago fue relevado el día 3 de marzo, tras la llegada en su reemplazo de un segundo grupo de 40 integrantes de la Fuerza de Tarea Metropolitana.

Dado que el mayor número de rescates de personas vivas fue realizado en las primeras horas de la emergencia por los propios voluntarios del Cuerpo de Bomberos de Concepción, el trabajo de la Fuerza de Tarea Metropolitana se concentró en la recuperación de los cuerpos de las víctimas fatales y en otras labores que se concertaron con las autoridades locales, como un rápido catastro, en apenas 48 horas, de alrededor de un centenar de edificios, con el fin de determinar cuáles presentaban riesgo de derrumbe y debían ser evacuados a la brevedad.

Esta evaluación se realizó en conjunto con el Departamento de Obras de la Municipalidad de Concepción y personal del Ejército, para lo cual se formaron dos agrupaciones lideradas por los arquitectos, ingenieros y calculistas con que cuenta la Fuerza de Tarea.

El catastro dividía los edificios en tres categorías: daño estructural severo, que significaba evacuación inmediata; daño estructural moderado, que implicaba conminar a sus moradores para que se trasladaran a un lugar más seguro o, de lo contrario, que se tomaran los debidos resguardos de evacuación en caso de réplicas; y daño estructural leve, que permitía dar cierta tranquilidad a los habitantes del lugar, que podían permanecer en sus casas. Todo este trabajo en velocidad fue avalado, con posterioridad, por los informes del Ministerio de Obras Públicas.

Finalmente, el último día de trabajo, se realizó una operación rastrillo en conjunto con el Ejército, para lo cual se dividió el casco antiguo de la ciudad con el objetivo de revisar el estado de las viviendas casa por casa, con la finalidad de que resultara más expedita la posterior calificación del inmueble por parte del municipio. Para ello se empleó la marcación internacional con spray, que se utiliza en estos casos.

PROFESIONALES DE LA EMERGENCIA

Cuando, en la década de los 40, entró en servicio el carro de especialidades de la Sexta Compañía, el "carro técnico" o "el químico" como se le conocía entonces, debió formarse el primer grupo de especialistas mediante un curso impartido por la comandancia. Un par de laureles dorados en el cuello del uniforme, tanto de trabajo como de parada, era el símbolo de esta

Cámara de flashover se denomina este simulador que opera en el Campo de Entrenamiento de Colina. En él, los voluntarios aprenden a conocer las distintas etapas de un incendio y se preparan para enfrentar de mejor manera las emergencias.



especie de elite de bomberos. En los años siguientes, el Cuerpo organizó, a través de la Secretaría General, las clases de formación para los nuevos voluntarios, hasta que, en 1990, se creó la Escuela de Bomberos de Santiago y se inaugura el primer campo de entrenamiento Máximo Humbert, que había empezado a construirse en 1983.

La complejidad de servicios que presta hoy el CBS implica preparar en forma profesional a los jóvenes que se van integrando a la institución. La Escuela de Bomberos de Santiago es, precisamente, la entidad encargada de organizar, administrar, ejecutar y coordinar todas las actividades que tienen por finalidad instruir, capacitar y perfeccionar a los voluntarios de la capital. La instrucción incluye tres niveles: el básico, que es condición absoluta para optar a algún cargo de oficial de compañía, el de especialidades, que está dirigido a los oficiales de mando de las compañías, y un tercer curso destinado a aquellos voluntarios que se están preparando para asumir responsabilidades superiores en la institución. Para hacerse una idea del grado exigencia, se debe señalar que el primer nivel cuenta con 24 asignaturas.

Una de las misiones prioritarias de bomberos desde los tiempos de la fundación es el rescate de las personas y, luego, el de las propiedades. Esa es, precisamente, la razón de la creación de la primera compañía de Guardia de Propiedad, que protege vidas y enseres en el desarrollo de un incendio. Con el pasar de las décadas y el crecimiento de la ciudad, las operaciones de rescate fueron realizadas por la Sexta

Compañía y, luego, por las unidades de escala. Pero el explosivo aumento del parque automotriz a partir de los años 80 y el consiguiente incremento del número de accidentes, llevó una vez más a reestructurar el servicio. Pensando en las distancias que aumentaban en la medida que la ciudad seguía expandiéndose, debieron sumarse también a esta especialidad las compañías de agua, que, al igual que el resto de las unidades, cada vez cuentan con mejores medios técnicos para enfrentar las diversas emergencias vehiculares, que van desde el rescate de personas atrapadas en choques y colisiones hasta complejas labores de control de alarmas derivadas de accidentes de vehículos de transporte de materiales peligrosos, conocidos como Haz-Mat.

Por otro lado, la construcción de edificios de varios pisos, que empieza a registrarse a comienzos del siglo XX, requirió el desarrollo de escalas telescópicas para alcanzar los altos muros. Pero las edificaciones en altura siguieron creciendo y se instalaron en ellas sistemas de ascensores, que supusieron otros riesgos de accidentes y nuevas tareas de rescate para los bomberos.

Al revisar la orden del día del comandante Alfredo Santa María en 1930, en su página 44 se puede leer: "Salvamento de vidas: debe prestarse preferente atención al salvamento de vidas de los moradores que puedan quedar en las habitaciones o interiores. Con este fin, el personal que concurre en los primeros momentos, dedicará especial atención las circunstancias indicadas". En los siguientes artículos,



Voluntarios de la Duodécima Compañía rescatan a una supuesta víctima durante un simulacro de incendio en un edificio de altura, efectuado en noviembre de 2002 en la sede central del INP, en Alameda con Valentín Lefebvre. En la oportunidad, fueron evacuadas más de 300 personas.



La formación de los voluntarios incluye complejas maniobras, como este desenso de un helicóptero realizado en el primer ejercicio conjunto de la Fuerza Aérea de Chile y el Cuerpo de Bomberos de Santiago, el cual tuvo lugar en marzo de 1999 en la elipse del Parque O'Higgins.

Cortés de El Nuevo Sur / Víctor Álvarez

se especifican los procedimientos para rescatar vidas y especies, las formas de hacer salvamentos y las guardias que debían cumplir los voluntarios para cuidar lo rescatado.

En ese año 1939, la existencia de un parque vehicular reducido no hacía necesario fijar normas específicas respecto a incendios en vehículos o rescate de personas desde su interior. Sesenta años más tarde, en 1999, en la orden del día del comandante Sergio Caro, un capítulo completo se dedica a la descripción de las funciones en un rescate vehicular.

El creciente aumento de emergencias vehiculares llevó al Cuerpo a participar activamente en la creación del *Manual de Operaciones Multi-Institucional ante Emergencias (Manual ABC)*, aprobado como decreto exento N° 50, de fecha 21 de diciembre de 2011. "En este texto se dan las normativas de trabajo en emergencias y se coordina el trabajo de ambulancias, bomberos y carabineros. Con su puesta en vigencia, disminuyeron en forma considerable los conflictos", explica el doctor Gonzalo Wiedmaier, cirujano y voluntario de la Decimoquinta Compañía.

Así como a comienzos del siglo XX las alarmas se concentraban en incendios de barracas e inmuebles que incorporaban madera en su construcción, al cerrar la centuria, la mayor cantidad de actos de servicio del Cuerpo tenía por objetivo tareas de rescate, tanto de accidentes automovilísticos como de personas atrapadas en ascensores o lugares confinados. Esto determinó la adquisición del material mayor y menor requerido para estas tareas y

obligó a reorientar la formación del personal. De ahí que las clases impartidas en la Escuela de Bomberos de Santiago abarquen desde el plan básico para los nuevos voluntarios hasta los cursos de entrada forzada, rescate urbano, rescate de ascensores, trabajo de cuerdas, nudos e izamiento de material, investigación de incendios y una completa malla de estudios destinada a conocer las nuevas emergencias.

Como se ha visto en los terremotos de 2010 en Haití y Chile, el alto nivel de respuesta en el área de rescate ha permitido que el personal especializado del Cuerpo se constituya en una Fuerza de Tarea. Creada en 2003, esta unidad está integrada por 90 voluntarios con diferentes especializaciones, como médicos, arquitectos, ingenieros, constructores y otras, quienes reciben una estricta formación como rescatistas para responder de inmediato a las catástrofes, como aludes, derrumbes, terremotos y todo tipo de emergencias que requieran tareas de búsqueda y salvamento de víctimas.

"La Fuerza de Tarea tiene la capacidad de ser desplegada por un determinado número de días, para lo cual cuenta con la logística de alimentación y alojamiento, que le permiten una movilidad rápida. La organización de la Fuerza de Tarea se rige por el Sistema de Comando de Incidentes, un tipo de organización de emergencias estandarizada a nivel internacional y que permite rápidamente ser configurada para distintos tipos de emergencias, pudiendo escalar su respuesta de acuerdo a los requerimientos", sintetiza Sebastián Mocarquer, que ha ejercido como inspector de operaciones de rescate del CBS.



Cortés de El Nuevo Sur / Víctor Álvarez

El salvamento vehicular se convirtió en una de las tareas más frecuentes de los bomberos de la capital. En la foto, los voluntarios rescatan a una joven en Avenida Kennedy, en abril de 2007, en una madrugada donde se produjeron tres accidentes del mismo tipo en el sector.

Los voluntarios de Santiago Herdén un puente de escalas para rescatar a los pasajeros de un bus de turismo que se precipitó espectacularmente al caudal del río Mapocho, en noviembre de 2003.





Compañías de El Decimotercero / Álvaro Vialdo



Compañías de El Decimotercero / Álvaro Vialdo



Compañías de El Decimotercero / Álvaro Vialdo

El aumento del parque vehicular de Santiago ha derivado en un notorio incremento del número de accidentes de este tipo. (1) Voluntarios de la Decimocuarta Compañía llegan al rescate de un conductor que poco antes se había precipitado al lecho del río Mapocho, a la altura de la rotonda Lo Curro, en junio de 2007. (2) y (3) Imágenes de un violento accidente, ocurrido en julio de 2007, en Avenida Kennedy, donde un vehículo se partió en dos al chocar con un árbol.



Compañías de El Decimotercero / Álvaro Vialdo

Voluntarios de la Decimotercera y Decimocuarta compañías proceden a inmovilizar, con collares cervicales, a los pasajeros de un bus, durante un cuádruple choque de las antiguas micros de la locomoción colectiva ocurrido, en mayo de 2005, en Avenida Providencia con José Miguel Infante.



Los accidentes con materiales peligrosos, Haz-Mat, constituyen en la actualidad una de las más delicadas tareas de los voluntarios. Un ejemplo, de mayo de 2005, correspondió a una emergencia química en el Instituto Profesional de Providencia, donde se produjo el derrame de quinquillón de ácido sulfúrico.

Foto: J. A. V. / Contraste



Centros de Emergencia / Alex Valdez



Centros de Emergencia / Ciudad de México



Centros de Emergencia / Alex Valdez



Centros de Emergencia / Alex Valdez

Diversas y especializadas tareas deben cumplir los bomberos en la actualidad. (1) Un voluntario brinda primeros auxilios a inmigrantes afectados por un incendio en calle Lina. (2) Un profesor se lanza al vacío en pleno centro, en febrero de 2009, ante la mirada de un voluntario que no pudo evitar la drástica decisión. (3) Bomberos ayudan al control de una fuga de gas desde una matriz ubicada en el Parque Azaul, en diciembre de 2006. (4) Cuidadoso rescate de una funcionaria de un supermercado, cuyo pie quedó atrapado en un montacargas, en junio de 2005.



Centros de Emergencia / Alex Valdez



Centros de Emergencia / José Ignacio Horta



La complejidad de las emergencias se incrementa con la modernización. (1) Los bomberos rescatan los cuerpos sin vida de dos trabajadores que murieron asfixiados al intentar controlar una fuga de gas en Los Barnechea, en julio de 2008. (2) La caída de un torero de un andamio de altura puso en riesgo la seguridad de los funcionarios que lo operaban y de los transeúntes en la torre Centenario, en junio de 2004. (3) Voluntarios cuidan y brindan atención a un par de mascotas que resultaron con quemaduras en un incendio.

DÍAS Y NOCHES DE ALERTA

EL SONIDO DE LA PAILA

El servicio de alarmas fue un problema y una preocupación constante para las autoridades del Cuerpo de Bomberos de Santiago desde el mismo año 1863. En los primeros tiempos, los guardianes que veían un incendio debían concurrir a la Catedral para avisarle al sacristán que tocara las campanas en señal de emergencia. Del mismo modo, era tarea de la policía correr a despertar a sus propios domicilios a los bomberos, identificados con una estrella de metal en las puertas de sus casas. Una vez alertados, los voluntarios concurrían a sus cuarteles a retirar las piezas de material mayor para, recién ahí, dirigirse al lugar del siniestro.

La situación que generaba mayores confusiones en el buen servicio ocurría cuando las mismas campanas llamaban a los feligreses a algún oficio religioso, hecho muy frecuente en aquella época.

Eso llevó a que, un año después de su fundación, el Cuerpo buscara un camino alternativo. Fue entonces cuando Henry Meiggs, destacado ingeniero de ferrocarriles y director de la Bomba del Poniente, propuso la compra de una campana similar a la que usaban en esos momentos los bomberos de Nueva York, la cual se encargó a la firma norteamericana Loring & Co. La campana, de siete toneladas y media de peso, fue instalada a comien-

zos de 1865 y, desde entonces, se le conoce como la Paila.

La gran campana se colocó en el Cuartel General, en una torre de madera de 25 metros de altura, diseñada y construida por el arquitecto y también voluntario de la Tercera Fermin Vivaceta y ordenada a instalar por el comandante Francisco Basculiá Guerrero, de la misma compañía.

En forma paralela, el comandante Ramón Abasolo diseñaba la primera división de cuarteles de incendios, estableciendo siete zonas o cuarteles, demarcación que permanecerá sin modificaciones hasta 1897, cuando aumentan a diez, y que volverá a ser redefinida en 1915, época en que crece a doce áreas territoriales.

La Paila era accionada a mano por el primer cuartelero general de la institución, Nicanor Castro, quien se mantuvo en ese puesto por más de cincuenta años. La campana anunciaba las alarmas durante una hora de agotador accionar. Años después, redujo el tiempo de su tañido y empezó a indicar el cuartel de incendio, según el número de campanadas.

Para dar una idea de cuál era la extensión de la ciudad, se debe recordar que, al norte, limitaba con los tajamares del Mapocho y algunos barrios diseminados al otro lado del río. Por el sur, llegaba hasta el canal de San Miguel; por el oriente, comprendía hasta las Cajitas de Agua, actual Plaza Baquedano, y, por el

La gran campana, de siete toneladas y media de peso, se colocó en el Cuartel General, en una torre de madera de 25 metros de altura, diseñada y construida por el arquitecto y voluntario de la Tercera Compañía Fermin Vivaceta.



Nicanor Castro



Arriba, Natalia Arce de Toledo atiende la primera central telefónica del Cuerpo, que por largas décadas prestó servicios a la institución. Abajo, Nuria Canales opera la nueva central, que entró en funcionamiento en 1975 y que tenía capacidad para recibir veinte llamadas simultáneas, toda una revolución para la época.

poniente, delimitaba con la Alameda de Matucana.

Durante los primeros treinta años del Cuerpo, todas las compañías concurrían a las alarmas, situación que se acota en 1897, cuando el comandante José Miguel Besoain dispone que, en caso de incendio, permanezcan en los cuarteles algunas compañías de reserva. Luego, en 1911, el comandante Santiago García-Huidobro divide las unidades en tres divisiones: la de Primer Socorro, que concurre de inmediato a las alarmas; la de Segundo Socorro, que lo hace por orden exclusiva del comandante, y la de Reserva, que permanece en alerta en los cuarteles en caso de cualquier eventualidad. La institución cuenta en ese entonces con doce compañías, seis de las cuales se destinaron al Primer Socorro, cuatro al Segundo y dos a la Reserva.

Por cierto que era un ordenamiento flexible, ya que, de producirse un incendio de mayor complejidad, se despachaba todo el material. Al cerrar la década de los años 1920, la ciudad se extendía hasta la avenida Antonio Varas, por el oriente, y General Velásquez, por el poniente.

Pero de nada valía tanta organización si el atraso del servicio continuaba por la falta de aviso oportuno de los guardianes policiales, lo que no pocas veces significó llegar a las alarmas cuando el sitio amagado ya se había convertido en cenizas o en una hoguera todavía mayor. Se estudiaron diversas alternativas para solucionar el problema, incluyendo la instalación de seis mil cajas de alarmas, distribuidas en las calles de la capital y conectadas con el Cuartel General, proyecto que no se pudo concretar por falta de recursos financieros.

Pero el siguiente paso fue más viable y eficiente. En 1893 y de acuerdo a la disponibilidad tecnológica del momento, se instalaron líneas telefónicas entre el Cuartel General y las doce compañías existentes. Se solucionaba el problema de conectividad entre los cuarteles, pero no se resolvía el correspondiente aviso a los bomberos. Se requería de algo más complejo: una completa central telefónica. Lo será resuelto cuando el comandante Jorge Phillips implementa la primera Central de alarmas, el 9 de febrero de 1905.

En esa oportunidad, se firmó un contrato entre la institución y la Chile Telephone Co., representada por William Johnston, la cual instaló en el Cuartel General una

mesa telefónica con cuatro salidas, incluyendo cuatro líneas para las oficinas centrales, diez hacia los cuarteles, una línea hacia la secretaría y otra hacia la torre de alarmas.

Se debe recordar que, en 1891, cuando se produce el gigantesco incendio de la Unión Central, ya existen los primeros servicios telefónicos en la ciudad.

De este modo, cuando ocurría una alarma, la Paila marcaba el número de toques correspondientes al cuartel amagado, facilitando así la ubicación del incendio, mientras que, en cada una de estas zonas se replicaba el llamado a través de otras campanas instaladas para tal efecto. Cuando, en 1913, se implementa totalmente el sistema eléctrico de sirenas de incendio en los cuarteles de bomberos, con un sonido similar al aviso de bombardeo, estas repetirán el número de toques de acuerdo a los códigos instaurados por la Paila.

Así quedaba resuelta la comunicación entre la Central, las compañías y los vecinos, pero persistía el problema de interconexión con el material mayor que concurría a los incendios, el cual, una vez que salía a los llamados, quedaba completamente desconectado de la comandancia y del resto de las compañías. Esto dio paso a una breve y original tradición, ya que, apenas llegaba un carro al lugar del siniestro, uno de los voluntarios debía correr al teléfono más cercano del barrio para establecer contacto con la Central o su respectiva unidad.

Solo en 1951, siendo comandante Enrique Pinaud Cheyre, se establece el sistema de radiotelefonía que permite unir la Central con las máquinas. Poco a poco, los equipos instalados primero en los carros portaescalas y, luego, en la totalidad del material mayor, comienzan a resolver las necesidades de comunicación en línea. En los incendios y en las diversas formaciones comenzará a ubicarse entonces, detrás del comandante, un oficial de comandancia premitido de una mochila con radio y una larga antena. Imagen imborrable de aquellos años que identificará la ubicación del puesto de mando.

El poderoso avance de las tecnologías en las últimas décadas acelerará, por cierto, el desarrollo de los sistemas de comunicación, lo que se verá reafirmado con la creación de una moderna central telefónica en el Cuerpo. Desde el comienzo, el sistema de alarmas había funcionado en



Manuel Bedoya



Arturo Arriagada



Reinaldo Toledo

Funcionarios al pie del cañón

La historia de Nicanor Castro, el primer cuartelero del CBS, quien accionaba a mano la histórica Paila y que permaneció por más de medio siglo en el Cuartel General, dejó su sello en la institución, donde, al igual que él, numerosos funcionarios rentados han construido su vida al lado de carros, uniformes y sirenas.

Similar fue el caso de Manuel Bedoya Tapia, quien falleció el 30 de diciembre de 1997, luego de servir durante 58 años al Cuerpo. Como asesor de la Superintendencia y de la Secretaría General, Bedoya, un hombre leal, discreto y moderado, era el motor silencioso de la institución y, en tal calidad, el superintendente Arturo Grez Moura tuvo la iniciativa de conferirle el título de Miembro Honoris Causa, distinción que nunca se había entregado a colaborador o voluntario alguno.

Una situación parecida viven en la actualidad el mayordomo del Cuartel General, Arturo Arriagada Allendes, quien ha dedicado 55 de sus 81 años a la institución, y el conductor Reinaldo Toledo, que ha pasado 45 de sus 69 años al volante de los principales vehículos de la Comandancia. Arriagada confiesa que su secreto es "estar siempre al pie del cañón".



La moderna Central Inés Aguilera Ferruz garantiza un flujo ininterrumpido de comunicaciones al CBS, tal como ocurrió durante del último terremoto del 27 de febrero de 2010. En la foto, el turno de telefonistas compuesto por Ester Martínez (operadora 3), Patricia Cortés (11) y Yevanna Tapia (5).

Apenas arribaba un carro al lugar del incendio, uno de los voluntarios debía correr al teléfono más cercano del barrio para establecer contacto con la Central o su respectiva compañía.



Inés Aguilera Ferruz

la torre del Cuartel General, pero la alta combustibilidad del edificio y la mala recepción de las señales por la congestión del sector, recomendaban su traslado a una mejor ubicación. Durante el mando del comandante Luis de Cambiaire Duronea se define el lugar donde se instalaría la nueva Central y corresponderá al comandante Jorge Salas Torrejón, en noviembre de 1975, proceder a trasladar el sistema a sus nuevas dependencias en los altos del cuartel de la Sexta Compañía, sin interrumpir en ningún momento el servicio contra incendios.

En la actualidad, el sistema de alarmas y comunicaciones del Cuerpo de Bomberos de Santiago cubre no solo su territorio jurisdiccional, sino que está en permanente conexión con las centrales pertenecientes a la Junta Nacional de Cuerpos de Bomberos de Chile y, desde que se establecen los números de emergencia nacionales para ambulancias (131), bomberos (132) y carabineros (133), la interconectividad es total.

La puesta en servicio de un sistema de comunicaciones generó un nuevo paradigma: la creación de códigos para simplificar el lenguaje. Es así como se establece el sistema de claves que ordena el lenguaje. Las bombas pasan a ser B (por ejemplo, B13 es la bomba de la Decimotercera Compañía), los portaescales se identifican por la Q (por ejemplo, Q8 para el portaescales de la Octava), las mecánicas se reconocen por la letra M, mientras que los transportes adoptan la J. Más tarde, se agrega la letra R para los carros de rescate y la H para las máquinas de sustancias químicas y otras especialidades.

La Central lleva el nombre de Inés Aguilera, telefonista que prestara prolongados servicios a la institución. Actualmente, se turnan trece operadoras rentadas y un grupo de bomberos especialmente preparados para cumplir eficientemente la función.

Año a año se van implementando actualizaciones en los equipos. Así como en los años 70 se extiende el uso de equipos portátiles de bomberos, de distintas marcas y características, en la actualidad, la masiva incorporación de la telefonía celular, que cubre a millones de usuarios, ha contribuido también a las comunicaciones del servicio.

El sonido de la gran campana de Meiggs ya no se escucha en una ciudad

enorme, vertiginosa y congestionada como Santiago, aunque, atenta a las tradiciones de la institución, siempre vuelve a tañer para el Día Nacional del Bombero, el 30 de junio, para el aniversario del 20 de diciembre y cuando el Cuerpo despierta a uno de los suyos.

LOS BOMBEROS DEL FUTURO

En 1956, un grupo de niños, impulsados por ese encanto que ejercen las bombas en ellos, se acercó hasta el viejo cuartel de la Octava Compañía, en Avenida Santa María. En un principio, quizás no fueron bien recibidos, pero su entusiasmo y respeto influyó en el diario vivir de la unidad. En aquel entonces, ejercía como capitán Luis Bravo Menadier, profesor universitario y gran bombero, hombre bondadoso y comprensivo, que visionariamente captó el interés de estos pequeños, a los cuales trató de organizar y darles algún tipo de instrucción básica relacionada con el servicio, para lo cual contó con el apoyo de los voluntarios Guillermo Alfaro, Mario Echenique y Fernando Muñoz, quienes le ayudaron a constituir la Brigada Juvenil de la unidad.

La idea de formar desde temprano a los más jóvenes no era nueva en el Cuerpo, institución que siempre integró a los hijos o familiares de los voluntarios en sus actividades e, incluso, en diferentes momentos aceptó muchachos que ejercían las tareas de abanderados no solo en los desfiles o presentaciones oficiales, sino que también en los incendios, donde eran los encargados de señalar con sus banderas el lugar donde se ubicaba el oficial a cargo en el siniestro.

Sin embargo, las extremas circunstancias que se registraban en los incendios, obligaron a sucesivas discusiones sobre la pertinencia de la incorporación de menores de edad en el servicio, lo que fue acotando su participación hasta prescindir, por reglamento, completamente de ella.

Pero las normas siempre chocaban con las mejores intenciones de los propios bomberos, quienes, alrededor de 1900, continuaban con la tradición de inscribir a sus hijos hombres en los llamados libros de colores de sus respectivas compañías, que no eran otra cosa que un profundo deseo de perpetuar el cariño por la institución en su propia descendencia.



Así como existen las familias de artista, médicos o deportistas, también están las familias de bomberos, lo que se pudo observar en 1913, cuando Luis Claro Solar fue el encargado de encabezar las celebraciones del cincuentenario del Cuerpo de Bomberos de Santiago, institución que medio siglo antes había sido creada por la visión de José Luis Claro, su propio padre.

Por ello no es de extrañar que la iniciativa de conformar una Brigada Juvenil en la Octava fuera luego recogida por otras unidades, como la Décima o la Decimotercera, que, el 6 de noviembre de 1971, apenas unos meses después de haberse constituido como compañía, decide acoger a jóvenes entre catorce y diecisiete años, interesados en hacer sus primeras armas como bomberos.

Se estima que más de un 30 por ciento de los voluntarios del Cuerpo provienen precisamente de las brigadas de jóvenes que a lo largo del tiempo se han ido creando, además, en la Segunda, Tercera, Cuarta, Sexta, Séptima, Novena, Undécima, Duodécima, Decimotercera, Decimoquinta, Decimosexta, Decimoséptima, Decimonovena, Vigésima, Vigésimo Primera y Vigésimo Segunda compañías.

Incluso, en la galería de mártires del Cuerpo es posible encontrar el nombre de tres voluntarios que partieron en

estas organizaciones juveniles, como Eduardo Rivas Melo, bombero de la Decimotercera Compañía fallecido en el incendio de la Torre Santa María (1981), quien fue formado en la Brigada Juvenil de la Bomba Providencia; Cristian Vásquez Peragallo, integrante de la Novena, muerto en acto de servicio en 1983, quien participó en las Brigadas Juveniles de la Bomba Vitacura, de la Decimonovena Compañía y de la Pompe France; y Claudio Cattoni Arriagada, de la Undécima Compañía, que perdió la vida producto de las lesiones sufridas en un incendio el 20 de diciembre de 1990, quien provenía del grupo de formación de la propia Pompe Italia.

En la actualidad, las Brigadas Juveniles del Cuerpo de Bomberos de Santiago cuentan con 120 jóvenes de ambos sexos, entre doce y diecisiete años, quienes se forman bajo un modelo educativo dirigido por instructores que, en los últimos cinco años, han debido capacitarse en distintas áreas, como mundos juveniles, psicología del adolescente, resolución de conflictos y en el área técnica 19 temas de la NFPA 1001. Todas las actividades son supervisadas por el Departamento de Brigadas Juveniles, compuesto por un inspector, un inspector asesor y tres ayudantes, a cargo del cuarto comandante, según orden del día dictada por el propio comandante de la institución.

Se estima que un 30 por ciento de los integrantes del Cuerpo provienen de las brigadas juveniles. En la foto, los brigadieres de la Decimonovena Compañía en plena instrucción.

En la actualidad, las Brigadas Juveniles del CBS cuentan con 120 jóvenes, entre doce y diecisiete años, quienes se forman bajo un modelo educativo dirigido por instructores especialmente capacitados para el trabajo con adolescentes.



La Octava Compañía fue pionera en la incorporación de mujeres a la institución. Las voluntarias, como Lorena Verdugo, en la foto, cumplen un proceso de formación similar al de sus pares masculinos en cada una de las especialidades del servicio de bomberos.

Imagen: R. El Encanto / Alex Vialdo

LAS MUJERES ABREN LOS CUARTELES

Vilma Fernández Leal y Susan Heilmlich Mac-Doo plantearon una situación inédita en el Cuerpo de Bomberos de Santiago el día que, en 1997, hicieron llegar a la Octava Compañía su solicitud de ingreso como voluntarias de la unidad. Ante la inesperada petición, el capitán Emilio Villar envió una nota formal al directorio señalando que requería el parecer de las máximas autoridades de la institución para no ir en contra de los usos y costumbres del Cuerpo.

La discusión no quedó ahí y llegó hasta el directorio de la Junta Nacional de Bomberos, la institución que agrupa a los voluntarios de todo Chile, que, con fecha 9 de marzo de 1998, dio "su unánime y plena concordancia en la admisión de mujeres al servicio bomberil, de acuerdo a los procedimientos y normativas que establezca cada Cuerpo de Bomberos del país", según recogió la revista 132, *Bomberos de Chile*.

En el primer punto de su análisis, la Junta Nacional señalaba que "no existe inconveniente alguno para el ingreso de mujeres. La experiencia mundial al respecto revela que es una realidad concreta en la mayoría de los Departamentos de Bomberos, tanto voluntarios como rentados. Asimismo, desde el punto de vista jurídico, no existe impedimento para ello. Por el contrario, el ordenamiento legal de la República prohíbe la discriminación fundada en razones de género y tiende a proteger la igualdad de oportunidades para ambos sexos".

Luego se agregaba que "la totalidad de los implementos y equipos que utilizan las Unidades Bomberiles del país son estandarizados, de modo que es posible su uso tanto por hombres como por mujeres, sin distinción. Ello, por lo tanto, invalida toda consideración discriminatoria que se funde en el equipamiento bomberil y su uso". Esta última consideración apuntaba al argumento más comúnmente utilizado para descartar la presencia femenina en las tareas propias de los bomberos.

Desde la formación de los cuerpos de bomberos en el país, el trabajo original de extinción de incendios fue considerado una labor masculina, particularmente en las primeras décadas, cuando el ejercicio exigía arrastrar pesados carros a mano y

sumergirse en las acequias para lograr el preciado caudal de agua. Para la sociedad chilena del siglo XIX era inimaginable que las mujeres de los grupos dirigentes e intelectuales del país, de los cuales provenían, precisamente, buena parte de los impulsores de la idea de un cuerpo de bomberos voluntarios en la ciudad, se plegaran a una tarea de esa naturaleza. De este modo, los cuarteles se fueron convirtiendo en verdaderos clubes masculinos, en los que las mujeres solo tenían presencia social y complementaria, en especial por sus vínculos personales y familiares con los voluntarios.

Pues si bien la incorporación de mujeres al servicio activo de bomberos es muy tardía en relación a otras instituciones, cada una de las compañías tiene una larga historia de cooperación femenina en distintas actividades, como los círculos de damas, las pequeñas organizaciones de beneficencia, el apoyo a los voluntarios en las colectas o actividades de financiamiento, y muy particularmente, en la vida social propia de cada unidad, como fiestas navideñas, presentaciones oficiales, aniversarios o bautizo de nuevos carros.

Pero los cuarteles seguían cerrados a la insistente solicitud de mujeres que deseaban integrarse al Cuerpo. Ante las claras señales que van surgiendo, en 1976, el directorio de la institución se concentra en analizar el tema y organiza un comité de estudio en el que participan las esposas de destacados voluntarios. Las conclusiones de ese grupo de trabajo fueron que, en esos momentos, no estaban dadas las condiciones para incorporar mujeres al servicio.

Pero, ya en otro contexto social y con la presencia femenina extendida en casi todas las esferas de la vida nacional, Susan Heilmlich Mac-Doo y Vilma Fernández Leal logran romper el círculo y, el 20 de marzo de 1998, poco después del pronunciamiento de la Junta Nacional, juran como las dos primeras voluntarias del Cuerpo de Bomberos de Santiago, poco antes que, el mismo año y en la misma Octava Compañía, ingresaran otras cuatro mujeres, una de ellas de nacionalidad ecuatoriana.

"Yo básicamente entré a los bomberos motivada por mi familia. Nací en Concepción, mi papá era bombero y su motivación venía desde su bisabuelo, que toda su vida fue bombero", cuenta la

"No existe inconveniente alguno para el ingreso de mujeres. La experiencia mundial revela que es una realidad concreta en la mayoría de los Departamentos de Bomberos, tanto voluntarios como rentados", sentenció la Junta Nacional, en marzo de 1998.

"De chica, me lo pasaba en el cuartel. En las vacaciones, cuando nos decían que íbamos para allá, era como ir al campo o a la playa", recuerda Gloria Leyton, primera voluntaria de la Duodécima e hija de un antiguo integrante de la misma compañía.



Vilma Fernández Leal

emblemática voluntaria Vilma Fernández, quien agrega que lleva esta vocación en la sangre, ya que su abuelo paterno también fue bombero. "Como que toda la vida estuvimos acostumbrados a que uno iba al cuartel o que, a lo mejor, veníamos felices de un paseo, de pronto se escuchaba la sirena en Concepción y mi papá salía volando en el auto. Daba lo mismo si iba con guagua o niños chicos. Entonces, en el fondo, yo crecí corriendo detrás de los carros, esperando en el incendio que el papá se desocupara. Mi mamá insiste en que, mientras estábamos esperando en el incendio, para que no nos diera susto y no nos traumáramos, nos hacía miles de shows, pero parece que no resultó mucho porque al final terminamos siendo todos bomberos", comenta la voluntaria.

La familia de Vilma Fernández se trasladó a la Sexta Región y, luego, a Santiago, donde su padre se integró a la Octava. "En junio de 1997, mi papá empezó a escuchar que la compañía tenía ganas de que entraran mujeres y, obviamente, al tiro me avisó. Nos acogieron bastante bien y, en la medida que vamos postulando, haciendo los cursos, participando con ellos en los ejercicios de compañía, se fueron dando cuenta que el trabajo también lo podíamos hacer nosotras, porque, en el fondo, en todo esto hay mucha técnica. Por lo tanto, la fuerza se puede suplir con eso", explica la voluntaria.

Tras recibir el bautizo en los primeros incendios, las bomberas pasaron a ser parte del grupo de compañeros. "Creo que hay equidad en varios aspectos entre hombres y mujeres en el Cuerpo, pero pienso que también depende mucho de la disposición que uno tenga. Mentiría si, en algún momento, dijera que no me dieron apoyo: siempre estaban tratando de enseñarte, mostrándote cosas nuevas. De repente, incluso, creo que fueron mucho más condescendientes con nosotras que con los otros hombres que entraron con nosotras", cuenta Vilma Fernández.

Gloria Leyton será poco después, también en 1998, la primera mujer aceptada en la Duodécima Compañía, donde alcanza los puestos de oficial de la compañía, al igual que su compañera Carmen Lazo. Tenía 18 años cuando se presentó, junto a otras dos niñas, ante las autoridades de la unidad. "Les dijimos que queríamos ir a la par con los hombres. Al princi-

pío, nos miraron un poco raro, pero como la Octava Compañía había aceptado mujeres, decidieron probar", contó Gloria Leyton al diario *El Mercurio*.

Su debut lo tuvo el 12 de mayo de 1998, en un llamado relacionado con un escape de gas. Después sería ayudante y teniente, la primera teniente mujer en la historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago. "De chica, me lo pasaba en el cuartel. En las vacaciones, cuando nos decían que íbamos para allá, era como ir al campo o a la playa", recuerda Gloria Leyton, hija de un antiguo voluntario de la misma Duodécima Compañía.

Eso sí, en sus dos primeros meses de voluntaria, cundió la alarma en la unidad, ya que no se recibió ni un solo llamado de incendio. "Nos decían que éramos yeta", relata entre risas. Pero el 12 de julio sonaron los timbres y Gloria Leyton sintió la adrenalina a mil. "Era una casa antigua en la esquina de Agustinas con Cueto. Cuando llegamos, la casa ardía de manera impresionante, tanto que nos quedamos paradas mirando el humo y ese incendio gigantesco. Ese día no atinamos a nada, pero, al menos, quebramos la maldición", agrega la voluntaria con humor.

Después de la Octava y Duodécima, poco a poco las mujeres empezarán a vestir uniforme de parada y trabajo en otras unidades, como la Decimosexta, Decimoséptima, Decimoctava, Decimonovena, Vigésima, Vigésimo Primera y Vigésimo Segunda compañías.

La idea se había propagado por casi todo el país, con excepción de la Undécima Región, y pronto, en enero de 1999, las voluntarias se reúnen para intercambiar sus experiencias en la sede institucional de los Bomberos de Chile.

Un total de 68 bomberas de todo el país llegaron a este primer encuentro, donde el entonces presidente nacional Octavio Hinzpeter Blumsak, reconoció que "no ha sido ni será un cambio fácil el que así estamos enfrentando, porque es indudable que el machismo es una realidad. Pero no sería justo decir que se trata de un prejuicio de bomberos. Por el contrario, es una vivencia cultural presente en muchas formas en la sociedad chilena, de la que somos parte, como institución y como personas. En consecuencia, creemos que esto irá evolucionando junto con el desarrollo de la modernidad de nuestro país".

Tal como acreditaba la experiencia internacional en los distintos departamentos de bomberos del mundo, tanto reñados como voluntarios, la presencia femenina en los cuarteles del CBCh, ha potenciado la diversidad y calidad de los servicios que presta la institución.





Las voluntarias de las distintas compañías posan con sus uniformes de presentación y trabajo con el fondo del Museo Histórico Nacional, el mismo lugar donde se realizó el primer Ejercicio General del Cuerpo de Bomberos de Santiago en 1964.

© 2014 por el autor



CRONOLOGÍA, 1863-2013^(*)

1863

9 de diciembre. Incendio en el templo de la Compañía de Jesús. El siniestro dejó más de dos mil víctimas, principalmente mujeres y niños.

11 de diciembre. José Luis Clay publica un aviso en el diario *La Voz de Chile* y otro en *El Ferrocarril*, citando a los jóvenes que quieren formar una compañía de bomberos voluntarios.

20 de diciembre. Once días después de la tragedia, se funda el Cuerpo de Bomberos de Santiago (CBS), con tres compañías de agua: del Oriente, del Sur y del Poniente, y una de Guardia de Propiedad.

30 de diciembre. Se funda la Primera Compañía de Hachas, Ganchos y Escalas, actual Octava Compañía.

1864

18 de enero. Se funda la Segunda Compañía Francesa de Hachas, Ganchos y Escalas, actual Séptima Compañía.

19 de enero. Se crea la Compañía Francesa de Agua, actual Cuarta Compañía.

25 de diciembre. Primer Ejercicio General del CBS con la presencia del Presidente José Joaquín Pérez.

1865

25 de septiembre. Chile le declara la guerra a España, en apoyo a Perú. Durante esa misma jornada, el CBS se pone a disposición del gobierno y, al día siguiente, se decreta la creación del Cuerpo de Bomberos Armados.

10 de octubre. Violento incendio en calle de la Maestranza (hoy Portugal), en las afueras del centro de Santiago.

1866

31 de marzo. El Cuerpo de Bomberos Armados de Santiago, que había viajado dos días antes a Valparaíso para colaborar con los voluntarios del puerto, trabaja en la extinción de los incendios provocados por el ataque de la escuadra española.

5 de mayo. Más de 30 horas duró el gigantesco incendio que afectó la barraca Trail, en calle de la Ca-

tedral, entre la del Peumo (Amarutegui) y la de las Cenizas (San Martín).

1867

23 de junio. Incendio en calle de las Monjitas, cerca de Plaza de Armas. El fuego se declaró a las dos de la madrugada en un taller de fotografía, siendo controlado recién a las seis de la tarde.

9 de julio. Luego una hora de trabajo, las compañías logran extinguir un incendio declarado en casa del segundo comandante del CBS, Auguste Raymond, en calle Alameda.

1868

30 de junio. Enrique Mac Iver despide sentidamente en el libro de oficial de semana a la primera bomba a palanca de la Bomba del Sur, la cual partía a cumplir nuevas funciones en la Primera Compañía de Bomberos de Copiapó.

6 de julio. Incendio en calle del Puente, frente al Cuartel General, en los almacenes de Emilio y Benjamín Brúdas. Es considerado como uno de los grandes siniestros de ese año: la alarma se dio a las tres y media de la madrugada y se trabajó hasta la noche siguiente.

1869

31 de mayo. Gigantesco incendio en el portal de Sierra Bella que afecta todo el comercio que enfrentaba a la Plaza de Armas. Ante la falta de agua en las acéquias, los bomberos debieron excavar en distintos puntos para dar con la red de agua potable en construcción. Las pérdidas fueron cuantiosas, pero se logró controlar el fuego, impidiendo que pasara hasta la galería Bulnes, con lo que habría destruido toda la manzana.

1870

9 de diciembre. Fuego en el Teatro Municipal de Santiago. El siniestro comenzó pasadas las 23 horas, una vez acabadas las presentaciones, luego que unos telones del escenario cayeran sobre la matriz de gas. El voluntario Germán Tenderini fallece en el lugar.

12 de diciembre. Imponentes funerales de Germán Tenderini, primer mártir del CBS por primera vez la masonería lució sus insignias en público y las floristas del puente Calicanto inician la tradición de arrojar pétalos de flores a la pasada del cortejo fúnebre.

1871

12 de diciembre. El capitán de la Segunda, Guillermo Matta, propone como voluntario de la compañía a Valentín Letelier Madariaga, de 19 años, quien llega a ser teniente tercero de la unidad, en la que permanecerá hasta mayo de 1875, fecha en la que, por motivos de trabajo, se radica en Copiapó. Pero este destacado educador, abogado, intelectual y político nunca olvidó la institución y, 1881, cuando ejercía como secretario de la embajada chilena en Alemania, realizó un detallado estudio del material contra el fuego utilizado en Europa, el cual remitió a Chile para la modernización del CBS.

1872

20 de abril. Gran incendio en casa de propiedad de Diego Barros Arana, en calle Catedral, a media cuadra de la Plaza de Armas.

27 de junio. Se conoce una nota de Gerónimo de Urmeneta y Carlos Rogers pidiendo que se acepten los servicios de una nueva compañía, que se está organizando bajo su dirección. Indican que tienen buena parte de los fondos necesarios para comprar una pequeña bomba a vapor y que cuentan con los recursos para subsistir "sin gravar en nada al Cuervo". El CBS acepta el ofrecimiento e indica que los reconocen "una vez que presenten su material, tengan asegurados los medios de subsistencia necesarios i el suficiente número de voluntarios".

1873

6 de diciembre. Tras recibir el informe que indica que "el material es bueno i el Cuervo bien dispuesto", se vota y acepta por unanimidad la incorporación al Cuerpo de Bomberos de Santiago de la Quinta Compañía, propuesta en junio del año anterior por Gerónimo de Urmeneta y Carlos Rogers.



1874
30 de mayo El CBS aprueba la solicitud de hacerse cargo de la guardia permanente del Teatro Municipal, luego de constatar que los medios con que cuenta el recinto en caso de incendio son "del todo insuficientes".
14 de noviembre "El hombre debe ser lo menos posible bestia y lo más posible hombre", dice a propósito de los auxiliares Justo Arteaga Alemparte, director de la Segunda Gran enemigo de las bombas a palanca y el trabajo que ellas significaban, Arteaga relata que, en el último Ejercicio General, vio "no sin pesar, cómo hombres llenos de vida y robustos, caían exhaustos después de media hora de trabajo".

1875
6 de noviembre El CBS recibe una inusual petición: "La Casa de Brace Laidlaw & Cia, agentes de Merry Weather, fabricantes de Bombas contra incendios, solicitan se permita publicar en el catálogo de esta fábrica, una recomendación i los datos que el Director crea convenientes acerca de los servicios i utilidad que han prestado al Cuerpo de Bomberos de Santiago las bombas i material que ha adquirido de esa fábrica".

1876
25 de febrero Ante una proposición hecha por una compañía de bomberos de Antofagasta, el CBS decide vender, "a cinco pesos cada uno", cincuenta cascos que ya no sirven a las unidades capitalinas, las que también deben hacer un inventario y enviar a un almacén todo su material en desuso.

1877
4 de agosto Se facultó al comandante "para tener en el Cuartel Jeneral un depósito de carbón de piedra con el fin de atender el consumo de las diversas Compañías con más economía para el Cuerpo, pudiendo comprar, por ahora, hasta veinte toneladas" para las máquinas a vapor.
30 de septiembre Debido a su quebrantado estado de salud y producto de una afección cardíaca, falleció en Lima, Perú, el primer director de la Bomba Poniente, el visionario empresario estadounidense Henry Méiggs.

1878
20 de octubre En su hacienda de Limache y a días de haber cumplido 70 años, deja de existir el aboga-

do, político y acaudalado industrial José Tomás de Urmeneta y García, quien fue el primer superintendente del CBS. En su larga trayectoria pública, también ejerció, en tres periodos, como diputado por Ovalle y Elqui, consejero de Estado y senador. Además, en 1870, fue candidato a la presidencia del país, con el apoyo de radicales, liberales y nacionales, elección que perdió ante Federico Errázuriz Zañartu.

1879
6 de abril Un día después de la declaración de guerra a la Alianza de Perú y Bolivia, el gobierno del Presidente Aníbal Pinto resolvió aceptar la solicitud de los voluntarios de Santiago y crea el Cuerpo de Bomberos Armados.
3 de mayo La Tercera Compañía estipuló que "todo Voluntario que desee ingresar como Bombero queda obligado a servir como Voluntario armado".

1880
27 de enero Debido a una explosión de la pólvora con que se llenaban las municiones, se produjo un peligroso incendio en el Cuartel de Artillería, el cual puso en serio riesgo la seguridad de Santiago, en pleno desarrollo de la Guerra del Pacífico.

4 de octubre El CBS acuerda considerar como presentes en los actos de servicio ocurridos en Santiago a los bomberos que estuvieran ausentes por causa de la guerra, medida que fue derogada en diciembre de 1882.

1881
24 de agosto A la edad de 65 años, fallece el voluntario y fundador de la Quinta Compañía Gerónimo de Urmeneta y García, ex ministro de Hacienda, Interior y Relaciones Exteriores, quien también fue diputado, presidente de la Cámara y senador por Coquimbo.

1882
28 de noviembre Por tratarse de "un aparato que no está bien ensayado todavía", el CBS decide pasar a comisión la idea de adquirir "un destilador de lona en forma de plano inclinado para bajar muebles pesados", que luego se haría muy popular en los rescates de bienes y personas.

28 de diciembre A indicación del vicesuperintendente Samuel Izquierdo, se autoriza a la Primera Compañía "para aceptar una función dramática que el Sr. Mackay le ha concedido en el Teatro Municipal

para aumentar los fondos destinados a la compra de una Bomba".

1883
23 de diciembre Benjamín Vicuña Mackenna publica el folletín *La cuna del Cuerpo de Bomberos y su Tercera Compañía*, con el que rindió tributo a los fundadores de la institución. Este abogado, escritor, político, historiador e incansable hombre público fue voluntario y director de la Bomba el Poniente, actual Tercera Compañía.
29 de diciembre Tras un informe presentado por una comisión encargada de estudiar los planos y demás datos presentados por el fabricante, "la cual quedó plenamente satisfecha", se acuerda anticipar los debidos recursos para fabricar un bombín pequeño en Chile.

1884
23 de diciembre El CBS conoce una nota de Joaquín Rigotti, agente de la estudiantina española Fíguro, en la que "cede a beneficio del Cuerpo el producto líquido que de la función que van a dar en la Quinta Normal el 1° de Enero (de 1885)". El secretario general Julio Bañados Espinosa hace una indicación para

que la institución "suscita de uniforme a la función para darle la mayor solemnidad posible".

1885
14 de diciembre El comandante Carlos Rogers recibe un informe del mecánico encargado de revisar las bombas a vapor del Cuerpo, Cirió Didier, quien constata un avance en la mantención de las mismas. "Me es satisfactorio decir a Ud. que las Bombas en general las encuentro en mejor estado de conservación que el que tenían hace seis años parados", indica el experimentado mecánico, quien da detalles de las reparaciones que necesitan cada una de las máquinas.

1886
25 de enero A los 54 años de edad, fallece el intelectual y bombero Benjamín Vicuña Mackenna. Sus funerales fueron apoteósicos.
31 de diciembre "La misión del Cuerpo llega más allá de apagar incendios. La institución tiene también el noble carácter de ayudar a la sociedad cada vez que un peligro público amenace su existencia", dice en un recordado discurso público en el Cuartel General Enrique Mac Iver, director de la Segunda Compañía, a propósito de la aparición de cólera morbo en el país.



Detalle de la bomba a vapor Waterous, incorporada al servicio de la Tercera Compañía en 1902 y renombrada cariñosamente como Clara.

Roberto Carrizo

1887

1 de enero Los voluntarios de Santiago resuelven por aclamación marchar hasta el palacio de La Moneda para ofrecer al Presidente José Manuel Balmaceda sus servicios para enfrentar el terrible flagelo sanitario del cólera.

17 de marzo Luis Johnson Ulloa, Rafael Ramírez Salas y Víctor Cato Velasco, voluntarios de la Tercera Compañía, se accidentan en la remoción de escombros de un incendio declarado en calle Fontecilla con El Galin de la Burra. Johnson y Ramírez fallecieron dos días después, mientras que Cato quedó con severas lesiones, que lo llevaron a la muerte en septiembre de 1895.

1888

27 de julio. Uno de los incendios más grandes de la época estalla a las once de la noche en la calle Estado, frente al templo de San Agustín. Las llamas se propagaron a todas las construcciones vecinas, abarcando desde Agustinas hasta Moneda.

1 de agosto. El director de la Quinta Compañía, Benjamín Diviña Larrán, propone que "en vista de los infundados rumores que corren en el público" respecto a la veracidad de los últimos incendios, el comandante de la Institución aclare que no es por falta de agua o negligencia de los bomberos. El voluntario "manifiesta la urgente conveniencia que se haga algo en la ciudad para la construcción obligatoria de murellas corta fuego en los nuevos edificios que se levantan".

1889

6 de febrero Luego de largos meses de discusión, el CBS adquiere un segundo carro mortuorio, para lo cual se establece un reglamento, cuyo artículo séptimo prohíbe "usar en los sucesos los gallos u otros carro cualquiera del material para la conducción de los cadáveres de los Bomberos".

9 de julio Arturo Claro, director de la Sexta, plantea "la conveniencia de indicar por medio de algún signo en las calles, la ubicación de las válvulas de la cañería de agua potable con objeto de poder usarlas en la prontitud necesaria en caso de siniestros".

1890

21 de febrero. Tras una severa parálisis que lo había afectado ocho años antes, deja de existir en San Bernardo el arquitecto, profesor, voluntario de la Tercera Compañía y fundador del CBS Fermín Vinatea Rugeo, un humilde aprendiz de ebanistería que llegó a participar en el diseño y construcción de importantes edificios del país, como la torre de la Iglesia de San Francisco, el Mercado Central de Santiago, el Ironis y las torres del templo de San Agustín y la emblemática torre de maderen del Cuartel General, conocida como la Paila.

1891

4 de junio Arde el edificio de la Unión Central: varias manzanas entre las calles Ahumada y Estado fueron devastadas por un incontrolable incendio que había comenzado en la madrugada. El incendio y descontrol del fuego se debió a la prohibición gubernamental de tocar la Paila, la campana de alarma de los bomberos.

29 de agosto Los voluntarios de Santiago reciben fusiles y asumen, por cuarta vez en su historia, como

guardias de orden para controlar los saqueos que se estaban produciendo en la ciudad, luego de la caída del gobierno de José Manuel Balmaceda.

1892

4 de junio Vecinos del barrio Yungay, encabezados por Aniceto Izaga, se organizan para formar la Novena Compañía.

15 de junio. Se aprueba el reglamento de la Décima Compañía, tras una solicitud de la colonia española residente en la capital. La Cuarta le sede su bomba a vapor Pompe France N° 2, lo que le permite entrar en servicio.

1893

1 de enero. La Quinta Compañía entrega su primera máquina a vapor, bautizada como Arturo Prat, con casi 30 años de uso pero en excelentes condiciones mecánicas, a la Novena, la cual requería dicho material para entrar en servicio. La Primera, por su parte, le cedió la bomba a palanca Vaporocho.

7 de junio. Por iniciativa de jóvenes del barrio Brasil, se funda la Duodécima Compañía, que llevó el nombre Chile Excelso y cuya preocupación era dotar de una unidad de escala al sector poniente de la capital.

1894

25 de enero. Un incendio de grandes proporciones afectó a varias barracas del sector San Diego con Camino de Cintura.

4 de abril. Se informa que Aniceto Izaga, director de la Novena, donó a la Municipalidad de Santiago un sitio ubicado en Compañía con Maturana con el objeto que sea destinado a cuartel de dicha compañía o a otra del CBS. "En caso que desaparezca la institución del Cuerpo de Bomberos, la voluntad del señor Izaga es que ese sitio pase a la Sociedad de Instrucción Primaria", se precisa.

12 de septiembre. El Cuerpo de Bomberos de Ovalle "comunica su reciente instalación y solicita al Cuerpo de Bomberos de Santiago mangueras, hachas y otros elementos para el trabajo". El CBS los felicita y queda en analizar la petición.

1895

18 de mayo. Las doce compañías existentes en Santiago deben concurrir al incendio del Congreso Nacional, que solo en cuestión de una hora fue consumido por las llamas, debido a la falta de cortafuegos en su construcción. Se quemaron valiosos archivos del propio poder legislativo y de la Dirección de Obras Públicas.

29 de octubre. El CBS acuerda autorizar a las compañías para reincorporar a los voluntarios que, "por motivos meramente políticos relacionados con los sucesos de 1891", hubiesen sido separados o expulsados de la institución.

1896

5 de febrero. Carlos Robinet, director de la Sexta Compañía, hace notar "la urgente necesidad que hay en que las Casas tengan escenas altas; en el Cuerpo no existe ninguno y la necesidad de poseerla valdrá a la vista dada la altura que día por día se está dando a los edificios".

4 de marzo. El superintendente Emiliano Llona

destaca un recorte de diario en que se mencionan los inconvenientes que tienen las construcciones de hierro "cuando no se toman las medidas necesarias para evitar su dilatación en caso de incendio".

1897

15 de agosto. Más de ocho horas debió trabajar el Cuerpo de Bomberos de Santiago para extinguir el gran incendio que afectó el templo de San Dominico. El fuego comenzó en la portería del colado de Santo Tomás, extendiéndose rápidamente a las dependencias al oriente y al poniente del convento. Uno de los trabajos más complejos fue contener el fuego en el techo de la iglesia.

1898

20 de abril. Se presenta el proyecto de estatutos del CBS, en cuyo artículo tercero se establece que "los servicios de los Bomberos son enteramente gratuitos", mientras que en cuarto se indica que el Cuerpo "se compone de un Directorio y de las Compañías que se estimen necesarias para el servicio".

19 de diciembre. A propósito de sus 35 años de servicio, el superintendente Ismael Valdés Vergara destaca que José Besa "fue durante los quince primeros años el alma del Cuerpo, ¡es a él a quien se debe en gran parte la organización i futura estabilidad de la Institución, que como es sabido, tropezó en los primeros tiempos con serias dificultades para su marcha".

1899

4 de enero. Se conoce una circular del Cuerpo de Bomberos de Los Andes en la cual se propone la idea de organizar un Congreso de Bomberos que sirva de unión entre estas instituciones "y las prepare para su prosperidad i desarrollo".

29 de enero. A las ocho de la noche, se dio la alarma por un gigantesco incendio "en la fábrica de cerveza del señor Elmer", en la Avenida de la Independencia. Ese mismo día, el Cuerpo había combatido un gran incendio en una fábrica de velas en calle Maipo y Chacabuco, y asistido a los funerales del fundador Guillermo Matia.

1900

1 de agosto. Al rechazar la idea del regreso del servicio de auxiliares al Cuerpo, el vicesuperintendente Samuel Izquierdo señala que "es cruel valerse de estos hombres como instrumento de trabajo material lo cual rechaza el sentimiento de democracia para que debe reinar en la Institución".

5 de septiembre. Se da a conocer el decreto N° 3522 del Ministerio del Interior, por el cual se nombra al doctor Emilio Rettig, de la Cuarta Compañía, para que "asista en representación del Gobierno de Chile a la Exposición de adelantos contra incendios que se celebrará en Berlín a principios de 1901".

1901

17 de abril. El diario El Mercurio informa que el Cuerpo de Bomberos de Santiago "ha encargado al escultor don Virjino Arias un bajorrelieve para obsequiarlo a la institución conprente de Valparaíso".

21 de junio. A los 75 años, fallece el fundador del CBS y primer capitán de la Tercera Compañía, José Luis Claro y Cruz, destacado personaje de la vida pública chilena en la segunda parte del siglo XIX, en la

que participó en la Revolución de 1851 contra el go-
bierno de Manuel Montt y en la Guerra Civil de 1891,
en la que fue defendido como amigo y partidario del
Presidente José Manuel Balmaceda.

1902

9 de enero. El directorio del CBS conoce una carta
de "don J. Huerta A. a la que acompaña un plano i
explicaciones para la adopción de una aparato ais-
lador de la corriente eléctrica colocable en los pito-
nes de las mangueras". Se acordó pedir un informe
sobre el particular.

5 de marzo. Se presenta un proyecto para reformar
y mejorar el sistema de avisos de incendio al Cuartel
General, poniéndolo en comunicación directa con las
dies comisarías de policía y con todos los cuarteles de
bomberos existentes en la ciudad.

1903

1 de abril. A sugerencia del tesorero general del
Cuerpo, Jorge Yunge, se acuerda adquirir "una mán-
sara completa para impedir la sofocación del humo
en los incendios i que permita entrar sin incomve-
nientes a los lugares amagados".

13 de julio. Fallece el segundo comandante del
Cuerpo Carlos Reichardt, un voluntario nacido en
Alemania que había ingresado dos décadas antes a
la Sexta Compañía, donde se apoya su heroica acción
en un incendio ocurrido en Moneda con Alameda,
donde contribuyó a salvar vidas.

1904

26 de junio. Se inaugura el nuevo mausoleo del CBS
en el Cementerio General, obra del arquitecto Alberto
Cruz Muret, quien donó los planos y la supervisión
del trabajo.

17 de noviembre. Fallece José Besa, director hono-
rario y fundador del CBS. "Su modestia fue su mejor
título de gloria que nadie puede disputarle", dijo el
superintendente Ismael Valdés Vergara, al momento
de compartir la triste noticia.

1905

9 de abril. Bautizo y puesta en servicio de la nueva
bomba Mousset de la Undécima Compañía.

6 de mayo. La Novena Compañía hace entrega a
y pone en servicio su nueva bomba Merryweather ca-
nadense, similar a la que tenía la Primera.

22 de octubre. Los bomberos de Santiago salen a
las calles para resguardar el orden a raíz de las huel-
gas que afectan la ciudad. En la ambulancia de la Sex-
ta Compañía se atendió a más de cien heridos.

1906

16 de agosto. A las 19:59 horas, un violento terre-
moto golpea la zona central del país. Como conse-
cuencia del sismo, se declaran tres grandes incendios
simultáneos en la capital: el hotel Santiago, de calle
Huárteles, entre Estado y Ahumada; una zapatería
en calle Puente 821, y una tercera alarma en calle
Buenos Aires.

19 de agosto. Delegaciones de las doce compañías
de Santiago, en una columna de 103 hombres, se di-
rigen por tres días a Valparaíso a colaborar en la ex-
tinción de los incendios producidos en el puerto por
el terremoto.

1907

30 de mayo. Fallece el fundador del Cuerpo y vo-
luntario honorario de la Sexta Compañía Arturo Vi-
llarroel, quien acompañó a Tenderín en el incendio
del Teatro Municipal y que, más tarde, será conocido
como General Dinamita por su actuación en la Gue-
rra del Pacífico.

17 de noviembre. El Presidente de la República y
voluntario de la Sexta Compañía Pedro Montt dona
al Cuerpo un objeto de arte que sería el premio a las
compañías que ganaran una competencia interna.
Ese día se corrió por vez primera un Ejercicio de Com-
petencia en el Parque Guatipa. Vencieron la Cuarta,
en agua, y la Sexta, en escalas.

1908

5 de febrero. El CBS aprueba dotar a la campana de
alarma con un servicio eléctrico, ya que, hasta la fe-
cha, su toque se efectuaba en forma manual.

6 de marzo. Se reglamenta nuevamente el uso de
guías o abanderados de las compañías. La edad míni-
ma de éstos será de doce años, pero no podrán asistir
a incendios.

30 de diciembre. El Cuerpo conoce la solicitud de
un grupo de vecinos para fundar la Decimotercera
Compañía, con especialidad de escalas.

1909

1 de febrero. A las 13:15 horas, se da la alarma de
incendio en calle Nataniel, donde funcionaba la le-
gación alemana. Las dificultades de la construcción
obligaron a trabajar por más de seis horas.

9 de abril. A solicitud de la Quinta Compañía, se deja
indiferentemente fuera de servicio a la Rina, la pri-
mera bomba automóvil llegada al país.

7 de diciembre. Se fija en un máximo de diez el nú-
mero de auxiliares por compañía, con excepción de la
Sexta, que podrá tener más.

1910

4 de febrero. Peligroso incendio en los depósitos
de la Compañía de Gas. Durante la extinción, se pro-
dujo un incidente entre el comandante Luis Phillips
y un inspector de la policía, que había ordenado la
detención de un auxiliar. Debó hacerse presente
el intendente de Santiago, quien otorgó las máxi-
mas garantías a los bomberos. Dos días después, se
firmó un protocolo de relaciones entre el CBS y la
policía.

21 de septiembre. Los bomberos desfilan con an-
torchas en el Club Hípico durante la celebración del
centenario de la República de Chile.

1911

4 de enero. En una acalorada discusión sobre las
acciones que debe tomar el Cuerpo ante la escasa
preocupación de las autoridades por las normas
de construcción, el director honorario Jorge Yunge
advierete que la institución "jamás debe pensar en
amenazas con su disolución porque sería una me-
dida fatal".

22 de agosto. Se informa el fallecimiento del se-
cretario general Germán Munita, "que aún habiendo
nacido sin los favores de la fortuna, prestó su pre-
stijioso concurso a varias sociedades de beneficencia
y al Cuerpo de Bomberos", según apuntó el director
honorario Ismael Valdés Vergara.

1912

12 de febrero. Tras el fracaso de la primera autobom-
ba Merryweather, llega a la Quinta Compañía la bomba
francesa Meuxset, la que entró en servicio algunos
meses después. Esta incorporación tecnológica fue un
acierto, en 1915 se le instaló el pollo con tiras de 70 mil-
ímetros y estuvo en funcionamiento hasta 1923.

1913

19 de diciembre. Con motivo del cincuentenario
del Cuerpo de Bomberos de Santiago, las doce com-
pañías existentes desfilan de noche frente a las
máximas autoridades del país, encabezados por el
Presidente Ramón Barros Luco.

20 de diciembre. Por iniciativa del alcalde y vo-
luntario Ismael Valdés Vergara, se inaugura el mo-
numento en homenaje a los fundadores y mártires
del Cuerpo en la plazoleta ubicado en el costado sur
poniente del Museo de Bellas Artes, obra del artis-
ta español vecindado en Chile Antonio Colli y Pl. El
lugar se transformó en punto obligado de los ejérci-
cos del CBS.

1914

14 de noviembre. Durante un violento ataque a
bayoneta, muere en la localidad francesa de Aisne el
voluntario de la Cuarta Compañía Henri Duhart, uno
de los 21 integrantes de la Pompe France que viajaron
a pelear en la Primera Guerra Mundial.

1915

11 de enero. Cae en combate el voluntario de la
Pompe France Jean-Baptiste Bertolo, quien había par-
tido al frente junto a su padre, Simon Bertolo, también
bombero e integrante de la Cuarta Compañía.

1916

17 de mayo. Defendiendo las posiciones de Verdún,
muere en la Primera Guerra Mundial el voluntario de
la Pompe France Jules Goyeneche. Los que compa-
ñieron con él, señalan que era un hombre generoso,
de una estatura mental de privilegio.

24 de noviembre. A la edad de 63 años, fallece
el abogado, político y ex alcalde de Santiago Ismael
Valdés Vergara, quien junto a sus hermanos Francis-
co y Alberto fue uno de los fundadores de la Quinta
Compañía del CBS, institución en la que, además, fue
secretario general, vicesuperintendente y superin-
tendente por once años.

1917

11 de septiembre. El retrato de René Gerard se
instala en el salón principal de la Cuarta Compañía,
donde, hasta el día de hoy, en cada acto oficial de la
compañía, se le pesa lista, agregando las palabras
"muerto en el campo de honor", al igual que sus
otros cinco compañeros caídos en la Primera Guerra
Mundial: Henri Duhart, Jean-Baptiste Bertolo, Louis
Cheyre, Georges Pitri y Jules Goyeneche.

1918

14 de enero. Todavía conmovidos por el accidente
del voluntario Alberto Reyes, muerto en una co-
lisión de dos máquinas del Cuerpo, el comandante
Luis Phillips informa que se está reglamentando la

velocidad que deben llevar las bombas al dirigirse a
los incendios.

9 de julio. Se autoriza la adquisición de 24 bocinas,
"ofrecidas al precio de \$ 30 cada una, en la inteligencia
de que la Alcaldía decretará la prohibición, bajo multa,
de usar dichas bocinas á otros vehículos que no sean
del Cuerpo de Bomberos ó de la Asistencia Pública".

1919

6 de agosto. El CBS indica que tiene el deseo de uni-
formar el material mayor de la institución, para cuyo
efecto estima conveniente la adquisición de ocho
bombas iguales. "Las ventajas serían manifiestas
tanto para su manejo como en la economía para pro-
veer los repuestos y abastecimiento que se producirá
en las reparaciones, las cuales podrían hacerse en un
taller propio", se indica.

1920

7 de enero. Uno de los incendios más grandes del
siglo XIX en Santiago se registra en el Colegio de los
Padres Franceses, en la Alameda. Un grupo de volun-
tarios que había ingresado al comienzo del siniestro
fue atrapado por el fuego y, para salvarse, debieron
arrojarse desde el segundo piso a la calle. Florencio
Bahamondes, de la Tercera, y Alejandro Acosta, de la
Séptima, fallecen en acto de servicio.

1921

2 de marzo. El CBS recibe una nota del general re-
tado Manuel Moore, presidente de la Liga Nacional

contra el Alcoholismo, en la que solicita la coopera-
ción del Cuerpo "para distraer al pueblo con ejercicios,
á fin de alejarlo de las cantinas". Se acordó contestar
que los bomberos deben limitarse a su servicio "y que
cuando hay ejercicios se avisa por los diarios y á ellos
puede acudir el pueblo".

1922

12 de agosto. Fallece el abogado, hombre de Estado
y bombero Enrique Mac Iver, integrante de la Segun-
da Compañía. "Fue soldado activo de los más cons-
tantes, de los más emprendedores y muy enérgico",
dijo el superintendente Luis Claro Solar.

27 de septiembre. Un incendio afecta la Municipa-
lidad de Santiago por el sector de 21 de Mayo. La or-
cama del Cuartel General y la acción de los bomberos
permitió una rápida extinción del fuego.

1923

12 de abril. A propósito del nuevo material mayor
del Cuerpo, el superintendente Luis Claro Solar seña-
la que el personal debe acostumbrarse a conservar y
cuidar más las bombas. Por otra parte, estima que "el
sistema de material moderno exige otro sistema de
primer socorro, pues ha visto concurrir á un amago
de incendio los tres carros de escalas cuando bastaría
que concurrencia uno solo y dos ó tres bombas".

1924

17 de diciembre. El director de la Séptima Com-
pañía, Alfredo Urrutia, hace ver el peligro que cons-

tituyen algunas edificaciones, como el Colegio de la
Monjas Francesas, que se incendió ese año, y hace
una indicación "para que se envíe una nota á la Inten-
dencia Municipal á fin de que se active el despacho
de un proyecto de reglamento de edificación que está
pendiente desde el año 1915, y expresar, á la vez, que
el Cuerpo de Bomberos se encuentra en la imposibi-
lidad de garantizar la vida de las personas que habitan
en esta clase de construcciones".

1925

1 de abril. Las asociaciones de autobuses de las lí-
neas Matadero y San Pablo hacen llegar una nota al
Cuerpo en la que ofrecen pase libre a los bomberos
cuando se dirigen a un incendio.

28 de mayo. A los 69 años, fallece Anselmo He-
via Riquelme, destacada personalidad de la política
y del CBS. Siendo comandante, debió enfrentar las
tensiones con las fuerzas militares del gobierno en
la crisis de 1891.

1 de julio. La Sociedad de Autobús Pila del Ganso
también ofrece pase gratuito a los voluntarios que
van a un incendio, pero en vista que los conductores
ganan según los boletos cortados "y no hacen caso
cuando un bombero los hace detener", se optó por
que los voluntarios siguieran pagando su paseje.

1926

25 de junio. A propósito del otorgamiento del título
de Director Honorario al superintendente Luis Claro
Solar, el vicesuperintendente José Alberto Bravo se-
ñala que el Cuerpo presenta dos fases de actividad:



Fotografía aérea del Ejercicio General del Cuerpo en 1930 tomada en uno de
los primeros vuelos de este tipo de la Fuerza Aérea de Chile.

la primera, su misión salvadora, y, la segunda, "una Institución Cordial, que sirve de cerebro directivo para concertar la armonía, mejorar los medios de defensa, mantener la unidad y altura de miras de la esforzada falange".

1927

5 de enero. El comandante Alfredo Santa María hace ver el mal estado de los grifos y la carencia de ellos en algunos barrios, lo cual hace difícil la extinción de los incendios. Indica que "desde el año 1902, fecha en que se instaló la actual red de grifos, no se ha hecho ninguna instalación nueva y dados los progresos de la ciudad exige que se instalen grifos especiales para incendios, para cuyo efecto la autoridad debería estudiar el punto".

1928

1 de febrero. Se informa que la Junta administrativa de la Empresa de Agua Potable "acordó liberar de pago el consumo de agua de los cuarteles del Cuerpo".

7 de marzo. El Comandante Alfredo Santa María transmite que, "con motivo de los cambios de la instalación telefónica, se avisó con el nuevo Gerente de la Empresa y que, confiriéndolo con él, han llegado a proyectos de suma importancia para nuestra institución, como ser, la instalación de mesas telefónicas en cada compañía".

1929

4 de septiembre. Se dejó sin efecto el acuerdo del 3 de abril del mismo año que establecía el rojo como color institucional. "Las compañías podrán pintar su material del color que lo deseen", se indicó.

4 de diciembre. El superintendente Jorge Phillips informa que visitó al arzobispo de Santiago, Crescente Errázuriz, para hacerle entrega de una nota de simpatía por sus 90 años, oportunidad en que el sacerdote hizo recuerdos de los bomberos, "institución que le era muy querida, pues había nacido el mismo día que cambió su primera misa".

1930

11 de enero. "Don Jorge ha caído de pié, ha muerto como el soldado pompeyano y nos debemos sentir orgullosos de haber tenido en el Cuerpo una figura tan altamente eficaz y noble", afirma ante la oficialidad el vicesuperintendente José Alberto Bravo Viscaya al comunicar el deceso del superintendente Jorge Phillips Huneues.

1931

16 de mayo. En un accidente de tránsito, ocurrido en Benavente con Gorbúa, mueren el ex Presidente de la República Emiliano Figueroa Larraín y el doctor Manuel Torres Boreen, quien fue secretario general del CBS durante doce años consecutivos.

24 de julio. Alarma declarada en el hospital San Juan de Dios, en San Francisco 54. Ese día, la ciudad estaba convulsionada por la revolución contra el Presidente Carlos Ibáñez del Campo.

26 de julio. A raíz de la caída del Presidente Carlos Ibáñez del Campo, el Cuerpo de Bomberos de Santiago es requerido para constituirse, por sexta vez en su historia, como Guardia del Orden, misión que cumplirá durante cinco días.

1932

11 de julio. Producto del recalentamiento y explosión de una estufa que quedó encendida en el lugar, se produce un nuevo incendio en La Moneda, el cual afectó el sector que ocupaba el Ministerio de Tierras y Colonización. Los informes internos de los bomberos de la época, señalan que no menos de cinco o seis amagos similares se habían producido en los últimos años en diferentes dependencias de la casa de gobierno.

1933

7 de junio. El CBS expresa su complacencia por la formación del Cuerpo de Bomberos de Nufloa, que había sido fundado el 27 de mayo, pues esta institución "oferta de un servicio elemental de seguridad" a la vasta comuna de Nufloa.

2 de agosto. A propósito de la disminución del número de aspirantes a bomberos, el comandante Alfredo Santa María sostuvo que "creía observar que, en general, hay un mayor egoísmo en la juventud, que se aleja día a día de todo cuanto pueda importarle un sacrificio".

1934

4 de enero. "Casi a los 88 años de edad, falleció ayer en su apacible retiro de Quintero, el venerable presbítero don Ruperto Marchant Pereira, varón santo que consagró toda su vida a la oración, a las buenas obras y al ejercicio de la caridad". *El Diario Ilustrado*, al informar de la muerte, ocurrída el día anterior, del recordado sacerdote que fuera inspirador de la Quinta Compañía, fundada en 1873.

1935

6 de marzo. La Municipalidad de Santiago decide llamar Bombero Núñez a una de las calles de la comuna, en recuerdo de Ramón Núñez Morán, voluntario de la Séptima, cuando esta compañía era francesa, y quien llegó a ser tercer comandante del Cuerpo, cargo que ejerció hasta su muerte, el 11 de marzo de 1934.

21 de diciembre. Un gran incendio se produjo en la madrugada en un bar ubicado en Avenida Brasil 55, siniestro que cobró la vida de cuatro personas, todas ellas mujeres y moradoras del lugar.

1936

30 de octubre. La recordada revista Zig-Zag publica un ejemplar de colección dedicado a los bomberos de Chile, en el cual se presenta la obra *La cuna del Cuerpo de Bomberos de Santiago* y su Tercera Compañía, de Benjamín Vicuña Mackenna, "un folleto difícil de encontrar hoy en las bibliotecas", según se explica. En el mismo documento, se destaca el siguiente escrito del poeta nicaragüense Rubén Darío: "Bien se sabe que estos bomberos de Chile son únicos, que son de historia hermosa y de amor en los pechos y caballeros de guantes crema en los paños y jinetes, y audaces con la escalera al hombro o pitón en mano".

1937

26 de enero. Con el objetivo de probar las instalaciones de grifos existentes en el lugar, a las 22.30 horas, se realiza un simulacro de incendio en los gal-

pones de Ferrocarriles del Estado, en San Eugenio, en el sector sur de la capital.

21 de mayo. Para estrechar los vínculos entre compañías, la Segunda y la Octava realizan un "ejercicio combinado muy vistoso" en la Casa del Niño, ubicada en Providencia.

1938

3 de agosto. Se estructura el servicio de bomberos en diez cuarteles de incendio, fijando su límite oriente en Avenida Tobalaba.

8 de octubre. Se promulga la Ley 6.268, conocida como Ley Figueroa, mediante la cual se entrega a bomberos la propiedad de los cuarteles que ocupan las compañías.

27 de diciembre. Incidentes en la Cárcel Pública de calle General Mackenna. Se da la alarma para controlar un incendio provocado por los reos.

1939

10 de mayo. Una tragedia de grandes magnitudes luego ser evitada en el incendio ocurrido en el sector del Gasómetro de Santiago. Lo más complejo de la tarea de los voluntarios fue impedir la propagación del fuego hacia tres estanques gigantescos con miles de litros de combustible. Las compañías debieron crear una cortina de agua para que el fuego no siguiera avanzando. Cinco horas demoró la épica tarea.

1940

10 de octubre. Grave incendio en un edificio de Pedro de Valdivia 1638, en Providencia, propiedad de Artemio Espinosa Martínez.

25 de noviembre. Se funda la Decimotercera Compañía, como testimonio de la expansión del CBS hacia el sector oriente de la capital. La puesta en servicio se hizo efectiva solo pocas semanas después del incendio ocurrido en el edificio de Pedro de Valdivia 1638.

1941

27 de septiembre. Se inaugura el actual cuartel de la Quinta Compañía, en calle Nataniel Cox. Los miembros de la unidad saludaban el hecho en sus memorias y diálogos internos como el fin "de una vida de gitanos", ya que éste era el séptimo cuartel de la compañía luego de deambular por diversos puntos de la ciudad.

13 de noviembre. Se celebra el bautizo de la primera bomba de la Decimotercera Compañía, la popular Reo, la cual fue financiada por Augusto Errázuriz Ovalle, marido de la entonces alcaldesa de Providencia, Alicia Calfas.

1942

18 de enero. A la edad de 97 años, fallece el llamado patriarca de los bomberos de la capital José Alberto Bravo Viscaya, quien además de comandante y superintendente del Cuerpo de Bomberos de Santiago, fue parlamentario, intendente de Santiago y Valparaíso, veterano de la Guerra del Pacífico y benefactor de diversas instituciones. Bravo Viscaya, que fue integrante de la Segunda y Quinta compañías, permaneció en la institución durante 67 años, un mes y once días.



El Presidente Pedro Aguirre Cerdá y su señora, Juanita, participan activamente en la entrega de premios del Cuerpo en 1940, junto al vicesuperintendente, Luis Kappés, a la izquierda, y el superintendente Hernán Figueroa Anguita, a la derecha.

1943

2 de junio. Durante 50 horas se prolongó el esfuerzo de los voluntarios para extinguir un incendio en las bodegas de Viñau, "detrás del Parque Cousiño". Más de diez mil fardos de algodón de 300 kilos alimentaban la hoguera.

31 de diciembre. "Habla la Segunda Compañía, hay incendio" e indicar el sitio", explica el secretario Horacio San Román que deben decir los voluntarios de su compañía al usar la frecuencia de Radio OHiggins, la radioemisora asignada a esa unidad para comunicar las alarmas de incendio.

1944

16 de mayo. Conternación causa en el país la honorosa muerte del voluntario Augusto Salas Bravo, quien falleció producto de las quemaduras sufridas en un incendio ocurrido en Moneda con Bandera. Miles de personas salieron a las calles a despedir sus restos, mientras la prensa calificaba el hecho como una "impresionante desgracia" y especulaba que un centenar de personas pudieran haber perdido la vida previamente en el lugar, debido a la mala ubicación del estanque de agua que cayó ardiendo sobre el voluntario.

1945

24 de noviembre. Dramático incendio en un inmueble destinado a hospedar en Cónceh 805, esquina Serrano. Al llegar el material, el rubizo edificio ardió por completo y el fuego había destruido la escala de acceso al segundo piso. Los voluntarios lograron rescatar a varias personas, pero igno hubo tres muertos.

5 de diciembre. El CBS da de baja a un bombero desaparecido. El caso, no contemplado en los reglamentos, se refería al voluntario de la Primera Colín Leitch Ramdöbotten, quien no regresó de un rally sobre Alemania en 1943, durante la Segunda Guerra Mundial.

20 de diciembre. Con una placa recordatoria instalada en el portal Fernández Concha, ex portal de Sierra Bella, el CBS rindió un solemne homenaje a su fundador, José Luis Claro y Cruz.

1946

8 de mayo. Un momento estremecedor se vive en el propio Cuartel General del CBS cuando, a las 19.10 horas, minutos antes de entrar a una reunión de directorio, fallan de un ataque cardíaco el superintendente Alfredo Santa María Sánchez, quien había servido durante 41 de sus 58 años a la institución. Ese mismo día, a las 12.05 horas, este abogado, ex alcalde de Santiago, miembro del Partido Liberal y benefactor de la Liga de Estudiantes Pórtes había concurrido a su último incendio.

1947

22 de enero. Incendio de gran magnitud en Alameda 2850, correspondiente al hotel Palace. La fuerza del viento y lo complejo de la construcción incrementaron el fuego, obligando a despachar, además, el material de reserva.

17 de julio. El carro de la Sexta Compañía sufre la colisión de un tranvía en Bandera con la Alameda.

24 de diciembre. La bomba de la Undécima Compañía es chocada por un microbús.

1948

17 de febrero. Cuatro horas debieron trabajar los voluntarios en un incendio declarado en Alameda

con Serrano, edificio donde funcionaban algunos locales comerciales y Chile Films. El combustible material plástico con que eran elaboradas las películas alimentó el fuego.

20 de diciembre. Con una placa recordatoria instalada en el portal Fernández Concha, ex portal de Sierra Bella, el CBS rindió un solemne homenaje a su fundador, José Luis Claro y Cruz.

1949

4 de enero. A la edad de 90 años, fallece el ingeniero civil Víctor Ismael Valdés Valdés, voluntario de la Primera Compañía que fue superintendente del CBS entre 1908 y 1910. Parlamentario de la República y presidente del Senado, Valdés desarrolló una intensa vida profesional, empresarial y académica, actividades que siempre alternó con su preocupación por la instrucción de los obreros.

1950

15 de agosto. En un ejercicio efectuado frente al Teatro Municipal de Santiago, la bomba Reo de la Primera Compañía deja de prestar servicios a la institución. En sus 19 años, un mes y 23 días de trabajo, la máquina recorrió 6.344 kilómetros y ocupó 3001 litros de combustible.

19 de noviembre. En el Ejercicio General de la institución, el CBS hace entrega de las bombas Mack a la Primera, Quinta, Novena y Decimotercera compañías. Estos vehículos, carrozados en los talleres Lavanchy, tenían un chasis de 7,3 metros de largo y capacidad para catorce voluntarios.



El 20 de noviembre de 1959, nació en la población Los Nogales la primera de las cuatro brigadas que tendría el CBS en los años 60. El 18 de noviembre de 1970, se transformó en la Decimosexta Compañía.

1951

26 de enero. Por sugerencia de las entonces regidoras Lizarda Mout Olivares y en presencia del alcalde de la comuna, Miguel Varas Aguirre, voluntarios de la Novera de Santiago y vecinos, se funda la Primera Compañía de Bomberos de Betra, institución que posteriormente, a fines de los años 70, se fusionaría con el CBS.

1952

26 de mayo. Se promulga la Ley 10.343, que favorece a los cuerpos de bomberos del país, quedando exentas de impuestos las entradas a espectáculos públicos a beneficio de bomberos, entre otras disposiciones.

22 de agosto. El comandante Máximo Humbser muere en acto de servicio en momentos que supervisaba la remoción de escombros del incendio declarado en calle Serrano 79, esquina de Alonso de Ovalle.

1953

1 de enero. Dramático incendio en Valparaíso movilizó al CBS. El siniestro se había declarado en las bodegas de una empresa constructora, donde se almacenaban explosivos. En medio del trabajo de extinción y cuando algunas compañías ya comenzaban a recoger su material, explotaron las cargas de dinamita, provocando la muerte de 36 hombres del Cuerpo de Bomberos de Valparaíso, la mayor tragedia en la historia de los voluntarios chilenos.

28 de agosto. Se inaugura el cuartel de la Décima Compañía en Avenida Mañá, una amplia y moderna edificación especialmente diseñada para el trabajo de bomberos.

1954

25 de mayo. En la madrugada, se produce un incendio en la fábrica de calzado de los hermanos Pedro y René Hilaeborck, en Santos Dumont 550, donde la caída de un muro sepultó al voluntario Francisco Hoyt Sotomayor. Después de un dramático rescate, se pudo escuchar una voz que decía: "Estoy bien, trabajan tranquilos".

20 de diciembre. Mientras se realiza la celebración de los 91 años del CBS en el teatro Central, los voluntarios de la Quinta y Séptima compañías deben abandonar presurosos la sala para concurrir a un llamado de comandancia en la población Huemul N° 2.

1955

19 de noviembre. Más de 35 mil personas concurren al Estadio Nacional para presenciar el Ejercicio General del CBS, premio José Miguel Bessio, que esta vez fue ganado por la Sexta, en escalas, y la Undécima, en agua.

1956

15 de agosto. Solo cuatro días 12 horas y 40 minutos dejó de trabajar en el casco completo de un año la bomba Ford Enrique Mac Iver de la Segunda, pese a tener ya dieciséis años de servicio. En la memoria anual de la compañía se indica que esperan entregársela "en perfecto estado de preservación", ya que se preparaban para la llegada una máquina Mercedes Benz.

10 de junio. Los voluntarios de la Primera destacan el papel de Hernán Figueroa Anguita en la promul-

gación de la Ley 12.027, "que entregará recursos permanentes y abundantes" a los bomberos de Chile.

1957

17 de septiembre. La alcaldesa de Santiago, María Teresa del Canto, inaugura el busto recordatorio de Germán Tenderski en un costado del Teatro Municipal.

1958

7 de marzo. Valiosos archivos se pierden a raíz del fuego en el incendio de la Logia Masónica o Club de la República, que se ubicaba en la Alameda, entre Santa Rosa y San Isidro.

15 de diciembre. Se incorpora oficialmente al CBS la Decimoquinta Compañía, que llevará el nombre Deutsche Feuerwehrkompanie-Maximo Humbser, en recuerdo del comandante de ascendencia germana muerto en acto de servicio en 1952. La unidad, integrada por un importante número de miembros de la colonia alemana residente en Santiago, se había constituido el 29 de octubre del mismo año.

1959

8 de julio. El CBS dio su aprobación y le asignó el número 14 a la British Commonwealth Fire Company-J.A.S. Jackson, que había sido formada, el 29 de septiembre de 1958, por más de cuarenta miembros de la colonia británica residente en la capital.

20 de noviembre. Se funda la Brigada Nogales, a petición de los propios vecinos, preocupados por los incendios ocurridos en el sector. Su primera bomba fue una Mack Hale y su cuartel original estuvo en General Velásquez.

1960

22 de mayo. Terremoto en el sur de Chile. Más de mil kilómetros de territorio fueron devastados durante diez minutos por sismos intermitentes desde Ataucó hasta Aysén. Tras el desastre de tierra, la ola gigantesca de un tsunami arrasaba las costas desde Concepción hasta Chiloé. El CBS se puso a disposición de las autoridades, colaborando en el traslado de los heridos a los centros asistenciales de la capital.

1961

28 de octubre. La Séptima Compañía inaugura su cuartel de Avenida Mañá. "Tras las paredes de aquel vetusto edificio quedaron años de luchas, de triunfos, de sacrificios y, también, gran parte de nuestra juventud", escribió en la memoria anual de la unidad el secretario René Acuña Ros, al referirse al antiguo cuartel de Plaza Almagro.

25 de noviembre. "Este año se han inscrito (en el Libro Anul) los siguientes hijos varones de nuestros voluntarios que son: Sergio Hugo Molina, Cristián Patricio Brandán y Alberto Iván Biskreño", anota en la memoria anual de la Decimotercera Compañía el secretario Carlos Humbser Eliaidale.

1962

27 de junio. Con la firma del Presidente Jorge Alessandri Rodríguez, se promulga la Ley 14.866, que instituye el 30 de junio de cada año como Día Nacional del Bombero.

6 de noviembre. Muere trágicamente el primer capitán de la Decimocuarta, Harold Bain, en cuyo recuerdo será bautizado el recordado carro Leyland Firefly.

15 de noviembre. Durante un incendio ocurrido en calle Amunátegui con Huertanos, se produce una de las peores pérdidas del CBS: seis voluntarios murieron como consecuencia de un derrumbe.

1963

24 de marzo. Se funda en la comuna de Cerrillos la Brigada 2, que ocho años más tarde pasaría a ser la Decimoquinta Compañía del CBS.

24 de junio. Se presentan los modernos equipos de respiración autónoma del CBS, los que se componían de un balón de aire comprimido y dos mascarillas. "Bomberos a la moda del espacio", tituló el diario Las Últimas Noticias.

15 de diciembre. Ante la presencia del Presidente Jorge Alessandri se realiza, en el Parque Cousiño, el Ejercicio General de celebración del centenario del Cuerpo, oportunidad en que se entrega el moderno carro de especialidades de la Sexta.

1964

26 de abril. En una ceremonia en la Plaza Bulnes, fueron entregadas las nuevas bombas Berliet, modelo GCK-8, a la Primera, Quinta, Novena, Undécima y Decimotercera compañías.

25 de noviembre. "Dos muchachos, dos niños, quizás los más queridos de los nuestros se fueron para siempre, abandonándonos en una noche de negra e imborrable pesadumbre", escribe en la memoria anual de la Decimotercera el secretario Roberto Prieto Contreras, al referirse al accidente que ese año les costó la vida en acto de servicio a los voluntarios de la compañía Misio Brück Taboada y Oscar Alcaino Cáceres.

1965

8 de mayo. Fallece el voluntario Alberto Riedl Silva, perteneciente a una dinastía bomberos y fundador del Cuerpo de Nubos. "¿Cómo pudo este poeta sentimental darse el tiempo para cumplir con regularidad con su esfuerzo físico las duras tareas bomberiles?", se pregunta en la memoria anual de la Quinta Compañía el secretario Luis Riveros Herrera.

24 de mayo. Diez horas debieron trabajar las compañías para extinguir el incendio declarado, a las 22:45 horas, en la Fábrica de Vestuario y Equipos del Ejército, en Santo Domingo con Matucana.

1966

7 de septiembre. Los voluntarios se felicitan del trabajo realizado en el incendio ocurrido, a las 5:20 horas, en el hotel París, de Cathedral con Teatinos, donde las tareas de extinción de las llamas se extendieron por más de nueve horas.

27 de septiembre. A las 16:30 horas, se declara un incendio en el Internado Nacional Barros Arana, en Santo Domingo 3535. Cuatro horas "bien trabajadas" debieron luchar contra el fuego los voluntarios.

1967

6 de septiembre. El Cuerpo autoriza la creación de brigadas, con lo cual se legaliza la situación de las unidades en formación y el CBS se abre hacia nuevas zonas jurisdiccionales en el sector sur y oriente de la



Celebración del centenario del Cuerpo de Bomberos de Santiago frente al antiguo Congreso Nacional, en 1969.

capital. La Brigada 3, actual Decimotercera Compañía, reconoce esa fecha como la de su fundación.

1968

1 de octubre. El presidente de la Junta de Vecinos de Lo Barnechea, Fernando Castro, envía una carta al CBS postulando oficialmente la creación de la Brigada 4, actual Decimonovena Compañía.

14 de diciembre. En una ceremonia oficial, la Municipalidad de Las Condes entrega el galpón metálico donde se instaló el primer cuartel de la Brigada N° 3, en el mismo terreno donde hoy está la Decimotercera Compañía. La unidad ya había adoptado su nombre de Rincón del Manquehue por el de Manquehue, a secas, que significa lugar de cóncores.

1969

10 de julio. A las 2.40 horas, se declara un violento incendio en el Museo de Bellas Artes. El fuego destruyó la mansarda del sector poniente, donde se ubicaban los talleres de la Academia de Bellas Artes, sector que actualmente ocupa el Museo de Arte Contemporáneo.

1970

24 de junio. Se funda oficialmente la Vigésima Compañía, con especialidad de agua y cuyo primer director fue Raúl Araya López.

18 de noviembre. Bajo el principio que no podía haber diferencias entre los voluntarios de la institución, que había enfatizado el superintendente Sergio

Dávila, las cuatro brigadas existentes en el CBS adquieren la condición de compañías: Nogueles se transforma en la Decimosexta, Cerrillos en la Decimoséptima, Manquehue en la Decimotercera y Lo Barnechea en la Decimonovena.

1971

6 de noviembre. Un grupo de jóvenes y adolescentes se reúne para constituir la Brigada Juvenil de la Decimotercera Compañía, la cual formará a menores de catorce a diecisiete años interesados en hacer sus primeras armas como bomberos.

1972

28 de septiembre. A los 51 años, deja de existir el destacado voluntario Luis De Gambaire Duronea, quien había sido teniente tercero, segundo y primero de la Pompe France y capitán de la unidad, además de comandante y vicesuperintendente del CBS. Su Manual de Instrucción ha perdurado en la formación de las nuevas generaciones de bomberos.

1973

11 de septiembre. Incendio en La Moneda tras el bombardeo aéreo que derrocó al Presidente Salvador Allende. Uno de los momentos más dramáticos lo constituyó el retiro del cuerpo del mandatario, envuelto en una manta y conducido por militares y bomberos.

24 de diciembre. Fernando Cuevas explica en el diario *La Tercera* por qué ahora no se escuchan si-

renas en la noche. "Durante el toque de queda no se tocan alarmas y los carros bombas acuden a los siniestros en forma silenciosa, con objeto de no producir inquietud en la población", señala el comandante en la Decimonovena.

1974

15 de diciembre. Apenas cinco días antes de recibir un homenaje del Cuerpo por sus 45 años de permanencia en la institución, fallece Inés Aguilera Ferruz, histórica operadora de la Central. Su último deseo fue ser incinerada y que sus cenizas fueran esparcidas en un lugar al que concuerdan muchos niños, petición que los voluntarios de la Novena Compañía cumplieron en la plaza Brasil.

20 de diciembre. Solo dos motobombas Godiva, modelo FWMF, motor Coventry Climax, incorporó el CBS en un año de aperturas económicas. El material fue asignado a la Decimonovena y Vigésima compañías.

1975

26 de diciembre. Entró en servicio la antigua ambulancia Volkswagen del CBS, la cual fue entregada en comodato por el director del Área Metropolitana del Servicio de Salud y voluntario de la Octava Compañía, Guillermo Morales Silva. Se trataba de una moderna Clínica móvil del año 1967.

1976

14 de octubre. El CBS recibe la visita del comandante honorario vitalicio del Cuerpo de Bomberos de Perú, Virgilio Alarid Panteriera, "un gran amigo de



nuestra institución", según destacan los voluntarios de Santiago.

17 de diciembre. Se inaugura el antiguo cuartel de la Decimosextima Compañía, estratégicamente ubicado en la calle Melipilla, a escasos metros de Avenida Expósito, para permitir un eficiente servicio al sector y al aeropuerto Cerrillos, que estaba a su cargo en caso de emergencias.

1977

13 de junio. A las 20.01 horas, se produce un incendio en Maturana con Martínez de Rozas, el cual da inicio a una secuencia de seis siniestros de proporciones en el centro de la capital. La situación llama la atención de la prensa y de los propios bomberos.

30 de junio. "Tres elementos conjugados son necesarios para producir un buen Cuerpo de Bomberos: un personal entusiasta y disciplinado, un material adecuado y una tecnología eficiente. El Cuerpo de Bomberos de Santiago cree contar con los tres elementos referidos", escribe el superintendente Gonzalo Figueroa Yáñez en la editorial del número uno de la revista 1863, la publicación técnica e informativa del CBS.

1978

15 de diciembre. Los voluntarios de Renca, que contaban con tres compañías, solicitan su anexión al CBS. Los actuales dirigentes del Cuerpo de Bomberos de Renca (..) han considerado unánimemente y mirando por el mejor futuro de la institución sin abrigar ambiciones personales de ninguna índole, que el camino más conveniente a seguir para que Renca

en el futuro no se vea afectado (..) es pedir que las Compañías del Cuerpo de Bomberos de Renca sean aceptadas en un Cuerpo solidamente prestigiado y cimentado", decía la carta oficial.

1979

6 de octubre. En una ceremonia realizada en la plaza de la Constitución, las dos compañías formadas en Renca se incorporan definitivamente al servicio como Vigésimo Primera y Vigésimo Segunda compañías del Cuerpo de Bomberos de Santiago.

1980

23 de enero. Muere Felipe Dawes Martindale, fundador de la Decimocuarta y bombero de excepción que ejerció diversos cargos en su compañía, además de la Intendencia General y la Tesorería General del CBS. En el traslado a un incendio en Calle Carrión con La Odra, su vehículo choca con el carro cisterna de la Segunda, en el cruce de Vivacota y Gamero. El oficial tenía 38 años de edad, veinte de los cuales estuvo en la institución, y se convertía así en el segundo comandante caído en servicio, tras la muerte de Máximo Humbauer.

30 de junio. Se crea el Museo José Luis Clara, que recoge algunas de las principales piezas y documentos de la historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago.

1981

21 de marzo. Debido a trabajos que se realizaban en el lugar, se produce un incendio en el duodécimo

piso de la Torre Santa María, uno de los edificios más modernos, altos y seguros de ese momento en la capital. La tragedia, que costó once vidas, entre ellas la del voluntario de la Decimotercera Eduardo Rivera Melo, causó conmoción pública y fue determinante para impulsar nuevas regulaciones en las construcciones de altura y renovar parte importante del material del CBS con escalas telescópicas de mayor alcance.

1982

6 de marzo. El sistema Turbox de espuma de alta expansión muestra su eficacia en una emergencia química ocurrida en la rotonda Pushbush.

26 de junio. Debido a una tormenta de lluvia y la crecida del río Mapocho, que se desbordó en el sector alto de la ciudad, una intensa actividad debieron desarrollar las unidades del CBS, que ese fin de semana asistieron a 124 emergencias.

18 de julio. Llega a Valparaíso, a bordo de la motorizada Santa Rita, de Kenrick y Cia., la escala telescópica Magirus Deutz modelo DL44, destinada a la Octava Compañía.

1983

14 de agosto. Los voluntarios de la Novena Compañía Gino Bencini Escobar, Raúl Olivares Agar y Cristián Viqueo Penagallo sufren un accidente fatal durante el combate de un incendio en San Pablo con Libertad. Mientras se lograba controlar el fuego, un muro de concreto cedió cayendo en el estrecho pasillo donde trabajaban los bomberos.

1984
8 de diciembre. "Caballerizas de don Pedro de Valdivia, cuartel de Dragones y Húsares coloniales y sede de la Policía Republicana, son algunos de los usos que tuvo este lugar", escribió Miguel Laborda en la revista *Vivencia y Ocupación* de *El Mercurio*, al contar la historia del edificio patrimonial que alberga el Cuartel General del Cuerpo de Bomberos de Santiago, en Puente con Santo Domingo.

1985
9 de marzo. Las unidades y voluntario del CBS debieron desplegarse en la tarde y noche de este domingo, luego del terremoto que, a las 19:47 horas, sacudió la zona central del país.
14 de diciembre. Durante tres horas debieron trabajar las nueve compañías del CBS que concurrieron al incendio de ocho bodegas, ubicadas en Compañía 1952, esquina de Almirante Barrios, donde se guardaban materiales textiles y maquinarias.

1986
7 de marzo. "La seguridad está en el diseño del edificio", señalaron en *El Mercurio* el comandante Mario Itabaca y el secretario técnico del CBS, Armando Oyarzun, al analizar la tragedia ocurrida en esos días en el edificio Cernica de Caracas, Venezuela, donde murieron quince personas, entre ellas diez chilenos.
14 de diciembre. Numerosos públicos se congregaron a presenciar un simulacro de incendio realizado en la Torre Santa María por cinco compañías y 180 voluntarios del CBS.

1987
4 de febrero. Un bodeguero muere atropado por las llamas en un incendio ocurrido en Meiggs 80, con Salvador Sanfuentes, correspondiente a un local de ventas por mayor. Los voluntarios trabajaron durante siete horas y 43 minutos. El fuego había sido detectado con tardanza, lo que hizo más complejo su control.
22 de noviembre. Ocho horas y 44 minutos debieron trabajar las distintas compañías en la extinción de un incendio, ocurrido a las 16:34 horas, en la anti-gua farmacia Andrade, en Alameda con Meiggs.

1988
3 de junio. Se inaugura la Academia Nacional de Cuerpos de Bomberos de Chile en un predio adquirido por la Junta Nacional, en el kilómetro 47 de la Ruta 70.
14 de diciembre. El CBS confiere el título de Miembro Honoris Causa a Manuel Bedoya Tapia, funcionario, alma y cerebro de la Secretaría General durante más de medio siglo. Bedoya Tapia encarnó un amor y una entrega incommensurables hacia la institución y fue el fiel reflejo de sus más nobles y leales servidores. No militó en compañía alguna, pero perteneció a todas ellas. Falleció el 30 de diciembre de 1999, tras 58 años de servicio.

1989
10 de mayo. Cuando era esperado para una sesión ordinaria de directorio, fallece en forma "infantista e inesperada" el vicesuperintendente y voluntario honorario de la Quinta Compañía Eduardo Swinburn Herrerías, nieto, hijo, hermano y tío de una familia conformada por bomberos.

1990
28 de febrero. "Numerosos edificios de la capital no tienen muchas medidas de seguridad", aseveró el segundo comandante Roberto Busquets, durante un simulacro de incendio realizado en el edificio Santiago Centro.
4 de mayo. Durante cuatro horas debieron trabajar distintas compañías en un incendio que, a las 2:30 horas, afectó a siete negocios ubicados en la intersección de Franklin con San Francisco, en el barrio Matadero. Los locatarios estimaron las pérdidas en 100 millones de pesos.

1991
5 de junio. En un homenaje que el CBS rindió a la Cámara Nacional de Comercio de Chile, se informó que los voluntarios de Santiago atienden un promedio de 84 incendios anuales en establecimientos comerciales, uno de los niveles más bajos de las capitales latinoamericanas.
18 de abril. El CBS expresa su preocupación por el incremento del número de agresiones que sufren los voluntarios en el ejercicio de su labor. Ocho bomberos de diversas compañías fueron víctimas de la violencia de la población en esos días.

1992
21 de abril. Se incendia el Club Domingo Fernández Cinchín, sede del Partido Nacional, en Compañía 1255 y 1263.
2 de julio. Once horas y 19 minutos debieron trabajar los voluntarios de Santiago en la extinción de un incendio en la Facultad de Química y Farmacia de la Universidad de Chile, ubicada en Olivos con Avenida Independencia. El fuego se inició en la bodega central, donde se almacenaban diversas sustancias: oxidantes, corrosivos, venenosos, inflamables, explosivos y radioactivos, ordenados por orden alfabético y no por características, lo que habría producido la reacción química.

1993
16 de octubre. Cuatro ambulancias del CBS y 25 voluntarios prestaron un servicio sanitario de emergencia a raíz de la paralización de los funcionarios de la Federación Nacional de Trabajadores de la Salud (Fenats).
30 de agosto. "En ningún momento o circunstancia se debe ejercer fuerza sobre el candidato a suicida, pues ello lo puede violentar", explicó el psicólogo y voluntario de la Decimoquinta Compañía Cristián Araya, autor del libro *Psicología de la emergencia*, luego de hacer desistir a un hombre, de 38 años, que intentaba lanzarse al vacío en un edificio de Las Condes.

1994
7 de marzo. El comandante José Matute califica como "matonesca" la conducta de algunos empleados del mall Alto Las Condes, que por primera vez en su historia, prohibieron al CBS entrar a extinguir un incendio que afectaba el centro comercial. Según el voluntario, la normativa aplicable en este caso estaba contemplada en los artículos 144 y 145 del Código Penal. Dicha norma, referida a la violación de domicilio, indica que la sanción no es aplicable a quien entra sin autorización "para evitar un mal grave a sí mismo, a los moradores o a un tercero, ni al que lo hace para prestar algún servicio a la humanidad o a la justicia".

1995
2 de junio. El CBS inaugura un nuevo sistema computacional, denominado F-18, el cual permite conocer en segundos el estado del material disponible, las compañías que deben concurrir a las emergencias, los gritos más próximos y un mapa detallado del sector afectado por un siniestro.
24 de noviembre. La alcaldesa de Providencia, Carmen Grez, informa que un 64% de los ocupantes de los 1.886 edificios de altura de su comuna dejó en blanco o no respondió una encuesta sobre emergencias, elaborada por el CBS. El 91,7% de los encuestados dijo que nunca se había realizado un simulacro de incendio en su edificio.

1996
20 de mayo. Víctor Hugo Fernández, formado en la Decimotercera Compañía, recibe la condecoración Meritorious Service Medal por su trabajo con la comunidad en Ottawa, Canadá, donde se desempeña como bombero profesional.
5 de octubre. Llega a Chile el general de brigada Jean Martal, máxima autoridad de los bomberos de París, ciudad en que este servicio es dirigido por el ejército a través de la Brigada Zapadores, rama de la ingeniería militar. El Cuerpo de Bomberos de París es uno de los más prestigiosos del mundo y, en forma regular, realiza estos intercambios con los voluntarios de Chile, en particular con la Pompe France.

1997
27 de febrero. El segundo comandante Guillermo Vilusita discrepó con la decisión de reanudar el concierto de Deep Purple en el estadio Santa Laura, luego que cayera una torre de 15 metros de altura, que lesionó a unas 55 personas. "Uno que no están dadas las condiciones y así se lo manifesté a Carabineros", dijo.
1 de julio. En la cuenta anual del Cuerpo, el secretario general Alfredo Egarría Respaldiza, indica que en 1996 se atendieron 4.548 alarmas, cifra que se eleva a 11.603 considerando otras salidas. "Es decir, todos los días, de lunes a domingo, hábiles o feriados, las compañías tienen que cumplir con 1,5 actos", explicó.

1998
20 de marzo. Vilma Fernández Leal y Susan Helmlich Mac-Doo juran como voluntarias de la Octava Compañía, lo que las transforma en las primeras mujeres que ingresan al CBS.
12 de agosto. La empresa Asesoría en Seguridad y Prevención del CBS, ASP Ltda., advierte que las escaleras de las multitenidas están pensadas con un criterio comercial, pero que son deficientes en materia de seguridad, ya que su recorrido para bajar o subir obliga a dar un rodeo por todo el local, lo que constituye un factor de riesgo en caso de siniestros, en especial cuando no existen vías alternativas.

1999
16 de enero. Un total de 68 voluntarias, venidas de todos los extremos de Chile, participan en el Primer Encuentro de Mujeres Bomberos.
5 de junio. Siete oficiales del Departamento de Bomberos de la Policía de la provincia de Córdoba, Argentina, viajaron a Santiago para recibir instrucción teórica y práctica del CBS con materiales Huz-Mat.



Parche que distingue a los voluntarios que han permanecido medio siglo en el Cuerpo de Bomberos de Santiago.



En 24 de septiembre de 2014, la Decimocuarta Compañía cumplió la simbolización de su 150 años de fundación en la ciudad de Santiago.



Una de las cuatro campanas del templo de la Compañía de Jesús recuperadas en Gales, preside en la actualidad el cenotafio levantado en el patio del Cuartel General del Cuerpo de Bomberos de Santiago.

2000

2 de febrero. Dieciocho compañías y 36 máquinas de diversa índole debieron concurrir al prolongado incendio del antiguo edificio del Museo Histórico y Militar del Ejército, en Avenida Blanco Encalada con San Ignacio.

10 de junio. Se pone en servicio el nuevo carro Haz-Mat de la Decimoseptima Compañía, una máquina Renault Premium 220, dotada con un gran equipamiento y moderna tecnología.

2001

19 de octubre. El CBS señala que dispone de alrededor de 50 equipos Haz-Mat contra materiales peligrosos, para abordar casos de intrax. Se indica que son trajes encapsulados, con equipos autónomos que protegen a los voluntarios que intervienen en el derrame de productos químicos, gases o emergencias bacteriológicas.

14 de diciembre. La prensa informa que el CBS recibió una importante contribución de Esso Chile para la gestión de entrenamiento de sus 22 compañías. Los recursos serán destinados a modernizar su campo de entrenamiento de Colina, cuya construcción se inició en 1983, también con los aportes de Esso Chile*, se explica.

2002

31 de agosto. Bajo el título "modernidad contra el fuego", la revista Vivienda y Decoración de El Mercurio destacó el diseño del nuevo cuartel de la Decimonovena Compañía, construido por Andreu Arquitectos y la constructora Alfredo Dell'Oro, sobre una superficie de 2.630 metros cuadrados en Lo Barnechea. "El edificio se presenta a la comunidad como un nuevo protagonista del sector", se destaca.

14 de noviembre. Un simulacro de incendio realizó el CBS en la sede del Instituto de Normalización Previsional, INP, en Alameda con Teñeros. Un total de 350 empleados y 100 importantes fueron evacuados en un tiempo de siete minutos.

2003

19 de mayo. Una compleja emergencia química se registró en el kilómetro 204 de la ruta Chino Norte, comuna de Los Vilos, donde se produjo un derrame e inflamación de cianamida hidrogenada. Al lugar concurrieron los carros H-17 y H-18.

9 de noviembre. Por más de trece horas trabajó el CBS en la extinción de un complejo incendio en Fabiella Plaza Lyon, que involucró dos pisos subterráneos repletos de mercaderías y enseres domésticos.

29 de noviembre. Se inauguró el nuevo cuartel de la Decimoseptima Compañía en calle Abate Molina, cuya ubicación privilegia el servicio que la unidad presta a la comunidad del populoso barrio Club Hípico.

2004

6 de marzo. A raíz de un incendio ocurrido en el noveno piso de un edificio ubicado en Vitacura 3060, el CBS advirtió el peligro de la utilización de gigantografías en las fachadas, como la que, solo un par de meses antes, cubría el lugar. "Habría sido más difícil controlar la situación con ese tipo de publicidad, porque dificulta el acceso y es altamente combustible", dijo el comandante Sergio Carr.

3 de agosto. Ante una tragedia que dejó más de

300 muertos en Paraguay, el CBS explicó que no contaba con planos de supermercados y centros comerciales, situación que le permitiría operar con mayor eficacia en caso de un siniestro.

2005

2 de marzo. El peligro de explosiones dificultó el trabajo de las doce compañías que concurrieron al incendio que afectó el Laboratorio Central de Criminalística de la Policía de Investigaciones.

14 de abril. La Fundación Prehumana distinguió al Cuerpo de Bomberos de Santiago "por su gestión innovadora y ejemplar en un marco ético de responsabilidad social", reconocimiento que también fue entregado a la Biblioteca del Congreso Nacional, a la Asociación Chilena de Seguridad y al Banco Santander.

2006

19 de febrero. Con la participación de bomberos de todo el país, culmina en el Parque Arauco el primer Decafest de Bomberos, organizado por la Decimocuarta Compañía. El certamen puso a prueba las habilidades individuales y colectivas de los voluntarios en una modalidad que solamente se desarrollaba en Estados Unidos. Más de quince mil personas concurrieron a lo largo de las seis jornadas.

16 de marzo. El CBS se querreló, por interferir en su labor, contra un hombre que en los últimos tres meses realizó 207 llamadas a la Central para insultar a las operadoras. "Solo el 5% del total de llamadas que se reciben corresponde a emergencias", señaló el segundo comandante, Guillermo Villalva.

2007

9 de noviembre. Después de un gran esfuerzo desarrollado por sus propios integrantes y el CBS, la Novena Compañía pone en servicio su bomba de origen estadounidense E-One, que corresponde, justamente, al noveno carro de su historia.

6 de diciembre. Ante la revelación, hecha por el CBS, de que el 90% de los edificios e industrias de la capital no tienen planes de emergencia, los alcaldes de Las Condes, La Florida, San Bernardo, San Joaquín, Quilicura y Macul coincidieron en que los bomberos deben tener más atribuciones en la prevención de los incendios.

2008

3 de febrero. El CBS advierte sobre el bajo número de planes de emergencia de los edificios y condominios de la capital, los que son exigidos desde hace una década por el artículo 36 de la Ley 19.557 sobre Copropiedad Inmobiliaria. "Dentro de nueve comunas de la jurisdicción del CBS, sólo conocemos unos 300 planes", afirma en El Mercurio el comandante Marcia Argandoña.

2009

29 de agosto. Se pone en servicio en la Primera Compañía el nuevo carro RH-1, de la marca estadounidense Freightliner, máquina especializada en rescate pesado en lugares confinados y estructuras colapsadas.

22 de septiembre. Tras un incendio ocurrido en General Mackenna, que dejó 74 personas en la calle, el CBS denunció la falta de fiscalización en los chifres de Santiago. Antijedidad y albedero, uso de propiedad

des para fines ajenos a su origen, alteración en las instalaciones eléctricas y alta concentración de moradores son las principales causas del elevado número de siniestros registrados en las viejas casonas del centro

2010

10 de diciembre. El CBS recibió la distinción 75 Años de Radio Cooperativa por su aporte al país en la categoría servicio público. En la oportunidad, se reconoció a personalidades, familias y organizaciones de diversos ámbitos.

20 de diciembre. El CBS presentó su nueva unidad de descontaminación, consistente en una carpa de tres pozillos que permite ser utilizada en emergencias radioactivas, biológicas o químicas, y en la cual las víctimas pueden recibir un tratamiento previo a la atención del personal sanitario.

2011

26 de enero. Un incendio destruye completamente la iglesia de las Hermanas de la Providencia, en la comuna del mismo nombre. El histórico templo se había construido en 1880.

10 de noviembre. El ministro de Cultura, Luciano Cruz-Cobari anunció la entrega de 120 millones de pesos para la restauración del Cuartel General del CBS como parte del Programa de Reconstrucción Patrimonial del Consejo Nacional de la Cultura y de las Artes (CNCA), que esta vez benefició a 31 inmuebles históricos.

2012

3 de julio. El CBS resolvió incorporar en su lista de caídos a cuatro voluntarios muertos con anterioridad a consecuencia de un acto de servicio -Marcelo Cárdena Eddahl (Primera), Víctor Cate Velasco (Tercera), Rafael Urutua Bustos (Quinta) y Enrique Folch Herrera (Duodécima)-, lo que elevó a 49 el número de mártires de la institución.

24 de septiembre. La Decimocuarta Compañía cumple la misión de traer la última campana del templo de los jesuitas desde la localidad de Nethy, en Gales. **13 de diciembre.** Se descubre por segunda vez en el Cuartel General "La Gloria", escultura donada al CBS en su testamento por Ismael Valdés Vergara y realizada, en 1818, por el artista portorriqueño Carlos La-Traviague Alessandri. La obra había sufrido el llamado "cáncer del mármol" y debió ser restaurada por un equipo de expertos.

2013

26 de mayo. Más de 4.500 personas visitaron el Cuartel General del CBS el Día del Patrimonio, actividad en la que, por tercer año consecutivo, participó la institución. La Clarita, la histórica bomba a vapor de la Tercera Compañía, en pleno funcionamiento, y la antigua medicina Maguín de la Sexta, fueron dos de las estrellas de jornada.

(*) Las citas incluidas en esta cronología corresponden, principalmente, a los actos de sesiones del directorio del CBS y, en su caso, a los memoriales anuales de las distintas compañías y a intervenciones de prensa.



Detalle de una reliquia. La primera bomba a palanca del
Corpo de Bomberos de Santiago, fabricada por The
Hosemeyer Company de Estados Unidos y entregada a la
Bomba del Pombiente, actual Tercera Compañía, en 1864



GLOSARIO DE AUXILIO

Abrazadera Banda de cuero, tela o manguera, de unos quince centímetros de ancho, con piezas metálicas en sus bordes, las que se cierran mediante un tornillo con mariposa. Se utiliza para sellar provisionalmente las perforaciones de una manguera evitando la fuga de agua.

Alimentar Abastecer de agua a las bombas para el trabajo de incendio, ya sea de fuentes fijas, como los grifos, fuentes abiertas, como ríos, canales o piscinas, o de otras bombas armadas en convoy. También se utiliza el término "alimentar" cuando una compañía de agua es llamada a una alarma para abastecer la línea de mangueras y el monitor instalado en una mecánica.

Amarra Pieza de cuero con un anillo metálico circular que tiene un pequeño gancho metálico en un extremo para unir el anillo a los palillos de la escala, con la finalidad de asegurar una manguera y evitar que estas sean sacadas del lugar, dejando sin salida a los pitones.

Armada Distribución de mangueras y pitones, desde la fuente de agua hasta el foco del fuego, al momento de llegar a un incendio. Los puntos donde se ubicarán los pitones se definen a partir de las características del lugar incendiado. Las compañías de escalas facilitan con su material el acceso de los pitoneros hacia dichos focos, ya sea alcanzando la altura necesaria o abriendo los accesos para el trabajo de agua.

Convoy Trabajo realizado por las compañías para abastecer a las bombas que llegan en la primera intervención y que, luego, requieren el apoyo de otras bombas para la alimentación continua de agua.

Chorizo Manguera semirígida de caucho, goma u otro material, con refuerzo de tela y una espiral de alambre, que permite succionar el agua desde un grifo o aguas abiertas para alimentar una bomba. Se utilizan de dos diámetros: 110 y 72 milímetros.

Descielar Acción de desprender el cielo raso de una habitación para atacar el fuego entre el cielo y el piso superior.

Destechar Trabajo que realizan las compañías de escalas para retirar el techo (planchas de zinc, plateraño u otras) de una construcción amagada por un incendio.

Equipos autónomos Dispositivos de respiración que incluyen tubo de aire, máscara facial, manómetro y válvulas para cerrar y abrir el paso de aire. Permite a los voluntarios trabajar en ambientes irrespirables durante un tiempo acotado y llevan una alarma que avisa el término del oxígeno en el tubo.

Escalas Elementos metálicos o de madera que sirven para alcanzar diversas alturas según sus medidas. Hay escalas para techos de 3,50 metros; escalas sencillas de 5, 6, 6,5 y 7,5 metros; escalas sencillas más angostas o contrachizas, de 6 metros de lápiz, de 3,50 metros, y escalas corredizas de dos cuerpos, de 8 y 12 metros.

Escombros La remoción de escombros tiene por finalidad asegurar la extinción total del fuego. Incluye la acción de derribar las partes del inmueble en peligro de derrumbe.

Extintores Las bombas llevan distintos tipos de extintores, principalmente de hidróxido y polvo seco, los que se utilizan para incendios de hidrocarburos o de origen eléctrico.

Gancho Pieza cónica terminada en punta y con un gancho, que se acciona mediante un largo mango de madera. Se utiliza para descielar, enganchar planchas de zinc u otros elementos distantes o de difícil acceso.

Gemelo Pieza de metal con una entrada y dos salidas que permite distribuir, a través de líneas de mangueras, el agua recibida desde la bomba.

Grifo Piezas de metal con salida de agua que distribuyen el caudal del sistema de agua potable. Existen grifos de cuneta y grifos de columna. El primero tiene una salida horizontal a la vereda y cuenta con tapa metálica, mientras que el segundo es un pedestal de unos 80 centímetros de alto, pintado de amarillo para su mejor visibilidad.

Hacha Pieza de acero con forma de hacha común en uno de sus extremos y picota en el otro, con un mango de madera fijado a partir de su centro. Sirve para destechar, abrir ventanas y puertas, y otras acciones similares.

Haz-Mat Palabra inglesa que identifica a las materias peligrosas (Hazardous Material). Son los elementos sólidos, líquidos o gaseosos, de carácter químico, biológico o radioactivo, que tienen la propiedad de provocar daños a personas, bienes y el ambiente.

Paila Campana instalada en la torre del Cuartel General del Cuerpo de Bomberos de Santiago que avisa las alarmas de incendio. Actualmente, forma parte del sistema de alarmas pero también se toca para despedir a los voluntarios fallecidos.

Pitones Piezas metálicas o plásticas que permiten generar distintos tipos de chorros de agua mediante una llave y que se disponen en el extremo de una línea de mangueras. Hay una amplia variedad de pitones de acuerdo a los objetivos del trabajo a realizar, siendo los más comunes los de 50 (52 milímetros) y 70 (72 milímetros).

Tiras Nombre con que los bomberos designan a las mangueras. Se utilizan básicamente tiras de 50 (52 milímetros de diámetro) y 70 (72 milímetros). Su largo es variable, pero, en general, son de 12,50 metros. Van enrolladas y permiten una fácil extensión en el lugar del incendio.

Traspasos Piezas metálicas circulares que se utilizan para reducir o aumentar el diámetro del material, permitiendo unir, por ejemplo, elementos de 70 milímetros con los de 50 milímetros.

Trifulca o trifurca Pieza de metal con una entrada y tres salidas que permite distribuir, a través de líneas de mangueras, el agua recibida desde la bomba.

Vientos Cordones de manila o cáñamo, de 12 milímetros como mínimo, con un bozal en uno de sus extremos. Se utilizan para izar escalas, chorizos y mangueras de aspiración y para amarrar a voluntarios que penetran en lugares peligrosos.

- BARROS ARANA, Diego. Historia general de Chile. Santiago de Chile, Editorial Universitaria. Centro de Investigación Diego Barros Arana, 2004.
- BERNABO, Mauricio. El Quintino Ilustrado, historias de bomberos y amigos. Santiago, 2006.
- DE LA PRESA, Rafael. Venida y aporte de los españoles a Chile independiente. Santiago, Lautaro, 1978.
- DÍAZ MEZA, Aurelio. Leyendas y episodios chilenos, tomo XV. Santiago, Ercilla, 1925-1933.
- GREZ TOSO, Sergio. De la regeneración del pueblo a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890). Santiago de Chile, Ril Editores, 2007.
- GAZMURI, Cristián. El 48 chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos. Santiago, Editorial Universitaria, 1998.
- GUTIERREZ VALDIVIESO, Agustín. Firme la Quinta, 1873-1973. Valparaíso, 1974.
- GUTIERREZ VALDIVIESO, Agustín. Historia del Cuerpo de Bomberos de Santiago. Libro inédito, 1990. Versión electrónica disponible en www.ctbs.cl
- INGRAM, Arthur y BISHOP, Denis. Fire Engines in Colour. Londres, London Brandford Press, 1973.
- MÁRQUEZ ALLISON, Alberto. 120 años del Cuerpo de Bomberos de Santiago. Escrito inédito, 1983. Versión electrónica disponible en www.ctbs.cl
- POIRIER, Jorge. Les Soldats du Feu. Libro inédito, 1980.
- PONCE, Galvarino. La jornada del hambre. Santiago, Imprenta y casa editora de los Hns. Ponce, 1906.
- RECABARREN, Jorge. El Cuerpo de Bomberos de Santiago. Santiago, libro inédito, 1938. Versión electrónica disponible en www.ctbs.cl
- RIQUELME, Daniel. La revolución del 20 de abril de 1851. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1966.
- VALDES VERGARA, Ismael. El Cuerpo de Bomberos de Santiago, 1863-1900. Valparaíso, Imp. Sud-Americana, 1900.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín. El incendio del templo de la Compañía de Jesús. Buenos Aires: Santiago, Editorial Francisco de Aguirre, 1971.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín. La cuna del Cuerpo de Bomberos y su Tercera Compañía. Valparaíso, Valparaíso en el tiempo, 1883.



